
LA LÍNEA
ÁNGEL OSUNA
DE LA
VENGANZA

En esta historia no encontrarás héroes, solo cazadores y presas.

Y Lola está a punto de decidir qué quiere ser.

Cádiz, en la actualidad. La vida de Lola Barco dio un vuelco el día que mataron sanguinariamente a su hermano. La joven enfermera ahora solo tiene un objetivo: encontrar al hombre que lo hizo. Y hacer que pague.

Sin embargo, ese hombre no es un criminal cualquiera; el Francés se ha convertido en un mito del narcotráfico. Nadie se enfrenta a él. Nadie sobrevive si lo intenta.

Aun así, Lola se adentra en una espesa telaraña de corrupción y mafias, un mundo turbio donde cada sombra esconde un enemigo y donde en cada esquina acecha un nuevo peligro.

La línea de la venganza

Ángel Osuna



2025, Ángel Osuna
2025, Penguin Random House

A mi hermano Jose (no le llames Mamé,
a menos que quieras verlo enfadado en 4K),
a Ramón y a Marta, por su asombrosa
resistencia mental al seguir empeñados en
leer todos mis desvaríos

1

París, mayo de 2024

Es de noche. Por fin.

Dos mujeres yacen en la cama, atrapadas en una quietud que parece haberlas arrancado del tiempo. La primera lleva horas esperando a que la oscuridad tome forma y la muerte le revele su rostro. La otra, más joven —enfermera de profesión, aunque en su mente esa vida parece distante—, ha intentado salvarla. Ha luchado con todo lo que tenía: ha presionado heridas, contado pulsaciones, hablado, gritado, susurrado palabras de consuelo e incluso rezado.

Pero al final solo le quedan las manos teñidas de sangre, el sudor abrasándole los ojos y súplicas que ya ni siquiera suenan, ahogadas en la impotencia.

Nada.

La vida se escapa de la primera, y la enfermera lo sabe. Lo sabe, a pesar de que se niegue a aceptarlo. Por eso ha seguido intentándolo hasta hace un minuto. Por eso sus manos siguen temblando sobre un cuerpo que ya no responderá. Uno que solo aspira a apagarse.

Resignada, la enfermera deja caer los brazos. Ya no hay fuerza, ya no hay lucha. Solo el gesto automático, vacío, de deslizar la yema de los dedos por el crucifijo que le cuelga del cuello. Una última súplica muda que no espera respuesta. En su mente, los ecos del horror que han vivido aún resuenan, confundiéndose con el murmullo de la lluvia al caer. El miedo, persistente, continúa deslizándose por la piel de ambas, envolviéndolas con su gélido tacto.

Fuera llueve a mares, igual que si el cielo se hubiera abierto en dos y alguien estuviera echando gigantescos cubos de agua por la resquebrajadura. La primera mujer —la mayor, la que se muere— aspira aire entre los dientes con un esfuerzo evidente, como si sufriera una enfermedad pulmonar causada por el maldito tabaco, aunque jamás haya fumado. Cierra los ojos un segundo e intenta respirar hondo; se ahoga. No lo logra. El dolor y la fatiga le impiden levantar lo suficiente el diafragma. Su cuerpo se queja, e intuye una debilidad creciente y letal. Abre los ojos y acepta la derrota. Hasta ese instante seguía aferrada a esa esperanza a la que todos tenemos derecho, pero, llegados a este punto, solo necesita dar un paso más y dejarse llevar. El miedo la carcome. No está preparada para afrontar la gran prueba de la muerte, pero ¿acaso alguien lo está? Siempre ha pensado que morir es un horror inevitable, a pesar de que toda su vida ha creído que existe algo inmortal en nosotros. Sin embargo, ahora no se cree distinta a una piedra o a una planta con las raíces secas.

Dentro, fuera, dentro, fuera…

A la enfermera, escuchar esa respiración entrecortada, esos breves jadeos contenidos, le crispa los nervios. Cada siseo, cada pausa agónica la sacude por dentro, haciendo que la desesperación se enrede en su garganta, obligándola a contener el aliento, a no moverse, a no hacer nada. Pero en realidad, si pudiera, respiraría por ella. Sin duda, lo haría con tal de dejar de percibir ese sonido sibilante que emana de los pulmones de su amiga. Porque, al final, eso es lo que son, ¿no? Amigas.

El dolor compartido crea un vínculo indestructible. No importa quién seas, de dónde vengas ni cuánto dinero tengas: cuando sobrevives a la misma batalla, cuando te hieren en la misma guerra, te conviertes en hermano de sangre no por elección, sino por la cicatriz que os une. Porque quienes han visto el abismo juntos siempre reconocerán su reflejo en los ojos del otro. Y eso, eso no se rompe jamás.

No es agradable escuchar cómo alguien se muere. Oír que la respiración se quiebra, se vuelve errática, frágil… hasta extinguirse.

Sentir el silencio que llega después, ese vacío insoportable que se cuela en cada rincón del alma. Pero no es solo alguien. Es ella. Su amiga. Y no puede hacer nada para evitarlo. Solo mirar. Solo escuchar. Porque la muerte no pide permiso. No negocia. Solo llega. Y arrasa.

A la enfermera se le ocurre que, quizá, abrir la ventana para renovar el aire de la habitación ayudaría a su amiga, y puede que así deje de boquear en busca de oxígeno como un pez recién pescado y aterrizado en la cubierta de un yate. Al instante desecha la idea por estúpida. No hay corriente de aire fresco que arregle ese cuerpo molido a palos. Porque a la mujer la han golpeado a conciencia, y lo que necesita realmente es un bazo en condiciones, unos pulmones sin perforar, unos riñones funcionales y un hígado nuevo; el de serie ha reventado y le está ocasionando una alarmante hemorragia interna.

La habitación huele a muerte.

Por un momento, la enfermera —que no se muere, pero que también se ha llevado lo suyo— se olvida del crucifijo, aún aferrado entre los dedos. Se mira las manos: los nudillos pelados, las uñas rotas. Todavía siente la bolsa de plástico asfixiándola, la desesperación clavándose en su pecho. Tiene la cara marcada, el cuerpo magullado, cortado, pero no como ella. No como su compañera de habitación. Así que sí, puede sentirse afortunada.

«El infierno debe de parecerse mucho a esto», piensa mientras se incorpora en la cama y enciende un cigarrillo. La enfermera fuma. Lo había dejado, pero esta noche ha decidido volver a las andadas. De hecho, está decidida a fumar el doble que antes de dejarlo, para compensar. Piensa otra vez en abrir la ventana, por eso del humo y de que su amiga agoniza a su lado, pero se acuerda otra vez de la lluvia, del aire fresco y el cuerpo molido, y lo olvida.

Dentro, fuera, dentro, fuera… y fin.

El siseo entre dientes y los jadeos contenidos se extinguen para no volver. La mujer de más edad, la que llevaba horas esperando a

que la oscuridad tomara forma, ha muerto. Ahora, por fin descansa. Su amiga, aún con vida, fuma y piensa en cómo seguir existiendo. Como si la muerte, antes de marcharse, le hubiese susurrado que tiene un lugar reservado para ella.

«Ha tenido una mala muerte y una mejor vida», piensa mientras aspira con fuerza del cigarrillo. Pero ahora eso no le importa a nadie, porque ha pasado a ser solo un recuerdo: alguien que estuvo y que ya no está. Un espectro invisible que todavía le pesa y le roba el aire.

La enfermera permanece sentada, fumando en silencio, intentando evitar que su mente comience a divagar. No quiere recordar lo sucedido ni los errores que la han traído a este lugar. Solo desea escuchar pensamientos positivos que la ayuden a salir del atolladero en el que se encuentra. Debe actuar con diligencia; el tiempo no está de su lado. Más pronto que tarde darán con el hotel, y no quiere ni imaginar lo que sucederá si la atrapan.

«Tengo que buscarme otra afición —medita en silencio dejando escapar el humo por un lateral de la boca—. Esta mierda es demasiado peligrosa, aunque está claro que me va la marcha».

—Bueno… a tomar por culo todo —masculla al tiempo que se levanta y aplasta el cigarrillo contra una de las paredes, dejando un rastro de ceniza.

Antes de vestirse, echa un vistazo a su teléfono móvil para comprobar la hora. Es pasada la medianoche. No quiere asustarse, aunque sabe que, de una forma u otra, el miedo siempre termina colándose. Sopesa las distintas rutas que podría tomar para llegar al aeropuerto Charles de Gaulle, pero encuentra objeciones llenas de sombrías intenciones en cada una de ellas. Al final opta por el trayecto más largo, pensando que será el último que imaginarán que tomará. Se moverá por calles poco transitadas, protegida por la oscuridad y la lluvia. Cruzará barrios en los que la gente se preocupa solo por sus asuntos y espera que los desconocidos hagan lo mismo. Caminará por aceras en penumbra, y solo en el último tramo tomará un taxi. Andar la tranquilizará y quiere pasar

el tiempo justo en el aeropuerto antes de embarcar. Cuesta imaginar a alguien huyendo de una gran ciudad a pie, recorriendo calles peligrosas y desoladas, pero esa es su apuesta.

Mientras se sube los vaqueros, piensa que sería fácil quedarse allí, tumbada en la cama de ese hotel, esperando —rezando— para que todo se arregle. Como si la vida pudiera ordenar sus piezas por sí misma. Pero eso no sucederá. Lo sabe. Nada se arregla solo. No aquí. No ahora.

La enfermera es consciente de que, si la cogen, su cuerpo será arrojado a un callejón oscuro y húmedo. Seguro que la degollarán, pero antes le envolverán la cabeza con una bolsa de plástico hasta casi asfixiarla, dejando el pavor atascado en su garganta. Con suerte, a pesar del hálito de vida que le permitan conservar, no notará del todo cómo le quiebran los huesos en tantos lugares que se deformará, hasta convertirse en una masa de carne informe y doliente. Por último, cuando se cansen de infligirle sufrimiento, le rajarán el cuello y la arrojarán a la basura. Su cuerpo, sucio y violentado, dejará un pegajoso rastro de sangre que atraerá a las ratas, las cuales mordisquearán su vientre pálido, como la panza de un pez, con sus asquerosos dientecillos. Porque, para quien no lo sepa, París es una ciudad infestada de roedores. Tanto es así que forman parte de la vida cotidiana, y los parisinos se han acostumbrado tanto a su presencia que están intentando diseñar un plan de cohabitación pacífica con ellos.

Relámpagos.

Truenos.

—Por Dios, deja de desbarrar —se dice—. Se te está yendo la olla —musita apretando los ojos mientras se presiona las sienes con los dedos.

Tiene un terrible dolor de cabeza y nada a mano para aliviarlo. Termina de vestirse y ajusta la pistola que ha conseguido en la funda sobaquera antes de cerrarse la cazadora. Una Glock de 9 mm que apenas sabe manejar y que, en este momento, le parece algo superfluo. No confía en que ese trasto pueda salvarla de nada.

Se apoya en la pared, absorta, con la mirada perdida en la ventana. El Focaccia Club de enfrente ya ha cerrado. La rue La Fayette, vacía, desierta, como si la ciudad entera hubiera decidido esconderse. Solo un puñado de valientes desafían al aguacero, cenando en la *brasserie* junto al pequeño local italiano, indiferentes al caos que se ha desatado en la ciudad; siluetas borrosas tras el cristal empañado.

El viento ruge. Golpea la ventana con fuerza, arrastra basura, papeles, lo que encuentra a su paso. Alimento para las ratas. París se ahoga bajo un diluvio inmisericorde. Pero Lola —que así se llama la enfermera— no tiene la intención de hundirse con la ciudad.

Lola Barco vuelve la cabeza y contempla el cuerpo sin vida que descansa en la cama. Por su trabajo, está harta de ver cadáveres, pero algo en el rostro de la mujer la deja hipnotizada. Tiene los ojos abiertos y presenta una mueca en la cara, como si quisiera decir algo. Como si la muerte le hubiera sobrevenido justo antes de hablar. «¿Qué estaría a punto de decir?», se pregunta. Es irónico, pero al final la mujer ha muerto tal como vivía, sin ser capaz de decir lo que pensaba. En esta ocasión ha sido la muerte la que le ha cerrado la boca; en otras, la vida se encargó de silenciarla. Lola entierra esos pensamientos e imagina que a lo mejor solo estaba rezando y se quedó con la oración a medias. Indecisa, se acerca al cuerpo y le baja los párpados con delicadeza. Hace lo propio con la boca, que se le había quedado entreabierta, dejando a la vista la ausencia de varios dientes. Luego camina de espaldas hasta la puerta sin apartar los ojos de su amiga.

—Este mundo no estaba hecho para ti —le susurra al cadáver.

Solo queda una cosa por hacer, pero, al pensarlo, comienza a sudar, y el corazón le late con tal fuerza que parece que se le vaya a salir del pecho y a caer botando en el suelo de la habitación. Sabe que, en parte, se debe a la cocaína y al *moncler* verde que aún corre por su torrente sanguíneo. Se siente al borde del colapso. Ahora es a ella a la que le cuesta respirar, y sus pies parecen haberse convertido en bloques de hormigón, incapaces de moverse. Tiene la cabeza patas arriba, y los pensamientos se le arremolinan,

haciéndole conjeturar cosas que no debería. Es como si el mundo entero se hubiera puesto en su contra y hubiese decidido ir a por ella. La mera idea de salir de la habitación la aterra. La mera idea de quedarse allí la horroriza.

—Venga, Lola… coño —se anima—. Tampoco tienes mucho que perder; ni siquiera hay un gato esperándote en casa.

Lola alarga la mano hacia el pomo cuando, de repente, la puerta se abre de golpe. El hombre es mucho más alto que ella; es un saco de músculos, y su rostro deja claro que está loco de remate. Una media sonrisa morbosa se le dibuja al observar la mezcla de sorpresa y horror en la cara de la mujer. Lola tiene el impulso de echar mano de la pistola, pero, antes de que pueda mover un dedo, el tipo lanza su brazo y la agarra con facilidad por el cuello, bloqueando cualquier movimiento que pretendiera hacer. A pesar de su tamaño, es sorprendentemente rápido. Luego, la empuja hacia el interior del cuarto mientras niega con la cabeza. La escanea de arriba abajo, aleteando sus pestañas rubias perladas de lluvia que esconden unos ojos pequeños, fríos y amusgados, enmarcados por unas cejas casi blancas. No es albino, pero casi.

—¡Mierda, no! —farfulla la mujer, porque, como se le juntan las paredes de la tráquea, no puede gritar.

Lola proyecta el brazo derecho hacia el rostro del hombre, pero, en su situación de desventaja, el puñetazo no alcanza mucha velocidad en su recorrido. El casi albino lo esquiva sin dificultad, le lanza un empellón vigoroso y la mujer cae pesadamente sobre el suelo, levantando una fina capa de polvo. El impulso hace que la Glock salte de la funda sobaquera, se desliza hasta la pared del fondo y se queda junto a la puerta de la terracita.

Con rapidez, el casi albino se lanza de nuevo hacia delante y se abalanza sobre Lola, a la que todavía no la ha abandonado la sorpresa inicial. A pesar de su tamaño, el tío se desplaza con la gracilidad y la elegancia de un bailarín clásico. Tras el empujón, la mujer se queda encajada entre la cama y el mueble bar, situado bajo el televisor. El tipo es grande, mucho, y el espacio es

demasiado estrecho para que se pueda mover sin dificultad, a pesar de ser ágil. El hombre la ataca una y otra vez, pero las reducidas dimensiones del lugar donde Lola yace de espaldas le otorgan cierta ventaja. Sin embargo, no es suficiente para que no encaje algún que otro golpe, lo que provoca que su consciencia se tambalee.

El tipo es grande, mucho, y por eso se agota con facilidad. Y dar puñetazos al vacío cansa. Ahora la descarga de golpes parece sucederse al ralentí, a cámara lenta. Lola aprovecha la situación para reaccionar y contraatacar. La mujer concentra toda su furia y desesperación en el puño derecho, que lanza contra el mentón del casi albino, que alcanza de lleno, para asombro de este. Un asombro que se torna en estupor cuando esta le propina, desde el suelo, una patada en las pelotas como si quisiera que las escupiera por la boca. Y, vista la reacción que le provoca, casi lo consigue. El hombre se dobla de dolor antes de caer fulminado de rodillas, con los ojos en blanco, la boca abierta, la cara desfigurada y las manos agarrándose los doloridos testículos.

De inmediato, Lola recupera la verticalidad y remata la faena estampando la botella de agua mineral, situada sobre el mueble bar, en la cabeza del tipo. El golpetazo contra el parietal derecho suena a estado vegetativo de por vida. El recipiente de cristal estalla en mil pedazos y hace vibrar, como si fuera un diapasón, la cabeza del casi albino, que cae de bruces contra el suelo con un sonido pesado y sordo.

—¡Hijo de la gran puta! —chilla Lola fuera de sí con un tono de voz que no reconoce.

Su instinto y el amasijo de músculos desmadejados a sus pies le dicen que debe salir de allí cagando leches. Antes de dirigirse a la puerta, echa una última mirada al cadáver de la mujer de la cama. Los ojos se le han vuelto a abrir y presentan esa fina capa de barniz mate que en tantas ocasiones ha visto en otros muertos. La expresión de su rostro sigue pareciéndole la de alguien que se ha quedado con ganas de decir algo antes de morir.

Cuando Lola Barco sale del hotel, todavía llueve. Sin saber por qué, comienza a correr. A pesar del esfuerzo, o quizá debido a este, la respiración y el latido de su corazón se regulan y, al cabo de un instante, comienza a sentirse mejor.

Los militares y la policía empiezan a desplegarse también en esa zona de la ciudad.

Allí arriba, en la habitación del hotel, tumbada en la cama, había pensado que no podía más. Ahora, mientras corre por una rue La Fayette desierta, comprende que sí que puede más. Que, para su desgracia, siempre puede más.

Lola sonríe y sigue corriendo. No hay tiempo que perder.

PRIMER ACTO

Ernest Hemingway dijo: «El mundo es un buen lugar, y vale la pena luchar por él». Yo estoy de acuerdo con la segunda parte.

TENIENTE SOMERSET,
Se7en

2

Cádiz, febrero de 2024

El levante saltó anoche, como casi siempre, sin avisar. Porque el levante salta, no entra ni se mueve de altas a bajas presiones. Simplemente se despierta y se precipita como una leona africana sobre una gacela hambrienta. Aparece de sopetón y se larga cuando le viene en gana. Es un aire traicionero que puede volar la cabeza a los forasteros. Un viento que desarbola y arrasa con todo lo que no está bien sujeto, y se apodera de tu alma. Francisco Raíllo es de aquí, pero empieza a estar cansado de tanta corriente. Bueno, en realidad, empieza a estar muy cansado de todo. Se siente sucio y polvoriento. Tiene un organismo repleto de chasquidos, huesos agotados y un corazón que lleva demasiado tiempo sangrando. Es consciente de que hace rato que encara la última curva de la carretera. Y lo sabe no por las señales de su cuerpo, que también, sino por los arrebatos de nostalgia que lo arrinconan cada vez con más frecuencia. Oculto en su casa frente a la playa de la Aceitera, junto al faro de Trafalgar, Raíllo observa insomne cómo el viento arrastra las culpas propias y ajenas de una comarca tan castigada como querida.

El hombre lleva dos días encerrado en casa. Necesita estar solo para zambullirse en su fracaso. El tiempo no ha curado ninguna de sus heridas; siguen frescas y presentes. Lo harán cuando muera, porque así funciona la vida. Por lo menos, la que él conoce. No existe nada mejor que la tierra fresca de un camposanto para eliminar los pesares.

De adolescente, Raíllo abandonó la pesca, el oficio de su padre, para meterse a paterista. El chaval era capaz de enclavar una embarcación cargada de hachís en lugares donde nadie se había

atrevido. Solía bajar a Marruecos a comprar chocolate, y en la barriada del Príncipe encontró a lo mejor entre lo peor: un sargento de la Legión nacido en Dos Hermanas, ferviente devoto de la Virgen de la Esperanza Macarena, con quien trabó amistad. Un tipo duro como el granito que le inyectó en vena la fiebre por el uniforme mientras se ponían hasta las cejas de coca y porros. El sargento bautizó al joven, le dio la comunión y lo acogió en su iglesia de la vida, convirtiéndose en su guía.

En la Legión le enseñaron disciplina, a desfilar, a matar e incluso a follar. Después, la fe duró lo que tuvo que durar. Miembro de la familia de los Osuna, que junto con la de los Palete controlaban el tráfico de costo en Barbate, el chaval había nacido marcado en el amplio sentido de la palabra.

Raíllo se mira en el espejo del baño. La mitad de su rostro está cubierta por una gran mancha negra de nacimiento que se extiende desde la frente hasta el mentón. Por suerte, su único hijo no heredó esa marca. Ese chaval al que enterró la semana pasada, tras meses sin verlo. Ese que, cansado de la cocaína y el hachís, encontró en la heroína su último refugio hasta que una sobredosis puso fin a su vida. Si el caballo adulterado lo combinas con un cuerpo castigado que ya no aguanta mucho más, el resultado siempre es el peor.

Raíllo ha sido muchas cosas: piloto de gomas, gepero, punto, volaor, petaquero, bracero, pero sobre todo legionario. Durante todo un decenio, la Legión le alimentó el estómago y el alma. Lo suyo fue un amor a primera vista. Pero claro, con la mierda que le pagaban como caballero legionario, pronto se vio obligado a buscarse la vida. Y ahora acumula tantos pecados que tiene una lista de antecedentes tan larga como el brazo de Pau Gasol. En toda la comarca, Francisco Raíllo es una leyenda. Ha roto tantos huesos y partido tantas cabezas que su sola presencia le encogería las pelotas al mismísimo Satanás.

El hombre regresa al salón, toma el canuto que había dejado en el cenicero y aspira con ganas. Con el humo, que expulsa con fuerza, se desvanecen los pensamientos nostálgicos y esa puta

sensiblería que tanto le irrita.

Francisco Raíllo, porro en mano, se sienta frente a una ventana que da al mar. Ahí se siente seguro. Es su playa, su territorio. La tierra que ama y odia. La tierra que lo vio nacer y que espera que reciba su cuerpo al morir. Una tierra ni compasiva ni misericorde, pero es la suya. Una que le ha ofrecido tantas victorias como derrotas, pero siempre lo ha tratado con justicia. Al fin y al cabo, a quien mucho se expone, al hacer cuentas, le sale a pagar. Por eso no hay lugar para quejas. A lo largo de todos estos años, podría haber amasado una auténtica fortuna. Sin embargo, no tiene ni un cochino euro. La vida le ha escamoteado todo lo que consiguió, pero, como he dicho, no se queja. Las cosas son como son, no como quisiéramos que fueran. Por eso no se lamenta ni por dentro ni por fuera. No cabe duda: Francisco Raíllo siempre ha sido un hombre práctico.

El sol está a punto de salir. Le encanta ese momento, así que decide saborearlo. En la burbuja de su hogar se siente bien. Fuera, las gaviotas graznan histéricas mientras juegan con el levante. La última vez que habló con su hijo, la conversación estuvo llena de expresiones desagradables, exabruptos y palabras violentas. Pero ahora, incluso después del trágico desenlace, no puede evitar sonreír al recordar el valor que mostró el chico. Ni lloró ni suplicó. Aquella tarde, Raíllo lo echó de casa. El chaval conocía la única regla: nada de caballo en su hogar. Los adictos a la heroína no son de fiar, por mucho que sean hijos de uno.

El chico murió solo, de noche, tirado en un callejón oscuro entre contenedores de basura. Al recibir la noticia, ni siquiera pestañeó. Solo con el paso de las horas la pena comenzó a abrirse paso. Una de intensidad moderada que, poco a poco, se transformó en culpabilidad. Efímera, apenas duró unos minutos. Porque, como Francisco Raíllo no es persona propensa a las mojigaterías y además es un hombre de acción, decidió que el resentimiento fuera el motor de sus últimos meses de vida. Resolvió tomar de la mano a su infortunio y, en un postrero acto de maldad, acabar con todos los malnacidos que se cruzasen en su camino. En definitiva, todo

padre tiene derecho a vengar la muerte de un hijo, y él ha decidido ponerse manos a la obra.

Hoy es día de quimio. El hombre se viste con ropa de domingo, a pesar de que el calendario marca que es viernes. Las enfermeras del hospital de día del Puerta del Mar, donde le administran el maldito tratamiento, no se merecen menos. Aunque le fastidia, a base de sonrisas y buenas palabras han terminado por caerle bien. A pesar de que esa porquería que le inyectan en vena lo deja mareado e indispuesto durante días, pero ajo y agua. No teme a la muerte. En realidad, le importa más bien poco. Solo que ha decidido que, antes de irse, quiere llevarse a unos cuantos por delante. Cabrones que, como él, han hecho sufrir a muchas familias. Gentuza responsable de muertes inocentes que actúa como una auténtica bestia. Según sus cálculos, y por mucho que diga la oncóloga, antes de morir —porque de esta no sale, por más que le inunden el cuerpo con oxaliplatino—, cree que podrá ajusticiar al menos a diez. Sin trámites molestos ni abogados, que siempre lo complican todo. Y si la divina providencia le pone en el camino a un pez gordo, mejor aún: portada asegurada en el *Diario de Cádiz*.

¿Y por qué Francisco Raíllo ha decidido embarcarse en semejante empresa? Desde luego, no es porque las sombras de la noche le traigan pesares imposibles de acallar. Si se lo propone, puede dormir de un tirón, como un bebé. Tampoco es como consecuencia de un ataque de culpa por la vida que ha llevado ni por la muerte de su hijo, a pesar de ese relato de venganza tan teatral con el que, en ocasiones, se engaña. Ni siquiera se debe a la proximidad de la muerte. Porque, en el fondo, por muchas penas que arrastre, ninguna representa una carga tan pesada que no pueda dejarla atrás. Los sucesos suceden porque sí, y las personas van y vienen, sin más. A veces queda un recuerdo distante, pero siempre fácil de olvidar. A lo largo de su vida, Raíllo ha hecho todo lo posible por mantenerse libre de ataduras. No lleva consigo pesos innecesarios; vive siempre ligero, presente y sin cargas. Y, por supuesto, sin la

necesidad de ser perdonado ni de perdonar. De manera que hace lo que hace porque le da la gana y porque puede. Con el pleno convencimiento de que es la forma correcta de vivir y actuar. Por eso, antes de mostrar la baraja de forma definitiva, sueña con darse una buena juerga que le permita llegar al tanatorio con una sonrisa grabada en el rostro. Allí, arropado por las paredes del ataúd, no espera escuchar ni pésames ni palabras de afecto.

Sentado en una de las butacas naranjas del centro de día, Raíllo respira hondo e intenta templarse. Todavía le quedan dos horas de suplicio. Es frustrante que, justo cuando empieza a recuperar el tono vital, tenga que volver al matadero. Para colmo, en su caso, la quimioterapia solo le concede aplazamientos y prórrogas, no cura. Una auténtica putada, aunque, como buen legionario, sabe lidiar con el sufrimiento. Como siempre, al llegar se entretuvo saludando a todas las enfermeras del mostrador. A continuación, cogió una sábana y se dirigió hacia uno de los asientos del fondo, alejados del aire acondicionado. Una vez acomodado, Teresa conectó la aguja al catéter que lleva instalado bajo el cuello, y la mezcla de medicamentos comenzó a fluir desde la bolsa hasta su torrente sanguíneo. Durante el tiempo que permanece enchufado a la bolsa amarilla que cuelga de una pértiga sobre su cabeza, Raíllo suele adormilarse. Hoy, sin embargo, su cuerpo parece no pertenecerle, y se rebela contra las órdenes que le envía el legionario. A regañadientes, el hombre cede y decide distraerse observando al resto de los pacientes. Entre ellos, Raíllo sorprende a uno que le dirige una mirada de desconfianza. Es evidente que lo conoce, pero últimamente tiene la cabeza como unas maracas y le cuesta reconocer a la gente. El hombre no le quita ojo, mirándolo de arriba abajo como si fuese una aparición fantasmal. Raíllo duda, pero al final recuerda quién es. La cabeza pelada y el cuerpo cansado y encogido en el asiento lo han despistado.

Se trata del Peluca, un narco local especialista en pegar vuelcos a los grandes traficantes. Un cabrón con pintas que actúa con contundencia y extrema violencia. Pegar palos a los alijos de los demás es la forma más segura y rápida de forrarte.

—Ese hijo de puta calvo y arrugado me debe varias —masculla mientras rememora su último encuentro, en el que las aguas del Estrecho se tragaron a dos de sus tripulantes.

El Peluca los embistió de forma brutal con su lancha, sin darles tiempo al esquive, y se desató la batalla de Trafalgar a escala doméstica.

Ahora, al verlo allí sentado desprovisto de su melena de Camarón, su físico imponente y los tres cordones de oro que amortajaban siempre su cuello, no parece gran cosa. Como un viejo caimán en su charca, Raíllo entrecierra los ojos, pero no duerme. Remolonea en la butaca y aguarda a que el Peluca le dé pie a actuar. No tiene que esperar demasiado. Más pronto que tarde, todo el que está en la sala tiene que desengancharse de la máquina para ir a mear. Las próstatas agrandadas y las bolsas de suero nunca se han llevado bien.

El Peluca avisa a una de las enfermeras y, una vez liberado de la bomba de impulsión, abandona la sala con paso cansino en dirección a los servicios. El viejo caimán, lleno de odio, abre los ojos y hace lo propio. Mientras se acerca al aseo, palpa con la mano la navaja de mariposa que siempre lleva en el bolsillo, por si acaso. Es un mundo peligroso, nunca se sabe. Raíllo mira a ambos lados antes de abrir la puerta con facilidad. El pestillo cede con un leve empellón. Sentado en el inodoro, la mirada incrédula del Peluca al verse sorprendido de esa guisa es un cuadro. Sus ojos quieren huir de las cuencas. Francisco cierra a su espalda.

—¿Qué coño…? —acierta a balbucear mientras se incorpora con los pantalones en los tobillos y los calzoncillos enrollados bajo las rodillas.

De haberse visto, el Peluca se habría maldecido por la imagen más bien pobre que ofrecía, siendo generosos. Semidesnudo, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la fuerza justa para no perder el equilibrio, su rostro es una máscara de horror, al límite de la broma.

Raíllo cierra el puño y se pasa la lengua, ansioso, por los labios.

El Peluca comprende tarde, mucho, lo que está a punto de suceder. El legionario avanza con una zancada firme y el cuerpo tenso como una máquina de combate. Con una furia contenida, hunde el puño en el estómago del Peluca, que se dobla en dos con un gemido ahogado, sintiendo que el aire le es arrancado de golpe. La vista se le nubla, le tiemblan las piernas, pero se aferra a la consciencia. Raíllo, implacable, le descarga con violencia un segundo golpe en el pecho, un impacto brutal que le sacude el cuerpo de tal manera que cada hueso parece vibrar como un diapasón gigante. La fuerza despiadada del último impacto —un puñetazo seco dirigido al hígado—, que le explota en el costado, provoca que finalmente se desplome de rodillas, jadeando y vencido por la brutalidad del ataque. De su boca comienzan a salir todo tipo de espumarajos, babas y fluidos que le resbalan por el mentón y le empapan el pecho. El pobre desgraciado eructa y empieza a toser, salpicándole a Raíllo los pantalones de domingo.

—Me cago en la puta… —se queja contrariado el legionario—. Pareces una puñetera escopeta de perdigones.

El Peluca, con los ojos en blanco, no le oye. Está demasiado ocupado luchando por no morir. Semiinconsciente, se desploma en el suelo del baño y vomita un revoltijo de restos de desayuno, sangre y bilis. El hedor que emana de ese desconcertante amasijo es una mezcla de miedo y medicina. El tipo ha caído despanzurrado boca arriba. Y, como la gravedad es obstinada y siempre impone su ley, el vómito pronto encuentra el camino de regreso, inundando los pulmones sin remedio.

Raíllo saca la navaja, la de por si acaso, con la férrea decisión de terminar el trabajo. Entre estertores, el pecho hundido del Peluca sube y baja, desesperado por una bocanada de aire que no llega. A pesar de su aspecto débil y enfermizo, su cuerpo se resiste a rendirse, como si aún le quedaran ganas de sufrir. El legionario contempla la escena atónito. Es un espectáculo grotesco, una auténtica fiesta de ajusticiamiento y muerte en directo. «La hostia puta. No me lo puedo creer», piensa mientras cierra la navaja y la guarda de nuevo en el bolsillo. En el suelo, el Peluca emite algo

parecido a un gruñido, seguido de un par de jadeos, varios cabeceos espasmódicos… y, finalmente, se apaga.

Raíllo sonríe como un abuelo bonachón en Navidad que observa desde la ventana la llegada de sus nietos a casa. Para cualquier otro, la escena habría resultado insoportable. Sin embargo, a él no se le despierta nada dentro, salvo risa. Una carcajada irresistible que reprime y le provoca un breve espasmo de dolor en el pecho.

—Contrólate… —se dice observándose al espejo—. Que no estás mucho mejor que ese… —añade mirando por el rabillo del ojo el cuerpo sin vida del Peluca.

Cuando sale al pasillo, un brillo de satisfacción le cruza el rostro. Un cadáver acuchillado en un hospital genera preguntas; un tipo que se ahoga con su propio vómito en plena sesión de quimioterapia solo despierta pena. Con calma, Raíllo regresa a su butaca naranja. Una de las enfermeras le reconecta la aguja al catéter. El batido de medicamentos aún no ha llegado a su vena cuando ya se ha quedado dormido.

3

A pesar del cansancio y el barullo mental, Lola baja a la calle a todo trapo. No espera el ascensor. Hace un cálculo rápido: cuatro plantas separadas entre ellas por diecisiete peldaños suman un total de setenta y ocho escalones, más los descansillos. Si cada una de sus pisadas mide veintiocho centímetros y los descansillos, unos dos metros, apenas tiene que recorrer treinta mal contados antes de llegar abajo. En la práctica, poco más de un minuto; en su cabeza, una eternidad y un millón de kilómetros de distancia.

—Hoy hace un año —repite sin cesar mientras corre hacia las escaleras.

Cada palabra desata una avalancha de pensamientos que enreda aún más la madeja que es ahora su mente. Hace tres días apartó la fecha y la escondió en un rincón de su cerebro, pero de nada sirvió; el drama seguía cociéndose a fuego lento en el escenario principal.

En este momento, con la entereza desbordada como una presa que se resquebraja, la ansiedad y el pánico han tomado el control de su cuerpo. Cada paso es un tormento, y las náuseas la obligan a doblarse sobre sí misma.

La mujer recorre los pasillos a toda velocidad, esquivando a los compañeros del cambio de turno, mientras los zumbidos de los aparatos y monitores llenan el aire. En algunas habitaciones los pacientes aún duermen (las menos); en otras llevan rato despiertos, y en unas pocas, el tiempo se extingue despacio, sin remisión.

Su rostro cansado y pálido refleja fielmente el peso del sufrimiento de todo un año. Su bienestar se ha convertido en una piedra lanzada a un pozo demasiado profundo, acompañada de todo lo que solía hacerla sonreír. Ahora se siente como un pedazo

de carne inerte, un desecho que comienza a encontrar cierto alivio en el dolor.

Una vez en la planta baja, pasa el torno de acceso volando bajito, con la identificación en la mano para evitar que el celador le haga preguntas, dominada por la ansiedad. Al salir por fin a la avenida, entrecierra los ojos como si estuviera chupando algo amargo. El corazón le va a mil, y se tambalea, aturdida. Por un instante, siente el impulso de lanzarse al suelo y romperse la crisma. Son las nueve de la mañana, y la ciudad hace rato que ha dejado de bostezar.

Lleva las últimas diecisiete horas encerrada en el hospital. En el interior del edificio, respirar se convierte en una tarea difícil. Se le cierra la garganta, como si alguien le tapara la cara con un velo que le roba el aliento. El semáforo se pone en verde para los peatones, y cruza a la carrera. Cuando llega al paseo marítimo, el cabrón de su corazón late tan fuerte que parece a punto de salírsele del pecho. Tanto que imagina verlo en cualquier momento rodando por el suelo de piedra caliza.

Lola intenta inspirar y frunce la nariz de inmediato. El oxígeno no le llega a los pulmones. Quiere llorar, pero solo logra emitir un jadeo ronco y fatigado que le retumba en los oídos con un eco sordo. «Voy a morir por gilipollas», piensa justo cuando la reverberación se desvanece.

Como enfermera, sabe reconocer un ataque de pánico nada más mirar a un paciente. También domina todas las recomendaciones necesarias para superarlo sin recurrir a medicación. Sin embargo, fiel al dicho «Consejos vendo, y para mí no tengo», se deja llevar por la angustia. Suda a mares y le tiembla el cuerpo como un flan de vainilla del Mercadona. Uno de esos que a ella le encantan, pero su madre desprecia, pues siempre asegura que eso no es flan. Que los flanes, afirma, «son de huevo y hechos en casa».

Apenas puede caminar. Está al borde del colapso. Un grupo de corredores de edad avanzada pasa a su lado y la observa con extrañeza, pero ninguno se detiene a ayudarla. Mejor. Si llegara a

sufrir un ataque al corazón, lo último que querría sería que unos labios sudorosos, secos y arrugados intentaran insuflarle aire. Por ahí no pasa. Ni de puta coña. Antes, la muerte.

—¡Eh, tú! ¡Aparta!

El bufido del ciclista la hace reaccionar.

—¡Vete a tomar por culo! —le grita mientras se aparta del carril bici—. Joder, es como si el mundo entero se hubiera confabulado para venir a por mí —farfulla recomponiéndose en parte.

Una vez fuera de la dichosa senda, la enfermera se sienta en uno de los bancos de piedra que salpican el paseo. Lola permanece un rato doblada, con la mirada fija en el suelo. Frente a ella, el mar está tranquilo, silencioso. Una alfombra turquesa de bordes dorados que parece prometer una madrugada perfecta para pateras y narcolanchas.

De sopetón, la imagen del cuello hecho jirones del infeliz de Selu irrumpe en su mente, incapaz de evitarla. Las malas pasadas que a veces nos juega la memoria son la leche. Ha pasado un año de una crudeza inaudita. Trescientos sesenta y cinco días y sus noches en los que Selu se ha convertido en un fantasma fiel y solícito. Un espectro omnipresente que no la abandona ni a sol ni a sombra.

Y, sin embargo, a estas alturas le cuesta evocar su mirada vivaracha y su sonrisa perpetua. Paradójicamente, el reguero de sangre que le cruzaba la cara cuando lo encontró muerto en su dormitorio sigue fresco en su memoria, como si nunca fuera a secarse. Ese vívido recuerdo la embarga y la golpea con dureza. Por más que intenta ahuyentarlo, lejos de disiparse, se hace más presente.

El rostro abotargado y degollado de su hermano parece perseguirla. Su mente vaga al azar, saltando de una imagen a otra, cada cual más cruel y maliciosa. Y para el final le reserva la peor de todas: el agujero en mitad de la frente y el líquido cerebral brotando como de un huevo roto.

Lola se lo había advertido en más de una ocasión. Sabía que Selu estaba metido en asuntos turbios, pero nunca imaginó que fueran

de una profundidad tan oscura. Estaba acostumbrada a los rumores que corrían por el barrio. Guillén Moreno es un distrito de gente humilde y trabajadora, un lugar donde la precariedad laboral ha golpeado con crudeza desde siempre. Una barriada de edificios altos de hormigón y ladrillo con cuerdas para tender la ropa y olor a guiso para diez escapando por las ventanas. Entre sus bloques transcurrieron la infancia de Lola y la juventud de Selu. Diez años mayor, su hermano tuvo que enfrentarse a la heroína, el hachís, las jeringuillas en las escaleras y algún que otro ajuste de cuentas. Pero, sobre todo, ambos tuvieron que lidiar con el estigma de pertenecer al barrio de Guillén Moreno. La enfermera recuerda a Selu buscándose la vida, peleando por salir adelante. Primero menudeando de manera flagrante, sin pudor. Más tarde, subiendo la apuesta con operaciones muy ambiciosas, siempre dentro de sus posibilidades. Sin el temor del que trajina en la ilegalidad. Lola no recuerda las veces que su madre se lo advirtió, en especial cuando él empezó a llevar una vida demasiado ostentosa en un barrio en el que el súmmum del lujo era comer tres veces al día. A las quejas maternas, Selu respondía que debía forjarse un nombre y que el dinero era el medio para lograr la tan deseada respetabilidad en el vecindario. Para su hermano, todo se reducía al dinero… y al carácter. Y de lo último iba más que sobrado. Por aquel entonces, ella sentía por Selu una admiración que rozaba la idolatría. Veneraba su orgullo de barrio y la facilidad con la que sorteaba los problemas de la vida. Lola, en cambio, siendo aún una niña, solo veía ante sí un camino plagado de obstáculos con los que tropezar.

A pesar de su teórica mala cabeza, por aquel tiempo el chaval no malgastaba todo lo que ganaba en zapatillas, coches, joyas o en financiar juergas a sus amigos. Lola Barco le debe a su hermano todo lo que es ahora. Fue él quien la animó a continuar con sus estudios y le pagó la carrera de Enfermería. Ella habría preferido estudiar Medicina, pero no quiso abusar. Sabía que el dinero para la matrícula provenía del trapicheo, y seis años de matrículas y libros (en el mejor de los casos) hubieran supuesto mucho trabajo ilícito.

Ella siempre ha sido de pensar que cada uno tiene el futuro

escrito al nacer, aunque en su caso Selu definió el suyo. Es una deuda que la acompañará siempre y que la mantiene ligada a su hermano. Una difícil de pagar y que cada día que pasa siente que aumenta. Una deuda que solo la muerte del asesino de su hermano podrá cancelar. Le debe una vida a Selu. Y una vida solo se puede pagar con otra.

Pasada la tempestad, Lola levanta la mirada. Es principios de mayo, y Playa Victoria aún no se ha convertido en un bullicio de turistas armados con sombrillas que ocultan el mar. Solo unos pocos jubilados pasean tranquilamente por la orilla mientras algún perro juega con una pelota, siguiendo los aspavientos de su dueño en la distancia. Así da gusto.

—Un año… —musita.

En automático y muy despacio, va desgranando los recuerdos del pasado que han bombardeado su mente durante el ataque de ansiedad. Con la mirada fija en la playa, la enfermera intenta organizar sus pensamientos, buscando algo parecido a la comprensión. Es un ejercicio que realiza con frecuencia, aunque nunca tiene éxito. Sin embargo, Lola sigue esperando que, en algún momento, empiece a dar fruto.

Al menos un día por semana Selu dormía en Cádiz, en su casa de la avenida Bahía Blanca, número 9. Los hermanos siempre quedaban para cenar y hablar de sus cosas en el restaurante El Faro. Era una especie de ritual que solo rompían en contadas ocasiones a lo largo del año.

Lola recuerda aquella última cena como si hubiera sido ayer. Él parecía feliz. Incluso pidió postre: la tarta de queso azul que tanto le gustaba. Era poco habitual, ya que solo la comía el día de su cumpleaños. Aquel pequeño detalle despertó en ella un mal presentimiento, pero, al ver que le había cambiado la expresión y que ya no quedaba en su rostro ni rastro del nerviosismo de las últimas semanas, decidió no darle importancia.

Semanas antes, Lola le había preguntado por su inquietud. Selu apenas le dio detalles: que si estaba trabajando en un negocio

importante, que si no debía preocuparse, que si se suponía que el hermano mayor era él. No quiso contarle más y, como siempre, le pidió que no le dijera nada a su madre.

Era ya de madrugada cuando terminaron de cenar. Él le anunció que pasaría un tiempo antes de que volvieran a verse. Ella no pudo evitar mostrar extrañeza, pero Selu cortó cualquier pregunta con suavidad y un beso en la frente. Luego se creó un silencio denso y cargado que apenas duró un instante, pero que Lola jamás podrá olvidar. Esa noche, su hermano pagó la cena sacando un fajo de billetes de un bolsillo más abultado de lo habitual.

A la mañana siguiente, el deseo acuciante de saber más la despertó de golpe. Tras llamar a una compañera para que la cubriera, la enfermera tomó un taxi y se dirigió a la calle donde vivía Selu. Al llegar frente al portal, la invadió un repentino sentimiento de estupidez. Jamás había actuado de una forma tan exagerada, como si todo el orden construido a lo largo de su vida se hubiese desmoronado por un presentimiento absurdo y carente de fundamento.

Tenía las llaves de la casa, pero nunca las había utilizado sin previo aviso. Así que Lola pulsó el timbre del portero electrónico un par de veces y aguardó mientras la desazón le empapaba la espalda de sudor. No obtuvo respuesta. Insistió, y el miedo cobró forma frente a ella: un todoterreno negro, con cristales tintados y el motor en marcha, aguardaba en doble fila al final de la calle.

Con el susto en el cuerpo, introdujo la llave en la cerradura de la cancela y accedió al edificio.

—Lo sé, soy una paranoica de la hostia, pero no puedo evitarlo —anunció al abrir la puerta del piso—. Es lo que pasa cuando tienes un hermano delincuente —bromeó mientras empujaba la hoja de seguridad—. ¿Hola? ¿Selu? —Las preguntas quedaron flotando en el aire, sin recibir respuesta.

Si Lola se esfuerza, aún puede percibir el extraño aroma que aquella mañana saturaba todos los rincones del piso y que le quemó las fosas nasales. Un olor químico que, más tarde, la

Científica le explicaría que respondía al uso de un compuesto con el que habían rociado las habitaciones para borrar cualquier huella o rastro de sangre.

El cadáver de Selu estaba en su dormitorio. En calzoncillos, sentado en el suelo junto a la cama deshecha, con la espalda apoyada en el somier y la cabeza caída sobre el colchón, con la garganta rajada de lado a lado. Por el brutal tajo, el asesino había metido la mano hasta colocar la lengua de su hermano colgando por la abertura sangrante como si fuera una horrible corbata. Los ojos, tan abiertos que parecía que hubiera visto un fantasma, apuntaban fijamente al techo, congelados en una mezcla de asombro y terror. En la frente, un agujero del tamaño de una moneda de veinte céntimos.

Lola no recuerda haber gritado, aunque lo hizo. Ni haber llorado, y lloró a mares. Tampoco recuerda el momento exacto en que llamó a la policía y el piso se llenó de ruidos y rostros desconocidos. Sin embargo, a pesar de las neblinas que cubren su consciencia, se acuerda con claridad de que en ese instante se culpó por no haber hecho caso al presentimiento de la noche anterior.

No era, ni mucho menos, el primer cuerpo desmenuzado por la violencia que veía. Durante el año que pasó en Somalia como cooperante de Médicos Sin Fronteras, la enfermera fue testigo de las barbaries de la guerra y de la capacidad del ser humano para ensañarse con sus semejantes. A lo largo de esos doce meses, Lola, al igual que sus compañeros antes que ella, se convirtió en un testigo incómodo del conflicto. Uno que debía ser silenciado mientras se enfrentaba a riesgos incontrolables y a una inseguridad extrema al tiempo que ayudaba a recomponer el cuerpo de los heridos. En Mogadiscio sobrevivió a una situación insoportable, cargando con un peso que parecía aplastarla a diario. Un peso que solo aliviaban las llamadas semanales de Selu. Esa voz al otro lado del teléfono era su único refugio, la única conexión con la esperanza en medio del infierno.

La experiencia fue dura; demasiadas veces murieron hombres, mujeres y niños soldados en sus brazos. Pero ninguno de ellos era

Selu. De Mogadiscio partió curtida, aprendió a digerir el sufrimiento ajeno sin padecer daños colaterales. Pero de la vivienda de Selu salió rota, con el alma hecha pedazos. Nada en este mundo la había preparado para descubrir el cuerpo asesinado de su hermano ni para enfrentarse al abismo insondable que le dejó su ausencia. Un vacío que la consume. Un dolor instalado en lo más profundo de su ser al que, desde ese día, vive abrazada.

Ha pasado un año y, durante este tiempo, ha intentado convencerse de que no es cierto. De que las corazonadas no existen y de que ella no pudo haber hecho nada para evitarlo. Menea la cabeza de un lado a otro, intentando regresar al presente. Su corazón ya no late desbocado, y parece haber recuperado el control del cuerpo. Inspira profundamente, y el aroma a algas y sal le llena los pulmones. Con determinación, se levanta del banco y se dirige al Duque de Acacias para desayunar.

Alejandro no oculta su cara de preocupación al verla entrar en el bar.

—¿Lo de siempre, Peter? —pregunta al tiempo que levanta una ceja.

Nadie sabe el motivo, pero, entre los múltiples latiguillos del peculiar camarero, el más célebre es el de llamar «Peter» a todos sus clientes. Sin esperar respuesta, la tostadora devora dos rebanadas de pan integral mientras la máquina de café escupe un expreso en una taza justo antes de que Lola acomode el trasero en uno de los taburetes que hay ante la barra.

—¿Una mala guardia? —le interroga mientras le ofrece el café con dos sacarinas.

—Sí… —contesta encerrada en su laconismo.

Como buen doctorado de la barra, Alejandro comprende que Lola —aunque llame «Peter» a todo dios, se sabe el nombre y el primer apellido de cada uno de sus clientes— no está para cháchara. Así que, tras servirle las tostadas, se dedica a serpentear entre los parroquianos, repartiendo simpatía, sabiduría gaditana y, si es necesario, consuelo.

4

Cádiz, febrero de 2023

Hace un año, media hora antes de que Lola metiera la llave en la cerradura y un abismo de dolor se abriera delante de ella al descubrir el cuerpo sin vida de su hermano, Selu sintió el tacto helado de un objeto metálico contra la frente. La sensación fue tan súbita, tan ajena, que por un instante creyó estar atrapado en un sueño confuso. Sin embargo, la presión del metal aumentó sobre la piel y, con ella, una implacable punzada de realidad se filtró en su consciencia, haciéndole saber que lo que estaba a punto de suceder no era un sueño, ni siquiera una pesadilla. Era la realidad, cruda y definitiva.

Apretó la mandíbula hasta que los dientes le rechinaron. Un latido furioso en la sien, la garganta seca, las palabras atragantándosele antes de salir. Pero ¿para qué insistir? Lo esencial ya estaba dicho. Lo demás era ruido. Y el sicario no parecía prestar atención al ruido. Había intentado razonar. Suplicar. Jugar todas sus cartas, pero ninguna había funcionado. El cañón de la pistola seguía ahí, firme, inamovible, tan definitivo como una sentencia. Había pecado de ambicioso y, sobre todo, de tonto del culo.

—Pero qué tonto eres, Selu… —no dejaba de mascullar.

Lo normal habría sido estar cagado de miedo, pero no. En ese momento, no. El pánico que lo atenazaba hacía apenas unos minutos se desvaneció en cuanto el Francés salió de la casa. Entendía a la perfección que su destino estaba sellado: era hombre muerto. Sin embargo, esa certidumbre, en lugar de hundirlo, le dio una extraña fortaleza. Al fin y al cabo, saber con antelación que iba a morir no tenía que ser motivo de desgracia. Bien pensado, incluso podía ser un punto a favor: por un lado, disponía de unos minutos

para prepararse para lo inevitable; por otro, el tiempo que le quedara podía emplearlo en maldecir su puta mala suerte con todas sus fuerzas. Aunque lo último no sirviera de nada, le permitiría liberar la densa y espesa rabia que lo consumía.

El tipo amartilló el arma y le apuntó a la frente. «Este cabrón está loco de remate», pensó Selu. Lo veía en sus ojos. Más allá del hecho de morir —que ya de por sí era una putada—, lo que más le fastidiaba era irse al infierno en calzoncillos, cargando, además, con el peso del fracaso. Por mucho que se hubiera equivocado, no creía merecer la humillación de morir en ropa interior, sin la oportunidad de ponerse unos pantalones antes del final. Acabar de ese modo, vulnerable y expuesto, solo añadía otra capa de desprecio a su vida. Encontrar la muerte de una forma tan ignominiosa no era propio de la gente decente.

Minutos antes de que el sicario amartillara el arma, después de que el frío acero de la pistola le helara la piel y lo arrancara del sueño sin contemplaciones, mientras su cuerpo aún estaba desorientado por ese abrupto despertar, Selu seguía aferrado a una esperanza tan frágil como absurda. Creía —o quería creer— que todo podía arreglarse. Que aún había una salida. Que, en unas horas, estaría en el paseo marítimo, cerveza en mano, viendo cómo el oleaje rompía contra la playa. Pero su cerebro, casi de inmediato, comprendió lo fundamental: la muerte estaba en ese cuarto y ya había tomado una decisión.

Con movimientos lentos, mucho, se incorporó hasta quedarse sentado en el borde del colchón. No era habitual que se levantase tan temprano, menos aún con una pistola apuntándole a escasos centímetros de la cabeza. Pero siempre hay una primera vez para todo.

—¿Qué haces con un solo ojo abierto? —oyó que le preguntaban con un tono sorprendentemente armonioso y agradable, pero cargado de autoridad.

Selu se frotó las legañas con los dedos, sin prisa. Intuía quién era el dueño de esa voz tan característica, y solo imaginar su presencia

le encogió el corazón. Estaba muerto de miedo, y con razón. Hasta el enganchado más tirado había oído hablar del Francés, el narco más poderoso del sur de Andalucía, que controlaba todo lo que se movía en el Campo de Gibraltar, la Janda y la Costa Noroeste de la provincia de Cádiz. Un hijoputa de moral escasa y salud mental poco fiable que solo se regía por sus propias reglas. Un personaje digno de una película de Tarantino: malvado y cruel en extremo.

El tipo se tiene por un respetable empresario de éxito, aunque en realidad es el cacique del hachís y de la coca en el sur de la península. Un Pablo Escobar en plena expansión territorial. Bien mirado, tampoco está mal. En resumidas cuentas, un tío que acojona. Y mucho.

—*Bonjour*, Selu… —lo saludó mientras lo miraba con unos ojos cargados de serena fiereza—. Apestas a miedo. Aunque hay que reconocer a tu favor que ni lloriqueas ni has liberado los esfínteres… todavía. La mayoría lo hace de inmediato, así que, si te apetece, no te cortes. No tienes nada de que avergonzarte.

La dificultad para pronunciar las erres, tan común entre los franceses, no restaba ni un ápice de contundencia a cada palabra que salía de su boca. El Francés vestía un traje de lino beis verdoso y lucía unas fundas dentales de un blanco nuclear, tan brillantes que cegaban al mirarlas. Había algo diabólico en ese hombre. Se decía que, a primer golpe de vista, podía leer tus pensamientos. Al tenerlo frente a él, Selu entendió el origen de esa leyenda urbana: al gabacho le bastaba con echarte un vistazo para que las pelotas se te subieran a la garganta y tres úlceras de estómago te perforaran por dentro. Se esforzó por mantenerse fuerte. Incluso esbozó una sonrisa antes de contestar, pero el temblor en su voz lo delató:

—Hola, *mesié* Francés…

Las ganas de vomitar la tarta de la noche anterior le revolvieron las entrañas.

—Creo que tenemos un problema. Perdón, me he expresado mal. Mi español nunca será del todo correcto. Quería decir que tú tienes

un problema —le explicó—. Me has defraudado, y ahora debes pagar por tus errores. Mala idea la de buscarte la vida por tu cuenta. Has intentado meterme la polla por el culo y, *mon chéri*, aquí el único que se folla a los demás soy yo.

«En mala hora, Selu… En qué mala hora te dio por pensar», se repitió en silencio mientras sentía que las arcadas de bilis comenzaban a subirle por el esófago. «Una lástima que la codicia te perdiera», pensó, deshecho. La voz de su madre, incrustada en su cabeza, le gritaba mil reproches, como cuando no era más que un crío. El «yatedijeyoqueacabaríasmal» y «ereselbichoquepicóaltren» eran los que más se repetían.

—*Mesié* Francés… —balbuceó, encogiéndose más a cada segundo. Las ganas de llorar lo atravesaban—. No me lo merezco, pero le suplico que me conceda una segunda oportunidad. Le juro por mi madre que no volveré a fallarle.

—*Mon Dieu!* ¿Perdón? —preguntó, parpadeando varias veces con incredulidad mientras inclinaba una oreja, como si no lo hubiera oído bien—. Eh… no me parece una buena idea —añadió al tiempo que se acariciaba la barba, meticulosamente recortada.

Luego consultó el reloj y lanzó al sicario que lo acompañaba un leve ademán de impaciencia con la cabeza.

«Me cago en la madre que me parió», maldijo Selu para sus adentros, consciente de que no había mucho más que rascar. En otras ocasiones, aunque las cosas se habían puesto feas, siempre había logrado encontrar una salida. Pero esa vez no. La había cagado. Y a lo grande. Lo sabía, y lo peor de todo era que el Francés también.

—Aaah, Selu… —dijo, volviéndose de nuevo hacia él—. Todos estamos en manos de Dios, así que dejémonos de lamentos. Has jugado y has perdido. *C'est fini*. No estamos en un bazar del Zoco Chico de Tánger, ni soy un vendedor de alfombras con quien puedas regatear. Basta de historias. Karim, déjalo todo limpio cuando termines —ordenó al sicario mientras le lanzaba una mirada de reojo antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Selu cuando se quedó a solas con Karim. En ese instante, lo de morir como que no le venía bien. Sin querer, dos lagrimones del tamaño de garbanzos se deslizaron con suavidad por sus mejillas. Siempre había tenido claro que, en el mundo en que se movía, se mataba y se moría. Y cuando te tocaba lo segundo, solo quedaba joderse y bailar. Así que se jodió, aunque no bailó. En su lugar, sudó, resopló y tembló, todo a la vez y sin solución de continuidad.

En cuanto desapareció el jefe, Karim sonrió. Era evidente que disfrutaba con su trabajo, al que estaba entregado en cuerpo y alma. Gran profesional, pero peor persona. El sicario, de rasgos árabes, tenía un físico peculiar: era alto, aunque menudo y enjuto. A simple vista, no imponía demasiado, pero esa era precisamente su mejor baza. Selu, experto en leer a la gente, sabía que en ese cuerpo había truco, y que imponerse por pura agresividad sería una quimera. Más aún porque había un detalle nada trivial que lo ponía en clara desventaja: la pistola con la que no dejaba de apuntarle a la cabeza. Así que, resignado, decidió probar suerte por la vía diplomática.

—Karim, tío… habla conmigo. Esto no tiene por qué acabar así. Podemos llegar a un acuerdo… —Selu detectó un destello fugaz en los ojos del árabe que lo animó a continuar. Estaba convencido de que podía persuadirlo—. Tengo mucha pasta. Más de lo que el Francés se imagina. Si me dejas escapar, todo ese dinero será tuyo, y no volverás a verme. Tu jefe no tiene por qué enterarse. Me iré del país con una nueva identidad, como los testigos protegidos de la policía. Tienes mi palabra.

Karim se acercó a la cama, se inclinó y basureó con la mirada a Selu. Ni rastro del chispazo de avaricia que había creído ver. De cerca, era más alto y fuerte de lo que parecía.

—Menudo hijoputa eres… —respondió con voz sibilante—. Tu dinero me importa una mierda. El Francés tiene ojos en la nuca y ordena matar gente con la misma facilidad con la que respira. Lo ve todo, lo sabe todo. Y no quiero líos.

—En serio, tío… —Los ojos de Selu suplicaban clemencia—. Te puedo dar ahora cien mil euros que tengo guardados ahí… —Señaló a la rejilla de ventilación del cuarto—. Después te presentaré a unos colombianos que traen coca de Sudamérica. Controlan todo el puerto de Algeciras. Te darán trabajo si se lo pido. Tienen una infraestructura de la hostia y pagan como el jeque del Paris Saint-Germain. Serás el puto rey de la coca. Las mujeres te matarán de tanto follar.

Karim rompió a reír como un lunático.

—¿Sabes? Eres un imbécil, pero tienes gracia —dijo tronchándose—. Puedes ofrecerme lo que quieras, pero nada te librará de palmarla. Y si se te ocurre ponerte a gritar, me cargo también a tu madre y a tu hermana. No creas que el Francés no lo ha considerado, pero parece que hoy se ha levantado de buen humor.

—Como se te ocurra tocar a mi familia, te mato… —lo amenazó con la voz entrecortada, casi enfisematosa—. No me jodas, cabrón…, no me jodas.

Selu comenzó a hiperventilar. Sintió cada vez más densa la atmósfera del dormitorio. El aire le pesaba en los pulmones, casi no podía respirar. Trató de levantarse, pero las piernas, rígidas por la tensión, le fallaron, y terminó desplomado en el suelo, con la espalda pegada al somier. En ese instante, rompió a llorar a lágrima viva.

—Acabemos con esto… —dijo Karim mientras ajustaba a la pistola un silenciador de gran tamaño.

Selu, hipnotizado, observaba cada movimiento. Nunca había visto uno de esos. Había oído que algunos narcos de La Rinconada los utilizaban en sus operaciones, pero siempre pensó que era una exageración.

—¿Has visto? —dijo Karim, consciente de que Selu no le quitaba ojo—. Aún no lo he usado. Estos cacharros hacen que se pierda fiabilidad, es más difícil apuntar. Pero no te preocupes, pienso acertar a la primera en la cabeza. De lo demás, ni te vas a enterar.

—¿Qué es «lo demás»? —logró preguntarle.

A Selu le temblaba el mentón como a un octogenario con párkinson y hasta las cejas de MDMA.

—Eres un hijoputa y un traidor. Se la has intentado jugar al Francés, así que ahora está obligado a enviar un mensaje exprés —le explicó—. Un aviso para cualquiera que, como tú, piense que birlarle un poco de droga es una idea brillante. ¿A que no adivinas de qué se trata?

Derrotado, Selu se sumergió en un trance viscoso. No dijo nada. Solo bajó los hombros y negó con la cabeza.

—Me ha dejado escoger —dijo Karim, rompiendo el silencio—. Y me he decidido por la corbata colombiana. Fácil de hacer y muy efectista.

Entre sollozos y espasmos, Selu comenzó a musitar unas letanías inventadas, porque, en realidad, no conocía ninguna. Sus creencias religiosas fueron siempre inexistentes. Pero la muerte nunca se siente real hasta que lo es y, cuando llega ese instante, incluso el más ateo se aferra a lo sobrenatural.

—Al menos dime quién me ha vendido… —imploró con una lengua de trapo al tiempo que Karim amartillaba el arma.

Gracias al silenciador, el disparo no reverberó en la habitación. Selu, sin ser consciente de ello, mantuvo los ojos abiertos mientras el cañón escupía la bala. Nunca supo que no gritó, ni que, en décimas de segundo, un agujero del tamaño de una moneda de un euro se abrió en su frente. Tampoco supo que una bala en el cerebro generaba tres tipos de presiones: yuxtapuesta, longitudinal y por energía cinética. Pero no le hizo falta: murió casi al instante. Solo le dio tiempo a ver su vida pasar en imágenes, una existencia miserable resumida en diapositivas, y a exclamar un «Hostia puta» que solo él escuchó en la última escena.

5

Cádiz, febrero de 2024

Tras el asesinato de su hermano, Lola comenzó a visitar la comisaría cada semana. Con el tiempo, su presencia en el edificio de la avenida de Andalucía dejó de sorprender a nadie. Han pasado ya cuatro meses desde la última vez que el comisario Odraizola la recibió. El revuelo generado por la madre de la víctima en los medios locales, sumado a la presión de las asociaciones de vecinos —en especial la de Fermín Salvochea, del barrio de Guillén Moreno —, fue tan intenso que el comisario no tuvo más remedio que ceder y reunirse con Lola. Por la paz, una avemaría.

Al principio los agentes siempre la recibían con cordialidad, y el inspector Téllez, encargado de la investigación, no tenía reparos en compartir un café con ella y ponerla al día sobre el caso. Era amigo suyo, al menos lo había sido. Estudiaron juntos en el Columela y compartieron algún que otro porro en su juventud. Sin embargo, parece que no le sentó nada bien que Lola le pidiera a Odraizola que lo apartara del caso y asignara a otro agente debido a la falta de resultados. Para ella, en realidad, el asunto quedó en empate, pendiente de prórroga. Que el inspector afirmara que lo sucedido con Selu cumplía, paso a paso, con el final previsto para un camello de medio pelo —una historia predecible, repetida hasta el cansancio, que no despertaba interés alguno y, mucho menos, justificaba una investigación— resultó un golpe bajo para Lola. No ayudó en absoluto; al contrario, alimentó el fuego de su frustración y su necesidad de justicia. Al final, todo se quebró el día que Odraizola le sugirió que siguiera con su vida, que no se obsesionara y que aprovechara para tomarse unas vacaciones y descansar. A lo que ella, firme, respondió: «Tú dedícate a averiguar quién ha

matado a mi hermano, que de lo demás ya me preocupo yo».

Así que, con el tiempo, y debido a las palabras de más, las acciones de menos y, en gran medida, a su obstinación, los silencios y las miradas huidizas se han convertido en la norma en la comisaría. La paciencia de la gente se agota con facilidad, y aunque muchos aseguren que pueden imaginarse el sufrimiento de la enfermera, en realidad no tienen ni la más mínima idea.

Hoy Lola se ha dejado llevar. Tras desayunar en el Duque de Acacias, se ha montado en el uno y ha bajado en la parada de las Tres Marías.

—Puta suerte… —masculla cocinando a fuego lento su mala leche mientras aguarda para cruzar.

Cuando el muñequito se pone en verde, Lola emite un suspiro con sabor a hiel y comienza a caminar pisando el asfalto con redoblada intensidad.

A la entrada de la comisaría, varios agentes conversan animadamente. Entre ellos está Téllez riendo y charlando como si no tuviera otra preocupación en el mundo. Cada tanto, el inspector muestra la pantalla del móvil a sus compañeros y provoca carcajadas que perforan los oídos y las ganas de Lola. Un grupo de hombres riendo, con el rostro encendido, revoloteando alrededor de un teléfono… Es fácil imaginar el contenido del vídeo que les está enseñando. No todos los tíos son iguales, pero casi. Y más conociendo al inspector como ella lo conoce. Buen tipo, sí, pero más salido que un adolescente en plena pubertad. Si el físico se lo permitiera, estaría todo el día follando hasta perder el conocimiento, pero como su belleza es distraída se tiene que conformar. A escasos metros del grupo, Lola alza la barbilla y fija la mirada con aire de superioridad. El gesto, más que nada, tiene un carácter defensivo; no quiere que se note cómo se encoge dentro de la ropa.

Cuando Téllez se percata de su presencia, cuya sola aparición parece enrarecer el ambiente, reacciona bloqueando el móvil y

dejando que un rubor evidente le bañe las mejillas. La expresión de repulsa que aflora en el rostro de los agentes no le resulta desconocida a Lola. Los semblantes alegres de hace un momento se han transformado en caras de «quéhaceaquíesta» y «malditalagraciaquemehace».

—¿Qué narices haces aquí? —pregunta Téllez, masticando cada palabra.

—Buenos días, inspector… —replica Lola sin inmutarse—. ¿Dándole al porno de buena mañana? —añade cuando está a su altura.

Ahora el inspector está cabreado y le contesta cabreado:

—Lola, tengo claro que me culpas de todos tus problemas. Pero, si no es mucho pedir, descarga tu mala leche con otro. Te recuerdo que aquí el único que la cagó fue Selu: eligió juntarse con quien no debía y le salió mal.

—Vete a la mierda, Téllez… —responde intentando que la voz le flaquee lo justo.

Vuelve a abrir la boca, lista para escupir veneno, pero en el último segundo decide tragárselo. En este momento, los sentimientos son un lujo. Los antiguos amigos permanecen en silencio, frente a frente, durante unos instantes. Se muerde el labio inferior mientras reúne paciencia; no quiere montar un espectáculo en la puerta de la comisaría.

—A ver, Lola, ¿qué crees que hemos estado haciendo todos estos meses mientras tú llorabas y dormías? Ignoras los entresijos de la labor policial. Por ciudadanos como tú, a veces me pregunto si vale la pena nuestro trabajo.

—Mensaje recibido —responde con indiferencia—. Ahora, si no te importa, tengo que hablar con Odraizola; hace tiempo que no lo visito.

En cuanto Téllez apareció en su campo de visión, supo que esto iba a ocurrir. Sus encuentros siempre son una invitación a medir las fuerzas con él. Tras completar el protocolo de rigor —reproches e insultos varios—, Lola accede a las dependencias policiales

conteniendo la respiración y reuniendo toda la dignidad que puede en cuestión de segundos. Mientras sube las escaleras tan erguida como le permite su metro sesenta, siente la mirada de los agentes clavada en su espalda y, por qué no decirlo, también en su trasero, que, como siempre le recuerda su madre, es precioso.

Odraizola alza ligeramente las cejas y mueve la cabeza completamente rasurada de lado a lado, muy despacio. Una testa tan imponente como la del comisario no se mueve a la ligera. La inclina con lentitud, como si estuviera respondiendo a una pregunta profunda que nadie ha formulado. Al mismo tiempo, empuja hacia el centro de la mesa el expediente del asesinato de José Luis Barcos Carrasco, «Selu».

—Sé que la herida es grave y que nunca curará del todo —dice—. El caso de tu hermano es frustrante para todos. Téllez no llevó mal la investigación, al contrario. Además, el trabajo policial es un esfuerzo de equipo. Tu opinión se basa en prejuicios injustos.

Lola frunce la nariz como si las palabras que salen de la boca de Odraizola olieran mal.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta a la defensiva—. Entonces ¿qué? ¿Olvidamos el caso, así, sin más?

El comisario tuerce el gesto, sopesando qué responder. Lola le cae bien, y sabe que no está nada contenta con cómo se ha desarrollado la investigación. A decir verdad, él tampoco, aunque nunca lo admitirá. Los recursos humanos y materiales de los que dispone son limitados. Solo el patrullaje y el mantenimiento del orden público en la ciudad consumen casi todos los medios de la comisaría. Si a eso se le suma el problema de la inmigración ilegal y el hecho de que gran parte de la chusma nacional que trafica con hachís y cocaína haya decidido asentarse en la comarca, es lógico que la muerte de un yonqui local no se tome con la debida seriedad. Además, este tipo de asesinatos son difíciles de investigar, y sus agentes están al límite. El esfuerzo de todos los que prestan servicio en la comisaría es encomiable. Arriesgan su vida a diario en una lucha constante y condiciones desfavorables, y están

consiguiendo doblegar al crimen organizado que asola la región. A pesar de las exigencias y los riesgos que implica su labor diaria, los policías dejan de lado sus necesidades y las de su familia para dedicarse plenamente a una causa mayor. Ese compromiso y esa convicción inspiran a Odraizola cada mañana y le recuerdan que su trabajo, pese a las adversidades, forma parte de algo más grande: un esfuerzo colectivo por construir un futuro mejor. Pero, consciente de que a Lola todo eso le importa un bledo, opta por hacer lo único que puede: dibujar una mentira con los labios.

—Lola, seguimos trabajando en el caso… —Primera mentira—. No puedo darte más detalles porque pondría en peligro la investigación. —Segunda mentira—. Debes mantener una actitud positiva. Estamos a punto de encontrar al culpable —concluye con la trola más grande de todas, porque hoy Odraizola está cansado y en modo ahorro.

Durante unos segundos, Lola evalúa al comisario.

—Odraizola, que no sabe mentir, ¡coño! —bufa exasperada—. ¿Y desde cuándo tener una actitud positiva detiene asesinos? —espeta con la mirada torcida—. Madre mía, pensaba que no me tomaba por idiota.

Odraizola tuerce el gesto por segunda vez, se pasa las manos por el cráneo rapado al cero y reprime las ganas de lanzar lejos el expediente que descansa en la mesa. Se ahorra el «Yo nunca te mentiría con algo así…» porque sabe que lo ha descubierto. Es irónico que alguien que sobrevivió a lo peor de ETA sea incapaz de manejar la insatisfacción de Lola y todas las emociones que su mente está procesando en este instante.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunta desesperado—. Más allá de todo el trabajo policial que hemos hecho, no podemos avanzar mucho más. Literalmente, todos nuestros esfuerzos han sido infructuosos.

—Literalmente, me da igual… —replica, dedicándole una de esas miradas que es mejor evitar durante una discusión—. Creo que lo lógico sería volver a interrogar a los vecinos, visitar de nuevo el

escenario del crimen, que sigue tal como lo dejó la Científica hace un año, analizar a fondo el sumario del caso, hablar con los policías que participaron en la investigación… No sé, llámeme loca, pero, así a bote pronto, se me ocurren una montaña de cosas que podrían hacerse.

—¿Y cuánto tiempo y recursos crees que nos llevaría todo eso? —responde, un tanto harto—. Y lo que es peor, ¿qué crees que conseguiríamos?

Lola abre la boca para responder, pero las palabras se le atoran en la garganta. Odraizola, adelantándose a su reacción, toma la iniciativa y rompe el silencio antes de que ella pueda articular una sola frase.

—¡Nada! ¡Nada de nada! —exclama, acompañando el berrido de una fuerte palmada sobre la mesa.

La enfermera emite un gruñido de desaprobación mientras el comisario empieza a perder la compostura. El aire en el despacho se vuelve pesado, casi irrespirable. Al percibir la creciente tensión, Odraizola se lleva las manos a las sienes y empieza a masajeárselas en un intento por recuperar la calma antes de que la situación se descontrole.

—Siento decirle que sus palabras son muy decepcionantes…

—Escucha, Lola, creo que deberíamos calmarnos.

Silencio de los de tocar las narices.

—No sé qué esperabas… —continúa, ignorando la estudiada indiferencia de la mujer—. Por el amor de Dios, hemos hecho lo posible para resolver el crimen de tu hermano y encontrar al culpable, pero hasta ahora no lo hemos logrado. Selu era un hombre problemático, con muchos antecedentes. Sabes que se relacionaba con gente peligrosa, personas que no dudan en apretar el gatillo. Quizá cruzó la línea con alguien que no debía y terminó pagándolo caro. Sobrevivir en el violento negocio de la droga no es fácil. Perdona mi franqueza, pero creo que deberías seguir adelante con tu vida. Estás desperdiciando un tiempo precioso.

Ella guarda silencio. Cuando quiere mostrar desinterés por los

consejos ajenos, se limita a no responder. Es su *modus operandi*. Por eso espera pacientemente a que Odraizola se dé por vencido, mientras contiene las ganas de gritar. Al final, se levanta y abandona el despacho, dejando al comisario con la incómoda tarea de convencerse de que no ha metido la pata.

Una repentina certeza invade a la enfermera en cuanto cierra la puerta del despacho de Odraizola. Es una convicción líquida, intravenosa, que la alcanza de golpe y le recorre el cuerpo de la cabeza a los pies. Como una cuchillada traicionera que le revela una verdad incómoda: está sola en esto. Nadie le prestará ayuda en la difícil tarea de buscar justicia.

Lola solo desea que cada uno pague por sus culpas. Selu, por desgracia, ya ha saldado su cuenta con creces, propina incluida; pero aún falta que los que participaron en su muerte se atengan a las consecuencias de sus actos. Se lo prometió a su hermano mientras los operarios del cementerio sellaban la lápida del nicho. Ese compromiso alimenta su obstinación, esa cabezonería ilógica que se le hace bola en el pecho y no la deja respirar.

Quiere justicia, y también desahogarse, gritarle al mundo por no concedérsela. Quiere protestar, como quien reclama un paquete extraviado en una agencia de transporte. Esto no debería haber sucedido, y necesita poner una reclamación. Una que le permita retroceder en el tiempo. Solo un año y un día, nada más. Como una condena. Para regresar al pasado y advertir a su hermano de lo que iba a ocurrir. Correr a su casa, darle un beso y arrastrarlo lejos de allí.

Lola se cruza con Téllez en el pasillo. Tiene que reunir toda su fuerza de voluntad para contener el impulso de darle un bofetón con la mano bien abierta. Porque, para que un bofetón sea digno de ese nombre, hay que usar los cinco dedos; uno de tres dedos no es más que un intento fallido. Por suerte, su antiguo amigo evita mirarla a los ojos, lo que le permite sofocar el impulso.

Cuando finalmente lo deja atrás, concentra todas sus energías en no echar a correr como una loca. Al salir del edificio, un inesperado

alivio la invade. Ha llegado el momento de jugar sus cartas, y, en cierto modo, eso la tranquiliza. Exhala el aire que, sin darse cuenta, ha estado reteniendo en el pecho.

Tiene la boca tan seca que la lengua se le pega al paladar. La ansiedad, los nervios y el leve viento de levante, que apenas le acaricia la piel, no contribuyen a la hidratación. Consulta el reloj: las once y cuarto. Seguro que en algún lugar del mundo es el momento perfecto para disfrutar de una cerveza. Y en Cádiz, por supuesto, también.

6

La noche promete ser despejada. Las estrellas brillarán en el cielo y el viento estará en calma. El desembarco de las dos gomas está programado para las tres de la madrugada. Por la cuenta que le trae, esta noche no puede fallar nada. El cliente que lo ha contratado es el representante de uno de los grandes grupos; tan grande que cuenta con la infraestructura necesaria para importar droga desde Sudamérica. No le importa si son mexicanos, colombianos, peruanos o de cualquier otro lugar. Opera sin distinciones ni preferencias. Solo exige cuatro cosas: seriedad, lealtad, calidad en el producto y un buen precio. Nada menos. Las cuatro patas de una mesa exclusiva.

El encargo de hoy es la prueba definitiva. Si no falla, pasará de jugar en segunda división a competir en la Champions League del narcotráfico. Y el Tanque está harto de partirse la cara en segunda, donde la profesionalidad brilla por su ausencia. En la actualidad, cualquier niñato que gramea para costear sus vicios se cree un puto capo, aunque en realidad apenas mueve mercancía. Pero claro, en una región en la que el paro supera el treinta por ciento, el magnetismo de la pasta rápida y fácil es demasiado seductor.

Sentado en la terraza del Isla Azul, Antonio Pavón, más conocido como el Tanque Pavony, repasa mentalmente el plan, asegurándose de que no quede ninguna tarea pendiente. Porque, aunque vive a portagayola, cuando se trata de trabajo es extremadamente concienzudo. En este negocio, si quieres prosperar, debes ser riguroso. Cualquier desliz puede poner en riesgo el alijo y facilitar los vuelcos. Y él, que tiene mucha calle a pesar de no haber cumplido aún los treinta y cinco, todavía no conoce a nadie al que le guste que le roben por la puta cara.

En este alijo, las gomas y los pilotos corren por cuenta del

cliente, de modo que solo debe encargarse de la vigilancia, el desembarco y el posterior transporte de la mercancía. Minucias. Desde media tarde, tendrá a varios scooteros atentos. Si detectan la presencia de policía o Guardia Civil, deberán avisar de inmediato. Para esta operación ha seleccionado a cinco chavales que casi podría decirse que tiene en nómina, jóvenes que aún no han alcanzado la mayoría de edad, pero no son ni cobardes ni asustadizos, y están ansiosos por trabajar.

Los braceros que esperarán las gomas, ocultos en la playa, son de confianza y están bien pagados. Si suelen cobrar unos mil euros por alijo, el Tanque ha decidido subirles la tarifa a tres mil por cabeza. Nada mal para un trabajo que no durará más de diez minutos. Eso sí, si se pasan de los seiscientos segundos, la cosa se complica.

Para el transporte hasta la guardería —el almacén señalado por el cliente para la entrega—, tiene lista su flota de vehículos prémium: tres Toyota Land Cruiser modificados para maximizar la capacidad de almacenamiento. Todos los asientos han sido retirados, salvo el del conductor, porque no queda otra. Uno lo conducirá él, mientras que los otros dos estarán a cargo de Mortadelo y Bombona.

Del Morta y el Bombona, decir amigos es quedarse corto. Más bien son los hermanos que la madre que lo parió nunca llegó a tener. Les profesa un amor incondicional y sabe con certeza que darían su vida por él si fuera necesario. Y eso que el Morta está pasando por un bache que lo tiene por completo descentrado. El Tanque lo sabe, y por eso dudó en proponerle el trabajo. Pero la decisión ya está tomada, y el tiempo de replantearse las cosas ha quedado atrás.

El Mortadelo consume demasiado, y se le nota. «Apenas pruebo la coca», «Solo unas rayas cuando salgo de juerga en Cádiz o me voy de discotecas por Marbella», «Si quieres, me meto a cura». El problema es que, de los siete días de la semana, seis está de fiesta. Morta solo descansa el domingo, como Dios cuando terminó con sus asuntos. Aunque, bien pensado, podía haber echado la semana

entera y haberse esmerado un poquito más. Pero eso es otra historia.

De tanto darle vueltas a la cabeza, el cortado se le ha quedado frío. Cuando está a punto de llamar al camarero, suena uno de los dos móviles que tiene encima de la mesa. Es el del trabajo, el encriptado, imposible de pinchar. Se rasca la barba con detenimiento al ver que es el Morta el que llama. Les tiene dicho que ese número no es para chorradas, y menos en día de trabajo. Por eso deduce que algo serio debe estar ocurriendo.

—Dime que no te has rajado… —le advierte sin darle la oportunidad de responder—. Me he fiado de ti, pero, como me falles en este curro, te juro por la madre que me parió que se acabó. Tú jódela y verás qué risa cuando los cucarachas nos salten los empastes a patadas en la playa.

—Buenos días a ti también… —contesta de malos modos.

El Morta se siente el blanco de un escrutinio que no le hace maldita la gracia.

—¿Cuántas veces hemos trabajado juntos? ¿Te he fallado alguna vez? —espeta, visiblemente molesto—. Hermano, estás actuando como uno de esos hámsteres histéricos que no paran de correr sin sentido en la rueda…

El Tanque se mesa el cabello ondulado y respira hondo. No es un hombre alto, pero su complexión corpulenta y ancha lo vuelve imponente. Por eso le toma unos segundos llenar de aire ese pecho descomunal mientras trata de calmar la tormenta que se agita en su interior.

—Perdona, pero no hace falta que te recuerde lo mucho que nos jugamos hoy… —dice bajando un poco el tono en señal de disculpa —. ¿Qué sucede?

—Quizá no sea nada, pero he creído conveniente informarte.

Por como habla, se le nota dolido.

—Anoche estuve en Barbate. Llevé a mi madre a cenar al Campero y, antes de que preguntes, te juro por Dios que solo tomé

cerveza sin alcohol…

—¿Y cómo te dio por beber semejante mariconada? —bromea, esforzándose por aliviar la tensión en el Morta, aunque lo que escucha le inquieta profundamente—. Lo normal en ti habría sido meterte unas buenas lonchas de coca y acabar en un puticlub de los caros…

Los clientes que comparten terraza en el Isla Azul, atentos a la conversación, lo miran por encima del hombro con una supuesta máscara de integridad ajustada en la cara que al Tanque le da risa. No le despiertan ningún respeto. Mileuristas que no se meten en el narcotráfico porque saben que son tan tontos que los pillarían en cuestión de días.

—Vete a tomar por culo, Tanque —responde con frialdad, sin rastro de humor—. Como te iba diciendo, anoche, mientras estaba con mi madre, vi al hermano de la Nuria en la barra, acodado y tomando cervezas con un pavo que apestaba a picoleto.

—¿Estás seguro? Mira que ese tío es un chivato de los peores. De los que se van de la lengua por puro aburrimiento. Alguien tendría que haberle reventado las pelotas hace tiempo.

—Por eso lo te digo… —responde, visiblemente alterado—. Como la cosa olía mal, me levanté y me acerqué a ellos, aprovechando para pedirle al camarero otro Cardhu.

—Para tu madre… —apunta, poniendo los ojos en blanco.

—¿Cómo…?

El Tanque casi puede visualizar la escena. Un clásico: el Morta hasta las cejas de whisky y tomando decisiones precipitadas. Aunque insiste en que el Cardhu le ayuda a pensar, en cuanto lleva tres copas su único pensamiento es llenar el vaso de nuevo. Es su hermano, su familia, pero de un tiempo a esta parte se comporta como una cometa a merced de un temporal de levante. Si no endereza el rumbo, con todo lo que sabe, el Tanque se verá obligado a tomar una decisión. Una que lo aterra, porque cambiaría por completo todo lo que ha llegado a creer sobre sí mismo.

—Da igual… Sigue —le ordena.

—Vale… —responde desconcertado, sin reparar en su desliz—. El muy bocazas iba mamado, y ya sabes cómo se les suelta la lengua a los chivatos cuando están cocidos. El caso es que le oí decir que en los Caños se estaba preparando algo grande.

—Pero ¿recuerdas qué palabras usó exactamente?

El Morta se queda pensativo unos segundos, intentando unir las piezas. Al final suelta la única respuesta que el Tanque Pavony esperaba, porque ya lo conoce. Mortadelo es su colega, su amigo, casi un hermano, pero está lejos de ser la mente más brillante que ha pasado por su vida.

—¡No me jodas, Tanque! ¿Qué te crees? ¿Que soy una maldita grabadora de los chinos? —responde el Morta con un tono seco y molesto, dejando claro que no está dispuesto a repetirlo. Entre otros motivos, porque no se acuerda.

Consciente de que su respuesta no es la que su amigo deseaba escuchar, escoge con cuidado las siguientes palabras; tiene la sensación de que a cada frase que sale de su boca le sigue un chirrido incómodo, como de cojinete a punto de romperse, que amenaza con desestabilizar todo lo que está en juego.

—Mira, Antonio Pavón… —comienza.

Cuando el Morta se pone serio, siempre llama a las personas por su nombre completo, apellido incluido. Es una peculiar costumbre que heredó de su madre, que suele hacerlo cuando se le hincha el generoso pecho por el enfado.

—Estuve un minuto entero junto a ellos, entreteniendo al camarero con el tema de los hielos. No conseguí captar toda la conversación, apenas palabras sueltas. Pero te lo juro, el hermano de la Nuria no paraba de rajar. No entiendo cómo lo hace, pero ese mamarracho siempre sabe el quién y el cuándo de cada alijo.

El Tanque se rasca la barba de nuevo mientras evalúa lo que acaba de oír. Solo tiene dos opciones: hacer caso al Morta y suspender el trabajo, asumiendo lo que eso implica, o continuar con el plan. Antonio Pavón es un maestro en lo suyo. Y «lo suyo» no es otra cosa que coordinar alijos y tomar decisiones difíciles. En

situaciones en que las glándulas suprarrenales inundarían de adrenalina el cuerpo del más curtido, el Tanque permanece imperturbable.

Su mente comienza a descartar sin miramientos los argumentos y las justificaciones que podrían inclinarlo hacia la primera opción. Ha llegado demasiado lejos como para recular. En realidad, da igual lo que pueda contarle el Morta. Un amigo, una esposa, un primo, un compañero de hermandad… nadie está libre de tirar la primera piedra. Todos, en algún momento, caemos en contradicciones y debilidades. En este negocio, los rumores abracadabrantes y las habladurías se propagan a la velocidad de la luz, alimentadas por un sinfín de conversaciones en voz alta. Si el Tanque hiciera caso a todo lo que se oye por la calle, nunca saldría de casa. Por eso se decanta la segunda opción, conocida popularmente como «aquí mis huevos».

—Está bien, Morta, no te preocupes —dice con calma para transmitir confianza—. No pongo en duda tu intuición, pero podrían estar hablando de cualquier cosa. Seguimos adelante, eso sí, con más cuidado y precaución. Voy a contactar con los scooteros para que empiecen la vigilancia. Además, desde ya, colocaremos a un par de tontos en los puntos habituales para que no pierdan de vista la playa. Morta, quiero que estés conectado con ellos todo el tiempo. Te los mando a casa para que entregues un teléfono encriptado a cada chaval. Págales mil pavos por adelantado; así no se distraerán ni un segundo.

—Piénsalo bien, Tanque… —advierte con impaciencia y kilo y medio bien despachado de intranquilidad.

—No hay nada que pensar —lo corta de forma tajante, sin dejar lugar a dudas. Al Morta hay que manejarlo como a un cachorro inquieto, siempre con correa corta—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Nos vemos en la playa.

El Tanque Pavony corta la llamada, chista al camarero y le pide otro cortado. Es media mañana y, aunque el calor aprieta, no suda por el aumento de la temperatura. Mientras se toma el café, se da

unos minutos para intentar recuperar el arrojo y la entereza que la información aportada por el Morta ha dinamitado. Conoce bien al hermano de Nuria y sabe que, por un billete de cincuenta euros, es capaz de provocar que se abra un abismo bajo los pies de cualquiera. El Tanque tiene mucho que perder, pero es astuto, y de calle y cautela va sobrado.

Sin pensarlo demasiado, marca un número en el móvil encriptado. Se lo sabe de memoria. Responde una voz susurrante y espesa que hace que el sudor que le recorre la espalda pierda su tibieza al instante, transformándose en una corriente helada. El Tanque Pavony no entra demasiado en detalles, pero no omite nada relevante que la persona al otro lado de la línea deba saber. Cada palabra pronunciada asegura su posición en los oscuros y fangosos terrenos que atraviesa. El alijo de esta noche ya no es solo una operación; se ha transformado en un absceso latente y peligroso, listo para estallar al menor error.

Cuando finaliza la llamada, breve pero intensa, se recuesta sobre la silla de arpillera, en la que apenas hay espacio para su corpachón; resopla y enciende un cigarrillo que enseguida entierra en el cenicero. Se le han quitado las ganas hasta de fumar. No se acostumbra al miedo.

7

La plaza de San Juan de Dios, como casi siempre, está animada. En el puerto hay atracados dos cruceros: uno del tamaño de un pueblo pequeño y el otro, un coloso de trescientos sesenta y cinco metros de eslora bautizado como Icon of the Seas, es una auténtica ciudad flotante. La expectación que ha generado entre la población gaditana la llegada del mayor buque del mundo es directamente proporcional a la fría indiferencia que despierta en Lola. Para ella, los más de quince mil cruceristas que han desembarcado hoy en la ciudad solo significan dos cosas: la primera, que las terrazas de los bares estarán a reventar; y la segunda, más importante, que pedir una cerveza se convertirá en un auténtico deporte de riesgo. Y no tiene el chichi para muchos farolillos.

De milagro, cuando la enfermera llega a la plaza, encuentra una mesa libre en la terraza de La Barra. La cervecería está abarrotada, pero no hay ni rastro de la clientela habitual. Los turistas, la mayoría de pelo rubio y con un tono de piel que recuerda al de un gambón en la paella —fruto de mucho sol y poca protección—, se afanan en beber con entusiasmo. Los ojos de gran parte del personal masculino se deslizan hacia Lola mientras serpentea entre las mesas hasta alcanzar la única vacante. A pesar de las penurias del último año, el desgaste no ha hecho mella física en ella. No es alta ni especialmente guapa, pero el conjunto encierra una belleza armoniosa que ni diez lutos seguidos podrían agrietar. Y eso aunque de un tiempo a esta parte la hermosura de sus ojos verdes se ha teñido de tristeza y aflicción. Pero, como siempre le recuerda su madre, tiene un culo precioso, y ese detalle basta para que los guiris sentados a las mesas vecinas se olviden por unos segundos de su consumición.

Todavía no ha terminado de acomodarse en la silla cuando

aparece ante ella una Estrella Galicia tirada con la precisión de un maestro cervecero, acompañada de un platillo de aceitunas de esas que invitan a chuparse los dedos. Así, tal como Dios manda.

—¡Ay, chica, qué gusto da ver una cara conocida! —la saluda el camarero con una sonrisa que le ilumina la cara—. Llámame loca, pero estoy harta de tanto rubio guapote. Que no te digo yo que no le hacía a uno de estos hasta la declaración de la renta… —añade, señalando con un discreto movimiento de cabeza a un vikingo escandinavo de físico imponente sentado dos mesas más allá—. Pero, hija, ¡qué poca gracia tienen los jodíos! Una pena, con lo buenorros que están.

Lola estalla en una carcajada limpia y contagiosa, como hacía tiempo que no se reía. Es una risotada imprevista, nacida de lo más profundo, de un rincón olvidado que parecía cubierto de polvo. Sin embargo, el instante de alegría le dura poco. En cuanto la enfermera es consciente de ese fugaz momento de felicidad, la culpa —esa compañera constante que lleva un año royéndole las entrañas— le asesta una mordedura feroz, devolviéndola a la realidad.

—Gracias por arrancarme una sonrisa, Chucho —dice Lola con un leve rastro de amargura en la voz—. Y oye, si te apetece liarte con uno de esos chicarrones malajes, adelante. Que la vida son dos días y uno ya lo hemos gastado.

—Déjate, cari… —responde mientras gesticula como si quisiera apartar la idea de un manotazo—. Que los tíos guapos solo traen problemas —añade con un tono que mezcla resignación y certeza —. Además, después de mi último desengaño, necesito tiempo para reconciliarme con el universo —concluye mientras suelta el aire por la nariz en un gesto cargado de disgusto.

Chucho pone los ojos en blanco y, moviendo las caderas, se dirige a una mesa en la que dos cruceristas de físico imponente, claramente borrachos, reclaman su atención a gritos.

—No hace falta gritar tanto, queridos, que ya veo que le habéis cogido el gusto a la cervecita… —dice mientras recoge las jarras

vacías—. Uy, pero qué brazo más grande y bonito, muchacho… ¡Sí que estáis cachas, sí! Y bien mamaditos también, ¿eh?

El camarero le lanza un guiño cómplice a Lola, arrancándole otra de esas sonrisas que parecían perdidas. No cabe duda de que, en poco tiempo, los guiris estarán roncando como motosierras en la piscina del crucero. Es lo que pasa cuando beber cuesta tres veces más en tu país.

Lola toma un largo trago de su Estrella Galicia y deja que el frescor del líquido la alivie por un momento. Luego esconde el rostro entre las manos y suspira profundamente. El episodio en la comisaría de hace un rato la ha afectado más de lo que está dispuesta a admitir.

—Ya sé cómo era mi hermano… —masculla con un tono que mezcla resignación y dolor—, no necesito que me lo echen en cara todo el tiempo.

Lola, tan gaditana como la playa de la Caleta y el aroma a pescaíto frito, se siente atrapada en su tierra. Ahora mismo desearía estar a miles de kilómetros. Mientras observa los cruceros atracados en el puerto, su mente divaga: ¿qué pasaría si se subiera a uno de ellos y desapareciera? Dejar el trabajo, el piso, incluso a su madre… Cortar de raíz con todo lo que la ata. Largarse y que no quede constancia de su paso por el mundo. A veces el deseo de escapar no es más que una forma de buscar un respiro.

—A lo mejor, si te fueras a la mierda, el universo sería maravilloso… —masculla, apurando el último trago de la cerveza. Después resopla y, con un gesto de frustración, vuelve la cabeza, intentando sacudirse el peso de la melancolía y la autocompasión que por un instante la han atrapado.

En cuanto acepta que la murria no se irá tan fácilmente, Lola alza la mirada buscando a Chucho. Necesita repostar, ahogar la tristeza y dejar que el alcohol disipe, aunque sea de forma temporal, el peso de la aflicción que la envuelve. En el interior del local, sus ojos se encuentran con un hombre que, desde la barra, intenta captar su atención de manera insistente. Se trata de Pepe Carbonell, igual

de viscoso que la marca de aceite con la que comparte el apellido. Periodista del *Diario de Cádiz*, conocido en el gremio como el Quitapenas. Su apodo ha dado lugar a infinitas teorías, pero nadie sabe con certeza su verdadero origen.

El Quitapenas es una autoproclamada leyenda viva del periodismo gaditano. Sus chalecos de carga, con múltiples bolsillos y cremalleras, junto a las camisetas raídas que luce con orgullo, son su identidad de marca. De edad incierta —dato que solo conoce la Seguridad Social—, atesora un cuerpo y una salud en pleno proceso de deconstrucción. Le incomoda envejecer, pero disfruta deslumbrando a los reporteros novatos e imberbes que llegan a la redacción con sus historias de abuelo cebolleta. Es el primero en entrar en el rotativo y el último en irse. Pertenece a esa clase de periodistas que aún consideran que su profesión es la mejor del mundo. Es también uno de esos que el *Diario* querría apartar, pero el peso económico de la indemnización correspondiente impide el despido. Demasiados trienios acumulados engordan la cifra. Es, en definitiva, un periodista de otra época. Así que, en este momento, le pagan por beber, fumar y tocarse los huevos. Sin embargo, el Quitapenas no pierde la fe; anhela encontrar esa última historia que lo lleve de nuevo a la cresta de la ola antes de que un infarto lo conduzca al cementerio.

—Tienes pinta de necesitar urgentemente una de estas…

Los ojos de Lola se cruzan con Pepe, quien, con dos jarras en la mano, toma asiento sin pedir permiso. La mujer frunce el ceño y suspira. No le gustan los periodistas en general y, en particular, el Quitapenas no le cae bien, así que le dirige una mirada que podría hacerle derramar la cerveza sobre los pantalones. Carbonell cubrió la noticia del asesinato de Selu, pero, en su afán por destacar, le otorgó al fallecido los galones de un capo de la droga, inflando la historia hasta convertirla en pura dinamita literaria. Como es evidente, el enojo de la enfermera fue de los que dejan cicatrices imborrables.

—Esto es una ofrenda de paz… —dice al percibir hostilidad en la mirada de Lola—. Si te sirve de algo, el artículo no lo leyó casi

nadie. Además, estaba mal escrito; carecía de calidad. Lo siento, mi frustración redactó la crónica por mí.

Lola lo mira con ganas de estrangularlo. El periodista no es precisamente conocido por regalar disculpas. Si se ha tragado ese sapo verde y pegajoso es porque anda buscando algo. De lo contrario, habría lanzado al escuerzo a una charca y pasado a otra cosa.

—Hoy no es el día, Quitapenas —le advierte—, así que puedes meterte tus disculpas por el culo y dejarme en paz.

El periodista duda un segundo si hacerle caso, pero decide ignorarla. Su encuentro con Lola en La Barra no ha sido fruto de la casualidad. La ha estado siguiendo desde que ha salido del hospital, y él ha sido testigo oculto de lo ocurrido a la entrada de la comisaría. Porque el Quitapenas siempre marca en rojo, en el calendario que cuelga de su frigorífico, las fechas importantes. El aniversario del asesinato de Selu está en ese grupo. La experiencia le dicta que, en esos días especiales, las personas suelen comportarse de manera extraña, mucho. Y, por lo que ve, no ha ido errado con Lola. Así que su distraído sentido de la moralidad lo impulsa a insistir.

—No tengo nada que decirte —añade al ver que el hombre no mueve un músculo—. Mi madre te avisó de que no te acercaras a nosotros. Hay que ser muy cerdo y mala persona para seguir insistiendo —continúa, alzando cada vez más la encendida voz—. Has humillado a toda mi familia. No tienes ni idea de lo que hemos pasado, de lo que hemos sufrido.

Lola no se aguanta las ganas. Se vuelve con decisión y le propina una bofetada al periodista. Pero no cualquiera, sino una fina, de esas bien medidas que resuenan más como un sopapo elegante que como un simple cruce de cara. Ni por asomo es de mano abierta; esas se las reserva para Téllez, porque no es cuestión de ir regalándolas sin motivo. El impacto provoca un murmullo apagado entre los presentes en la terraza, rápidamente interrumpido por los vítores de los dos cachas rubios que siguen empeñados en vaciar el

barril de cerveza.

El Quitapenas encaja la agresión con imperturbable calma y le concede a Lola un instante para serenarse. Ya la tiene donde y como quería. «Así se consigue un buen artículo», piensa mientras se acaricia la marca que el bofetón le ha producido en el rostro.

—Perdona… —dice Lola, aún agitada y algo conmocionada por el arrebato—. Me he dejado llevar.

El Quitapenas le sonríe como un encantador de serpientes.

—Mira, sé que he cometido errores, lo admito. Algunos imperdonables… —comienza a decir—. La policía no hará nada para encontrar al asesino de tu hermano, eso lo sabemos los dos. Quiero compensar el daño que os provoqué con mi artículo, tanto a ti como a tu familia. Por ese motivo, deseo ayudarte…

El anzuelo está lanzado. Solo queda que ella lo muerda y lo engulla hasta el fondo.

Lola mantiene la mirada fija en la cerveza. La vergüenza le impide levantar los ojos para mirarlo a la cara. Sus sentimientos, en este instante, son tan contradictorios como inquietantes. Decide apartarlos y dejar que se queden en un rincón de la mente. Los reserva para más tarde, antes de preguntarle:

—¿Por qué y cómo piensas ayudarme? —le espeta al tiempo que lo mira con las cejas arqueadas en un gesto de interrogación.

Pepe Carbonell da un largo sorbo a la cerveza para ganar tiempo. Luego, deja la jarra encima de la mesa y abre los ojos como un conejo en mitad de la noche, embelesado por las luces que se aproximan por la carretera.

—A la primera cuestión, porque soy viejo y me he vuelto blando —responde mientras se encoge de hombros resignado—. Hace unos años ni por asomo hubiera contemplado algo así. Pero, joder, siento que el tiempo se me acaba. No creo que me quede mucho para morir, y eso me da miedo. Mucho. Me aterra pensar que, si existe algo más allá de esto —dice al tiempo que abre los brazos hacia la plaza—, mis malas acciones puedan arrastrarme directamente al infierno, sin posibilidad de redención.

Lola asiente porque no sabe qué responder a eso. Se limita a observar al periodista con ojos de arqueóloga mientras le da un sorbo a su Estrella Galicia.

—En cuanto al cómo… —Pausa para crear expectación—. Conozco a un tipo, Raíllo. Es un caballero legionario que lleva años retirado. Un tío peculiar que conoce a quien se tiene que conocer.

—¿A qué te refieres? —pregunta con más interés del que le gustaría mostrar—. ¿Sabe quién mató a mi hermano? Mira, Quitapenas, no juegues conmigo, que al final la vamos a tener.

Lola lo taladra con la mirada y acerca la cabeza a la del periodista como un muflón a punto de embestir. Él no pestañea y, con aparente calma, decide beberse de un trago media cerveza, ignorando la mandíbula tensa y los puños crispados de la mujer.

—Raíllo conoce a lo mejor de cada casa —dice sin perder la compostura—. Se ha movido por medio mundo y ha visitado los rincones más oscuros del alma humana. Si alguien puede darnos información de primera sobre el asesinato de Selu, es él.

El rechazo que el periodista despierta en Lola crece al ritmo del socavón de dudas que sus palabras están escarbando en su interior. Siente el impulso de protestar, gritar y golpear al Quitapenas, todo al mismo tiempo. «No es justo», piensa. Que sea este personaje tan despreciable el que esté abriendo un resquicio de luz en la espesa oscuridad en que se ha convertido su existencia carece de sentido, no es justo. Pero, claro, la vida nunca lo es, y lo sabe de sobra. Y como la duda es prima hermana de la esperanza, y además ofende, Lola decide lanzarse.

—¿Y qué quieres a cambio? —pregunta sin ambages.

«El pez acaba de tragarse el anzuelo», piensa Pepe Carbonell, regocijado. Lo ha engullido hasta las tripas, y no podrá desprenderse de él.

—La historia… —responde—. Contar la verdad sin atenuantes, aderezos ni añadidos innecesarios. Necesito escribir un último relato relevante antes de jubilarme. Para ti puede que no signifique mucho, pero para mí sería la oportunidad de retirarme con un

mínimo de decencia.

—La que no has tenido en tu puñetera vida…

El Quitapenas no se inmuta ante el comentario y conserva esa expresión neutra que tantos réditos le ha generado a lo largo de los años. En el arte de tocar las narices, no hay quien le gane.

—¿Hay trato? —pregunta antes de finiquitar la cerveza de un segundo trago.

Lola titubea de nuevo. Cuando se trata del Quitapenas, lanzarse no es tan sencillo. Sin embargo, sabe que está acorralada y que la única salida del atolladero está justo frente a ella. Por eso se limita a asentir con la cabeza para cerrar el acuerdo. Mientras, el rostro del periodista permanece impasible, sin mostrar sorpresa ni alegría. Aun así, sus ojos dejan traslucir un tenue brillo de satisfacción, el reflejo del trabajo bien hecho.

8

Las embarcaciones neumáticas han estado merodeando por los acantilados de la zona de la Breña, esperando la señal para acercarse a la playa y proceder al alijo. A unos metros de la orilla, tres Toyota Land Cruiser aguardan la mercancía, desconocedores del aviso del SIVE, el Sistema Integrado de Vigilancia Exterior, sobre dos embarcaciones sospechosas. En realidad, habría dado igual si el sofisticado sistema de vigilancia hubiera fallado. Cuando se trata de sabotear una operación, no hay nada más eficaz que un buen soplo, aunque sea tenue como un susurro en una calle oscura. Tras lo que parece una eternidad, la señal llega y, en cuestión de minutos, las gomas orillan en la playa de Las Cortinas, en Los Caños de Meca.

—Al lío… vamos al lío —susurra el Tanque por el *walkie*, ajeno al caos que está a punto de desatarse en unos minutos. Luego, como un torero temeroso, besa el crucifijo que cuelga de la cadenita de oro que lleva al cuello.

Instantes después, el beso en la cruz se revela inútil mientras el hombre observa con impotencia cómo las sombras se retuercen en la penumbra. Los gritos y las maldiciones se alzan sobre el rumor de las olas. Una mala noche la tiene cualquiera, pero si esta sigue por el mismo camino, pasarán al menos seis años antes de que Pavony pueda disfrutar de permisos de fin de semana. «La cárcel no está tan mal», piensa al tiempo que observa el caos a su alrededor. Incluso se ve con un traje de presidiario, arrastrando los pies por el pasillo que conduce a su celda. Una imagen absurda, claro, porque sabe que en las cárceles españolas la gente viste de calle. Pero, si hay que ponerse dramático e inmolarse mentalmente, se hace y punto. Porque en el fondo el Tanque no siente que esté viviendo algo real; lo experimenta como un mal viaje o una

pesadilla lúcida, de esas que resultan vívidas de una forma inquietante.

Al Bombona ni siquiera le dio tiempo de arrancar el Toyota. En cuanto estalló el caos, el muy capullo salió disparado del vehículo, se lanzó hacia la playa y comenzó a correr con todo el ímpetu que sus piernas podían ofrecerle. Que, dicho sea de paso, no era mucho. Porque correr, lo que se dice correr, nunca lo hizo. En el mejor de los casos, veces contadas consiguió caminar rápido, y ni siquiera eso. Ese burdo intento de carrera terminó costándole la vida. Su cuerpo se desplomó sobre la arena, como si alguien hubiera apagado de sopetón el interruptor que lo mantenía vivo.

La bala le atravesó un ojo, del que todavía rezuma materia gris. Uno de los pilotos de las lanchas, en un arrebato de bravuconería *amateur*, comenzó a disparar como un loco, y uno de los proyectiles tumbó al Bombona. El muy hijoputa maneja un Kalashnikov que al principio el Tanque pensó que era de juguete. Pero vaya si es real. Los policías están agazapados detrás de sus coches o donde buenamente pueden, con la mandíbula tensa y los huevos encogidos como castañas, mientras el piloto les dispara como si fueran mondadientes en el tiro al pichón de la feria. Está claro que lo suyo no es la resolución pacífica de conflictos; ha optado por cortar por lo sano.

—¡Joder, hermano! —le grita el Morta, que lloriquea a su lado—. Estos tíos se pasan de agresivos, ¿no?

El Tanque no sabe qué decir. Antes, cuando un alijo se torcía, como mucho se disparaba al aire y todo quedaba en un encontronazo sin mayor trascendencia. Las partes implicadas entendían que la gente tiene que comer y que, como el trabajo escasea, hay que buscarse la vida. Pero ahora todo ha cambiado. Los episodios violentos se suceden, los asaltos a las comisarías en las que se custodia la droga incautada son habituales y durante las persecuciones se ataca sin pudor a las fuerzas del orden.

Sacude la cabeza y respira hondo. Despacio, con calma y sin agobiarse. Masculla mientras evalúa la situación. Y la situación es

un marrón monumental, pero el Tanque tiene un cerebro privilegiado, diseñado para operar con serenidad en momentos de máxima tensión, como este. Nunca pierde el control, y su mente es capaz de analizar toda la información que recibe con una agilidad extraordinaria. Así que comienza a recabar datos, *inputs* que su cabeza procesa con exactitud, en busca de una solución satisfactoria.

Input número 1: un psicópata asesino con problemas de estrés profesional que, AK-47 en mano, dispara sin descanso. La reacción habitual de cualquier piloto sería huir en la goma mar adentro sin mirar atrás, en especial si no están todos los fardos en la arena, como es el caso. Pero a este tipo le ha salido la vena violenta y no deja de gastar balas. Por el momento, ha destrozado las rodillas de un par de agentes, se ha cargado al Bombona y ha reventado varios vehículos, incluidos dos de los Toyota que esperaban a los braceros y su cargamento. Los trallazos reverberan en la playa como truenos; con cada ráfaga, al Tanque se le remueven todos los órganos.

Ah, y uno de los braceros está tirado en la playa aferrándose el vientre con las manos. Una ráfaga le ha descuajado las tripas, que se le escapan entre los dedos y se esparcen a su alrededor. Por suerte, los demás han salido en estampida. Tipos ágiles y rápidos. No como el Bombona. Esos han corrido como bellacos.

Input número 2: el Bombona. El pobre desgraciado está *game over*. Da pena, claro, pero no es momento de lamentarse. Ya habrá tiempo para llorar.

Input número 3: la policía. Estaban preparados para interceptar el alijo. Conocían el lugar, la hora y el modo en que se llevaría a cabo la operación. No deben de ser menos de veinte miembros de la Judicial, casi todos del Equipo de Delincuencia Organizada y Antidrogas, el EDOA, dispersos por la playa. A dos les han desaparecido las rodillas por obra y gracia del AK-47 que maneja el piloto. Parapetados detrás de vehículos, rocas, árboles o matorrales, intentan repeler la agresión. Uno de los braceros se las tiene tiesas con dos agentes en la arena. «Pues al final parece que

no todos son ágiles y rápidos», piensa el Tanque al ver que al chico le cae una lluvia de patadas y puñetazos.

Entre los uniformados, Pavony cree distinguir a Vázquez Quintana, un cabrón con pinta de comisario de la Policía Nacional en Algeciras, jefe de operaciones de la demarcación. Un tipo con tanto peligro como carisma. Le encanta bajarse al barro, y siempre está donde nadie quiere estar.

Input número 4: a unos treinta metros mal contados—lo que dadas las circunstancias equivale a Marte—, el Tanque detecta una vía de escape: el único Toyota que aún no ha sufrido los estragos del plomo en la carrocería. El resto de los vehículos han sido cosidos a balazos y han quedado inutilizados. Toda la playa está impregnada de olor a grasa y aceite de motor. Para alcanzar el Toyota, tendrán que exponerse por terreno abierto.

El Tanque y el Morta han tenido una suerte increíble. En realidad, se les ha aparecido la mismísima Virgen. Cuando los miembros del EDOA salieron de la maleza corriendo hacia las lanchas, una diminuta duna de polvo blanco estratégicamente ubicada los volvió invisibles. Y ahí siguen, inmóviles como estatuas de escayola.

La idea es rodar, correr y volver a rodar bajo una lluvia de balas que intentarán morderle la carne antes de que alcance su objetivo. Sencillo para un joven aficionado al *parkour*, pero toda una epopeya para alguien como el Tanque, cuyo cuerpo sigue su propio ritmo. Sin embargo, no ve otro modo de salir de esa situación.

Input número 5: si sale con vida, le tocará negociar con el cliente.

Input número 6: si sale con vida, le tocará apuntarse al gimnasio… pero esta vez para ir de verdad.

Input número 7: el hermano de Nuria. Con ese tendrá algo más que palabras. Lo que ha hecho no tiene nombre, y piensa hacérselo saber.

—Morta… Tenemos que llegar al Toyota —dice al tiempo que le indica la dirección en que se encuentra el vehículo—. ¿Cómo lo ves, hermano?

Este menea la cabeza de un lado a otro y se aferra los hombros, intentando abrazarse. El Tanque, de ordinario, le habría dado una leche para sacarlo de ese estado, pero se ve obligado a contenerse y mostrarse comedido.

—No me jodas, Morta… No es para tanto. Solo es una carrerita hasta el coche. Con tanto follón, nadie se dará cuenta.

Lo demás —las balas silbando y la Judicial repartiendo estopa— lo omite por razones obvias. Aunque los gritos, las detonaciones, los impactos en el metal y el olor son suficiente indicio como para pensar que salir de la duna no es precisamente una buena idea.

—En serio, Tanque… —dice en un balbuceo ahogado—. No puedo. Mira al Bombona… No quiero acabar así.

Antonio lo observa con atención. Se fija en cómo tiembla y en cómo las drogas lo están dejando hecho una piltrafa. Tras un instante, palmea varias veces la cabeza despoblada de su amigo. Al acabar, el Morta le dedica una mirada desencantada, quizá porque esperaba una respuesta a la altura del terror que lo paraliza. Algo más emocional. Al parecer, esos golpecitos en la calva es lo mejor que el Tanque puede ofrecerle en este momento.

—Pues tendrás que hacer un poder…

Lo que sucede a continuación es tan inesperado que por unos segundos al Tanque le parece que el tiempo se congela en la playa. Un silencio atónito se apodera del lugar mientras el piloto, absorto en la visión, deja de disparar. Los demás observan sin aliento a un hombre calvo y delgado que, como si una fuerza invisible lo hubiera arrancado de la tierra, se eleva súbitamente en el aire, trazando una parábola imposible que parece apuntar a la luna.

El Tanque es consciente de que es grande —mucho, en realidad —, pero no es del todo conocedor de la fuerza que atesora su cuerpo. Una que, en momentos de estrés, alcanza picos de tal intensidad que se vuelven incontrolables. El contorno de sus bíceps, ahora desdibujados por la falta de ejercicio, sigue imponiendo respeto, y sus hombros continúan empeñados en subestimar la talla XXL.

Así que cuando esos músculos cargados de adrenalina, premura y cabreo a partes iguales proyectan al Morta por los aires, las miradas de admiración se suceden como cuando el estadounidense Ryan Crouser arrojó una bola de 7,260 kilos a una distancia de 23,56 metros en una pista de Los Ángeles, batiendo su propio récord mundial de lanzamiento de peso.

El Morta aluniza en la arena con la violencia de un meteorito. El golpe le vacía los pulmones al instante y lo deja paralizado, incapaz de recuperar el aliento, mientras su cerebro trata de asimilar lo sucedido. Antes de que pueda incorporarse, algo pesado se desploma sobre él, y solo puede gruñir de dolor al oír el sonido de caña rota causado por la fractura de varias costillas bajo los más de cien kilos del narcoamigo que le caen encima. El Tanque ignora los quejidos del Morta y lo obliga a rodar por el suelo. Ambos giran sobre la arena, formando un revoltijo de brazos, piernas y gritos, hasta quedar a un par de metros del Toyota. Entonces Pavony se lanza hacia la puerta del vehículo.

—¡Levántate, coño! —le ordena—. Date prisa, o nos van a freír a balazos.

Haciendo acopio de un pundonor desconocido, el Morta pisa con fuerza la arena con el pie izquierdo y se impulsa hacia arriba. No logra levantarse a la primera, pero al segundo intento consigue incorporarse, a pesar de que el filo metálico de una bala le rasga el brazo. Por suerte para él, la adrenalina ha tomado el control de su cuerpo y ha aparcado el miedo para más tarde. Las balas vuelan de nuevo sobre sus cabezas y van hundiéndose en la chapa del Toyota con un clac metálico y seco.

El Tanque arranca el motor. Las voces resuenan por todas partes. En medio de la playa, distingue al comisario Vázquez Quintana, que los señala con el dedo. Está alertando a parte del grupo para que les corte la huida.

—Jodido cabrón… —masculla mientras pisa el acelerador a fondo —. Qué pelotas tiene…

Antonio Pavón ya no oye los disparos del Kalashnikov, los

improperios rabiosos del piloto se han extinguido. Interpreta que los cojones del comisario, en gran medida, se deben a eso. Don AK-47 lleva un minuto oficialmente muerto. Su cuerpo despanzurrado descansa sobre los fardos de coca, con una bala incrustada en la frente y otra en el centro del pecho. Ambos disparos son tan fatales como fruto de la casualidad. En ese tipo de reyertas, todo hijo de vecino dispara al bulto, y si por casualidad das en el blanco, pues nada, aplausos, vítores y una medalla imaginaria al mérito del tiro improvisado. La segunda narcolancha se ha perdido en la oscuridad del mar.

El vehículo derrapa en la arena antes de saltar como una cabra montesa y salir despedido a toda velocidad. El Morta se agarra al asidero del interior del coche con una mano, mientras se sujeta las costillas con la otra. Cada vez que el diafragma contrae los músculos intercostales y empuja la caja torácica hacia arriba, suelta un aullido de dolor, como si una piraña le estuviera mordiendo los testículos. Comparado con el miedo, que ha regresado hambriento, ese dolor es poca cosa.

El Tanque maniobra, intenta evitar que el vehículo quede varado en la arena. Concentrado en la conducción, solo tuerce el gesto cuando se lleva por delante a uno de la Judicial. El tipo se ha quedado paralizado segundo y medio, el tiempo justo para que lo embistan las casi dos toneladas de acero de alta resistencia, motor y asientos.

El comisario Vázquez Quintana observa impávido la escena mientras se comunica por el transmisor con su equipo, o con lo que queda de él. Cuando el Toyota emboca el camino de salida de la playa, Pavony, con el rabillo del ojo, ve que uno de los todoterrenos del EDOA se les acerca con la intención de cortarles el paso antes de que alcancen la zona asfaltada.

—¡Agárrate, que la cosa se va a poner fea…!

El Tanque podría haberse ahorrado el consejo, porque al Morta le faltan manos para sujetarse a cualquier elemento que le proporcione algo de estabilidad. El trazado que toma el Toyota les

favorece, pero el todoterreno se acerca rápido, en diagonal y con muy malas intenciones. Esquivarlo no parece una opción.

El rugido de los motores es bestial, casi tanto como el choque entre los dos vehículos. La chapa cruje, estallan los cristales. La defensa antiempotramiento del coche del EDOA cumple su cometido. El rostro del Tanque se estrella contra el volante: se parte la nariz y se le llena la boca de sangre. A su lado, el Morta se desgañita mientras rebota en todas direcciones. Es lo que suele suceder cuando los airbags están desactivados.

El conductor del todoterreno sale del vehículo pistola en mano. Vacila, trastabilla dos pasos en dirección al Toyota, pero no llega más lejos. El Tanque extrae la Glock de la guantera —más vale prevenir que curar— y le apunta. No hace falta que dispare. El agente se desploma: prefiere un buen desmayo a morir en acto de servicio.

Sin perder tiempo, Pavony aguanta la respiración y pisa el acelerador a fondo. El motor ruge, los pistones se desbocan y el vehículo vibra como si estuviera a punto de partirse en dos. Casi puede sentir cómo arde el carburante en la cámara de combustión. Por debajo del capó sale un humo negro y espeso. Mal presagio. Pero por ahora el vehículo aguanta y se lanza como un proyectil hacia el asfalto.

El Tanque no vuelve a respirar hasta que están bien lejos de la playa.

9

Tras un día emocionalmente agotador, Lola apenas ha logrado dormir, con la mente revuelta por lo sucedido. No ha sido capaz de mantener a raya los pensamientos, empeñados en dar vueltas por su cabeza. Su cerebro ha estado saltando de un tema a otro, dejando un rastro pesado y pegajoso, con Selu en el epicentro de la tormenta.

Y eso que se acostó temprano, a esa hora en la que la fiesta aún no ha empezado en Cádiz. No como cuando era joven y despreocupada. En esa época siempre encontraba la manera de rebobinar la madrugada para arañar una hora más a la noche. Claro que, al volver a casa al amanecer, sabía poner su mejor cara de primera comunión para amortiguar la bronca materna.

Su madre, que aguardaba despierta su llegada, se tensaba en cuanto ella abría la puerta. No había saludo ni preguntas; solo una inspección meticulosa. Con detenimiento, la recorría de arriba abajo; solo le faltaba olfatearla, como un perro policía. Después venía una bronca tremenda, de esas de padre y muy señor mío que no admiten réplica, mientras la fulminaba con su mirada terrorífica, ensayada un millar de veces para multiplicar su poder de convicción.

Antonia siempre terminaba el numerito llorando, en parte por el disgusto que arrastraba, en parte porque siempre ha sido de montar buenos dramas.

Lola, que se sabía la comedia al dedillo, hacía como que no prestaba atención, pero algo debió de impregnársele, porque entre fiesta y fiesta se centró en estudiar en vez de gandulear como su hermano.

Cuando Selu aún era un enano churretoso, todo eran peleas si

llegaba borracho y algo más. No tenía ni medio guantazo, pero Antonia nunca le puso la mano encima. Ya había soportado suficiente violencia en su vida. Y eso que el chico le soltaba cosas que ninguna madre debería escuchar de su hijo. Pero el agobio con el niño era tan grande que la pobre mujer prefería olvidarlas al instante.

Criar a dos hijos sin padre es duro, pero peor es casarte obligada con un holgazán borracho y cabrón. Antonia siempre decía que lo mejor que hizo aquel hombre fue caerse de espaldas en la Punta de San Felipe mientras estaba pescando.

—Se cayó pa atrás tan estupendamente que se rompió la crisma y me dejó una pensión —suele decir del marido fallecido—. El muy cabrón solo hizo eso bien en toda su puñetera vida.

A veces, en sueños, Lola ve a su hermano. Se le aparece joven y guapo, pero con los ojos desorbitados y vacíos. «Estás loca, quilla», le suelta Selu cuando le insinúa que la droga lo tiene atrapado. «Estás pillado —insiste ella—. No puedes negármelo».

En el sueño, como en la vida real, el chico no se toma nada bien el comentario. «Lárgate de aquí y déjame en paz», responde furioso. Pero Lola no puede evitar acercarse. Solo quiere abrazarlo, aunque siente que está fuera de sí, que podría golpearla. A punto de tocarlo, el cuerpo de su hermano se transforma. Mil púas le brotan de la piel y lo cubren por completo. El abrazo queda suspendido en el aire, imposible. En ese momento, Lola despierta.

Hoy ha tenido el sueño a eso de las tres de la madrugada. Sentada en el colchón, aferrándose las rodillas con las manos, ha decidido que no aguantaba más en la cama y se ha puesto a limpiar el baño solo por hacer algo.

Podría haberle dado por cualquier otra cosa: atiborrarse de pistachos, que le encantan, o comprar chorradas en AliExpress. Pero, como dicen que el trabajo físico aligera la mente, se ha puesto a darle al estropajo y a la lejía como si no hubiera un mañana. Ni por esas ha logrado distraerse.

Derrotada y arrastrando unas ojeras que le llegan al suelo, Lola

camina hacia casa de su madre, sopesando qué hacer con la oferta del Quitapenas. Tiene que decidirse, salvo que un oportuno infarto la libre de la elección. Desde que habló con el periodista, algo en ella ha cambiado. Se ha pasado la noche reflexionando sobre la propuesta, aunque los detalles aún son escasos. Lo único seguro es que el Quitapenas le presentará a alguien que tiene información sobre el asesinato de Selu. A partir de ahí, lo que haga quedará fuera de su control, pero quiere estar al tanto de cada detalle. Quizá sea por ese rigor periodístico que nunca ha ejercido y que ahora, en la vejez, ha decidido reivindicar.

Lleva horas sopesando qué es lo mejor para ella, para su familia y para la justicia, si es que esto último significa algo. No es tonta, sabe que la oferta del periodista es una propuesta de autoinmolación, mas necesita limpiar el nombre de su hermano. Selu no era un santo, pero da igual lo que hiciera en vida: no era el capo mafioso local que pintaron los medios. Se lo debe, y es una deuda que ha contraído consigo misma, una promesa silenciosa que no puede ignorar. No es solo cuestión de justicia ni de limpiar el nombre de su hermano, sino de dignidad, de cerrar heridas abiertas y enfrentarse a la verdad sin medias tintas.

La enfermera duda un instante antes de llamar al portal, inquieta e incómoda. Su desasosiego es evidente, aunque no pueda verse el rostro. Intuye que lleva dibujada en la cara esa expresión ceñuda que Antonia conoce bien, la que anuncia que algo complicado está a punto de venir.

Lola necesita una respuesta antes de que su madre empiece a hacer preguntas, pero no la tiene; además, aún no quiere contarle nada. Así que respira hondo, cuenta mentalmente hasta diez y relaja el semblante antes de pulsar el timbre.

—No me pasa nada, mamá, en serio —dice, intentando sonar convincente—. Y deja ya de insistir con el tema de la comida. Por Dios, que no como mal —miente.

No le apetece seguir con la conversación. Ya no tiene edad para que su madre la interrogue sobre qué le pasa o por el motivo de su

delgadez. Está claro que la profunda arruga en su entrecejo ha hablado por ella.

Antonia no dice nada; se limita a seguir concentrada en lo que tiene al fuego. Y es algo muy serio. A saber: una olla grande llena de agua con garbanzos, alubias, tocino, hueso de codillo, un trozo generoso de carne de cerdo, chorizo, morcilla y el resto de los ingredientes que dan forma a una insuperable berza gaditana. Un guiso típico de invierno que, en casa de Antonia, se come en cualquier momento del año, porque ella es inclusiva y no discrimina a ninguna estación.

La madre de Lola no es obesa, sino gorda. Tiene una gordura de la que se enorgullece, aunque ya está en ese punto en el que empieza a llamar la atención. Nunca se ha considerado una buena madre, siempre demasiado ocupada con los problemas que le rondaban la cabeza. Es cierto, su familia ha sido, cuando menos, peculiar. Valga el eufemismo. Si le preguntan por el padre de sus hijos, manda al infierno, sin dudarlo, a quien sea. Ahora Antonia se siente tan bien como puede estar una madre que hace un año enterró a un hijo. Nunca lo confesará, pero, en cierto modo, la muerte de Selu fue un alivio para ella. Ya no sabía qué más hacer por él. Ni siquiera amputándole las piernas cuando aún era adolescente habría logrado que dejara de trapichear con drogas en el Cerro del Moro.

Antonia llevaba tanto tiempo viviendo con el miedo en el cuerpo que lo había normalizado. Miedo a preguntar. Miedo a saber. Miedo a que su hijo perdiera del todo la cabeza. Miedo a que Selu hiciera algo sin vuelta atrás. En definitiva, un miedo vicario imposible de ignorar.

Ahora que está muerto y enterrado, en ocasiones se pregunta si quizá debería haber luchado menos y vivido más, porque, para el caso… Pero es tarde para ese planteamiento.

Por todos esos motivos y algún otro, Antonia se ha aficionado al vino blanco —dicen que deja menos resaca— y al Marlboro de contrabando, mucho más de lo que su médico del ambulatorio de

La Paz le aconseja.

Lola nota que su madre está triste. Tiene uno de esos días en que la pobre mujer parece no estar para mucho. Hoy percibe su dolor de una manera cruda y vertiginosa.

—Por cierto, niña, a ver si alegras esa cara —le dice, antes de darle un sorbo a la copa de vino que descansa en la encimera—. Así no encontrarás a un hombre guapo que te quite las telarañas de ahí abajo. Y eso que tienes un culo precioso.

Lola pone los ojos en blanco, pero decide no entrar en el juego. Al menos, no del todo, porque no quiere discutir con ella.

—Eso que me dices está muy feo, mamá —contesta con suavidad mientras se sienta en una silla frente a la mesa de la cocina, donde la espera una cerveza.

La estancia es pequeña, sobre todo para alguien de la humanidad de Antonia, que se desplaza rozando todos los muebles. En silencio, la mujer retira la olla del fuego. El cocido podría alimentar a un equipo de rugbi, incluidos suplentes y entrenadores, solo con el olor que desprende.

Antonia apura el vino antes de revolver los cajones en busca de un cucharón de madera. Luego, tras sopesarlo un segundo, decide rellenar la copa con un «Qué coño» como soporte vital de la decisión.

El chorro de Entrechuelos tiembla, como azotado por una corriente de aire inexistente. Una parte se derrama sobre la encimera. Antonia nunca ha tenido pulso de cirujano, pero, desde hace un tiempo, los temblores de las manos han empeorado. Ella lo sabe. Lola también. Incluso su médico de atención primaria se ha dado cuenta, a pesar del mutismo de la paciente. Pero ninguna dice nada al respecto.

Al ver el líquido derramado, Antonia deja escapar entre dientes un «mecagoenmiestampa» mientras limpia la encimera con una bayeta demasiado usada.

—No te lo tomes a mal —dice mientras acerca la olla a la mesa —. Si te doy por saco es porque estoy harta de ver que te pudres

sola. No sé si te has dado cuenta, pero te estás convirtiendo en un auténtico coñazo. Te pasas el día trabajando en el hospital o encerrada en casa. Echo de menos tu risa y esa alegría que siempre llevabas a cuestas.

El asombro de Lola ante lo que acaba de escuchar es tal que casi tira la cerveza. Su madre nunca ha sido de besarla en la frente mientras repite «Mi cielo» como una loca. Ni de acariciar el pelo de sus hijos cuando estos apoyaban la cabeza en sus rodillas. Tampoco de cogerles las manitas para juguetear con sus dedos.

Se podría decir que no es una madre de naturaleza cariñosa. Por eso las palabras de Antonia dejan en su hija una curiosa mezcla de asombro y compasión reflejada en su rostro. Como provistas de un resorte, sus largas pestañas se separan con una extrañeza explicativa que le otorga un aire dramático.

La madre se encoge de hombros ante la reacción de Lola y, acto seguido, comienza a servir generosamente los platos mientras piensa que no tiene sentido alargar más ese tema de conversación. No lo dice, pero su hija opina lo mismo. En el fondo, no son tan diferentes.

El estómago de Lola hace una pirueta de satisfacción cuando el aroma de la berza le inunda la nariz. Un sonoro gruñido provoca que las mejillas se le tiñan de color grana en un segundo.

—¿Hay hambre? —pregunta la madre mientras sirve un cucharón más en cada plato.

En esa casa, el concepto «plato hondo» siempre ha sido muy profundo.

—En realidad, no, pero es que esta berza tuya… —contesta, dándole el primer tiento.

Antonia no puede disimular una sonrisa al tiempo que se sienta al otro lado de la mesa, tras rescatar la copa de vino de la encimera. Junto al plato descansan unas cápsulas en las que Lola no había reparado hasta ahora. Su madre se las echa de un golpe a su gigantesca garganta y se las traga con un buen trago de Entrechuelos. El agua solo tiene sentido para ducharse y para

guisar.

—¿Para qué son las pastillas? —pregunta Lola.

—Para alimentar mi egoísmo —contesta antes de empezar a comer—. A pesar de todo, aún no quiero irme a la tumba. Como a casi todo el mundo, me acojona morir. Pero no te asustes, no pretendo convertirme en una vieja loca rodeada de gatos.

—No digas tonterías, mamá.

La mujer vuelve a encogerse de hombros y comienza a darle fuerte a la cuchara. Madre e hija comen en silencio durante unos minutos, tiempo suficiente para que Lola prepare en su cabeza las palabras justas con las que abordar a Antonia. Porque, aunque no pretendía comentárselo, necesita saber qué piensa de la propuesta del Quitapenas. Busca una censura externa que, de algún modo, le permita echarse atrás sin remordimientos.

No le da tiempo; parece haber percibido sus intenciones con las tripas.

—Ayer hizo un año…

—Sí… —confirma Lola mientras fija la mirada en un generoso trozo de morcilla—. Hace un año que Selu nos dejó.

—Niña, perdona que te corrija, pero Selu no nos dejó… —contesta al tiempo que se le escapa un resoplido con olor a chardonnay—. Un malnacido le pegó un tiro y le cortó la garganta de lado a lado.

Una cucharada de berza antes de continuar; con el estómago vacío, siempre es más difícil hilvanar el discurso.

—No preguntes, pero creo que me queda poco por vivir. Y una de las razones por las que sigo respirando cada día es para ver al hijo de puta que mató a Selu comerse unos buenos años de cárcel. Sé que eso no resucitará a tu hermano de entre los muertos, pero a mí me vale. Aunque está claro que el sistema no funciona, y que la palmaré esperando, porque tanto la policía como los políticos son unos chuflas.

Lola hunde la cuchara en el plato y pesca el trozo de morcilla. No

deja de tener gracia que la monstruosa decisión a la que ha estado dándole vueltas toda la noche la haya tomado su madre por ella. De pronto es como si las piezas encajaran y las dudas se disiparan. Después de eso, las mujeres terminan de comer mientras charlan de trivialidades. Lola quiere creer que hoy ya se ha dicho todo lo necesario sobre Selu. Y no necesita escuchar más.

Antonia abrocha la berza con un lingotazo de whisky DYC que Lola rechaza. A eso de las cinco de la tarde, tras recoger la cocina, se dirige a la puerta sin despedirse. En silencio. Su madre hace rato que duerme a ronquido limpio en uno de los sillones del salón.

10

Si la angustia tuviera forma física, quizá se parecería a un hombre delgado, ni alto ni bajo, ligeramente encorvado, de orejas grandes y calvo que responde al nombre de Mortadelo.

La vivienda de emergencia del Tanque Pavony, ubicada en la urbanización de lujo Novo Sancti Petri, no es grande ni pretenciosa, pero está alejada de las zonas conflictivas controladas por la UDYCO, la Unidad de Droga y Crimen Organizado. En realidad, se trata de un apartahotel de dos plantas con un salón y una terraza que ofrecen unas vistas maravillosas de la playa de la Barrosa.

El complejo cuenta con todas las comodidades de un hotel de cinco estrellas: recepción, dos piscinas, pistas de pádel, restaurantes, gimnasio y unos preciosos jardines para pasear y relajarse. Sin embargo, ni el Morta ni el Tanque están ahora mismo como para disfrutar de tiempo libre. Llegaron de madrugada e intentaron llamar la atención lo menos posible. Por suerte, a esas horas solo se cruzaron con una pareja de ingleses que apenas les prestaron atención, enfrascados como estaban en una disputa, hartos de copas y, por las pintas, no de las baratas.

Antes habían dejado el Toyota en Chiclana, en una nave propiedad de Triunfos el Tanque, S. L., una empresa cuya principal actividad es la compraventa de coches y cuyo administrador único es Antonio Pavón, alias el Tanque. Tras soltar el vehículo —un milagro que no los dejara tirados en mitad de la carretera—, tomaron uno de los coches de la modesta flota de Pavony. Eligieron algo discreto, ya que la noche no estaba para llamar la atención. A saber: un BMW M3 Competition en color amarillo flúor con más alerones que un caza de combate. Discreto. En el mundo del narcotráfico, hay palabras que tienen significados distintos para el resto de los mortales.

El Tanque no puede contenerse y suelta un quejido al tocarse la nariz frente al espejo del baño. Al menos ha dejado de sangrar, pero, Dios, ¡cómo le duele!

—¿Dónde cojones te has metido? —escucha que le grita el Morta desde la planta baja—. Necesito que me vea un médico. Esta mierda cada vez me duele más.

Pavony pone los ojos en blanco y resopla bajito; no es cuestión de torturarse. Desde que han llegado a la casa, el Morta no ha parado de quejarse, y eso lo tiene de los nervios. Ahora no pueden acercarse al ambulatorio, bien lo sabe él. La policía tendrá vigiladas las urgencias de la zona. Si se les ocurre pisar un hospital, caerán sobre ellos. Y no será divertido.

Cuando regresa a la planta baja, se encuentra al Morta sentado en el sillón. Su cara es un pergamino, blanco como papel de liar. Suda a mares y respira como un pez fuera del agua expuesto al sol.

—¿Quieres otra ampolla de Nolotil? —le ofrece—. En casa no tengo nada más para el dolor. Y por ahora no podemos salir. Al menos hasta que se pase el jaleo.

—No me jodas, Tanque —responde apretando los dientes—. Te puedes meter el Nolotil por el culo. Casi no puedo respirar, coño.

Pavony menea la cabeza y resopla de nuevo, olvidándose esta vez de su nariz rota. El latigazo de dolor que siente es poca cosa comparada con la desesperación y el agobio que empiezan a hacer mella en su ánimo, ya de por sí bajo.

Le exaspera que el Morta no se haga cargo de la situación. Además, se ha metido entre pecho y espalda un cóctel de analgésicos y antiinflamatorios que le haría estallar el hígado a un culturista. Y ahí sigue, sollozando como un niño. Le entran ganas de meterle la cabeza en la bañera una y otra vez hasta que se le ponga la cara azul.

—Pues entonces no hables y guarda fuerzas —le ordena con voz seca, aunque lo que realmente le pide el cuerpo es mandarlo a la mierda—. Si cierras la puta boca, esta tarde llamaré al Viti y le diré que se pase por aquí. Hasta entonces, no quiero volver a oírte.

—Pero si el Viti es veterinario… —protesta poco convencido.

—¡Qué te he dicho! —lo reprende al tiempo que le apunta con el índice.

Por la cara que pone, el Morta parece conformarse. Acto seguido, se recoloca las gafas, enluta la mirada y se recuesta en el sofá sobre el lado sano, sujetándose las costillas fracturadas. Luego se queda quieto como un muerto. «Si vistiera una levita, ahora mismo sería idéntico al personaje de Ibáñez», piensa el Tanque al darle la espalda.

Más calmado, Pavony decide refugiarse en uno de los dormitorios. Mientras sube a la planta alta del apartahotel, la nariz vuelve a gotearle y deja un rastro rojo sobre la madera de los escalones. Antes de dirigirse a la habitación, pasa por el baño y toma una toalla manchada de sangre para limpiarse. Al sujetarse la nariz con las manos, se le inundan los ojos de lágrimas. Solo espera que el Viti también tenga algo para él.

Ya en el dormitorio, saca del bolsillo el teléfono encriptado y marca un número. Considera que ya ha esperado suficiente. Ha pasado el mediodía, no tiene noticias y está harto de aguardar. Ni siquiera le da tiempo a saludar.

—Escucha bien —le ordena una voz sibilante al otro lado de la línea—. La buena noticia es que los de arriba han decidido no matarte. Hace solo media hora de eso. Si fuera por mí, no llegarías a la noche, pero, por suerte para ti, no soy yo quien decide. Solo espero que cometas alguna estupidez y tengan que replanteárselo.

El Tanque traga saliva e intenta asimilar lo que acaba de oír. Reconoce la voz de Karim, y sabe que no miente ni trata de vacilarle. Aun así, decide no achantarse y enfrenta el asunto con firmeza. ¿Qué otra opción le queda?

—¿A qué cojones viene esto? —pregunta sin alzar la voz—. ¿Qué se suponía que debía hacer? Nos tendieron una trampa. Alguien, ya sea de tu organización o de la competencia, tuvo que irse de la lengua —se arriesga con la imagen del hermano de Nuria en mente —. La policía estaba apostada en la playa, esperando a que las

gomas orillaran. Nunca tuve ni la más mínima oportunidad.

—¿No has visto los telediarios? —responde con indiferencia—. La familia del gordo de tu amigo está montando un escándalo. Salen en todas las cadenas pidiendo justicia. —Se carcajea—. A veces tu gente puede ser muy graciosa. Justicia es que cada uno reciba lo que le corresponde. Ese gordo seboso obtuvo lo suyo. Solo espero que nadie de su entorno suelte información.

El Tanque se muerde la lengua con fuerza; intenta mantener la calma y evitar que se le escape alguna palabra indeseada. Abajo, el Morta vuelve a gemir como un perro apaleado. «Dios mío, dame paciencia, pero ya», ruega en silencio.

—De eso no tienes que preocuparte —responde—. Mis hombres escuchan y obedecen. Solo reciben la información estrictamente necesaria. El Bombona tenía instrucciones muy concretas: su única tarea era conducir uno de los vehículos hasta una dirección que le daría cuando estuviéramos a salvo en carretera. Ni siquiera sabía dónde estaba la guardería.

Pavony percibe al otro lado de la línea la respiración acechante de Karim. Durante unos segundos que siente eternos, el silencio se convierte en un arma, y la incomodidad comienza a calarle hondo. Es como si el franco-argelino lo estuviera apuñalando sin necesidad de hablar. Puede imaginarlo a la perfección: sus ojos negros, simas insondables que lo devoran todo a su paso, explorando el entorno en busca de alguien a quien engullir.

—Por suerte, ningún policía ha muerto —dice al fin—. No es poca cosa, pero tampoco suficiente. En cualquier caso, no soy yo quien debe juzgar tu actuación de anoche.

El Tanque aprieta el puño de la mano libre hasta que un hormigueo le recorre el antebrazo. Intenta contener la furia que lo invade; sabe que no es el momento, pero le cuesta. Vaya que si le cuesta. Mientras tanto, el Morta sigue a lo suyo: gimotear, gruñir y lamentarse por su puta suerte.

En lugar de mandar a Karim a paseo, descarga la rabia golpeando el colchón con el puño, imaginando que es la cabeza

pelada de su amigo la que está bajo su mano. Luego, con toda la calma del mundo, le pregunta cuál es el siguiente paso. Aunque, en realidad, lo que quiere decir es «¿Y ahora qué cojones va a pasar, moro de las narices?», sin preocuparse por la corrección política.

De fondo, el Morta aúlla como si le estuvieran arrancando las pelotas. El Tanque, cada vez más harto, se plantea cruzarle la cara en cuanto termine la llamada. «El Viti puede olvidarse de las costillas», piensa al borde del estallido. Porque necesitará todo su optimismo para recomponerle el careto.

—No te muevas del apartahotel —le ordena—. Mañana recibirás una visita. Técnicamente, estás en deuda con mi jefe.

Pavony tuerce el gesto, pero guarda silencio. Sin darse cuenta, ha estado bajo vigilancia todo el tiempo, y eso le jode. Tanto como le inquieta. Casi puede ver la sonrisa de suficiencia de Karim al otro lado de la línea.

Técnicamente, le da igual la supuesta deuda que dicen que ha contraído. A su nivel, él también ha perdido una fortuna, y no se ha quejado. Pero ahora mismo solo le importan dos cosas: ganar tiempo y mantenerse con vida. Y ambas van de la mano.

—¿Preparo algo de picar para mañana o ya vendréis comidos? —pregunta, con el orgullo herido y tirando de retranca—. Tiene cojones el asunto…

Al otro lado, primero silencio, seguido de un par de escupitajos bien cargados contra el suelo. Karim detesta la arrogancia y además tiene la mecha corta. Así que, tras pensárselo un instante, responde, esforzándose al máximo por hacerse entender:

—No te pases, o mañana el único que comerá serás tú: mi gran polla morena hasta atragantarte. Y, si no me quedo a gusto, te follaré por el culo hasta reventarte. Que vas de machote y en realidad no eres más que una niña asustada.

El Tanque respira hondo y cierra los ojos, pero la calma no llega. Su mandíbula tiembla un poco, y su mente, saturada por el estrés acumulado en las últimas horas, decide que hasta aquí hemos llegado. Y explota…

—Mira, cabronazo… —masculla con voz temblorosa, ahogada por la rabia contenida.

Pavony traga saliva. «No está mal como arranque —piensa—. Quizá poco elaborado pero directo». Y continúa:

—Estoy cansado, dolorido y, sinceramente, la culpa de la cagada de anoche es vuestra. Expongámoslo de la siguiente manera, Karim: he organizado un alijo impecable, sin fisuras, cuidando cada detalle de la logística. ¿El resultado? Ha muerto uno de mis hombres, tengo a otro destrozado en el salón y, por lo que respecta a las pérdidas económicas, sigo haciendo números. Todo por vuestra incompetencia. Más allá de esto, poco más tengo que añadir. A excepción de que te voy a cortar las pelotas en cuanto te tenga delante, ¡moro de los cojones!

Pues ya está dicho.

Tras el enriquecedor intercambio de opiniones, digno de una sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el Tanque cuelga. Sabe que ha cometido un grave error, pero, por primera vez en mucho tiempo, siente que ha dicho exactamente lo que necesitaba. Y se ha quedado como Dios. Y eso, por ahora, le basta.

El Viti llega al apartahotel a eso de las siete de la tarde. El Tanque pone los ojos en blanco al veterinario en cuanto abre la puerta. Los gritos que llegan desde el salón responden a la pregunta que queda atrapada en la garganta del médico de animales. El Viti no ha cumplido los treinta. Es un chaval gordito, con unos mofletes colorados que siempre le dan un aire sanote. Antes de atender a Pavony y a otros narcotraficantes de segunda, intentó montar una clínica veterinaria, pero el negocio se fue a pique enseguida. La competencia era feroz, sí, pero también tuvo algo que ver el hecho de que, la primera semana, un caniche y un pomerania se le murieran en la mesa de operaciones sin pretenderlo. Ya se sabe, la anestesia la carga el diablo. Por suerte, su madre conocía a la del Tanque. Una cosa llevó a la otra, y ahora es dueño de un salón de belleza canino en el barrio de Bahía Blanca. Un negocio cómodo,

aunque poco lucrativo, que le sirve Pavony como tapadera para blanquear parte de las ganancias del hachís y la coca. Y, de paso, se asegura asistencia médica gratuita las veinticuatro horas del día.

—¿Te duele? —oye desde la puerta que le pregunta el veterinario a su amigo.

Cuando el Tanque entra en el salón, Viti sostiene la mano del Morta mientras lo examina. Se centra en su respiración.

—¿Ha empezado a dilatar? —pregunta Pavony antes de soltar una carcajada—. No soy un experto, pero yo diría que ya ha roto aguas…

El Viti suelta una carcajada que, para su disgusto, suena más histérica de lo que quisiera.

—Sí, sí, vosotros seguid riéndoos —replica el paciente, visiblemente enfadado—. Me duele muchísimo.

El veterinario intenta incorporarlo, pero este no deja de gritar y quejarse. El Tanque se apresura a sujetarlo por la cintura para ayudarlo a levantarse. Tras un rato de sudor, maldiciones y esfuerzo, lo consiguen. Pero el rostro del enfermo no augura nada bueno.

Deciden trasladarlo al dormitorio después de administrarle un jeringazo de morfina. El paso de palio bañado en dolor y sufrimiento dura una eternidad hasta alcanzar la habitación. Ya en la cama, el Morta emite un gruñido, un sonido ambiguo entre el placer y el dolor, mientras el opiáceo empieza a hacer efecto.

—¿Se recuperará o está muy jodido? —pregunta el Tanque en cuanto se asegura de que está dormido.

El Viti se encoge de hombros antes de responder:

—Lo segundo. Creo que una costilla le ha perforado el pulmón. Necesita ir al hospital.

Desde la cama, el Morta intenta musitar algo en sueños, pero su voz es apenas un hilo que se disuelve en el aire. Los ojos hundidos en las cuencas y la piel pegada a los pómulos le dan un aspecto espectral.

«Calma —piensa Pavony—. Ante todo, mucha calma y a capear el temporal», masculla, recordando una vieja canción de Siniestro Total.

11

Han quedado en Vejer de la Frontera, en un bar. ¿Dónde, si no? En la taberna flamenca Caragato, para más señas. Lola se ha pedido un día de libre disposición en el trabajo. O sea, de asuntos propios. Y el asunto propio no es otro que entrevistarse con un delincuente. Porque, por más que el Quitapenas se haya esforzado en endulzar a su contacto, el tal Raíllo debe ser un prenda de cuidado.

Mientras conduce su viejo Seat León por la A-48, Lola no deja de pensar en lo mucho que ha cambiado su mundo desde el asesinato de Selu. En el último año, su vida ha quedado suspendida en un extraño limbo emocional, un terreno incierto del que no ha sabido escapar. Antes de perder a su hermano se consideraba una persona medianamente feliz. Sus mayores preocupaciones eran que el Cádiz C. F. siguiera en primera, el pago de la hipoteca y la visita anual al ginecólogo, con su correspondiente mamografía. Ahora todas esas inquietudes han quedado aparcadas, y la rabia de ser incapaz de retomar su vida se le hace tan dura como insoportable.

No es la primera vez que siente que el suelo se desmorona bajo sus pies. En Mogadiscio, durante el voluntariado, creyó conocer la desesperanza en su forma más cruda. Allí, entre rostros marcados por el sufrimiento y relatos de pérdidas inimaginables, entendió lo frágil que es el equilibrio de la existencia. Pero de alguna manera, en aquel país lejano, la distancia le permitió procesarlo con cierta frialdad, aferrándose a la idea de que su labor tenía un propósito. Sin embargo, cuando la tragedia la alcanzó de lleno, sin filtros ni refugios, se derrumbó y no sabe cómo recomponerse.

Sin previo aviso, los recuerdos de su estancia en Somalia reaparecen en ráfagas, imágenes sueltas que la asaltan de sopetón: los ojos vacíos de una mujer que había perdido a toda su familia, el eco de los gritos nocturnos que aún resuenan en su

mente, el peso de tantas historias que hicieron que se preguntase si alguna vez volvería a sentirse ligera. Y, sin embargo, nunca imaginó que la sensación de vacío podría ser aún más profunda, más cercana, más personal. Esta vez no hay misión humanitaria que la mantenga a flote ni distancia que amortigüe el impacto. Solo le queda la certeza de que algo dentro de ella se ha quebrado para siempre.

Y, para colmo de males, está a punto de adentrarse en un mundo detestable poblado de seres indeseables. Es como si, por voluntad propia, estuviera metiéndose en la boca del lobo. Uno llamado Raíllo. Mientras avanza hacia su encuentro con la mirada fija en las curvas de la carretera, siente que los días en que el brillo cromado de la rutina cegaba su existencia han quedado definitivamente atrás.

No hace calor, pero baja un poco la ventanilla para que entre aire limpio. Los nervios le atenazan el estómago y siente náuseas. Enciende la radio para intentar distraer la inquietud que revolotea en su cabeza como moscas de la fruta.

En Ser Cádiz, la locutora anuncia la aprehensión de un alijo de hachís en la playa de Las Cortinas, en Los Caños de Meca. Lo hace con tanta emoción que parece narrar un gol del Real Madrid en el último suspiro de una final de la Champions. Minuto y resultado: dos narcotraficantes muertos y varios policías heridos, aunque no se teme por su vida.

«La moda de desatar emociones en directo se les está yendo de las manos… La autenticidad parece haberse transformado en un espectáculo diseñado de forma cuidadosa para captar la atención del público», reflexiona Lola mientras apaga la radio y acciona el intermitente para tomar la salida 36 hacia Vejer y Los Caños de Meca, justo a su derecha.

Deja el Seat en la parte baja del pueblo, en una pequeña bolsa de aparcamientos accesible desde la plaza de la Paz, donde se ubica la taberna. Ha tenido suerte: encontrar sitio ahí es tan improbable como ganar el bote del Euromillones.

Se ha citado a las dos dentro del local. Por la hora y el lugar, sospecha que Pepe Carbonell busca una comida gratis. No sería raro: el periodista es un experto en el arte de zampar de gorra. «Pues lo lleva claro», masculla mientras se acerca al bar. Consulta el reloj. Ha llegado con tiempo de sobra, así que decide dar un rodeo para ordenar las ideas.

Siempre le ha relajado perderse por las calles estrechas de algún pueblo, rodeadas de casas encaladas, azulejos y balcones llenos de flores. Antes, cuando solo te cruzabas con los vecinos de siempre, era un refugio de calma. Ahora, convertido en escenario de Instagram, la tranquilidad ha desaparecido y ha sido sustituida por el bullicio de turistas en busca de la foto perfecta, el murmullo incesante de conversaciones ajenas y el parpadeo constante de pantallas que capturan cada rincón, transformando la autenticidad en un escaparate digital.

A pesar de todo, Lola consigue enfocar sus pensamientos y definir una estrategia. Escuchará al exlegionario, aunque sabe que hay una alta probabilidad de que sus palabras estén contaminadas por las oscuras intenciones del Quitapenas. Porque si algo tiene claro es que la supuesta generosidad del periodista en todo este asunto es opaca y desconcertante.

Cuando llega al local, aún quedan diez minutos para la hora fijada. Hay bastante gente, y casi todas las mesas están ocupadas. Lola se sienta en la barra. El camarero la saluda con un «quévaser», acompañado de una sonrisa cansada, deslavazada, que delata una noche larga y una jornada que promete ser dura.

Pide una cerveza y una tapa de mojama de atún, aunque en realidad mataría por unos huevos fritos con jamón y cebolla. En un pestañeo, la caña y la tapa aparecen ante sus ojos. Se bebe la cerveza en dos largos tragos y, antes de limpiarse la espuma de los labios, el camarero ya le ha servido otra. Como para no creer en la magia.

El local comienza a llenarse, y ni rastro del Quitapenas. Un grupo de turistas entra armando barullo. Uno de ellos silba, maravillado

por la decoración de la taberna: fotos de cantaores de culto y escenas costumbristas cubren las paredes, y sus arcadas y terminaciones toscas le dan un aire a cueva del Sacromonte granadino.

La litografía de Camarón de la Isla, que preside una mesa, despierta una curiosidad especial entre los extranjeros, que alzan la voz, molestando visiblemente al hombre que ocupa el lugar. Su aspecto llama la atención de Lola. No solo por la gran mancha negra que cubre la mitad de su rostro y le da pinta de villano de película, sino por sus ojos de un azul acerado y su actitud de asqueada suficiencia. Todo en su lenguaje corporal grita que no está para bromas, y se lo deja claro a los turistas con un gruñido de desaprobación. Sin necesidad de traductor automático, los guiris captan de inmediato que el tipo es una bomba de relojería a punto de estallar y, sin pensarlo, se apartan en tropel.

Lola, que ha seguido la escena con la boca abierta, da un respingo en el taburete cuando Cara Manchada le sonríe y le hace un gesto para que se acerque. De normal, ni loca habría aceptado la invitación, pero se huele que el tipo es el contacto de Pepe Carbonell. Y, visto lo visto, le pega todo.

Así que coge la cerveza y la tapa de mojama, y se dirige a la mesa del hombre como lo haría un autónomo ante un inspector de Hacienda: no con miedo, pero sí mucho respeto.

Aunque ahora no lo sepa, no serán pocas la ocasiones en las que querrá matar a ese tipo.

—Muy buenas… Siéntete como en casa —la recibe con sorna cuando toma asiento—. No tienes nada que temer, muchacha. Es que no me gustan los extranjeros —añade con la mentira escrita en el rostro—. Son demasiado ruidosos y no saben beber.

Hace una pausa y le dedica una sonrisa ladeada.

—Aunque no lo creas, si me lo propongo, puedo ser muy gracioso… Lola, ¿verdad?

Una sonrisa morbosa se dibuja en el rostro de Cara Manchada al pronunciar el nombre de la enfermera. «Se nota que está

disfrutando del momento», piensa Lola mientras reprime el impulso de estamparle el vaso de cerveza en la crisma.

La mujer asiente en silencio, aprovechando la cercanía para escrutarlo. Desde la barra, su rostro parecía más rudo, y lo es, pero ahora percibe cierta delicadeza en sus facciones. A pesar de la mancha que le cubre casi toda la mitad derecha de la cara, el hombre no es feo. Sin embargo, por algún motivo inexplicable, su presencia le produce escalofríos. La otra mitad del rostro, con una tonalidad tostada por el sol y la vida, aporta un equilibrio extraño a su apariencia.

—Imagino que eres Raíllo, ¿no? —responde con otra pregunta—. No te imaginaba así…

A medida que las palabras toman forma en su boca, Lola se da cuenta de lo que acaba de decir. «Estúpida —piensa—. Ya no hay vuelta atrás».

Raíllo no se inmuta, pero sonríe con la malicia propia del diablo. Aunque parezca imposible, la enfermera juraría que siente los ovarios en la garganta, casi rozándole las amígdalas.

—Ha sonado muy mal, pero no me refería a…

El exlegionario levanta la mano y, con un gesto firme, la manda callar. Lola se queda muda, atrapada en un instante de incomodidad, mientras se maldice por haberse dejado arrastrar a este sinsentido.

—Mira, hija, sé que por mi aspecto no parezco de fiar… —dice—. Y no lo soy. Pero te aseguro que, si hay dinero de por medio, puedes confiar en mí más que en cualquier payaso de la capital con traje arrugado y pinta de vendedor de seguros. —Hace una pausa y sonríe con sorna—. Además, viniendo del Quitapenas, ¿con quién esperabas encontrarte? ¿Con la flor y nata de la provincia? —remata con una carcajada breve y seca que pronto se convierte en una tos ronca de fumador de los de antes.

Lola no sabe qué responder a eso porque no hay nada que decir. Así que se limita a apurar la cerveza y darle a la mojama. Raíllo, tras sofocar el ataque de tos, se levanta un momento y, más que

pedir, le ordena al camarero que le sirva otra caña y una tapa de jamón. Solo le falta pasar revista y mandar a formar al chico antes de regresar a la mesa. En ese instante aparece Pepe Carbonell, el Quitapenas, sudando a mares y con la respiración entrecortada.

—Joder, compadre… —lo recibe el exlegionario—. Toma asiento, que tienes una pinta de infarto de miocardio que no puedes con ella. Menudo disgusto me vas a dar si tengo que llamar al 061 y me fastidias la cerveza y la tapa de jamón.

—Gracias, Raíllo… —responde el periodista resoplando mientras se seca el sudor de la frente con un pañuelo, de los de antes también—. Con amigos como tú, ¿quién necesita enemigos?

—Na, hombre… Y pídete algo, que invita aquí la amiga —añade al tiempo que le hace un gesto al camarero para que se acerque a la mesa—. Al tabaco y a las fulanas convido yo —apostilla, guiñándole a Lola el ojo de la parte manchada de la cara.

La mujer abre la boca para protestar, pero no encuentra forma de negarse. Hace apenas diez minutos estaba decidida a liarse la manta a la cabeza y entregarse al delito, y ahora, de repente, se ha quedado sin palabras. Raíllo es un agujero negro que absorbe toda la energía de los que lo rodean. Una fuerza de la naturaleza tan extraña que, aunque lo tiene delante, Lola sigue dudando de su existencia real. Parece sacado de una película de Tarantino. De hecho, no le sorprendería que, en cualquier momento, el propio director apareciera por la puerta gritando «¡Corten!» mientras aplaude.

Una botella de Matarromera, banderillas de atún y queso, una tabla de salazones, gambas cocidas, tomate con caballa… Y de postre, según Raíllo, el broche de oro para cualquier comida: unos callos con garbanzos. El estómago de Lola ruge al ver el festín encima de la mesa, que además le tocará pagar. Pero la ansiedad empieza a acecharla, así que apenas prueba bocado. El Quitapenas y su amigo, en cambio, parece que no hayan comido desde el banquete de la primera comunión. No dejan de zampar, beber y charlar de sus cosas. Las copas se vacían sin pausa, y hace rato

que las palabras han empezado a resbalarles de la boca, como diálogos mal ensayados en una escena de excesos.

Los ojos de Lola recorren a los dos hombres, buscando una señal para abordar por fin el asunto que la ha traído hasta aquí. Pero nada.

A medida que las raciones desaparecen, crece su frustración. Ahora mismo es una olla exprés con el pitorro girando a mil por hora, acumulando presión. Y justo cuando el Quitapenas alarga el brazo para coger la última banderilla, sucede. Sin pensarlo, la enfermera agarra la cazuela de barro con el «postre» y se la vuelca al periodista en los pantalones.

—Pero ¡qué cojones…! —grita el Quitapenas mientras, milagrosamente, abre las piernas y esquiva parte del contenido de la ollita, que termina estrellándose contra el suelo.

Raíllo explota en una carcajada aguardentosa, rota y áspera, tan fuerte que termina siendo contagiosa. El local, abarrotado, reacciona al unísono: varias cabezas se vuelven hacia ellos con una sincronía casi cómica. Lola no quiere reír, pero ver al exlegionario fuera de sí, con lágrimas en los ojos, la obliga a contenerse solo a medias.

—No te lo tomes a mal… —se disculpa ella con una sonrisa—. Pero algo tenía que hacer para captar vuestra atención.

Pepe Carbonell farfulla para sí mismo mientras se limpia los callos con garbanzos que decoran su pantalón con servilletas de papel. Cuando termina, hace una bola con los restos y la arroja a la mesa con desdén.

—Centrando el tiro… —dice Lola al exlegionario al tiempo que lanza una mirada de reojo al periodista—. Pepe me aseguró que tenías información sobre el asesinato de mi hermano. Y espero que sea cierto. De lo contrario, lo del plato de callos solo será el principio.

Raíllo tuerce el gesto y la observa con fijeza. Ahora mismo, su extraña cara bicolor eclipsa todo lo demás. «Da un miedo que te cagas», piensa Lola mientras se obliga a mantener la compostura.

Tras unos segundos de reflexión, el hombre murmura algo, apenas inteligible, sobre lo injusto que es no poder fumar en los bares. Y entonces comienza a hablar:

—Conocí a tu hermano de casualidad… —dice al tiempo que se reclina en la silla—. Un contacto me habló de un tipo que estaba adulterando coca a lo grande y cocinando metanfetamina como si viviera dentro de un episodio de *Breaking Bad*. Nunca en mi vida he visto una sustancia tan adictiva como esa basura sintética.

—¿Qué… qué estás diciendo? No, no puede ser. ¡Es imposible! Mi hermano jamás haría algo así… Esa droga es letal… —apunta Lola, sin poder ocultar su sorpresa—. Sabía que él hacía sus cosas, pequeños trapicheos, nada serio. Al menos, eso pensaba. Pero esto… esto es otra historia.

«¿En qué momento todo se salió de madre? —piensa la enfermera, incapaz de creer lo que acaba de escuchar—. ¿Cómo no vi lo que estaba ocurriendo ante mis ojos?».

—Metanfetamina… —dice para sí misma—. Al hospital están empezando a llegar jóvenes con problemas mentales causados por la metanfetamina, algo con lo que tendrán que lidiar toda la vida. ¿Y Selu estaba metido en eso?

Raíllo apura la cerveza y, sin perder el ritmo, le pide un carajillo al camarero. El Quitapenas, aún con el enfado latente, se inclina por una tarta de tres chocolates. Para él, lo de que las penas con pan son menos penas no es solo un dicho, es una estrategia de supervivencia.

—Hasta las trancas… —responde—. Empezó adquiriendo la droga en roca para sacarle más provecho. Le añadía otros químicos y la cortaba él mismo. Tu hermano era un clásico del menudeo: hachís, marihuana, cocaína… Pero, con tanta competencia decidió ampliar mercado.

Hace una pausa, remueve el carajillo y añade con sorna:

—Los americanos y sus puñeteras series. *Curro Jiménez*, esa sí que era buena… —Se inclina hacia delante y continúa—: Y, por si fuera poco, se dedicó a robarle al tipo para el que trabajaba. Dos o

tres kilos de coca de cada alijo, que luego adulteraba y vendía en las calles. Perico de baja calidad y meta. Ese era su negocio. Mal negocio.

El recuerdo de su hijo lo atraviesa, congelando el tiempo. Caballo adulterado, sobredosis… «Mal negocio», repite en su cabeza como un eco. Pero la nostalgia es para los blandos, y Raíllo, fiel a su naturaleza, la espanta de un manotazo, como quien ahuyenta una mosca molesta.

—La meta lleva tiempo abriéndose paso en Cádiz —apostilla el Quitapenas tras terminarse la tarta—. Hace un año, en Villamartín, la Guardia Civil decomisó una gran cantidad oculta en un chalet dentro de bolsas de deporte. Y, si no recuerdo mal, en Alcalá del Valle ocurrió algo similar. —Hace una pausa, como si estuviera organizando sus pensamientos, y continúa—: Existen varios clanes familiares asentados en los pueblos de la sierra que se dedican a la venta de meta y cristal. Seguramente Selu estaba relacionado con ellos.

Raíllo asiente despacio mientras apura el carajillo con una calma calculada. Lola, por su parte, los escucha con escepticismo, incapaz de procesar lo que oye. La imagen de su hermano convertido en un Walter White a la gaditana le resulta absurda, casi grotesca.

«No te fíes de todo lo que te cuenten», se dice al tiempo que intenta mantener la cordura. Pero la realidad pesa.

—Me cuesta aceptar que le metieran un tiro en la cabeza por vender pastillas en la Punta —dice Lola con la rabia contenida en cada palabra.

Raíllo se termina el carajillo de un trago, se limpia los restos de café con el dorso de la mano y esboza una sonrisa seca, carente de humor.

—En este mundillo solo caen los mediocres, los idiotas y los egoístas —comienza a decir—. Está gobernado por dragones: desprecian al de abajo y odian al que está arriba. —Tres segundos de silencio para medir bien sus palabras. Luego continúa—: Tu hermano no era el ser humano más inteligente del planeta, pero

tampoco tonto. En cuanto a lo de mediocre… todos lo somos en algún momento de nuestra vida, en mayor o menor medida. Así que ese detalle no importa. —Se reclina en la silla y remata con tono seco—: A tu hermano lo asesinaron por egoísta. Se arrimó a un dragón de los grandes, y su avaricia terminó por chamuscarlo.

Lola mira, borde, al exlegionario. De hecho, tan borde que se siente capaz de cortar jamón con la mirada. Le toca los ovarios tanta metáfora y algarabía lingüística cuando ella solo necesita saber un puñetero nombre.

—Pues dime quién es, porque yo soy una jodida matadragones… —espeta mientras le clava la mirada con una intensidad que podría partir el aire en dos.

La extraña máscara bicolor de Raíllo escruta el rostro de Lola al tiempo que sus finos labios esbozan algo parecido a una sonrisa que se pierde en la parte oscura de su cara. Puede que sea su imaginación, pero la enfermera advierte un brillo feroz en el ojo que ilumina la mitad negra, mientras que el otro iris conserva un nubarrón turbio y acuoso de Matarromera. Hasta hace un instante, deseaba que el tipo fuera al grano. Ahora, sin embargo, no está tan segura.

—Todos lo conocen como el Francés…

Las palabras quedan flotando entre ellos durante unos segundos, antes de diluirse en las voces y risas que rebotan por las paredes de la taberna.

12

Mientras el Francés se abrocha la camisa con movimientos pausados, reflexiona sobre el arduo camino que lo ha traído hasta aquí. Hoy, sin motivo alguno, siente sobre los hombros el peso de los años. La rutina de seguir adelante se ha convertido en una condena silenciosa, una batalla que ya no libra por voluntad, sino por costumbre. Y, como siempre le ocurre en esos momentos de bajón emocional, sus pensamientos regresan a los callejones de Marsella, donde el aroma a sal y especias se mezclaba con el bullicio de los mercados. Pierre recuerda con una sonrisa aquella vida entre muelles y plazas, días de sol abrasador y noches de viento salino. Todo parecía más grande, más caótico, más vivo… precisamente porque la muerte rondaba en cada esquina de Kalliste, su barrio.

Sin embargo, apenas conserva recuerdos de la infancia. En parte, porque fue muy breve: terminó el día en que le metió una bala en la cabeza a Ahmed. Aquella mañana de febrero, hace casi cuatro décadas, en un patio de manzana de un edificio de La Castellane, al norte de Marsella, permanece grabada en su memoria como si hubiera sucedido ayer…

—En mi opinión, habéis cometido tres errores —dijo Ahmed al tiempo que levantaba el índice—. El primero: me habéis robado. El segundo —alzó el dedo corazón—: me habéis mentido a la cara. Y el tercero, el más importante —añadió mientras elevaba el pulgar —: habéis intentado joderme a lo grande. —Ahmed guardó silencio un instante, para que sus palabras calaran, y luego prosiguió–: Os habéis creído más listos que nadie y habéis intentado darme por culo. Pero mi culo solo lo disfruta quien yo decido.

Los dos críos miraron petrificados los tres dedos que Ahmed mantenía elevados frente a su rostro, con un terror reverencial. La sombra regordeta del hombre se proyectaba sobre Pierre y Nasser, que permanecían de rodillas en el patio de manzana. Estaban completamente aterrados, sudando miedo sin parar.

En ese momento, la vida de ambos dependía de lo que estuviera ocurriendo en la mente trastornada de aquel gordo tuerto que los fulminaba con su único ojo. Nasser no pudo contenerse y comenzó a vomitar babas, bilis y un amasijo revuelto de lo poco que había cenado la noche anterior. Una vez vaciado el estómago, rompió a llorar mientras se meaba en los pantalones.

Pierre sintió que se le revolvían las entrañas al ver a su amigo en ese estado. Por un lado, porque la idea de robarle a Ahmed varias tabletas de chocolate había sido suya y, por otro, porque el pánico inicial había macerado y se había convertido en rabia. Una que no dejaba de crecer mientras veía que Nasser se derrumbaba.

—¿Y tú, Francés? —le dijo con una mueca burlona—. ¿No piensas mearte encima?

Ahmed soltó una carcajada grave y seca, más parecida a un ladrido que a una risa. Los dos tipos malencarados que lo flanqueaban intentaron seguirle el juego, pero el resultado fue desigual, como si la amenaza en su voz no les terminara de salir natural.

—Como comprenderéis, con vosotros dos tengo que dejar un mensaje claro para quien pretenda seguir vuestro camino… —dijo mientras comenzaba a caminar en círculos alrededor de los niños—. ¿Y qué mejor que pegaros un tiro en la cabeza? ¿Qué opinas, Francés?

Pierre levantó la cabeza y fijó la mirada en el único ojo de Ahmed. La rabia, lejos de disiparse, creció como un incendio descontrolado. El crío estaba harto de tragarse su frustración, de soportar el peso de una cólera que llevaba incubando desde que tenía memoria. Era una furia tan densa y visceral que lo desbordaba; emergía desde lo más profundo de su ser y lo

impulsaba a actuar por instinto, con una determinación feroz y salvaje.

—Opino que has cometido tres errores —dijo Pierre mientras levantaba el índice—. El primero: pensar que no soy más que otro crío churretoso y muerto de hambre del barrio.

Ahmed abrió su único ojo como un plato hondo y miró al chaval mientras alzaba el dedo corazón.

—El segundo: creer que, por tirarme unos francos a la cara, me convertiría en tu esclavo.

El Francés elevó el pulgar y, con un movimiento calculado, se llevó la mano derecha a la espalda, bajo la mugrienta cazadora vaquera.

—Y el tercero, el más importante: no me has cacheado.

La reverberación de los disparos en el patio ensordeció a Pierre, incapaz de oír sus propios gritos. Unos cargados de furia, desesperación e incredulidad por lo que estaba haciendo. El pulpejo del índice presionó el gatillo una y otra vez, sin detenerse, hasta vaciar el cargador. El crío aguantó como pudo el estrépito sin cerrar los ojos. No era lo mismo disparar a personas cuando te jugabas la vida que a latas y botellas de refresco en medio del campo.

El cíclope fue el primero en caer. La segunda bala, como teledirigida, le atravesó el único ojo, que permanecía muy abierto. El siguiente proyectil le impactó en la cabeza, que estalló como un melón. La montaña de grasa bamboleante se desplomó, dejando un rastro de sangre y sesos en la caída. Del resto de los disparos, un par alcanzaron la clavícula y la espalda de uno de los esbirros de Ahmed, que había comenzado a huir. Otro se alojó en la garganta del segundo secuaz, que murió ahogado en su propia sangre.

Pierre evaluó el resultado de su acción con rapidez y precisión. Aunque sus tímpanos estaban destrozados, una satisfacción oscura lo invadió. Se incorporó y ocultó la pistola en la parte baja de la espalda, sujetándola por la cinturilla del pantalón. El cañón, aún humeante, le quemaba la piel en la zona lumbar, pero la adrenalina que lo recorría lo mantenía ajeno al dolor.

—Vamos… salgamos de aquí —dijo a Nasser, que seguía encogido en el suelo, en posición fetal, sobre su propio vómito—. Pero antes vaciémosles los bolsillos a estos capullos.

Han pasado treinta y nueve años, y Pierre, como en aquella época, se sigue creyendo inmune a todo y a todos. En aquel momento se pasó de listo. Pecados de juventud. Nasser y él, hartos de trabajar para otros, decidieron que era hora de ganar dinero de verdad.

El debut criminal de los dos críos fue tan ingenuo como mal planeado: le robaron algo de mercancía a Ahmed y se dirigieron a Félix Pyat, la segunda mayor barriada de Marsella, creyendo que allí pasarían desapercibidos. Pero La Castellane tiene mil ojos y sus propias reglas. Los hombres de Ahmed los encontraron y estuvieron a punto de aplicarles la justicia del barrio.

Aquel día, Pierre estaba en la mierda y debería haber muerto. La semana anterior, por un delito idéntico, Samir, un chico de catorce años de Kalliste, fue violado y calcinado con un soplete. Nadie protestó. Todos lo entendieron y volvieron a su vida. Le aplicaron la pena por una noche de trapicheo con droga ajena.

De una forma u otra, Samir tenía que pagar su gravísimo error y servir de escarmiento. Pierre, en cambio, se libró, y a veces se odia por ello. Morir aquella mañana quizá habría sido una mejor decisión, porque desde entonces no ha logrado vivir ni un solo segundo en paz.

En el dormitorio de su lujosa villa marbellí, el Francés se planta frente al espejo y ensaya su mejor cara larga de John Wayne antes de esbozar una sonrisa. Su salud mental está lejos de ser ideal, pero no es de extrañar, considerando que nació en uno de los barrios más duros del norte de Marsella: Kalliste, un caos de enormes bloques encaramados a una montaña. Un mundo aparte dentro del mundo. Vivir en sus calles es como hacerlo en una favela de Río de Janeiro, pero sin samba y con edificios medio derruidos que arañan el cielo. Un entorno devastador en el que dejarse morir parece más fácil y tentador que intentar salir adelante. Por

supuesto, en Kalliste no todo es malo; también hay gente buena. Pero el Francés no la ha conocido.

Los padres de Pierre eran originarios de Aguemoune, una localidad enclavada en una cresta montañosa al norte de Argelia. Huyeron de allí durante la guerra de independencia entre su país y Francia. El único hijo del matrimonio nació en Marsella. Su madre lo trajo al mundo en casa, sobre un colchón mugriento, asistida por una anciana tunecina con la vista muy limitada. La mujer murió, pero el niño no. Como todos los nacidos en Kalliste, llegó a la vida condenado a entenderse con el barrio.

El padre, desolado, bautizó al crío con un nombre muy francés, en un vano intento de borrar las raíces que su físico no podía ocultar. Pierre estudió poco. Abandonó la escuela en cuanto aprendió a leer y escribir. Durante unos meses trabajó como *jockey* tras trabar amistad con un empleado del hipódromo de Borély, cuyos abuelos vivían en el barrio.

El chaval era bajo para su edad e increíblemente delgado, casi transparente por la desnutrición. Su físico era perfecto para montar caballos de competición, y además tenía una habilidad innata para comunicarse con los equinos. Pero aquello no duró mucho. Su tamaño era su mejor arma para ganar, pero lo que realmente marcaba la diferencia era la determinación con la que afrontaba cada carrera. El hambre atrasada puede correr más rápido que cualquier purasangre.

Sin embargo, con los primeros salarios, el hipódromo de Borély quedó atrás. Comió bien, ganó peso, y la determinación ya no fue suficiente para seguir compitiendo. Así que, tal como se había ido, el hambre regresó con fuerza. Y Pierre hizo lo que cualquier chaval de Kalliste hubiera hecho en uno de los mayores centros de narcotráfico del país: convertirse en subalterno en el menudeo de hachís, cocaína, heroína o lo que se terciara.

Cuarenta años después, las cosas no han cambiado mucho. La principal diferencia es que Pierre se ha convertido en el gran capo, el mafioso al que todos temen, y hace una eternidad que no pisa

Kalliste.

Sin embargo, por mucho tiempo y espacio que haya puesto de por medio, el barrio sigue arraigado en lo más profundo de su ser, y eso lo enfurece. De Kalliste también le queda Nasser, la única persona en la faz de la Tierra en quien confía. Un hermano desde aquella lejana mañana en la que desvirgó a la muerte en La Castellane.

Nasser es el testaferro de todos los negocios legales de Pierre. Sabe que poner todos los huevos en la misma cesta no es la decisión más inteligente, pero no le queda otra. En un mundo regido por la ley de la selva, contar con alguien en quien confiar ciegamente es un bien tan preciado como la vida.

Más aún cuando tu actividad principal consiste en traficar de manera flagrante y tu día transcurre por las alcantarillas de la ilegalidad. Además, Nasser, por voluntad propia, ha optado por un perfil opuesto al de cualquier narcotraficante: no frecuenta restaurantes de moda ni conduce coches de lujo, no posee una mansión ostentosa ni se rodea de prostitutas de alto nivel. Solo luce una joya: un Hublot Big Bang regalo de Pierre que este lo obliga a llevar. Un poco de ostentación en la muñeca nunca ha hecho daño a nadie.

En resumen, la única persona que el Francés rescató de Kalliste se ha convertido en el hombre de paja perfecto. Leal, digno de aprecio.

Sin embargo, Pierre es la cara visible de sus empresas, aunque su nombre no aparezca en ningún documento que pueda comprometerlo. Además, tiene un talento innato para desempeñar el papel de honrado hombre de negocios y conseguidor. Le divierte ofrecer favores al político de turno a cambio de contratos y regalar obscenas cantidades de dinero a altos cargos policiales para acelerar permisos de residencia o garantizar que sus subordinados miren hacia otro lado.

Cuando interpreta ese personaje, el Francés se transforma en Pierre, un hombre elegante, educado hasta la extenuación. En esos

momentos, el traje de temido y misterioso narcotraficante cuelga de una percha en el armario del vestidor.

Gran parte de su éxito radica en la extensa red de colaboradores que ha tejido por media Europa a lo largo de los años.

El sistema es tan antiguo como el sol: si tienes un problema grave, acude a Pierre. Él te lo resolverá. A cambio, le deberás un favor, que más pronto que tarde te cobrará con intereses. Eso sí, una vez que tratas con el Francés, tu mundo queda en sus manos. Controlará tu destino y tomará decisiones sobre él con total impunidad.

Pierre termina de ajustarse la corbata y la solapa de la chaqueta frente al espejo. Ha quedado con Nasser en Sonoma, una de las discotecas de su propiedad, donde se cierran más negocios que en los palcos vip del Santiago Bernabéu.

Pero, a diferencia de lo que sucede en el estadio, alcanzar un acuerdo en los reservados del Sonoma es solo el comienzo. Es bien sabido que los servicios de lujo que se ofrecen allí rozan lo descomunal. Cualquier mal hábito, adicción o vicio es satisfecho en cuestión de segundos. El Sonoma es un monstruo hambriento que se alimenta de las debilidades ajenas y se sirve en secreto del corazón depravado de los poderosos.

El caso es que mañana por la noche Nasser le ha organizado una reunión con varios mandos intermedios de la Policía Nacional y la Guardia Civil, un alcalde y un par de amigos gayumberos. La idea es inflarlos a rayas de coca y chavalas de compañía, siempre y cuando la reunión culmine según lo planeado.

Las últimas actuaciones del comisario Vázquez Quintana lo preocupan. Ahora, más que nunca, necesita controlar el entorno y recuperar la tranquilidad. Pero, con este comisario de por medio, filtrar todas las posibles amenazas es complicado. Ese chulo no quiere escuchar, y a Pierre se le agota el tiempo.

El negocio que tiene entre manos es el pegamento que afianzará un entramado de futuras y provechosas alianzas. El Francés echa de menos los tiempos en que cerraba sus asuntos con un simple

apretón de manos. Eso era antes de que la vida se complicara. Antes de que los Vázquez Quintana de este mundo decidieran darle por culo a tiempo completo.

El comisario no encaja en sus negocios. No, para nada. Sobre todo, porque parece insobornable. Traficantes, transportistas, agentes y funcionarios caen en la tentación del dinero fácil todos los días, a todas horas. Pero Vázquez Quintana es la excepción que confirma la regla.

A Pierre le toca lidiar con ese perro sarnoso hasta que encuentre su punto débil. Si algo ha aprendido a lo largo de los años es a corromper almas. Por eso está convencido de que la resistencia del comisario acabará cediendo.

Y luego está el lío de Barbate de la otra noche. Según le contó Nasser por teléfono, como era de esperar, el alijo no salió del todo bien. Pierre no está preocupado por perder dinero; tiene suficiente para cien vidas. Lo que le inquieta es confirmar si el tipo que contrataron ha demostrado tener lo que hace falta.

Que se mueve por la zona con la soltura de un bailarín profesional de ballet clásico ya lo sabía; las referencias eran impecables. Ahora solo necesita asegurarse de que es el hombre adecuado. Debe comprobar hasta dónde puede llegar. Y para eso está Karim. Pierre y Nasser manejan los negocios; el tercero se encarga de repartir hostias.

No sabe qué prueba le tiene reservada el franco-argelino al tal Tanque Pavony; Karim le dijo que lo decidiría sobre la marcha. El Francés no quisiera estar en el pellejo de ese hombre. El pobre no tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Pero tanto sufrimiento tiene un propósito, no es gratuito. Pierre está harto de tratar en Cádiz con una pandilla de harapientos que presumen de saberlo todo sobre el negocio del tráfico de drogas, pero que al final no son más que unos aficionados.

No es habitual que el Francés sienta curiosidad por tipos como el Tanque; no son más que instrumentos para él. Pero esta vez quiere saber cómo se las gasta ese hombre del que tanto le han hablado,

frente a lo que el cabronazo de Karim le tenga preparado. «Veremos si es tan duro como dicen», piensa.

Se mira por última vez al espejo y suspira.

—Pierre, ¿sabes lo que haces? —se dice en voz alta, dejando la pregunta suspendida en el aire mientras anhela teletransportarse hasta su casa de París.

Nota el cuerpo agarrotado, como si hubiera cedido al estrés de las últimas semanas. Siente los músculos en tensión, como un corredor de cien metros justo antes del pistoletazo de salida. Incómodo, sacude la cabeza con fuerza. El crujido seco de sus vértebras resuena con un matiz desagradable, pero le brinda un instante de alivio, disipando, aunque sea mínimamente, la presión que soporta.

A pesar de que no le gusta reconocerlo, añora la tranquilidad de su residencia en la capital francesa, situada cerca de los Campos Elíseos, a la que se accede a través del patio de un elegante edificio haussmanniano. Le cuesta admitirlo porque esa añoranza le susurra al oído la proximidad de la vejez y el inevitable paso del tiempo. Pero el hecho objetivo es que cada día extraña más el aséptico lujo del apartamento y los olores del único sitio que se atreve a llamar hogar. Su lugar seguro, en el que su mente pasa de la desesperanza a la más absoluta solidez al cruzar el umbral. Su lugar seguro cuando todo parece venirse abajo.

—Tú aguanta, Pierre, aguanta…

13

Una mala noche la tiene cualquiera, pero la pasada fue la madre de todas. Vamos, un auténtico desastre. El Morta no dejó de quejarse y aullar como un contratenor al que le estuvieran pellizcando los testículos en plena actuación. Cuando el cóctel de medicamentos que le había inyectado el Viti perdió efecto, el tío abrió la puerta al dolor y a la desesperación, y ahí sigue, inasequible al desaliento. No hay en el mundo ampolla de Nolotil o de Enantyum capaz de amortiguar su berrinche.

Con los ojos enmarcados por unas ojeras púrpuras y la nariz convertida en una masa palpitante de dolor, el Tanque Pavony deambula taciturno por el salón. Apenas ha dormido. Las horas han avanzado con una lentitud exasperante, desgastando su resistencia hasta reducirlo al increíble hombre menguante.

Por suerte, hace un rato que no oye al Morta. Parece que la botella de Smirnoff que se ha apretado a primera hora de la mañana ha tenido, al menos, un efecto balsámico.

Sin previo aviso, el estómago le ruge con fuerza. Primero le recuerda que casi es la hora de comer; luego le reprocha que se saltara la cena de ayer y el desayuno de hoy. Demasiados saltos para un tipo con un cuerpo tan voluminoso.

Obedece a su organismo y decide pedir un Uber Eats, por si las cosas se tuercen. No tiene ni idea de cuándo aparecerá Karim, pero, si va a pasar un mal rato, mejor hacerlo con la barriga llena.

Después de encargar una tortilla de patatas campera, otra de sobrasada prémium con queso fundido y una ración de filetes de pollo empanado en La Tortillería, el Tanque se deja caer, reventado, en el sofá. Antes se ha pasado por el dormitorio para comprobar que el Morta se ha quedado grogui. Gracias al cielo, la mezcla de

pastillas y vodka ha tenido un efecto milagroso: los quejidos lastimeros de perro apaleado han cesado, y han sido sustituidos por un ronquido denso de abuelo con bronquitis y algún que otro pedo. Gloria bendita. Ha costado, pero finalmente le ha concedido un respiro. Cuando lo ha dejado en el cuarto, el tío estaba tumbado boca abajo, medio desnudo y desmadejado, porque a mitad de la noche le subió la fiebre y le dio por quitarse ropa. Visto de esa guisa, al Tanque se le han generado sentimientos encontrados. Por un lado, le ha estallado un discreto ataque de pena al ver a su amigo tan expuesto y vulnerable, y, por otro, se le han colado unas irrefrenables ganas de ahogarlo estrujándole la cara contra el colchón. Así que, al ser consciente de su pérdida de solidez mental, y antes de cometer una locura, decidió que mejor cerraba la puerta y se largaba por donde había venido.

Pavony intenta pensar, pero lo único que sabe es que está muy cansado. Un par de cabezadas después, el sonido del timbre lo saca del letargo. Apenas consciente, reúne las pocas fuerzas que le quedan para levantarse. «Debe de ser el repartidor de Uber Eats», piensa mientras avanza tambaleándose hacia la puerta del apartahotel. Sus tripas emiten un gruñido que mezcla asentimiento y satisfacción. Sin darse cuenta, baja la mano y se frota el estómago por debajo de la camiseta, intentando apaciguar a la bestia hambrienta que ruge en su interior.

—Dios… ¡qué hambre! —anuncia mientras abre la puerta.

La mirada fría y penetrante que lo recibe al otro lado lo deja paralizado. Las mandíbulas se le tensan, el estómago se le contrae y las ganas de comer se van de paseo, como si nunca hubieran existido.

—Eso te ha de doler —dice Karim, con una sonrisa que no alcanza sus ojos, mientras le apunta la nariz con el índice.

El Tanque, algo cohibido, no sabe qué responder. Antes de que pueda reaccionar, Karim entra en la vivienda sin esperar invitación. Lo acompañan dos maromos con pinta de ser capaces de pisarle el cuello a su madre por un Bollycao y un vaso de leche. Pavony, de

forma instintiva, se aparta, pega la espalda a la pared y mete barriga. Demasiada carne para tan poco espacio.

En silencio, Karim avanza hasta el salón y se deja caer pesadamente en el sofá. Sus dos acompañantes, con un físico rotundo de tanto gimnasio y anabolizantes—más de lo segundo que de lo primero—, parecen gemelos. Se sitúan en esquinas opuestas de la estancia, adoptando la clásica postura de portero de discoteca ibicenca a las cinco de la madrugada.

Uno luce una telaraña tatuada en el cuello. El Tanque los sigue a pocos pasos, atrapado en un desconcierto creciente. Sin previo aviso, la falta de descanso y el caos acumulado le asestan una dentellada brutal.

—Siéntate, Tanque… —le invita Karim con un gesto—. Ponte cómodo. Como si estuvieras en tu casa —añade con sorna.

Pavony evita la mirada de Karim, pero acepta la invitación. Está agotado, hambriento —aunque en este momento no sería capaz de comerse ni un cacahuete—y muerto de sueño. Es como si la aparición del hombre de confianza del Francés le hubiera vampirizado la poca energía que le quedaba. Pero, para su sorpresa, las ganas de estrangular al franco-argelino y a sus dos amigos sigue latente.

—¿Qué te pasa, Tanque? —le pregunta—. Te veo en baja forma. ¿Cómo me llamaste ayer por teléfono…? —se pregunta dándose un par de golpecitos en la barbilla, pensativo—. Ah, sí, ya me acuerdo: ¡moro de los cojones! —grita mientras se palmea las rodillas con las manos—. ¡Me llamó «moro de los cojones»! —repite riendo con una risa aguda y afilada—. ¿Os lo podéis creer? —cuestiona a sus dos acompañantes, que, por supuesto, no abren la boca.

El Tanque está a punto de responder, pero se contiene. Tragarse el sapo le cuesta, aunque no le queda otra. Ahora mismo, la única buena noticia es que sigue vivo. Así que mejor no cometer un error. En este instante, tiene mala leche para dar y regalar, pero enfrentarse a Karim y sus dos acompañantes sería pan para hoy y hambre para mañana. En el muy improbable caso de salir victorioso

del envite —porque, siendo realista, no ve forma humana de ganar esa pelea—, el Francés lo aplastaría como a una colilla. Y no hay motivo para firmar su propia sentencia de muerte.

—Y, si no recuerdo mal, también me ibas a cortar las pelotas… —añade Karim mientras niega con la cabeza—. Vas de tío duro, pero al final te acabas rajando, como todos.

La sobredosis de provocación es tan evidente que el Tanque siente que el corazón le galopa en el pecho como si se hubiera metido un buen chute de heroína. La tensión lo consume, y cada latido parece un toque de tambor que anuncia una tormenta inminente. De manera que, antes de que el deseo de saltar al cuello de Karim para ahogarlo con sus propias manos licue la poca cordura que le queda, decide hacer lo único que puede para evitarlo: bajarse los pantalones.

—Me disculpo por mi comportamiento de ayer —dice con una mirada tan sincera como la que tuvo que mantener Judas durante la última cena—. Perdona mi reacción, pero, cuando hablamos, me superaban los acontecimientos. —Continúa tenso como un boxeador que espera el sonido de la campana—. Uno de mis amigos cayó muerto en la playa. El otro acabó con los huesos rotos y seguramente con un pulmón perforado, y, para colmo de males, el alijo se fue a tomar por culo.

Karim lo mira y, antes de hablar, se toma una pausa de «yamíquéconesecuento».

—Pa jartarse de llorar… —responde, haciendo una muy mala imitación del acento andaluz—. Pero te agradezco las disculpas… —añade con una sonrisa de autosuficiencia dibujada en la boca—. Mi jefe ha considerado la complicada situación por lo que has pasado. De no haberlo hecho, te aseguro que en estos momentos tu cadáver estaría enfriándose en mitad de la sierra…

El Tanque no dice nada. Se limita a esperar con los labios tan apretados que acaban formando una línea muy fina, tanto que casi desaparece. No piensa soltar prenda hasta que sepa de qué va todo esto. Ahora mismo, lo peor que puede hacer es dejarse llevar

por lo que le pide el cuerpo. Y no es bueno para sus intereses. Es momento de adscribirse a la corriente imperante en la sociedad y ser políticamente correcto. Y eso hace.

Por su parte, Karim interpreta su silencio como un gesto de sumisión. Complacido, el tipo parece relajarse. Al menos, eso deduce el Tanque al observar su lenguaje corporal: manos detrás de la cabeza y pies cómodamente apoyados en la mesita, frente al sofá. La escena evoca una imagen muy al estilo del expresidente Aznar en la Casa Blanca, aunque sin el puro. Para completar la foto, solo faltaría el Bush de turno a su lado.

—Así que, pese a todo, el Francés quiere ofrecerte otra oportunidad —anuncia con satisfacción—. Para que esta vez hagas las cosas bien. Pero aún no puedes cantar victoria…

«Ahí viene», piensa el Tanque, que se retrepa, intranquilo, en el asiento.

Un timbrazo irrumpe con fuerza en el salón. De inmediato, los porteros de discoteca se llevan la mano a la pistola que ocultan en la funda sobaquera debajo de la cazadora. Karim, por su parte, baja los pies de la mesa, alerta.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Karim, en guardia.

—Joder… debe de ser el puto Uber Eats —responde el Tanque con los ojos en blanco—. Antes de que vinierais, he pedido comida —añade mientras hace ademán de levantarse.

—Ni se te ocurra moverte… —le ordena Karim, que, al tiempo que vuelve a sonar el timbre, hace un gesto a uno de sus hombres para que vaya.

A los pocos segundos, la puerta del apartamento se abre. Después, un breve intercambio de palabras, seguido de un forcejeo. Luego, silencio. Solo el arrastrar de unos pies rompe la quietud.

El Tanque tuerce el gesto al ver en el salón al gorila ciclado de Karim. Con una mano sujeta el pedido de la Tortillería, con la otra agarra a un chaval por el cuello de la camiseta; lo levanta como si no pesara. El muchacho lleva a la espalda una enorme mochila

isotérmica para alimentos y el casco de la moto en el brazo. Pavony se fija en los ojos marrones y saltones del chico: parecen a punto de salírsele de las órbitas, como si su mente hubiera entrado en un cortocircuito, incapaz de procesar lo que está sucediendo.

—¿Qué coño haces, cabrón? —le pregunta el chaval, jadeando y fuera de sí.

Como respuesta recibe un sonoro guantazo propinado por el hombre de Karim, que se ha tomado su tiempo para depositar con delicadeza el pedido sobre la mesita del salón. Con la comida no se juega.

El otro ciclado macho alfa da un paso al frente y sujeta por el hombro al Tanque, al que mantiene sin aparente esfuerzo con el culo pegado al sofá. Más vale prevenir.

—Vaya, vaya… —dice Karim, incorporándose mientras se acerca al chico.

La sonrisa lobuna tatuada en su rostro no augura nada bueno para ninguno de los presentes.

—¿Y tú quién eres?

El repartidor, con medio rostro colorado y algo atontado por el bofetón, no acierta a responder. Está tan cagado de miedo como desconcertado ante la situación.

—Pues nada, te llamaré «Tonto del Culo» —anuncia propinándole un coscorrón en la coronilla—. Seguro que esta mañana, cuando Tonto del Culo salió legañoso de casa, dispuesto a trabajar toda la jornada en esta mierda de curro que tiene, no se imaginaba que podía ser el último día de su vida —dice mirando al Tanque a los ojos.

El gemido que emite el chico es apenas audible, pero la mancha oscura que empieza a extenderse en sus pantalones no pasa desapercibida para nadie. El pobre diablo se ha meado encima. Cuando recupera el control, el repartidor comienza a suplicar que lo dejen marcharse. Su voz no es más que un susurro imperceptible.

—Quiero proponerte algo, Tanque… —le suelta Karim de sopetón

—. Danko, ve al coche y trae la caja de herramientas —ordena al coloso que mantiene a Antonio Pavón pegado al sofá—. Y tú, Danko —le dice al otro ciclado—, haz que Tonto del Culo cierre la puta boca, ¡joder!

Mientras un Danko sale pitando por la puerta, el otro silencia las súplicas del repartidor con una nueva hostia de esas que te visten de torero.

—Son igual de prescindibles, por eso comparten nombre… —aclara Karim al tiempo que se encoge de hombros ante la mirada desconcertada del Tanque.

Al momento, Danko aparece resoplando en el salón con una bolsa de deporte en la mano. Sin decir palabra, la deja a los pies de Karim y regresa a la esquina, retomando su postura de portero de discoteca. El franco-argelino se agacha y, tras revolver un instante en el macuto, saca un martillo, una caja de clavos de gran tamaño y un rollo de cinta americana. Luego, ordena a los Dankos que desnuden al repartidor, lo sienten en una silla y lo encinten de pies y manos. Tras maniatarlo, los dos ciclados fijan al chico al respaldo de madera de forma que no pueda mover ni un músculo. Por último, lo amordazan con un trozo de cinta para que no pueda gritar. Durante el proceso, el chico se ha desmayado después de hiperventilar un buen rato.

—Volviendo al tema que nos atañe… —comienza Karim—. El Francés quiere saber si no te temblará el pulso al trabajar de nuevo para él. Si te soy sincero, con el alijo de Barbarte nunca tuviste la menor oportunidad —añade—. Di el soplo a las autoridades, siguiendo sus órdenes. El jefe necesitaba saber de qué pasta estabas hecho. Y te adelanto que has aprobado por los pelos. Si hubieras salvado todo el cargamento, habrías sacado nota, pero…

El Tanque lo mira sin dar crédito, la indignación se apodera de él.

—¡Maldito cabrón…! —grita mientras se incorpora—. Eres un hijo de puta… Te aseguro que esto no quedará así —añade al tiempo que da un par de pasos hacia Karim.

De inmediato, los Dankos se plantan delante de su jefe y forman

una barrera casi tan infranqueable como la que constituiría la línea defensiva de los All Blacks.

—Tranquilízate, Tanque… y atiende —le ordena Karim con calma —. Estás ante la oportunidad de tu vida, pero primero debes superar una prueba de actitud. Si la pasas, vivirás y tendrás trabajo. Si fallas, estás jodido.

Karim desliza lentamente el índice por el contorno de su garganta como si la estuviera rebanando con un cuchillo. La advertencia es clara, y hace que el Tanque se encoja. Entre otros motivos, porque es consciente de que ese tipo nunca amenaza en balde.

—¿Qué cojones de prueba es esa? —pregunta, sintiéndose gilipollas.

«Solo un imbécil se habría atrevido a hacer negocios con un monstruo como el Francés sin pertenecer a su organización», se reprocha al verse atrapado. La cruda realidad es que le han tendido una trampa y que ha caído en ella como un idiota.

—Es algo muy sencillo… Solo tienes que hacer lo mismo que yo. Observa…

Karim le hace un gesto a uno de los Danko, que despierta al repartidor a base de cachetadas. Una vez despabilado, los ojos desorbitados del chico van de uno a otro, con la angustia del miedo reflejada en los ojos.

—Puedes vociferar todo lo que quieras… —dice Karim mientras apoya uno de los clavos sobre el muslo izquierdo del repartidor—. Con esa cinta en la boca, no te oirá nadie.

El chico comienza a emitir gritos ahogados que apenas logran atravesar la mordaza. Aterrado, mueve la cabeza de un lado a otro mientras respira por la nariz como un anciano de noventa años aquejado de enfisema agudo. Karim afianza la punta del clavo en el cuádriceps, levanta el martillo y, con un golpe seco, lo clava hasta la cabeza. Al tercero, el repartidor pierde la consciencia de nuevo. El Tanque observa el espectáculo sumido en un horror profundo. Ser testigo de un sadismo tan descarnado lo paraliza.

—Te toca… —dice Karim sudoroso mientras le pasa el martillo—.

Como se ha hecho tarde, métele un clavo en cada ojo y, si con eso no la palma, le machacas la cabeza a martillazos.

Pavony da un paso atrás y se aleja de la herramienta. El tacto metálico del cañón de una pistola sobre la nuca impide que siga retrocediendo.

—Toma… —Le ofrece de nuevo el martillo—. Cógelo, o Danko se verá obligado a volarte la tapa de los sesos. Vivir o morir, la decisión es tuya. Además, Tonto del Culo está condenado. De una manera u otra, no saldrá de esta. En el fondo le estamos haciendo un favor. Repartir comida en moto no le ofrece un futuro muy halagüeño.

En la silla, ahora semiconsciente, el chaval se queja, gruñe, llora y, con lengua de trapo, llama a su madre. Danko aumenta la presión de la pistola sobre la cabeza del Tanque. Este intenta protestar, pero su voz lo ha abandonado. No quiere hacerlo. Su brazo se niega a obedecer, aunque su mano acaba cerrándose en torno al mango de madera maciza del martillo. Karim sonríe, satisfecho.

—Estáis locos, sois unos hijos de puta de mierda… —suelta enfurecido, a medida que se acerca al muchacho.

El otro Danko se adelanta y le levanta la cabeza al repartidor, cuya barbilla descansa sobre el pecho. Mientras el Tanque presenta el clavo sobre el ojo derecho, el coloso ciclado mantiene el rostro del chico firmemente sujeto entre las manos. Pavony apunta y lamenta su suerte al mismo tiempo. Se le escapa una lágrima. Gracias a Dios, el muchacho no está consciente del todo.

Antonio Pavón, el Tanque, nada en sudor y remordimientos. Resopla. Suda. Tiene miedo. Su boca es un puro secarral.

«Rápido, rápido, rápido… hazlo rápido», se repite mentalmente, pero el martillo sigue con la mocheta metálica apuntando hacia el suelo.

«Tienes que hacerlo, no te queda otra», se exige.

Por el rabillo del ojo, cree percibir un movimiento. No se fía de Karim.

«Rápido, Tanque, rápido…».

Un punto de impaciencia le estalla en el cerebro y lo traspasa. Necesita acabar con esto.

«Rápido, rápido, rápido…».

Una, dos, tres, cuatro, cinco… hasta seis veces seguidas golpea con una violencia desmedida mientras la sangre le salpica la cara. El primer martillazo acierta de lleno en la cabeza del clavo; los demás, en la del chico. Con la embestida inicial, el repartidor de Uber Eats emite un gruñido sordo; con el resto, silencio. En cuestión de segundos, el rostro del muchacho se transforma en un sanguinolento grumo de apariencia humana.

Jadeante, el Tanque se pasa la mano libre por el rostro para limpiarse las gotas de sudor y sangre que le resbalan por la piel. Cabecea, resopla y encorva su enorme cuerpo. Sabe que acaba de cruzar una frontera gangrenosa y que ya no hay vuelta atrás.

SEGUNDO ACTO

Lo terrible no es la muerte, sino las vidas que la gente vive o no vive hasta su muerte.

CHARLES BUKOWSKI,
La senda del perdedor

14

Valdesombra es una pedanía del municipio de Jerez de la Frontera con menos de mil quinientos habitantes, conocida por su mosto, que aún se sigue elaborando con técnicas tradicionales.

Cuando el Piraña se mudó allí con su abuela, Ramona, era un chaval malencarado cuya idea de negocio distaba mucho de la que inició Nicolás Brenes al sembrar la viña que, con el tiempo, daría origen a la afamada bebida. Una idea diferente, sí, pero a la postre mucho más lucrativa.

Ahora, con un puñado de años más a sus espaldas, el Piraña lidera, desde este pueblecito, una de las organizaciones de distribución de droga más potentes de la provincia de Cádiz. Es mediodía, y la resaca lo mantiene con la cara hundida en la almohada.

Anteayer volvió de la cárcel, tres años después de su última detención, y los vecinos lo recibieron por todo lo alto. Llegó al pueblo conduciendo un impresionante Mercedes C63 AMG amarillo metalizado. El coche, agenciado horas antes en un taller ilegal de Fuengirola, gritaba «Narcotraficante macarra al volante de estos quinientos caballos de motor» en cada remache de la carrocería.

Al Piraña lo habían detenido en 2021 por pertenecer, presuntamente, a una organización criminal dedicada al tráfico de cocaína y marihuana. La policía se equivocó: el Piraña no es miembro de la organización; es toda la puñetera organización.

Luis Castro Mancheño, alias el Piraña, no ha cotizado a la Seguridad Social ni un solo día. No ejerce ninguna actividad remunerada reconocida a nivel legal, pero eso no significa que no trabaje. Lo hace, y duro.

Cuando lo detuvieron, llevaba veinticuatro horas de fiesta en un

tabanco de Jerez de la Frontera. Pero no fue una juerga cualquiera, sino una de padre y muy señor mío. Sabiéndose apresado, decidió que necesitaba una válvula de escape ante tanta tensión: una última y colosal farra que rememorar para que los días entre rejas fueran menos insoportables.

En realidad, el arresto no fue más que una payasada. Le buscaron las cosquillas por un tiroteo en un club de alterne del Puerto de Santa María en el que estuvo implicado. Más que eso: se lio a tiros, puesto de coca hasta las cejas.

Era un club de alterne frecuentado por políticos, empresarios y miembros de las fuerzas de seguridad locales a lo que no les hizo puta gracia tener que cambiar de local. Cuando te aprietan los huevos, mejor ir a bueno conocido que a malo por conocer.

Desde que se compró su primer chalet en Valdesombra, el Piraña nunca se ha movido de allí, a pesar de haber amasado una fortuna cuya cantidad exacta desconoce. Dice que ese es su pequeño universo y que, fuera de los márgenes del pueblo, se siente solo y confundido. Además, gracias a su desinteresada generosidad, en mayor o menor medida todos los vecinos lo aprecian. Y eso de influir en su vida le agrada.

Luis Castro frisa los cincuenta. En el estado de duermevela en que está sumido, sueña con retirarse del tráfico para holgazanear y ver la vida pasar. No es como el resto de los narcos, a los que ciega la ambición. Al menos, ahora no, a esta edad y justo después de salir del talego. Con todo lo que tiene, si se jubilara, no pasaría penurias.

En lo suyo ha llegado a lo más alto. En la provincia, ha reinado sin rival durante décadas, pero ahora la competencia es salvaje y todos los negocios se cierran previo pacto. El pastel sigue siendo grande, aunque el número de comensales que se sientan a la mesa empieza a ser desproporcionado.

Y pedir al Gobierno que cree una comisión nacional para velar y regular la libre competencia en el mercado de la cocaína y el hachís… como que no. A pesar de todo, disfruta con lo que hace.

Se juega el pescuezo casi a diario, pero le merece la pena.

Empezó en el negocio desde abajo. Ha trabajado de punto, de bracero e incluso de copiloto en numerosas madrugadas de alijo. Y ahora que está en pleno apogeo, ¿cómo narices va a dejarlo? El coraje irracional que se apodera de él cada vez que afronta un negocio es impagable. Conoce los riesgos de su oficio y los acepta. Por eso lo de retirarse no deja de ser un sueño que nunca se concretará; por mucho que se empeñe, en su caso tira más la adrenalina que la manta y el sofá.

—¿Piensas quedarte en la cama el resto de tu vida? Que el reloj se te va a echar encima y vas a perder todo el día…

La pregunta va acompañada de un subir violento de persiana que, cuando los rayos del sol se filtran a raudales a través de la cortina, trunca todos sus pensamientos en un santiamén.

El Piraña abre un ojo lo suficiente como para distinguir la silueta recortada de su mujer junto a la ventana. Tienen la misma edad, pero ella no la aparenta. Ana María es guapa, pero de esas que te cagas. Sus rasgos castizos y grandes ojos negros parecen sacados de un cuadro de Julio Romero de Torres. Si se lo hubiera propuesto, podría haber sido modelo. Pero prefirió juntar su vida con un aspirante a narco tan gracioso como deslenguado.

Por su parte, hasta hace no mucho, Luis era un galán de discoteca insufrible, pero el desgaste de los años y el paso por la cárcel han opacado el verdor del valle. Ha empezado a perder el pelo rizado, y eso lo tiene a maltraer. El poco que le queda lo peina engominado hacia atrás, formando en la nuca una cascada de caracolillos estudiada al milímetro. Es su única concesión a la coquetería.

Y aunque sigue siendo más fuerte que alto, la aparición de una incipiente barriga está ahogando sus abdominales. A pesar del aumento de peso, sigue llevando ropa que parece sacada de la sección infantil de Zara. Lo de vestir entallado lo sigue hasta las últimas consecuencias.

En realidad, Luis y Ana María no están casados, pero los cuatros

hijos que tienen en común atan más que cualquier papel.

El estimulante perfume floral que desprende ella le envuelve y empapa los sentidos a Luis, además de provocarle una erección inmediata. Con tanta fiesta, no han tenido ni un momento de intimidad. Y por intimidad el Piraña entiende ponerse a follar como locos. En la cárcel renunció a los vis a vis porque le parecían degradantes. Así que, sin previo aviso, se levanta de la cama de un salto y abraza a su mujer con la intención de bajarle las bragas hasta los tobillos.

—Luis, ni por asomo vamos a follar ahora… —le advierte Ana María, muerta de risa, mientras se desembaraza de su marido—. Apestas a cochiquera y, además, los niños están por la casa deseando pasar un rato con su padre. Si nos oyen, no dudarán en tirar abajo la puerta del dormitorio. ¡Y verás la cantidad de dinero que tendremos que gastar en psicólogos para que no crezcan con un trauma!

A regañadientes, el Piraña claudica y vuelve a derrumbarse en la cama.

—Uf, menuda resaca —dice con la lengua tan pesada como un entrecot de ternera—. Ya no tengo edad para tanta juerga.

—Lo que ya no tienes es edad para que te encierren tres años… —responde ella con seriedad y los brazos en jarra—. Es cierto que nunca me has engañado. Estoy al tanto de que tus negocios son peligrosos, pero creo que ya es suficiente… No soportaría que te volvieran a meter en la cárcel. —La mujer hace una pausa pare respirar—. Te recuerdo que tienes cuatro hijos que necesitan a su padre —continúa—. Hay que reconocer cuándo es el momento de dar un paso atrás. Solo necesitas leer los periódicos para saber que la cosa se está poniendo cruda. Cualquier gañán de tres al cuarto puede señalarte y exigirle a la policía tu ingreso en prisión a cambio de un buen trato.

El hombre se queda con la mirada fija en el techo, como si lo radiografiara. La lealtad de Ana María es la argamasa que mantiene unida a la familia. Entre narcos, la longevidad en las relaciones

personales no suele ser habitual, pero el Piraña quiere mucho a su mujer.

A Luis se le pasa la resaca de repente. Siempre le ha sucedido igual, desde que se conocieron en el bar del pueblo: a ella le basta una mirada cargada de fiereza para que el Piraña sienta que se le estruja el corazón. La mujer continúa repitiendo su discurso en bucle. «Debe de llevar mucho tiempo rumiando qué decirme, y no piensa parar hasta que lo suelte todo», discurre Luis al tiempo que pide paciencia a la lámpara que cuelga del techo como si fuera diosito. Nunca había estado tanto tiempo en la trena. No puede negar que ha pasado momentos duros en la cárcel, algunos muy duros, pero nada que no haya sabido digerir. Sin embargo, se ve que no ha valorado bien el impacto que su ausencia le ha provocado a su mujer. Durante las visitas, ella siempre permanecía firme, incluso animosa, pero, por lo que parece, la realidad era otra. Y esa realidad provoca que algo se le remueva por dentro.

—Y no me vengas con el cuento de que mucha gente depende de ti —bufa—. Esos parásitos, que se busquen la vida por su cuenta. Y no hay nada que discutir. Si eliges continuar trabajando, te aseguro que habrá consecuencias.

Luis sabe que ha de decir algo, pero debe elegir con cuidado. Por eso se asegura de que el significado de lo primero que diga no empeore su situación.

—No te lo creerás, pero, antes de que entraras en el dormitorio, estaba pensando en todo eso…

La melena negra y lacia le ensombrece el rostro, pero a la mujer se le ilumina la cara como si fuera la Gran Vía en Navidad al escuchar las palabras de su marido. Ana María ni siquiera parpadea, esperando oír lo que sigue a los puntos suspensivos que han quedado flotando en el cuarto. Ahora no está pensando. Solo le apetece escuchar.

—Te quiero a ti y a nuestros hijos más que a mi vida, y por ese motivo te confieso que he pensado en retirarme en más de una ocasión, pero… —dice al tiempo que se sienta sobre el colchón.

Todas las luces navideñas se apagan a la vez. La mujer comienza a retroceder mientras asiente con la cabeza muy despacio. Su rostro se tensa de una forma casi sobrenatural.

—Espera, cariño… —le suplica el hombre desde la cama, alargando el brazo—. Antes de enfadarte, déjame que te cuente. En la cárcel, un tipo se me acercó y me propuso un negocio irrechazable. Te prometo que será mi último baile. Queremos que nuestros hijos vayan a buenas universidades privadas…

Es consciente de su error nada más soltarlo. No es momento para reproches. Ella alarga la mano hacia la cómoda en busca de algo que lanzarle. Lo que encuentra es una figura de porcelana de Lladró: una majestuosa cabeza de caballo, carente de valor sentimental, pero de alto coste económico. La pieza traza una parábola perfecta antes de impactar contra la frente despejada de Luis. Milagrosamente, la porcelana resiste el golpe y cae intacta sobre el colchón.

—¡Coño, Ana María! —le grita a la mujer, que se despide con un portazo que hace temblar los cimientos del chalet.

Unas manchas negras, salpicadas de destellos de colores, brincan ante sus ojos. Luis decide entonces entre desmayarse o dejarse caer de espaldas en la cama. Elige lo último. Los juramentos e insultos que su mujer reparte por el resto de la casa son tan gruesos que prefiere hacerse el sordo. Con dedos temblorosos, comprueba los daños ocasionados por el impacto. No hay sangre, pero el abultamiento que comienza a crecerle en mitad de la frente promete un desenlace generoso.

Luis Castro Mancheño, alias el Piraña, prefiere la acción a la reflexión, como su padre, que no era precisamente un hombre de pensar, según le contaron. El buen hombre murió pescando fardos de costo, engañado y sin un duro cuando Luis apenas tenía ocho años y se dedicaba a trapichear por las calles de Barbate. A esa temprana edad, el niño, como muchos chavales del barrio, ya movía discretas cantidades de hachís y vendía rebujito, una mezcla de heroína y cocaína con efectos demoledores para la cabeza.

A principios de los ochenta, el barrio de Carrero Blanco era un pequeño gueto al que la Guardia Civil evitaba entrar, y los grupos mafiosos se multiplicaban como cucarachas. El lugar ideal para pasar la infancia.

Por su parte, de la madre del Piraña lo único que se puede decir es que era una mujer muy inquieta. Un manojo de nervios, delgada y seca. Cuando no le quedaron venas sanas para pincharse ni dinero para fumar heroína, se lanzó a la calle a practicar la prostitución. Dejó al niño con su abuela paterna, que residía en Valdesombra, antes de coger un autobús en dirección a Sevilla. Pronto se hizo con una esquina en la Alameda de Hércules, donde se mezcló con yonquis y delincuentes, para, un par de años más tarde, desaparecer sin decir adiós.

Los gritos que rebotan en las paredes de la casa le confirman que es momento de pensar y detenerse en los matices, por mucho que le cueste. Se acerca la fecha y debe tomar una decisión que, en realidad, ya está tomada.

Cuando eres un tipo conocido y tienes mando en plaza, a pesar de ser tu primera experiencia carcelaria, los acercamientos para venderte algo son el pan nuestro de cada día. Normalmente pasas, pero cuando un guardia quiere proponerte un negocio, hay que escuchar. Sería de muy mala educación no corresponder al gesto.

En Puerto III, la carta de platos es tan breve como clara: nueve mil euros por un permiso y quince mil por un pase de segundo a tercer grado. Sin embargo, Benítez, el funcionario de prisiones decano en la cárcel, próximo a la jubilación, le ofreció un plato fuera de carta poco antes de su salida: una tortilla francesa acompañada de un buen borgoña.

Benítez abordó al Piraña en la puerta de las cocinas.

—Tengo que hablar contigo —dijo—. Pa arreglá un encuentro.

Así, «desopetón», todo junto y con tilde. Al día siguiente se vieron en la lavandería, que no hay cámaras. El Francés, algo así como el Florentino Pérez del narcotráfico, quería reunirse con él. El

encuentro tendría lugar en el bar El Paraíso, ubicado en Sanlúcar. Luis parpadeó un par de veces, sorprendido, e hizo con la cabeza un gesto a lo gallego que no quería decir ni sí, ni no ni todo lo contrario. A pesar de su currículum, no está acostumbrado a recibir invitaciones de ese tipo.

—A ver, cojones, dime algo, que no tengo todo el puto día… —espetó Benítez, impaciente.

Como no sabía qué hacer y tampoco se le ocurría cómo negarse, lo único que acertó a decir fue un lacónico «Vale».

La cita en El Paraíso es dentro de dos días. Ese es el tiempo que tiene para convencer a Ana María. La mujer es ahora mismo una bomba de napalm a punto de estallar, y eso no es un contratiempo menor. Si le pide perdón, sus palabras le sonarán tan sinceras como las de un exalcohólico en la fábrica de Cruzcampo.

—A saber qué le está pasando por la cabeza a esa mujer —musita.

Recibe un ruido de cristales rotos a modo de respuesta.

15

Frente a los altos cargos del EDOA y la UDYCO que tiene en nómina, al Francés le gusta comportarse como un ciudadano común. Representa con precisión el papel de respetable hombre de negocios, mientras que los miembros de los cuerpos armados intentan conservar una dignidad inmaculada. Algo que a todas luces resulta imposible si el enriquecimiento ilícito se convierte en norma y la impunidad, en hábito. Cuando los bolsillos pesan más que la ética, cualquier conato de mantener una apariencia de integridad no es más que una farsa bien ensayada. La corrupción no solo erosiona los principios; también distorsiona el sentido de justicia, lo que convierte el privilegio en moneda de cambio y la desvergüenza en virtud. Sin embargo, por suerte, la corrupción no define a la mayoría. En el ámbito policial, la honradez sigue siendo el pilar que sostiene la confianza pública.

Sin duda, el núcleo del problema es el eterno enfrentamiento entre principios y tentaciones. En términos generales, la pérdida de integridad es directamente proporcional al goce. Y como esta se sobrevalora, tal como los políticos se empeñan en demostrar a diario, algunos piensan que es mejor vivir con alegría que con una rectitud moral inflada. Si no, que se lo pregunten al comandante jefe de la Policía Judicial, encargado de dirigir y coordinar al EDOA de la provincia de Cádiz, que acaba de inhalar una línea de cocaína que podría tumbar a un elefante, mientras una prostituta con pechos operados hace equilibrios sobre sus rodillas. El Francés es consciente de que les queda poco para que se pongan burros del todo, así que intenta reconducir la situación con la paciencia que lo caracteriza.

—¡*Mon Dieu*, señores! —exclama al tiempo que da varias palmadas para captar la atención de los presentes, que no son

pocos—. Tenemos toda la noche para divertirnos, pero antes alcancemos un acuerdo, *s'il vous plaît*.

El Francés pulsa la pantalla de la tablet que descansa sobre la mesa, y de inmediato se abre la puerta blindada que da acceso a la sala. Dos hombres corpulentos, cuyos trajes apenas contienen sus bíceps, desalojan a las chicas con un simple chasquido de dedos del jefe. Ahora toda la atención puede centrarse en los negocios. Durante la cena, los temas han sido triviales y frívolos, razón por la cual Pierre ha permitido la presencia de las jóvenes. Era el momento de aliviar tensiones. Sin embargo, ahora hay que transmitir seriedad. Sabe que se juega mucho en esta partida, y no puede permitirse que un cabo suelto le pase factura.

El jefe de la Judicial y teniente coronel de la Guardia Civil, Vilda, frunce el ceño al ver que las chicas abandonan la sala. Está obsesionado con una imponente amazona rifeña de curvas irresistibles y una piel que parece destilar deseo. Esa mujer es su talón de Aquiles. No hay nada más fácil de manipular que a un hombre que piensa con la entrepierna, y por eso el Francés cuida a Tihya más de lo que debería. La joven exuda lujo, es deslumbrante e inteligente, y despierta una envidia apenas disimulada entre las demás. Aunque Nasser ha advertido a su amigo sobre los riesgos de esta situación, Pierre insiste en que todo está bajo control.

Observa a su alrededor con expresión amigable. Ninguno de los asistentes es ajeno a este tipo de reuniones, salvo el sargento Díaz. Por lo tanto, todos saben lo que viene a continuación. Como siempre, Nasser lo ha organizado con meticulosa perfección. La cena ha sido impecable: había contratado a un cocinero extraordinario, capaz de dejar sin palabras al jurado de *MasterChef*. El entusiasmo ha sido tal que más de uno ha terminado limpiándose los morros con la manga de la chaqueta.

El vino, la comida exquisita y la cocaína han demostrado ser una combinación infalible. Y, si el banquete se corona con un postre digno de un festín, aunque no apto para diabéticos, la satisfacción es absoluta.

El Melli y el Tuercas, los dos gayumberos amigos invitados a la reunión, han excusado su ausencia alegando compromisos laborales. A Pierre no le inquieta; al fin y al cabo, mejor no reunir a demasiados gallos en el mismo corral.

En cuanto al alcalde, el Francés ha decidido que un encuentro privado será mejor. Con los políticos ya se sabe: hay que alimentarles el ego para que se sientan importantes.

La sala está en el sótano del Sonoma, un local que, a estas horas, rebosa vida. Es viernes, son las dos de la madrugada y esto es Marbella. En las barras, los camareros despachan copas sin descanso, como si los euros llovieran del cielo. El dinero viejo y el nuevo se mezclan sin reparos, convencidos de que mañana habrá más. Narcos de segunda fila, traficantes de armas rusos, hijos de padres con pasta que se pasan el día enfarlopados de reunión en reunión e incluso funcionarios de alto rango que no saben en qué gastarse su nómina conviven en el Sonoma en perfecta armonía. La sala de reuniones es un oasis en medio del desenfreno. Insonorizada y equipada con inhibidores de frecuencia de última generación, es una fortaleza de hormigón en la que reina la calma absoluta.

Una vez solos, el silencio se apodera de la estancia. Es incómodo, cargado de expectativas, y ninguno de los presentes se atreve a romperlo. Todos esperan que Pierre, anfitrión del encuentro, sea el primero en hablar. La atmósfera se electrifica lentamente, como si una corriente invisible recorriera el aire.

El Francés consulta el reloj. Son las dos y cuarto de la madrugada, una hora muy narco para hablar de negocios. La electricidad le recorre el cuerpo. Empiezan a hormiguearle las manos, el pecho y la cara. No puede evitar ponerse cachondo. Vive por y para sus empresas. Es lo único que lo hace sentirse vivo. Si volviera a nacer, se dedicaría al narcotráfico. Es un adicto a su vieja amiga, la adrenalina.

—*Mes chers amis*… Como bien sabéis, el motivo de la reunión es ultimar los detalles de la gran operación que tenemos entre manos

—dice mientras posa la mirada en cada uno de los asistentes, sin apresurarse, otorgándoles la misma importancia, con independencia de su rango.

De todos los presentes, el único que inquieta al Francés es el recién llegado, Díaz. Sargento de la Guardia Civil, controla todos los contenedores que llegan al puerto de Sevilla en los buques de carga. Él decide qué precintos romper y cuáles deben permanecer intactos bajo cualquier circunstancia. Aunque tiene el menor rango entre los invitados, para Pierre es, sin duda, el verdadero amo de la mesa.

Durante toda la cena, Díaz ha intercambiado miradas con Romero, capitán de la Guardia Civil y jefe del puerto de Sevilla, cargadas de preguntas no dichas: «¿Cuánto dinero le pido a este tipo?» o «¿De verdad este gabacho es de fiar?».

—Este es un proyecto especial… —continúa el Francés—, y huelga decir que todos nos jugamos mucho. En unos días, el contenedor cruzará el Atlántico a bordo de un buque de la naviera ecuatoriana J Palma Export Import Corporation. Oficialmente, su carga son cajas de bananas. Y, antes de que lo preguntéis, os adelanto que no se llenará en origen utilizando el método del gancho perdido.

—Al final, ¿de qué cantidad estamos hablando?

Es Romero el que pregunta. No es la primera vez que hacen negocios juntos, de modo que el Francés sabe que el capitán de la Guardia Civil tiene sus propias normas. Esquivar el límite de una tonelada por barco es uno de los principales escollos que Pierre tendrá que salvar.

—Seis toneladas de metanfetamina sólida.

Suelta la cantidad de sopetón, sin ambages, con la misma naturalidad con la que el hombre del tiempo anunciaría la temperatura máxima de mañana en Marbella. Díaz deja escapar un silbido entre la sorpresa y el desconcierto, y se pasa la mano por el cabello rapado al uno. Vilda, parco en palabras, se limita a asentir repetidamente con la cabeza, como si intentara asimilar la cifra.

—El mercado del hachís y la cocaína está saturado —explica—. La competencia es feroz, y la sobreproducción tanto en Marruecos como en los países latinoamericanos ha hecho que el precio de venta final se desplome casi a la mitad. Llevo tiempo considerando diversificar el negocio, y creo que es el momento perfecto. Así que, si queréis, podéis llamarme Walter White.

—Me cago en mi puta madre, Francés… Seis toneladas. Coño, eso son muchos kilos —protesta Romero de malas maneras.

—Pues sí, si las matemáticas no me fallan, son seis mil kilos —dice con un tono que mezcla humor y confianza, dejando claro que, a él, el peso de la operación no le preocupa.

Romero se remueve inquieto en la silla. Alto y nervudo, con pómulos marcados, siempre ha tenido para el Francés un aire de roedor. Esa impresión se intensifica ahora, mientras el capitán parece un manojo de nervios envuelto en piel, incapaz de ocultar su incomodidad.

El silencio en la sala se torna espeso, casi aceitoso. Las miradas recelosas se cruzan en un tenso vaivén al tiempo que la angustia parece reptar por las paredes de hormigón, buscando una grieta por la que escapar. Nadie sabe cómo procesar lo que acaba de oír… Salvo Pastor Alias, cuyas palabras irrumpen en la quietud y disuelven el mutismo como si fueran aguarrás.

—Pues yo no veo ningún problema… —dice risueño.

Pastor Alias nació en Barbate, en el seno de la familia de los Palete, uno de los principales clanes del hachís que dominaron el mercado en el pueblo durante la década de los ochenta. La muerte de su padre a manos de la familia rival, los Osuna, lo empujó a abandonar su municipio. Con su madre en prisión condenada por tráfico de heroína, Pastor decidió mudarse a Ávila con un tío suyo que se dedicaba a la construcción.

Pero el destino, siempre caprichoso, tenía otros planes para él. Lo que comenzó como una huida terminó en una inesperada reinvención: Pastor estudió Derecho en la Universidad de Salamanca y más tarde ingresó en la Escuela Nacional de Policía.

Tras media vida dedicada a la labor policial, hace tres años regresó a la tierra que dejó atrás convertido en inspector jefe de la UDYCO Bahía de Cádiz. Sin embargo, desde hace unos dieciocho meses, su destino ya no lo dicta la ley, sino la voz del Francés.

—Vilda y yo nos encargaremos de que no moleste ningún agente del EDOA ni de la UDYCO. Además, hay que recordar que la principal vía de entrada de droga en Europa es el puerto de Algeciras. Solo tenemos que hacer ruido —concluye Pastor con suficiencia—. Tal como están las cosas en la zona, bastará con enviar un soplo a través del buzón de denuncias anónimas de la policía. Si aportamos datos concretos, será fácil desviar la atención hacia el Campo de Gibraltar. ¿Qué opinas? —pregunta, dirigiéndose al teniente coronel.

Vilda gruñe, pero no dice nada. Se pasa la mano por la calva sudorosa y luego se atusa el bigote recortado, pequeño y con tintes franquistas. Finge que se esfuerza en pensar, aunque todos saben que lo tiene claro. Le gusta el dinero, como a todos, pero además él lo necesita. Dos divorcios y cinco pensiones alimenticias que pagar cada mes no hay sueldo de Guardia Civil que lo aguante. Por no hablar de que tiene más vicios que un estudiante de los ochenta en plena movida madrileña. Y los vicios son caros.

—Pastor, no eres nuevo en esto… —dice tras darle un sorbo largo a la copa de Moët Chandon—. El asunto es peligroso. En realidad, considerando todas las implicaciones, es peligroso de cojones. —Hace una pausa para otro sorbo y repostaje—. Por otro lado, si todos nos comportamos como profesionales… —Nueva pausa para apurar el champán de un trago—. No me considero infalible ni el más listo de la reunión, pero el plan no es descabellado ni suicida. Si todos cumplimos con eficiencia el papel que se nos asigne, tendremos éxito. Además, no sé vosotros, pero yo no tengo intención de pisar la cárcel.

Romero se lleva la mano a la cara de rata y se la frota como si quisiera borrar su expresión nerviosa. No lo logra, pero al menos se contiene y no dice lo que está pensando: que, si los pillan, seis toneladas son muchos años a la sombra. Díaz no le quita ojo.

—¡Oh, capitán! ¡Mi capitán! —casi grita el Francés mientras se levanta del asiento.

La agitación de Romero no le ha pasado desapercibida. Pierre camina alrededor de la mesa con las manos en los bolsillos del pantalón de lino y una sonrisa deslumbrante en el rostro, la viva imagen de la seguridad. El capitán de la Guardia Civil, máximo responsable del puerto de Sevilla, recoge la declamación con una mueca de disgusto.

—*Mon chéri*, no hay de qué preocuparse —dice al tiempo que posa las manos en los hombros de Romero—. La empresa que sacará el contenedor del muelle es de confianza. No en vano les pago un buen porcentaje para que figuren como destinatarios. La operación es mucho menos peligrosa que si tuviéramos que pagar a estibadores corruptos para que violentasen el precinto, sacasen la carga y volvieran a sellar el contenedor con un precinto idéntico. En estas actividades, reducir el factor humano es fundamental para minimizar riesgos. No suelo fiarme de la gente…

Romero traga saliva cuando el Francés le presiona los trapecios con dedos nudosos. Sabe que esto dejará huella, tanto en su piel como en su entereza.

—Por otro lado… —continúa mientras suelta a su presa y camina con las manos a la espalda—, con este método no solo reducimos el número de operaciones y, por lo tanto, el riesgo de que algo o alguien falle, sino que también podemos introducir grandes cantidades en el país de una sola vez. La idea es sencilla, y su ejecución, aún más. Y, para curarnos en salud, profundizando en el planteamiento de la denuncia anónima propuesta por mi querido Pastor, estoy organizando un alijo en la costa el mismo día que saquemos el contenedor del puerto de Sevilla. Así que vuestros chicos tendrán con qué entretenerse… —añade, dirigiéndose a Vilda y a Pastor.

De nuevo se hace el silencio, aunque esta vez ha perdido gran parte de su anterior viscosidad. Es un mutismo más limpio, más fresco, casi de admiración ante el aplomo y la seguridad que emana

el Francés.

—Visto así, no puede fallar nada… —dice Díaz, que hasta ahora se ha limitado a escuchar con atención—. Si sacamos el contenedor completo del puerto, tal como ha apuntado Pierre, la coordinación y la ejecución serán simples y efectivas. Por el método del gancho ciego, solo me hubiera atrevido a sacar, como máximo, unos cientos de kilos, y con los huevos de corbata. Pero, si procedemos de este modo, el atrevimiento se multiplica por mil y los testículos vuelven a su sitio.

—*Et voilà!* Entonces, asunto zanjado —anuncia el Francés, y se lanza a descorchar otra botella de champán.

Durante la siguiente media hora, Pierre sigue explicando a sus socios los detalles del plan y lo que se espera de cada uno. Les deja muy claro que él se encargará del aporte de capital para sellar bocas y cegar ojos. Va sobrado de liquidez, y entiende que ciertas situaciones requieren una elegancia especial.

Los demás apenas intervienen; se limitan a asentir de forma sumisa. Porque no les queda otra y porque recibirán dinero a paladas. Concluida la reunión, regresan las chicas, la coca y el desenfreno. A partir de ahí, Nasser se queda al mando.

Cuando Pierre abandona la sala, cuatro hombres desnudos están discutiendo y hacen cola, como en un baño público, para elegir chica según antigüedad de rango. Antes de irse, Pierre le deja claro a Nasser que Tihya es para Vilda.

En cuanto al sexo, el Francés es un hombre de gustos distraídos y costumbres poco habituales. Por supuesto, no folla con nadie que antes no se haya sometido a un estricto control médico. Además, para él no es hora de follar, sino de dormir. A pesar de que sabe que le será imposible conciliar el sueño, porque hay un hombre que le inquieta, y su nombre no deja de propinarle patadas en la corteza cerebral: Vázquez Quintana. Ese puto comisario.

16

A primera hora de la mañana, los pasillos de la cuarta planta del hospital Puerta del Mar están más concurridos que un domingo de coros en la plaza de Abastos del centro de Cádiz, y Lola no tiene la cabeza para muchas gaitas. Ha pasado los últimos dos días exprimiendo su conexión a internet de alta velocidad sin obtener resultados. Cualquiera, por muy tecnopléjico sociópata que sea, puede usar el ciberespacio para ocultar su identidad, pero la globalización y la red hacen que sea casi imposible no dejar rastro. Para permanecer invisible ante el ojo que todo lo ve, se requieren varias condiciones difíciles de cumplir: pocas relaciones personales, no haber cotizado nunca en la Seguridad Social, no usar las redes sociales, eliminar los datos personales generados por una simple búsqueda o compra… Pero la red es tan vasta, y lleva tanto tiempo entre nosotros, que cumplir todas esas premisas es, prácticamente, una quimera.

Sin embargo, a pesar de haber machacado el portátil a conciencia, no ha encontrado ni una referencia al Francés. La mujer ha estado empleando todas las funciones, los trucos y los códigos que conoce para buscar en Google, pero, tras un conveniente puñado de horas, se ha rendido y ha tenido que cerrar el ordenador. Entonces, frustrada y agotada a partes iguales, ha decidido recurrir a su amigo Javi, un friki de la informática, de los videojuegos y del cine —sobre todo, del cine—, que, por sus pintas, parece haber nacido y crecido en plena Tierra Media.

Nerviosa, antes de comenzar una cura postoperatoria, Lola revisa el móvil en busca de un mensaje que no llega. Javi trabaja en sus frikadas por la noche, cuando, según él, su cerebro y sus sentidos están limpios y a pleno rendimiento. Limpios, sí, pero hasta las trancas de maría por los porros de dos papeles que se fuma. Esa

adicción truncó su carrera como programador en Tequila Works, uno de los estudios de videojuegos más importantes y grandes del país. Pero, como él asegura, no le va mal con su puesto a media jornada de encargado en el Game de la avenida de Andalucía, que complementa por las tardes con su trabajo de paseador de perros. La llamada sorprende a Lola mientras aplica una gasa empapada en Betadine sobre las grapas que cierran la incisión de una gastrectomía parcial. El tono del móvil la sobresalta y provoca un exceso de presión sobre la herida. La paciente, desprovista de habilidades sociales básicas debido al dolor, suelta un «chochoeresimbéciloqué» que rebota en las paredes de la habitación y se cuela por el pasillo. Alarmado, el enfermo de la cama contigua, a pesar de su colostomía, se incorpora y estira el cuello como una tortuga boba para espiar a través de la cortinilla que separa las camas. Ignorando el exabrupto y al hombre tortuga, Lola descuelga y, con un gesto de la mano que parece decir «esperaunminutocoño», sale de la habitación.

—¡Ya era hora, Javi! —le grita sin darse cuenta—. No me quedan uñas que comerme.

—Buenos días a ti también… —rezonga, molesto—. Apenas he dormido buscando a tu fantasma por todo internet. Al menos me merezco un saludo en condiciones, ¿no te parece?

La enfermera suspira, resignada y exasperada a partes iguales. Está agotada, tiene el pelo sucio y las mismas ganas de trabajar que el encargado de llenar de contenido el portal de transparencia del ayuntamiento. Pero, a pesar de todo, sabe que la queja de Javi es justificada. Con todos los favores que le hace, lo mínimo que se merece es una pequeña dosis de educación y cariño.

Además, Lola es consciente de que está perdidamente enamorado de ella. Pero de verdad. Y, aunque sabe que ese amor es inútil y no logra amortiguarlo, Javi siempre ha estado ahí para ella. En los malos momentos y en los peores.

Así que traga saliva y recurre a una práctica tan recomendable como poco extendida hoy en día cuando se mete la pata hasta el

cuello: pedir disculpas.

—Perdona, Javi… Cuando me lo propongo, soy de un gilipollas que asusta —dice—. No es excusa, pero de un tiempo a esta parte no me levanto sonriendo. Es el puto estrés, que no se cansa de visitarme a diario…

—No pasa nada… —contesta—. ¿Y cómo llevas los ataques de ansiedad? —pregunta, preocupado.

—Pues mejor. Como últimamente la ansiedad ha tenido que dejar espacio en mi cabeza a la presión y al miedo, ahora permanece contenida en forma de nudo en la boca del estómago. Así que no tengo motivos para quejarme.

—Lola, pareces agotada —dice—. Y me preocupa mucho que te pase algo. Algo para lo que no haya remedio. Además…

Javi no sabe cómo seguir. Esta vez, como en otras ocasiones, había preparado un discurso grandilocuente con la esperanza de llegarle al corazón. Pero, como siempre, se ha atrancado en el prólogo… A toro pasado, cree que habría sido mejor optar por una declaración a lo Billy Crystal en *Cuando Harry encontró a Sally* y soltarle un «Lo he pensado, y lo cierto es que te quiero». Pero ya es tarde.

La enfermera está a punto de decirle que no se preocupe, pero al final se queda callada. Porque la preocupación de su amigo es genuina, y debe respetarla. Dos meteduras de pata en menos de un minuto son demasiadas, incluso para ella. Así que decide recurrir a lo que suele decirse cuando se quiere pasar a otra cosa:

—Y, cambiando de tema, dime que has encontrado algo sobre lo que te pedí.

Javi suspira, manda a Billy Crystal a la grada junto al resto de los no convocados al partido y se toma unos segundos para contestar. Aprovecha el tiempo para intentar despejar la mente del humo de segunda mano de la marihuana que ha fumado durante la noche.

—Pues algo he encontrado —contesta—. Y te puedo decir que estamos ante un Keyser Söze de manual.

—¿Un qué?

—Keyser Söze… —repite—. *Sospechosos habituales*, 1995, dirigida por Bryan Singer, con Kevin Spacey, Chazz Palminteri y un jovencísimo Benicio del Toro…

—Javi… —dice, armada de paciencia de la buena—. No tengo ni idea de lo que me estás hablando…

El programador informático resopla, incrédulo. Una cosa es no haber visto todas las películas de Wim Wenders en orden cronológico y otra muy distinta es no tener ni pajolera idea de uno de los thrillers más notables de la década de los noventa, convertido, con el tiempo, en una película de culto.

—¡Dios santo, Lola! Tanta ignorancia cinematográfica me aturde… —asegura, serio—. En fin, atiende. En la película, Keyser Söze es un narcotraficante que nunca hace negocios en persona. Es tan celoso de su identidad que incluso sus propios hombres desconocen que trabajan para él. Hay tal misterio en torno a Söze que genera un temor reverencial. Para que te hagas una idea, en una escena determinada, un personaje expresa su fe en Dios, aunque admite que el verdadero temor se lo inspira Keyser Söze. Su interlocutor, en cambio, dice que no cree en Dios, pero que Keyser Söze lo aterra igual.

—¿Intentas decirme que el Francés es como ese narcotraficante hollywoodense?

—Exacto. Digo que es alguien que opera desde la sombra, que mantiene su oculta identidad y que, como Keyser Söze, deja un rastro mínimo, casi inexistente —contesta—. No te haces idea de lo difícil que me lo ha puesto este tipo. No encontraba casi nada. Las mayores referencias las he hallado en la Deep Web. Ahí reside el noventa por ciento de la red, no accesible a través de motores de búsqueda estándar.

—¿Y en esa Deep Web has conseguido identificar al Francés?

—¿Identificarlo? —Le devuelve la pregunta y deja escapar una risotada—. Lola, ese tío es un fantasma muy peligroso. Al parecer, son muy pocos los que tienen el privilegio de conocerlo. Gente

poderosa que tendría más que perder que el propio Francés si desvelaran su identidad. Volviendo a *Sospechosos habituales*, se le podría aplicar la reflexión de Verbal Kint, el personaje de Kevin Spacey, cuando afirma que el mayor truco del diablo fue hacer creer a todo el mundo que no existía. Justo eso mismo ha conseguido ese tío.

Lola siente que el nudo de ansiedad que tenía en la boca del estómago asciende poco a poco hasta casi alcanzar la garganta.

—Entonces, de dirección, fotografías, parejas sentimentales, familiares vivos y demás ni hablamos, ¿no?

—Solo se sabe que nació en uno de los barrios más chungos de Marsella, Kalliste. Al parecer, esta zona al norte de Marsella deja a las Tres Mil de Sevilla a la altura de una barriada para pijos.

—La Virgen…

—Se dice que el tipo es despiadado hasta el extremo y que elimina brutalmente a sus enemigos. Se sospecha que posee una mansión en Marbella y que era amigo del fallecido Jesús Gil, aunque no he encontrado nada al respecto. Creo que esto último es más bien una leyenda urbana muy al estilo de ForoCoches. Como curiosidad, dicen que siempre viste trajes de lino…

Javi hace una pausa antes de plantearle a su amiga la pregunta que le ha estado rondando durante toda la noche. En el último año, todos los favores que Lola le ha pedido estaban relacionados con el asesinato de Selu: acceder a expedientes policiales, buscar muertes violentas que pudieran estar vinculadas con la de su hermano, conseguir copias de informes forenses y un sinfín de cuestiones que, en mayor o menor medida, respondían a la necesidad de encontrar consuelo por parte de una mujer desesperada y confusa.

Pero el Francés es otro nivel. Meter la nariz en los negocios de una especie de hombre del saco con el que todos temen cruzarse no es recomendable. Así que, con una chispa de miedo en la voz, le pregunta a su amiga:

—Lola, ¿en qué coño te estás metiendo?

La enfermera, que desde hace tiempo se ha convertido en

campeona mundial de soltar mentiras y excusas, se queda sin saber qué decir. Porque ni ella misma conoce bien la respuesta. Una punzada de malestar le atraviesa la cabeza de lado a lado, mientras una bola de emociones se le queda atascada en la garganta.

La pregunta formulada por Javi, simple e implacable como un directo a la mandíbula, derrumba hasta la última caloría de energía que le queda esa mañana. De repente, su vida se ha convertido en una burda parodia de una película de gángsteres, justo de esas que fascinan a su amigo. Un filme para el que se postuló como actor de reparto, pero el director le ha reservado, sin previo aviso, el papel protagonista.

Lola está tentada de colgar para cerrar la conversación, poner el móvil en silencio y continuar la jornada sin más dramas. Pero Javi se merece saber la verdad.

—Ni yo lo sé, Javi —confiesa—. Lo único que puedo decirte es que debo encontrar al Francés sea como sea. Creo que es el responsable del asesinato de Selu. No tengo pruebas, pero no pararé hasta conseguirlas. Y si es necesario que me manche las manos de sangre, lo haré sin dudarlo un segundo. Hay cosas que una sabe que es capaz de hacer para salirse con la suya.

El silencio, subrayado por el ruido de la respiración de ambos, se apodera de la llamada. Lola calla porque poco más puede añadir, y Javi, porque su cerebro está procesándolo todo al ralentí. Son como dos coches atrapados en pleno agosto en el nudo de Tres Caminos, entre Chiclana y San Fernando.

—No soy experto en interpretar emociones humanas, pero escuchándote das un poco de miedito —dice Javi, soltando una risita nerviosa—. Eres la jodida Nikita, dura de matar… pero la de Luc Besson, la de 1990, no la anodina versión estadounidense del año siguiente, protagonizada por Bridget Fonda. Esa era una mierda. Tú eres como Anne Parillaud, espléndida en su papel de asesina seca y descarnada que mata para el Gobierno francés.

Ahora es Lola la que se ríe, aunque con un poso de amargura

que no puede disimular. Pensar en el futuro próximo e incierto que le espera le afloja las piernas. Así que decide engañarse un poco y, por un instante, creer que de verdad es Nikita (la de Luc Besson) y que, gracias a la magia del cine, todo saldrá bien.

—Si puedo ayudarte en algo, solo tienes que decírmelo… —añade el chico con voz grave—. Por lo general soy un tipo bastante cobarde, pero, si me lo propongo, puedo ser lo suficientemente fuerte como para echarte una mano. No sé dar puñetazos al estilo Jackie Chan, pero para alguna que otra patada en las pelotas me alcanza.

La enfermera no es consciente de que un par de lágrimas le caen por las mejillas.

—Muchas gracias, Javi…

Después cuelga y vuelve al Betadine, las gasas y las malas caras de doña Gastrectomía Parcial. Mientras la mujer postrada en la cama amenaza con poner una queja por mala atención hospitalaria, Lola empieza a rellenar los espacios en blanco de un incipiente plan que comienza con algo desagradable. Algo que, al pensarlo, le pone el cuerpo chungo y la cabrea. Tanto que doña Gastrectomía Parcial se calla al ver que el rostro de Lola se contrae en un gesto de «nometoqueslamoralqueexploto» que da miedo. La cabrea tanto que las grapas de la herida están a punto de saltar por los aires.

17

A las once de la mañana, en El Paraíso hay sitio de sobra. La hora fuerte de los desayunos ha pasado y solo quedan algunos parroquianos que se toman la primera cerveza del día. Casi todos son jóvenes soñolientos sin nada que hacer, salvo esperar una oportunidad de trabajo de los que no se encuentran en las oficinas del INEM. Los chavales prefieren recibir dos mil euros del tirón por vigilar una playa mientras se descargan los fardos de una lancha que madrugar a diario para ir a la obra o partirse el lomo como soldadores en los astilleros de la bahía.

Como es costumbre, Luis Castro, alias el Piraña, ha llegado a la cita con tiempo. Antes de ocupar una de las mesas, se acerca a la barra y le pide al camarero un americano muy largo de café y corto de agua. El tipo, que a esta hora ya se pisa las ojeras, lo observa un par de segundos con cara de «ustedloquequiereesuncafésolo». En todo caso, se encoge de hombros y pone en funcionamiento la máquina exprés, que suena como el Halcón Milenario antes de pasar por el taller.

Los chicos fingen que siguen a lo suyo, pero lo han reconocido al instante. A ninguno se le ocurre importunarlo; continúan con sus conversaciones, esperando una señal. Una propuesta de trabajo del Piraña inflaría sus currículos tanto como para un ingeniero trabajar codo con codo con Elon Musk.

—Invita la casa… —le dice el camarero mientras deja el americano en la mesa.

Luis asiente con la cabeza, pero no le presta demasiada atención. Todavía le está dando vueltas a la conversación que mantuvo anoche con Ana María. La mujer seguía con el hocico torcido, pero al menos pudieron hablar. Solo le concedió cinco minutos, tiempo

más que suficiente para dejarle clara su postura: intransigente, firme y precisa. «O tu trabajo o tu mujer. Y elige pronto, o lo haré yo por los dos». Así se lo dijo, sin paños calientes.

Consecuentemente, no ha pegado ojo en toda la noche. Primero, porque el sofá de cuero del salón es tan duro y terso como el culo de un culturista (ambos pésimos para dormir), y, segundo, porque no quiere tener que elegir. Ama su trabajo tanto como a Ana María. Mejor dicho, no podría vivir sin ser narco. En cambio, cree que sobreviviría a una separación, por dolorosa que fuera.

En cualquier caso, sería elegir entre susto o muerte… y le apetece tanto como regresar a su celda de Puerto III.

—Buenos días, señor Castro…

El saludo lo pilla con la guardia baja. Algo inaceptable, porque hoy puede ser un buenos días, pero, mañana, un pincho en los riñones. De todas maneras, ningún narco taleguero lo trataría con tal derroche de educación antes de rajarlo, así que, por ahora, tranquilo.

El Piraña levanta la cabeza del café, y su mirada se encuentra con dos ojos marrones, engañosamente amables, enmarcados por un rostro de cemento. El tipo viste un traje de los que no hay en Primark. Más que eso, es una herramienta de comunicación que transmite que le salen por las orejas dinero y confianza en sí mismo.

De edad incierta, el Piraña calcula que deben ser de la misma quinta. Bajo el traje caro se intuye un físico bien trabajado, no de los de gimnasio de barrio, donde compartes sudor y miasmas, sino más bien de los que se moldean con un entrenador personal de élite que tiene los abdominales definidos e irradia optimismo y disciplina a partes iguales.

El tupido cabello, engominado hacia atrás al más puro estilo Mario Conde, y la dentadura, tan resplandeciente que parece nueva, le hacen pensar a Luis que, si le gustaran los hombres, se lo follaría allí mismo. Por un instante, se siente ridículo con su chándal, por muy de Versace que sea.

—¿Le importa que me siente? —le pregunta, ya acomodado en la silla.

Cara de Cemento deja en el suelo un maletín de piel de esos de ejecutivo con sueldo de muchos ceros y levanta el brazo para llamar la atención del camarero. Luego, mete la mano en el interior de la chaqueta y, con la misma presteza que Juan Tamariz con una baraja de naipes, saca una tarjeta de visita blanca e impoluta. De esas que ya solo utilizan los *old school*.

Mientras le pide un cortado con sacarina al chaval, da golpecitos con el borde de la tarjeta sobre la mesa.

—¿Y bien…? —dice el Piraña, un tanto irritado por la actitud del desconocido.

Pasmado, el hombre abre los ojos como el dos de oros y le tiende la tarjeta al Piraña, que la recoge con desgana.

—Perdone, señor Castro, pero en ocasiones mi cerebro es un parque temático donde todas las atracciones funcionan al unísono y a la velocidad de la luz —dice, golpeándose la sien con el índice de la mano derecha—. Pensé que me había presentado al llegar. Mi nombre es Marciano Vieites, soy abogado y vengo en representación de mi cliente.

El letrado le ofrece la mano a modo de saludo.

—¿Y su cliente es…? —pregunta Luis mientras acepta el ofrecimiento, a pesar de que los abogados le dan repelús. Pero este es tan guapo y huele tan bien que le cuesta rechazarlo.

—El Francés, obviamente.

La firmeza del apretón pilla al Piraña con el paso cambiado, y el abogado le estruja los dedos sin compasión. Está a punto de protestar, pero, de nuevo, siente reparo. «Debe de ser por el puñetero traje, que le da porte de ministro», piensa mientras abre y cierra la mano bajo la mesa para que el otro no se dé cuenta.

—Señor Vieites…

—Puede llamarme Marciano —le interrumpe.

—De acuerdo. Marciano, no se ofenda, no es nada personal —

dice, molesto, porque, le suena a disculpa—. He venido hasta aquí para encontrarme con el Francés. A usted no lo conozco de nada y, encima, es abogado. Y a mí los abogados como que me dan repelús.

Vieites le sonríe con seriedad y remueve el cortado que el camarero acaba de dejar en la mesa. Como el resto de los clientes, no les quita ojo. Se pasa los dedos por el mentón, muy bien rasurado, y le indica antes de llevarse la taza a los labios y dar un sorbito:

—Dos cosas… Primero, cuando trabajo, nunca me tomo nada de forma personal. Sería de aficionado. La experiencia me ha enseñado que, si entra en juego lo personal, uno pierde la perspectiva. —Nuevo trago de canario al cortado—. Y en segundo lugar, señor Castro, creo que no ha caído en la cuenta de que no conoce a mi cliente. Por lo tanto, podría haberme presentado aquí como el Francés, y usted se lo hubiera tragado como un vulgar chapero de cincuenta euros por una mamada.

El Piraña está a punto de contestar, pero el abogado le hace entender con la mirada que no ha acabado. Vieites no llega a ser amenazante, pero está peligrosamente cerca de serlo. Luis ha captado a la perfección la prepotencia del tipo en su tono de voz, y sus palabras comienzan a sentarle mal, por muy guapo que sea el cabrón.

Pese a todo, decide callar y esperar. Ahora, Marciano deja de lado los tragos de pajarito y liquida el cortado de un solo buche. Después se pasa la servilleta de papel por los labios y, tras doblarla en un cuadrado perfecto, saca del maletín una subcarpeta de cartulina de un amarillo chillón y un abultado sobre marrón con cierre de cuerda y arandela. De nuevo, todo muy *old school*.

—Señor Castro, esta carpeta contiene todos los detalles del trabajo que el Francés desea que usted realice para él —anuncia mientras da un golpecito con el índice en la cartulina—. Le adelanto que no se le requiere mucho. En realidad, no es nada que no haya hecho antes con un par de planeadoras y gente de confianza. Así

que, por ese lado, puede estar tranquilo. Eso sí, para entregarle esta carpeta y el dinero para gastos que contiene el sobre, antes debe aceptar el encargo.

—Pues mira qué bien… —responde el Piraña, sin ocultar que tanta condescendencia y desconfianza le están tocando los cojones.

Vieites, que de tocar los cojones sabe un rato, sonríe abiertamente con afectación antes de decir:

—No se ofenda, señor Castro, no es personal… pero es que a mí los narcos de medio pelo que no conozco como que me dan repelús.

Luis Castro, alias el Piraña, puede ser muchas cosas, pero no es ingenuo. Mientras tamborilea con los dedos en la mesa, le devuelve al abogado una sonrisa apenas perceptible, suficiente para dejarle claro que conoce su juego, aunque las reglas sean distintas.

Marciano lo está poniendo a prueba. Ahora le toca a él tomar una decisión y actuar en consecuencia. Si la fama del Francés es real, cometer un error sería una sentencia de muerte. Hasta ahí, nada nuevo. Lo novedoso del asunto es no saber qué espera de él, y eso le impide determinar si es la persona indicada para el trabajo.

«Ha llegado el momento de romper la baraja», piensa intentando parecer calmado, aunque disimular le cuesta tela.

—Siento decirle que, en mi trabajo, todo es personal… —contesta con una última brizna de paciencia—. Y si eso le supone un problema, será mejor que se levante y se vaya por donde vino a tomar por culo.

Vieites se queda mirando al Piraña como un jugador de póquer tras un *all in*. Por su parte, Luis Castro sigue hablando, convencido de que sacará de esa reunión todo lo que desea.

—Mi profesionalidad está más que demostrada… —dice—. De lo contrario, el Francés no se habría puesto en contacto conmigo. Así que no estoy dispuesto a soportar que un abogado de tres al cuarto venga a tocarme las narices. Aún no ha nacido hombre que pueda pisarme la cabeza. Si el Francés me quiere contratar para transportar y alijar un cargamento, perfecto. Pero que tenga claras

dos cosas: soy caro de la hostia y llevaré la batuta en todo momento. Entre otras razones, porque los que nos vamos a jugar la vida en la playa somos mis hombres y yo.

El abogado suelta un resoplido que mezcla agravio y diversión. No puede, ni quiere, esconder que le agrada tanto lo que ve como lo que escucha.

—Por lo que se refiere a sus honorarios, no hay problema… —adelanta—. En cuanto a la independencia que reclama…

—¿Qué coño independencia…? —le interrumpe—. ¿Acaso soy yo el Puigdemont ese de las narices? Solo pido que me dejen hacer las cosas a mi manera.

Marciano Vieites suspira y se recoloca un par de cabellos rebeldes antes de proseguir.

—Por supuesto que le dejaremos hacer… —lo tranquiliza al tiempo que muestra las palmas de las manos en un gesto conciliador—. Solo le pedimos que, cuando tenga montada la unidad de intervención, nos permita investigar la identidad de los componentes. Una manera sencilla de protegernos el uno al otro es estudiar el perfil de los individuos antes de su contratación. Siempre trabajamos con gente de un perfil muy determinado.

Luis Castro asiente lentamente, tan despacio que podría parecer tonto. De lo último que le ha dicho el abogado, no ha entendido ni jota. Enfrascado en descifrar el acertijo que suponen las palabras de Marciano, no ve venir a la mujer morena que acaba de entrar hecha un basilisco en El Paraíso.

—Escúchame, mariconazo…

El cuerpo del Piraña se tensa como la cuerda de una guitarra a punto de romperse al oír la voz de Ana María. Sin pedir permiso —ni falta que le hace—, arrastra una silla y se sienta.

—No tengo ni idea de cuánto te ha pedido mi marido, pero las cuentas de la casa las llevo yo —espeta al abogado, inclinándose hacia él—. Así que la cantidad que te haya dicho la multiplicas por tres —le ordena mientras traga saliva con furia—. Que, como este tonto acabe en la cárcel, la que se queda compuesta y a cargo de

los cuatro mocosos soy yo. ¡Ay, Dios! ¿Quién me mandaría a mí abrirme tanto de piernas? —se queja, agitándose inquieta en la silla mientras se retuerce las manos.

Perplejos, los dos hombres se miran durante unos segundos. Luis Castro no se atreve a intervenir por miedo a ser abroncado en público, así que Marciano Vieites toma la iniciativa.

—Por lo que he entendido, usted es la esposa del señor Castro… —dice, mirando a Ana María con una ajustada máscara de cortesía y respeto.

—Pues por desgracia sí —responde a la defensiva—. Ana María Vega García, para más señas.

—Encantado de conocerla, señora Vega… —dice mientras inclina la cabeza—. Un placer inesperado, pero placer al fin y al cabo.

—Igualmente… —balbucea la mujer, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Luis Castro sacude la cabeza y observa que el enfado de su esposa comienza a diluirse ante las atenciones del abogado. Ojalá conociera en qué clase de universo Ana María atiende a razones cuando se sabe con la mano ganadora. Ni con un millón de explicaciones él habría logrado dejar de bracear a contracorriente.

—Como le he dicho a su marido, la cuestión económica no será un problema. Llegado el momento, usted y yo alcanzaremos un acuerdo beneficioso para ambas partes.

—Pues esa es una noticia estupenda… —se alegra Ana María, sintiéndose algo avergonzada y violenta por cómo se ha comportado al entrar.

Con apenas dos frases, Vieites desarma a la mujer y consigue calmarla. Porque eso es lo que hace Marciano, es su especialidad: muestra buena cara, absorbe la hostilidad pasivo-agresiva —en ocasiones, solo violenta— de la gente y la transforma en un beneficio para él, como si fuera un gurú del *mindfulness*.

Y, si no lo consigue, recurre a la Beretta M9 que lleva en la funda sobaquera y se lía a tiros. En eso también es excepcional.

—En fin… —dice el abogado mientras se encoge de hombros y mira el reloj con estudiada impaciencia.

Vieites adelanta la subcarpeta de cartulina amarilla hacia Luis Castro, le entrega el sobre con dinero a Ana María y se levanta de la mesa.

—Tenemos un acuerdo —señala al tiempo que tira de la chaqueta hasta que chasquea la tela, mientras se ordena el cabello, ordenado de serie, con las manos—. Señor Castro, en unos días lo llamaré para comenzar a trabajar. En cuanto a usted, Ana María…

El abogado le tiende a la mujer una tarjeta que, al igual que la anterior, ha surgido de la nada entre sus dedos, como por arte de magia.

—Cuando tenga una cantidad, hágamela saber.

Marciano levanta el maletín del suelo y se dirige a la salida. Antes de alcanzar la puerta, se vuelve y dice:

—Por cierto, señor Castro, quizá sea verdad eso de que no ha nacido hombre que le pise la cabeza… —dice mostrando su dentadura perfecta—. Pero compruebo que sí una mujer…

Y desaparece dejando a los chavales del bar y al camarero riendo por lo bajini.

—¿Te has fijado en lo bien que olía? —susurra Ana María a su marido.

18

Son las dos y media de la tarde de un viernes, hora punta en el Duque de Acacias. Los camareros van y vienen con bandejas metálicas, trasladándolas de la cocina a la barra y de ahí a las mesas, como en una coreografía frenética. El local, pequeño pero abarrotado a esta hora, bulle de actividad. Entre la clientela hay mucho personal sanitario que conversa animadamente, ahogando el sonido de la televisión y la máquina tragaperras, que insiste en llamar la atención con sus zumbidos y destellos.

Ajeno al caos, Alejandro se desliza entre las mesas como Fred Astaire en *En alas de la danza*: combina claqué y baile de salón con la destreza de un experto. Sentada en un taburete frente a la barra, Lola, ignorando el jolgorio que la rodea, contempla su taza de café —descafeinado, por eso de la ansiedad— y lamenta, una vez más, ser como es.

Por desgracia, en esta bendita provincia no es la primera vez que alguien pierde a un familiar por asuntos relacionados con la droga. El narcotráfico es un mundo complejo, una apuesta en la que el resultado siempre es el mismo: algunos terminan en la cárcel, otros mueren y unos pocos se enriquecen. Selu apostó, le salió cruz y, chimpún, se acabó. Ahí debería haberse quedado todo.

Tuvo un entierro bonito. El tanatorio de la Zona Franca colgó el cartel de NO HAY BILLETES, como ocurre en el teatro Falla el día de la final del Concurso Oficial de Agrupaciones Carnavalescas de Cádiz, cuando, antes de que abran las taquillas, las colas para comprar una entrada dan varias vueltas al edificio. Así que poco más se puede pedir. Sin embargo, Lola es incapaz de dejarlo estar. Y mira que lo ha intentado, pero, como dice su madre, «Quien nace lechón muere cochino», y no hay más que añadir.

Esta tarde tiene cita con el médico de atención primaria para pedir la baja por ansiedad y depresión. Para estas cosas, Lola prefiere seguir los cauces habituales. ¿Que si sufre una ansiedad difícil de controlar? Afirmativo. Desde hace un año, el Lexatin de tres miligramos es su mejor amigo, y, cuando este la deja colgada, tira de Orfidal y tan pancha. Sin olvidar que suele beber café descafeinado, por eso de los nervios y tal. ¿Que si cabalga a lomos de un caballo llamado «Depresión»? Ahí tiene sus dudas.

Sin embargo, si tuviera que hacer una lista de los principales sospechosos responsables de su estado de ánimo actual, doña Depresión la encabezaría, sin duda. ¿Que si precisa la baja? Rotundamente no. Lo que necesita es tiempo para planear la mejor de las venganzas. Una tan innoble e implacable que haría enfermar al mismísimo Tony Soprano. Pero, como eso no puede decírselo a Morales, su facultativo de atención primaria en el ambulatorio de La Paz, mejor optar por la depresión y la ansiedad, una opción más políticamente correcta.

—Lola, hija, tienes peor cara que las magdalenas de la vitrina, que llevan ahí desde el día de la inauguración… ¿Otra cerveza, Peter?

Varios clientes ríen la ocurrencia de Alejandro, que en un pispás ha servido una caña perfecta. Peter —que en realidad se llama Fernando Salgado y es médico preventivista— la recibe con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿En qué piensas, chiquilla? —le insiste Alejandro mientras pasa el paño por la barra metálica.

—En nada importante…

—No pretendo meterme donde no me llaman… —dice, arqueando una ceja—, pero, por la cara que tienes, debe ser un tema que te preocupa mucho.

Lola mira al camarero y le regala una sonrisa cargada de tristeza, miedo y angustia a partes iguales. Una que, al mismo tiempo, es una súplica silenciosa para que no insista. Él, que las pilla al vuelo, se encoge de hombros y sigue a lo suyo. Y eso, ahora mismo, es

tirar cervezas.

—¿Una más, Peter? —pregunta a un tipo bastante grande, aunque no gordo, sentado en un taburete cerca de Lola.

La enfermera lo mira de reojo y cree reconocerlo. Le suena la cara —porque, en Cádiz, todas las caras suenan—, pero la tiene tan hinchada y amoratada que hasta su madre le pediría el DNI. Los círculos violáceos alrededor de los ojos le dan un aspecto ridículo, como un mapache tamaño *supersize*. «Menuda tunda le han dado», piensa al tiempo que regresa a su triste taza de café descafeinado. Ni que se hubiera encerrado a inflarse de golpes con Ilia Topuria en un baño.

—Venga, Alejandro… —contesta con voz apagada y ronca—. Mal no me hará.

—¿Cómo va esa nariz, Tanque? —pregunta el camarero mientras le llena la copa—. No es por joder, pero tiene tan mala pinta que parece que vaya a caerse al suelo de un momento a otro.

De forma instintiva, el hombre se palpa con dedos trémulos el congestionado apéndice, como si necesitara asegurarse de que sigue ahí, adherido al rostro.

—Aún me duele, pero al menos me he librado de la cirugía… —responde antes de dar un trago a la cerveza. Parte de la espuma se le queda prendida en la barba—. El que no ha tenido tanta suerte es el Morta… —añade mientras se pasa el dorso de la mano por los labios—. Tres costillas rotas y un pulmón perforado. El médico dice que ha estado a punto de palmarla por tórax impensable o algo así…

Lola deja escapar una carcajada que apenas logra contener. Alejandro y Pavony se giran, al mismo tiempo, hacia ella. El camarero, sorprendido y curioso. El Tanque, para ver de qué demonios se ríe esa tía. Le suena la cara de la chica, pero es que, en Cádiz, todas las caras suenan.

—¿De qué demonios te ríes, tía? —pregunta con voz de «tengamoslafiestaenpazquebastantetengoyaconlomío».

—Perdona… —se disculpa al instante, con el rostro rojo como un

tomate *cherry* confitado—. No pretendía reírme. La patología se llama «tórax inestable», suele requerir respiración mecánica y es bastante jodida. En serio, espero que tu amigo se recupere pronto y bien.

—Gracias… —musita el Tanque con cara de disgusto.

Lola no tiene ganas de hablar, pero esforzarse por mantener una conversación le dará un respiro con al gazpacho de ideas y problemas que le llenan la cabeza. Además, se siente fatal por la risotada anterior, así que decide darle bola al desconocido. Pese a los moratones, el tío es guapo. No un bellezón de volverse loco, tipo Brad Pitt, pero sí uno de esos de rasgos duros, al estilo Javier Bardem o Russell Crowe en *Gladiator*.

—¿Y cómo se produjo el traumatismo torácico?

—Un accidente de moto… —responde tras un instante de duda—. En la carretera de la Zona Franca, nos la dimos de frente contra un camión de cuatro ejes. El Morta, que iba de paquete, salió volando. Es cierto que íbamos deprisa, pero el camionero no miró al salir de la nave y nos bloqueó el paso. Para cuando quise darme cuenta, ya era tarde. En un segundo, tuve que escoger entre chocar con el camión o estamparnos contra el muro de la nave. Elegí el camión, y las consecuencias ya las sabéis.

El Tanque suspira porque la mentira le ha salido de carrerilla, no como ante el médico de urgencias, que no se creyó ni una palabra.

—Pues vaya hostia… —dice Lola mientras arrima el taburete—. Aunque pienses lo contrario, habéis tenido mucha suerte. No te imaginas la cantidad de gente que muere al año por accidente de moto. Por cierto, me llamo Lola… —se presenta, plantándole dos suaves besos en su cara de mapache—. Soy enfermera en el hospital. Si necesitas cualquier cosa para tu amigo, dímelo y veré qué puedo hacer.

Por un segundo, el Tanque se queda fuera de juego. La amabilidad de la chica lo desconcierta, pero el pequeño gesto cariñoso de Lola le resulta tan reconfortante como un trozo de pizza después de una noche de fiesta.

—Pues muchas gracias… —responde apresuradamente al ofrecimiento—. ¿Te apetece una cerveza?

Antes de que ella pueda contestar, Alejandro le planta una caña delante de la cara. Con el primer sorbo, la bruma mental de Lola —aunque sigue presente—se diluye en parte. Para cuando liquida la cuarta caña, decide aparcar los recuerdos dolorosos y postergar las decisiones. El Tanque no es Russell Crowe, ni falta que le hace. Resulta que, además de guapo, tiene una conversación agradable. No es de esos tíos cansinos que se pasan el rato hablando de sí mismos y de lo de puta madre que son, como si fueran agentes inmobiliarios vendiendo una promoción de unifamiliares con vistas esquivas a la playa.

Siguiendo la costumbre de sus compañeros del hospital, Lola decide continuar el viernes en la cervecería O'Donoghue's, junto al paseo marítimo, una taberna irlandesa en la que todo el mundo habla de todo el mundo y con todos. En parte, por el alcohol; en parte, por la compañía. Gracias a eso, Lola olvida sus preocupaciones y su mente se centra en ese calor interno que le pide a gritos saciar sus impulsos, abandonados hace tiempo, de forma poco civilizada. Podría hacer oídos sordos a las demandas que rebotan en su cabeza, pero no le da la gana. ¿Qué necesidad hay? Así que clava la mirada en el Tanque Pavony, que regresa de la barra con una Guinness en cada mano, y, sin pedir permiso, lo agarra por la espesa mata de cabello oscuro y tira de él para atraerlo hacia sí, mientras suena una canción de Harry Styles. Algunos bailan, otros gritan y los menos cantan —sí, Harry Styles—. Todos beben, y Lola le planta un beso mientras le aprieta los huevos por encima del pantalón, para que sepa que va en serio, sin pudor. Cuando se separa de él, el corazón le zapatea en el pecho como Farruquito en plena actuación. Por su parte, el Tanque, que a duras penas ha mantenido a salvo las dos pintas de cerveza, sonríe ampliamente y, sin decir palabra, le devuelve el beso. Uno tan tierno y profundo que hace que Lola se pregunte cómo ha podido vivir tanto tiempo sin eso.

La vivienda de la enfermera es modesta, sin grandes lujos ni detalles llamativos, pero cumple su función. Situada en pleno barrio de la Laguna, el más densamente poblado de la ciudad, Lola compró la vivienda al poco de empezar a trabajar. Las ganas de embarcarse en una aventura sola devoraron el miedo a firmar una hipoteca. Así que se hizo con un cuarto piso con ascensor, uno que funciona los días que está de buenas, de manera que da gracias al cielo porque hoy lo está; de lo contrario, se hubiera visto obligada a desnudar al Tanque por la escalera. Cuando entran abrazados por la puerta, Lola le hace un gesto indicándole el dormitorio. Llámala antigua, pero, por lo que se refiere al sexo, la enfermera siempre ha sido de dormitorio y colchón. No le van las fustas, los consoladores ni las bolas chinas; sin embargo, por algún motivo desconocido, siente que con él haría una excepción. Una vez en el cuarto, el Tanque le acaricia el culo y la atrae hacia sí. La temperatura, ya alta desde que salieron del O'Donoghue's, de golpe sube unos grados más. Los vaqueros ajustados y el top con cuello cuadrado de Lola salen tan fáciles como el papel de las magdalenas. Lo del sujetador se complica algo, y con las bragas Pavony se demora lo suficiente como para acrecentar la tensión sexual, una delicadeza prescindible que ella agradece y saborea como si fuera la primera vez. Hace un par de semanas que le tocaba depilarse, pero, desde hace un tiempo, en la lista de prioridades de Lola, esa rutina ha pasado a un segundo plano. Sin embargo, al Tanque no parece importarle. Ni lo nota, le da igual. Su atención está centrada en cosas mucho más serias que ese detalle tan menor. La ropa de él queda desperdigada por el pasillo. La sangre le hervía demasiado como para seguir vestido tras cruzar el umbral de la vivienda. Durante el proceso, no dejan de besarse. Lola está hambrienta, y solo se da una tregua para susurrarle algo al oído. Algo que le ronda la cabeza y necesita soltar. De un salto, le rodea el cuello con los brazos y le apresa la cintura con las piernas, hincándole los talones en el culo. Que se noten las tres veces por semana que va al gimnasio. Del empellón, el Tanque acaba con la espalda contra la pared. La cama parece quedar relegada al segundo tiempo. La enfermera acerca los labios a su

oído mientras él le besa las tetas.

—Esto es solo un desahogo… —susurra—, así que no le des más importancia de la que tiene. No te muevas de aquí… —añade mientras se separa y se dirige al dormitorio.

El Tanque obedece con la excitación del sabor de la piel de la enfermera aún quemándole en los labios. La observa alejarse por el pasillo, con ojos desbocados por las ganas con un fondo de ¿alivio, desconcierto?… Qué más da. Lola regresa al instante y le entrega un condón que él se pone con inusitada habilidad y rapidez. A pesar de la breve interrupción, el ansia y el ánimo, en lugar de enfriarse, se han encolerizado más, si cabe. Con los dedos hundidos en las nalgas de la enfermera, pone el glande en sus ingles, pero no la penetra. Se queda ahí, saciándose del roce del vello, el olor a sudor, el aroma a carne y, por supuesto, el perfume a Guinness. Lola, con los ojos cerrados, gime como un animal insatisfecho, deleitándose en el instante previo a la primera embestida. La respiración se le agita y, sin pedir permiso, busca con la mano para que todo encaje en su sitio. El Tanque, loco de deseo, la besa donde puede, le muerde el pelo y, a su vez, no reprime sus gemidos, roncos y cadenciosos. Una vez satisfecha la búsqueda, y con un hombre al que desea dentro, la enfermera tira el cuello hacia atrás y tensa los tendones hasta el límite de la contractura. Acto seguido se suceden un sinfín de penetraciones apremiantes, a cada cual más salvaje, que hacen que los problemas que los agobian parezcan menudencias y que los cuerpos se estremezcan de puro placer a punto de partirse. Luego, tras el orgasmo, se dejan caer en la cama resollando y se quedan profundamente dormidos.

Es de noche cuando Lola despierta, serena y con esa alegría casi infantil de quien ha echado un polvo de campeonato. Diez segundos le dura la sensación. Aun así, «Que me quiten lo bailao», piensa tras levantarse de la cama y accionar la llave de la luz. Mira a su alrededor: ni rastro del Tanque, que, por cierto, sin ropa

estaba aún más bueno. Todavía con un velo de sueño y densa resaca sobre los ojos, se dirige a la cocina a por un vaso de agua. El olor a comida recién hecha le encoge el estómago y hace que le gruña con estrépito.

—Tranquilo, león… —masculla mientras se agarra la tripa—. Ahora bajamos al Brighton a dar buena cuenta de una hamburguesa completa y una de patatas con roquefort. Nada como un poco de comida *healthy* después de follar.

Cuando está a punto de entrar en la cocina, da un paso atrás y, por un instante, se queda inmóvil en el umbral. El Tanque ni siquiera advierte su presencia. Está demasiado concentrado, moviéndose con precisión quirúrgica. Bolsa. Mano. Hamburguesa. Patatas fritas. Todo sigue un ritmo exacto, una coreografía que parece ensayada mil veces. No hay distracciones, no hay errores. Solo la misión. Solo el hambre.

Lola se apoya en el marco de la puerta, los brazos cruzados, la sonrisa apenas contenida. Pavony sigue en su mundo, ajeno a todo, moviéndose con una minuciosidad obsesiva. Finalmente, sin prisa, la enfermera accede a la estancia.

—Me has leído el pensamiento… Estaba pensando en bajar al Brighton —dice al tiempo que se frota el rostro con las manos, como si de esa manera pudiera disipar los últimos vestigios de sueño.

—Vaya, por fin te has despertado… —dice el Tanque, que la recibe con una amplia sonrisa.

—¿Y esto?… —pregunta Lola con curiosidad y una buena dosis de recelo—. Cuando me he despertado y no te he visto en la cama, he pensado que te habías ido…

Él la observa con ojos juguetones, como si estuviera a punto de soltar una respuesta ingeniosa. Pero en el último segundo cambia de táctica: levanta las manos, palmas abiertas y gesto conciliador, como si quisiera decirle que no hay razón para inquietarse.

—No tienes de qué preocuparte… —contesta con fingida seriedad —. Ya me ha quedado claro que solo ha sido un desahogo, que no

debo emocionarme. Pero tenía hambre y he pensado que sería buena idea pedir la cena —acaba, intentando contener la risa.

Sin pronunciar palabra, Lola se acerca al mueble más cercano y coge un par de vasos. Mientras tanto, el Tanque se deja caer en la silla con soltura canalla, apoya un codo en la mesa y la observa con una sonrisa ladeada, de esas que siempre parecen esconder una broma a punto de nacer.

—Lo siento por lo del desahogo… —susurra Lola, con la voz cargada de una vergüenza que no logra ocultar, al tiempo que toma una cubeta de hielos del congelador—. Creo que te lo mencioné… aunque, si te soy sincera, apenas recuerdo de qué hablamos en el O'Donoghue's. Estoy atrapada en una mala racha. Una que se ha prolongado demasiado.

Pone dos cubitos de hielo en cada vaso, los llena de agua hasta el borde y luego toma asiento. La enfermera se sirve un generoso puñado de patatas en el plato, mientras Antonio cubre su hamburguesa con kétchup en una capa tan generosa que casi no se ve el color de la carne.

—Donde esté la comida saludable… —dice la mujer, pinchando varias patatas bien doraditas.

—… que se quite el brócoli —confirma el Tanque con la boca llena.

Lola se encoge de hombros y ríen a la vez.

—Hacía tiempo que no comía con tantas ganas… —confiesa la enfermera mientras retira la silla.

Los platos vacíos y rebañados lo confirman. El Tanque, tan lleno como ella, le pide permiso con la mirada para encenderse un cigarrillo que ya sostiene entre los dedos. Lola se muere por fumarse uno, pero lo dejó hace un lustro, y no quiere volver a empezar con los asquerosos chicles de nicotina.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice mientras le da una calada al cigarro y se traga el humo a conciencia. De pronto, parece inquieto.

—Dispara…

—Eres la hermana de Selu, ¿verdad?

Ella se pone en guardia al instante, como un antílope que bebe en una charca infestada de cocodrilos, y chasquea la lengua con disgusto.

—¿Pasa algo si lo soy?

El Tanque niega varias veces con la cabeza. Hay un matiz de orgullo en su voz que no se le escapa. Necesita un momento para pensar. Le ofrece el cigarrillo, y ella, tras sopesarlo un segundo, lo acepta y de inmediato se lleva el filtro a los labios.

—Estoy metido en un lío de los gordos…

—Vaya, la compraventa de coches esa que me dijiste… ¿era solo una excusa para mover dinero sucio? —masculla Lola con mirada inquisitiva, pues empieza a atar cabos—. Como mi hermano, te has metido en asuntos peligrosos… y por eso has venido a mí. ¿Esperas que te ayude, que te entienda…? ¿Qué esperas de mí?

Casi sin darse cuenta, da un par de angustiosas caladas al cigarro antes de ponerse a toser como un demonio. El Tanque le quita el pitillo de entre los dedos y lo apaga en uno de los platos. Luego le ofrece un poco de agua a la enfermera, que se limpia dos gruesos lagrimones con las manos.

—Tu hermano era un buen tío, pero se enredó con la gente equivocada —dice—. Se cruzó con el mismo individuo que ahora me tiene bajo su control. Estoy en una situación desesperada. Tengo un plan para salir de esto, pero necesito información precisa.

Lola se queda helada. Su mente intenta procesar cada palabra mientras la incredulidad se le refleja en el rostro. Con los ojos bien abiertos, busca alguna señal de que todo se trata de un malentendido.

—Te juro por Dios que el encuentro de hoy no ha sido una emboscada. Lo de acostarnos tampoco estaba planeado. Tu cara me resultaba familiar, pero hasta hace un rato no he caído en quién eras. Aunque, no te voy a mentir, estabas en mi lista de personas

con las que quería hablar.

Ella siente que un abismo se abre bajo sus pies. Se ha dejado engañar como una colegiala enamorada. La bilis le quema la garganta, y su capacidad para soportar humillaciones parece haber llegado al límite. Siente la imperiosa necesidad de vomitarle toda la cena en la cara. La furia la invade, y el ruidoso sorber de mocos le confirma que está llorando.

—Puto mentiroso.

Pausa espesa como el aceite de oliva virgen extra.

—Ya te puedes ir largando de mi casa cagando hostias, o llamo a la policía.

19

El Porsche Cayenne Turbo embiste al vehículo que circula delante sin reducir la velocidad. A causa del golpe, el Seat Ibiza trompea y se estrella contra la mediana de la A-7 a su paso por Algeciras, en dirección a Málaga. El vehículo sale literalmente volando y aterriza boca abajo en medio del asfalto.

Los dos relucientes BMW X3, recién adquiridos por la Policía Nacional de la mayor ciudad del Campo de Gibraltar, sortean el coche accidentado, uno por cada lado. Son las ocho y media de la mañana, y el comisario Vázquez Quintana está de mala leche, porque, si hay algo que no le guste, son las persecuciones a alta velocidad, y más aún cuando le toca ir de copiloto.

Echa un vistazo al velocímetro, que en ese momento marca ciento setenta kilómetros por hora. El estómago le cosquillea y el café de la mañana amenaza con pedir paso. El agente al volante ni parpadea; su cerebro parece estar trabajando a las mismas revoluciones que el motor del BMW que conduce. Desde que empezó la persecución en pleno barrio del Saladillo, el comisario no le ha dicho ni una palabra. A esa velocidad, no es buena idea hablar y conducir al mismo tiempo.

Al agente, todos en la unidad lo conocen como Max —por Verstappen, no por *Mad Max*, que también le viene al pelo—, y, por lo que Vázquez Quintana ha visto hasta ahora, el apodo no le queda grande.

El comisario debería estar en su despacho, siguiendo la operación cómodamente desde un sillón. Pero nunca le ha gustado el papel de espectador. Es un policía que vive la violencia en primera persona y permanece junto a sus hombres, sin dar importancia a los galones que luce sobre los hombros. Su único interés es

encerrar a los malos y asegurarse de que su gente regrese sana y salva al final del día para abrazar a su mujer, marido, novia, madre o a quien demonios quiera. El resto le da igual. Por eso, en comisaría, todos pasan por alto sus modales de mierda y sus miradas torvas de auténtico hijo de puta. Y como a Vázquez Quintana no le manda ni su padre, jamás se discuten sus decisiones.

Disciplina, perseverancia, tenacidad y huevos. Muchos. Esos son los cuatro pilares sobre los que se asienta su perfecta obra de ingeniería, dedicada a un único fin: hacer desaparecer las drogas de la calle. Esas mismas drogas, y la gente que mercadea con ellas sin orden ni concierto, mataron a su hijo y acabaron con su matrimonio. Esas mismas drogas arruinaron su vida de la noche a la mañana. Esas mismas drogas le hacen pensar en el suicidio cinco minutos cada día, los trescientos segundos que siguen al sonido del despertador. Trescientos segundos tan largos que envejecen.

El alijo se ha producido a las cinco de la mañana en Punta Carnero. Dos lanchas, perfectamente localizadas por el SIVE, han descargado cincuenta fardos de hachís de unos cuarenta kilos cada uno. Todos los paquetes exhibían la marca del Francés.

Vázquez Quintana lo ha comprobado desde su posición, oculto en la playa entre la maleza, en primera línea de fuego. Cuando, desde la distancia, intuyó más que vio el gallo impreso en cada paquete, apretó los labios hasta hacerlos desaparecer, abrumado por una mezcla de odio y rabia contenida. El veneno que le corre por las venas es tan dañino que aún no sabe por qué no ha perdido la razón.

En menos de diez minutos, los braceros, con la adrenalina anegando sus arterias, trasladaron toda la carga hasta dos todoterrenos que esperaban en la playa. Estos debían transportar la mercancía hasta la guardería situada en lo más profundo del Saladillo.

Esta barriada era una de las zonas más conflictivas de Algeciras, o al menos lo fue hace quince años. Porque ahora el conflicto se ha

apropiado de gran parte de la ciudad. Hoy son varios los barrios marginados, y el estigma de nacer en uno de ellos implica que tu vida no será fácil.

Aunque, si te pateas a fondo sus calles, compruebas que tanto en el Saladillo como en la Bajadilla o la Piñera —las tres zonas con peor fama de la ciudad— las personas son felices y dignas. El comisario conoce a la perfección todos los rincones del Saladillo, incluso ha trabado alguna que otra amistad. Como con el imán de la mezquita del barrio, a la que acude a orar gran parte de la comunidad islámica residente en Algeciras. Vázquez Quintana no olvida que, cuando hallaron a su hijo sin vida, aún agarrado a la manilla de un Audi RS reluciente en plena calle Antonio Machado, el imán fue el único que se saltó la ley del silencio que prevalecía en el barrio y habló con la UDYCO. La bala en la cabeza y los tres tiros en el abdomen fueron fruto de un error. Al menos eso concluyeron los agentes de la UDYCO y la UDEV en su investigación. El sicario encapuchado que lo tiroteó, de origen colombiano, se equivocó, y acabó con la vida de quien no debía. Toda la escoria de Europa y parte de Sudamérica reclama su sitio en el sur del país, y no duda en exigirlo a tiros. Por los cinco kilos de cocaína hallados en el maletero del coche, con la marca del gallo en los envoltorios, junto a los veintitrés de heroína, los cinco de éxtasis y los diez de sustancias adulterantes, la policía pasó de puntillas. Por eso de tratarse del hijo de un compañero. Un error, un ajuste de cuentas o un drogata enloquecido por el peyote… A Vázquez Quintana poco le importan el quién y el porqué. Lo único que sabe con certeza es que su hijo vendió su alma al diablo y terminó condenado. El comisario ha luchado, y mucho, por comprenderlo y perdonarlo, pero la traición es tan descomunal que ni acabar con el Francés y el resto de los capos de la droga que dominan el Campo de Gibraltar le ofrecería más que un consuelo insignificante. Sin embargo, esa mísera revancha es el único clavo al que puede aferrarse. Desde aquel fatídico día, Vázquez Quintana solo respira para exigir guerra, vengarse y reclamar sangre.

Un informante le ha soplado a los Grupos de Respuesta Especial

para el Crimen Organizado la ubicación de la guardería. Hacía tiempo que el Francés no almacenaba tanta droga en un mismo sitio, por lo que el soplo se tomó con la máxima seriedad y cautela.

Encontrar una grieta en la organización del Francés es tan inusual como una hipoteca al cero por ciento de interés: posible, pero bastante improbable.

«A estas alturas, los GRECO deben de haber desmantelado todo el piso franco», piensa Vázquez Quintana al tiempo que se agarra al asidero de la ventana e intenta no perder el equilibrio.

Mientras sus hombres tomaban posiciones y ocupaban sigilosamente el rellano y la escalera, Terrados, el capitán de la unidad, le informó de la presencia del Porsche. Y él no es de los que hablan por hablar. Si el capitán de los GRECO alerta de que algo huele a podrido en Dinamarca, es porque la mierda que ha creído ver parece, huele y sabe a mierda.

El velocímetro marca ciento ochenta. Max no puede contener un aullido de puro placer. A apenas cinco metros, el Cayenne zigzaguea entre los coches, intentando provocar que alguno colisione con el BMW de la policía al dar un volantazo inesperado.

Vázquez Quintana está convencido de que el Francés va en el vehículo que persiguen. Si logran darle caza, su pesadilla particular podría llegar a su fin. Según Terrados, el Porsche ha salido a toda mecha en cuanto ha detectado la presencia de los agentes. El conductor del vehículo negro metalizado, con lunas tintadas y llantas de aleación deportivas de veintiuna pulgadas, que acababa de estacionar frente al edificio donde se encuentra el piso franco, no ha dudado un instante.

Acción: apenas percibió que algo iba mal, pisó el acelerador a fondo, arrancando un rugido feroz al motor V8 de cuatro litros, lo suficientemente estridente como para sacudir a media vecindad. Reacción: Terrados enloqueció. Tras maldecir su estampa y proferir una sarta de juramentos irreproducibles, antes de pasar a la acción, avisó a Vázquez Quintana, que se encontraba en las inmediaciones de la guardería.

Si en ese momento hubiera tenido delante al agente que se dejó ver, el capitán le habría arrancado la piel a tiras, chaleco de *kevlar* incluido. Por suerte para él, cuando todo terminó, en vez de despellejarlo, Terrados se limitó a masticar su puro, ese que siempre sostiene entre los labios después de las misiones y que solo enciende cuando la acción ha llegado a su fin.

Vázquez Quintana se olvida de respirar en cuanto el parachoques delantero del BMW queda a escasos veinte centímetros de un Ford Mondeo azul que se ha desviado de forma inesperada tras ser empujado por el Porsche Cayenne.

Max frena a tiempo y deja escapar un «¡Uf!» que suena a estómago revuelto y a testículos que suben y bajan en centésimas de segundo. El comisario alcanza a ver los ojos aterrorizados del conductor del Mondeo por el espejo retrovisor. Es la mirada de un padre asustado que lleva a sus dos hijos al colegio y que acaba de vivir una pesadilla que regresará a su cabeza durante la próxima semana cada vez que se ponga al volante.

Cuando logran adelantar al Ford, el comisario comprueba que, además del susto, el pobre hombre se lleva de recuerdo una abolladura en la puerta trasera que le joderá la prima del seguro. Aunque eso vendrá después, cuando deje a sus hijos sanos y salvos en el colegio. Por ahora, bastante tiene con esperar a que su corazón recupere el ritmo normal de sesenta pulsaciones por minuto mientras se concentra en mantener el coche en el asfalto.

El comisario calcula que el Porsche debe de ir a más de doscientos kilómetros por hora. Max es muy bueno, pero el tipo que persiguen no se queda atrás en cuanto a pericia. «Si al volante de nuestro coche va Verstappen, el conductor del Porsche, al menos, es Fernando Alonso —piensa Vázquez Quintana mientras se retrepa en el asiento—. Pero el Alonso de los dos títulos mundiales, el de Renault, no el de Aston Martin, y mucho menos el de Alpine. A ese, mi Max seguro que le arrancaba las pegatinas».

A pesar de todo, ambos vehículos siguen pegados. Max aprovecha el rebufo del Porsche para ganar velocidad e intenta

ponerse a su altura. En cuanto lo consiga, la idea es cerrarle el paso, obligarlo a reducir y, con suerte, detenerlo. Fácil sobre el papel; una auténtica locura en la práctica.

Max mantiene el acelerador pisado a fondo. Unos centímetros más y el pedal estaría rozando el asfalto de la autovía.

El BMW X3 es una auténtica maravilla. A pesar de la velocidad y las constantes pitadas de los vehículos que sortean, apenas se oye el ruido de las ruedas devorando kilómetros. El silencio en el habitáculo contrasta con la histeria que se apodera de la autopista cuando el Porsche Cayenne aparta literalmente a un Seat Ibiza granate que le cerraba el paso. El coche sale despedido tras la colisión y comienza a girar descontrolado, sembrando el caos a su paso.

Frenazos, gritos, el estruendo de los cristales al estallar y el quejido de las chapas al chocar unas contra otras se suceden sin pausa, como las explosiones de petardos en la mascletá del 1 de marzo en Valencia.

Max pasa tan cerca del Seat accidentado que el comisario casi puede percibir el olor del ambientador con forma de pino que cuelga del espejo retrovisor. Tan cerca que la parte trasera del BMW roza el morro del Ibiza al dejarlo atrás, impacto que, a más de doscientos kilómetros por hora, resulta fatal. El coche policial trompea y resbala sin control sobre el asfalto, como si la autopista se hubiera convertido en una pista de hielo. El BMW choca con el guardarraíl, que cede sin resistencia ante la inercia del vehículo como si fuera de papel, hasta que acaba empotrado contra un árbol. El motor se detiene con una suave sacudida.

Aturdido por el impacto del airbag, Vázquez Quintana se vuelve hacia el agente. Parece estar bien, pero sigue con las manos crispadas en el volante y la mirada perdida.

La bolsa le ha golpeado directamente en el rostro. Un hilo de sangre se desliza por su nariz, y presenta algunas quemaduras por fricción en la cara, aunque nada grave. El comisario lo toma del codo y le pregunta si se encuentra bien. Max asiente —o al menos

eso cree, porque el zumbido en los oídos apenas le deja escuchar su propia voz— mientras lo mira con los ojos vacíos.

Es consciente de que debería estar muerto, con el cuello partido y en *shock* hemorrágico interno, producto del reventón de hígado, bazo e intestinos, como poco. El agente sabe conducir y, como todo buen piloto, también entiende de accidentes. Y en uno como el que acaban de protagonizar lo normal habría sido dar varias vueltas de campana, rebotando entre los coches como la bola de un *pinball*, con un desenlace fatal.

—Hijo, ¿por qué no intentas bajar? —dice Vázquez Quintana mientras lo sacude con suavidad del brazo.

El agente parece reaccionar. Muy despacio, retira el pie que mantenía anclado al pedal de freno y, con el dorso de la mano, se limpia el rastro de sangre que la hemorragia nasal le ha dejado en la mejilla. Cuando los airbags —delantero, central, de cortina y de las piernas— se desinflan lo suficiente para maniobrar, se quita el cinturón de seguridad y abre la puerta.

Max desciende del coche con la lentitud de un anciano centenario y artrítico, mientras el comisario vuelve la cabeza hacia la ventanilla. El espectáculo lo deja sin respiración.

A sus ojos, la escena parece desarrollarse a cámara lenta, como si el mundo a su alrededor hubiera bajado de revoluciones. Dolorido, Vázquez Quintana sale del BMW. Max sigue sentado en el suelo, seguramente atontado por el guantazo del airbag. El comisario se acerca al agente y se apresura a tomarle el pulso en el cuello. Es fuerte y regular; en apariencia, no hay nada de que preocuparse. A lo lejos intuye el sonido de sirenas que, debido a la envergadura del atasco, tardarán en llegar hasta los heridos. Decidido, rescata del coche policial el botiquín de primeros auxilios y se pone manos a la obra.

Mientras hace lo posible por ayudar, la adrenalina de la persecución aún no se le ha disipado por completo. Creyó tener al Francés al alcance de la mano, por eso se arriesgó tanto en la caza. Lo tuvo cerca, demasiado. Y lo dejó escapar. Vázquez Quintana

sabe que ese narcotraficante despierta en él un instinto animal y primitivo que arrasa con todo. Un impulso que es responsable del horror que lo rodea. El Francés se ha convertido en una obsesión que le está pasando una factura digna de un restaurante tres estrellas Michelin. Pero el comisario es como es, y no parará hasta dar con ese fantasma al que, tarde o temprano, terminará poniéndole nombre y apellidos.

20

Con la baja en la mano y un cabreo de tres mil pares de demonios, Lola se dirige decidida hacia el piso de Selu, en la avenida Bahía Blanca. No ha pisado la vivienda desde la noche en que la jueza levantó el cadáver de su hermano. Esa misma semana puso un anuncio de venta en Idealista que duró unos cinco minutos. El tiempo que tardó en arrepentirse y anular la publicación. La casa está libre de hipoteca, y hubiera sido un negocio extraordinario, pero no ha querido saber nada de dinero manchado por la droga, hasta ahora.

La vivienda huele a cerrado y a muerte. El segundo aroma solo existe en su cabeza, pero su intensidad eclipsa al primer olor hasta casi hacerlo desaparecer. La casa sigue patas arriba, tal y como quedó después de que se llevaran el cuerpo de su hermano, se marcharan los forenses y el resto de los agentes, y ella cerrara la puerta de forma brusca.

Selu dejó tras de sí mucha pena, una cuenta en Unicaja con apenas trescientos euros y un Seat Córdoba con la ITV pendiente. Sobre el papel, era un parado de larga duración que no tenía ni para comer tres veces al día. Sin embargo, manejaba dinero como si tuviera una máquina de hacer billetes.

En realidad, no tiene la certeza de que Selu ocultara pasta en el piso, pero, si está en algún sitio, ¿qué mejor lugar que ese?

Por su particular ocupación, Selu necesitaba manejar gran cantidad de efectivo. Los billetes de cincuenta eran su herramienta de trabajo, con los que controlaba a los pequeños camellos que formaban parte de su tinglado. El hachís, las anfetas y la coca no se distribuyen solos. Por unas dosis y un billete naranja cada fin de semana, Selu ponía a trabajar por toda la ciudad al eslabón más

bajo de la cadena de venta de droga: un escuadrón de adictos tan rentables como imprescindibles para el negocio.

Durante unos minutos, Lola permanece pensativa frente a la ventana del salón. Intenta disipar el olor a muerte mientras se da golpecitos en la barbilla, haciendo trabajar al cerebro. Sus ojos se pierden en las impresionantes vistas de la bahía que se despliegan al otro lado del cristal. Mueve la cabeza en una negación mientras descarta posibles escondites, una idea tras otra.

Cuando los engranajes al fin encajan, deja de negar y sonríe ampliamente. Luego busca un contacto en la agenda del teléfono y selecciona un número.

—*No es país para viejos*… —suelta de sopetón en cuanto su interlocutor acepta la llamada.

—Tommy Lee Jones, Javier Bardem y Josh Brolin, de 2007. Dirigida y producida por los hermanos Coen, que también escribieron el guion —responde Javi de inmediato—. Esa es muy fácil, Lola. ¿De verdad pensabas que me ibas a pillar con ese título?

—Para nada… —responde—. Y ahora la pregunta de verdad, ¿dónde esconde Brolin el maletín con dinero cuando se aloja en el motel mientras huye de Bardem?

Javi resopla, como si la pregunta fuese de una obviedad insultante.

—En *No es país para viejos*, Llewelyn Moss, interpretado por Brolin, encuentra un maletín con dinero tras un intercambio de drogas fallido y decide esconderlo en un conducto de ventilación de su habitación de motel. Sin embargo, lo que no sabe es que la cartera contiene un localizador, lo que permite a Anton Chigurh, Bardem, rastrearlo y ponerle en peligro.

Lola sale del salón y se encamina al dormitorio. *No es país para viejos* era la película favorita de Selu. La vieron juntos en el cine el día del estreno. Su hermano disfrutó tanto que, en cuanto terminó el filme, corrió a la taquilla para comprar una entrada para la siguiente sesión. El hipnótico asesino a sueldo interpretado por Bardem lo obsesionó hasta el punto de que, durante meses, llegó a

imitar el ridículo corte de pelo que el personaje luce en la película.

—Gracias, Javi… —le dice una vez en el dormitorio, y cuelga.

Lola estudia la estancia durante unos segundos. La presencia de la muerte es tan asfixiante y tangible que duele. De repente nota que se le seca tanto la boca que la lengua se le pega al paladar. Piensa en el cuerpo de Selu, allí tirado, junto a la cama, y regresan los mareos. La ansiedad comienza a enroscarle sus largos dedos alrededor del corazón. El pulso se le acelera y los pulmones empiezan a subir y bajar con dificultad, como si un enorme enfisema estuviera colapsando la entrada de aire y dotase a su respiración de una sonora densidad. La enfermera lucha por no ceder ante el ataque de ansiedad que amenaza con darle la vuelta a las tripas como si fueran un calcetín usado. Necesita tener la mente relajada y limpia. Así que, como un perro tras un manguerazo de agua, sacude la cabeza con fuerza e intenta espantar los malos recuerdos.

Ese lugar, esa habitación, es el epicentro de una historia triste. Una a la que debe poner fin antes de que acabe con ella.

—Ya basta… —se dice en tono brusco—. Que le jodan a la puta ansiedad… y que le jodan al Francés —añade, apretando los dientes.

Está sudando a mares. Transpira una mezcla de miedo, esperanza y determinación que se refleja en cada gota. Se abanica con la mano mientras intenta recomponerse. Cuando al fin su mente recupera la calma, toma una silla y la coloca bajo la rejilla de impulsión del sistema de aire acondicionado del piso. Al cogerla, sale con facilidad.

De puntillas, ilumina el interior del conducto de chapa metálica con la linterna del móvil. No ve nada. Con desespero, mete el brazo y palpa con la mano; busca una respuesta que no encuentra, pero que, a pesar de todo, intuye que está allí.

—Piensa, Lola, piensa…

La enfermera regresa mentalmente a la película de los hermanos Coen y rememora la escena del motel. De pronto, se le ocurre algo.

En *No es país para viejos*, Josh Brolin no deja el maletín a la vista; lo empuja al interior del conducto con un artilugio improvisado a partir de las varillas de una tienda de campaña comprada en un local cercano. Lola vuelve a ponerse de puntillas y busca con avidez. Cuando está a punto de rendirse, palpa un cordel metálico asegurado a uno de los laterales del tubo. Es un hilo casi invisible del que empieza a tirar con cuidado tras liberarlo de las trabas que lo mantenían sujeto a la chapa. Poco a poco, jala del alambre con suavidad mientras intenta imaginar lo que encontrará al otro extremo. El sonido metálico del arrastre se intensifica a medida que el objeto atado se acerca a la embocadura. Pasados unos interminables segundos, ve aparecer, tras superar el último codo del conducto de ventilación, una bolsa de deporte azul.

—Ya era hora… —suspira con los gemelos al límite de la contractura.

La mochila pesa lo suyo. La deja caer sobre la cama con un golpe seco y se la queda mirando como si el objeto pudiera explotar en cualquier momento. La respiración contenida. El corazón le martillea en los oídos. Inspira. Exhala. Sus dedos, temblorosos, buscan la cremallera. La abre. Redoble de tambores. Dentro, incontables fajos de billetes de cincuenta, cien, doscientos y quinientos euros, todos meticulosamente atados con gomas. Un pósit amarillo, preciso, impersonal, detalla la cifra exacta en cada fajo. El aire se vuelve denso. Traga saliva. Los paquetes están envueltos en film transparente para protegerlos de la humedad. Algo en su interior le grita que cierre la bolsa, que la tire lejos, pero sus dedos ya están rozando el dinero. Y entonces comprende que acaba de abrirle la puerta al peligro.

Sobre el parquet, la enfermera ordena los paquetes en pequeñas pilas. Luego abre la aplicación de la calculadora en el móvil y empieza a sumar. Cuando ve el resultado final en la pantalla, suelta un silbido agudo y musical, y espera no sufrir una embolia por la emoción.

«Esto sí que es vivir en negro», piensa Lola incapaz de asimilar la cifra que brilla en el teléfono. De pronto, todo cobra sentido. Cinco

millones y medio de euros son razón más que suficiente para que alguien termine con un tiro en la cabeza. «Selu se metió en un lío de proporciones descomunales del que no pudo escapar», concluye Lola, que no aparta la mirada de los fajos de billetes. Y, como casi siempre sucede en los embrollos escabrosos en que el dinero es rey, la historia acabó mal.

Con calma, devuelve los paquetes a la bolsa de deporte y la esconde de nuevo en el conducto de ventilación. Cuando se desvanecen las lucecitas de colores provocadas por la visión de tanta pasta junta, la enfermera retoma su plan.

Un plan malo.

Pero ahora cuenta con cinco millones y medio de razones para seguir adelante.

Un plan malo que no puede ejecutar sola.

Un plan malo de cojones.

—¿Carbonell?…

El periodista atiende la llamada justo cuando Lola está a punto de colgar. El tono de voz del Quitapenas y el bullicio que lo rodea la hacen pensar que, pese a que aún no son las once, el tipo ya está cerveza en mano, acodado en la barra de algún bar.

—Dime, Lola… —repite con una lengua tan pastosa que difícilmente le debe caber en la boca—. Iba camino de la redacción del periódico, pero el desayuno se me ha complicado con un informante. Puede que haya dado con una historia muy interesante. Solo te diré que, al parecer, existe una trama de corrupción policial que afecta a toda la provincia. El director pondrá el grito en el cielo, pero espero que me dé fondos para seguir tirando del hilo.

El Quitapenas habla sin puntos ni comas. Lola reprime el impulso de preguntarle cuántas cañas lleva encima y suspira. «Te guste o no, el viejo periodista y sus contactos son tu mejor baza para acceder al círculo del Francés», rumia. Es la única puerta que tiene abierta, y no puede arriesgarse con un comentario que lo incomode. Al fin y al cabo, quiere sacarle algo, y sabe que, para

conseguirlo, no debe importunarlo más de lo necesario.

—Pues qué bien, Pepe… —contesta—. Me alegro por ti. Seguro que en el periódico también celebran que estés de vuelta.

Puestos a no ser mala, mejor no quedarse corta. Endulzar un poco a Pepe Carbonell le reporta beneficios inmediatos. Ser buena gente nunca es mala idea.

—Gracias, Lola… —responde tan chisporroteante como una copa de cava—. Pero dejemos de hablar de mí. Imagino que la reunión con Raíllo te despertó demasiados interrogantes como para dejarlo estar. Tengo la sensación de que te ha llegado el momento de ganar. Y eso me gusta.

A la enfermera la cabrea la complacencia falsa y gratuita. Lo intenta, pero se ve incapaz de tragarse el ácido que de repente le llega a la boca. Que una cosa es ser buena y otra muy distinta empacharse de buenismo hasta vomitar.

—No me jodas, Quitapenas… —le espeta—. Te gusta porque el asunto puede proporcionarte otro artículo interesante con el que poner nerviosa a mucha gente. Cádiz está muy aburrida, y tú te mueres por agitar el avispero… Vamos, Pepe, no me tomes por idiota. No disimules las ganas que tienes de acabar con el anonimato del Francés y escribir sobre él.

—Eso no es del todo cierto…

—Te lo diré de otro modo… —le interrumpe—. Me estás utilizando. Solo soy el medio para conseguir un fin. Lo acepto. Pero no me hables como si fuera tonta.

Al otro lado, el Quitapenas hace una mueca de incomprensión que ella intuye de inmediato. No ha podido evitar endurecer el tono. Arrepentida, hace una pausa. Cuando vuelve a hablar, su voz suena más suave.

—Pepe, necesito quedar de nuevo con Raíllo… —le pide—. Tengo un asunto que proponerle que no podrá rechazar.

—¿Qué vas a ofrecerle? —pregunta el periodista, algo avergonzado al comprender que no podrá terminar la conversación

con un mínimo de dignidad.

De ordinario, Lola le hubiera contestado al periodista con un «atiquécojonesteimporta». Pero hoy tiene la lengua suelta. «Qué diablos», piensa.

—Un negocio de más de cinco millones de euros…

A la misma hora que el Quitapenas, tras colgar con Lola, le da un largo trago a la copa de Centenario que había dejado en pausa sobre la barra, un Porsche Cayenne es despiezado en un taller clandestino de Fuengirola. Pavel, el enorme ruso dueño del local, no hace preguntas. Se conoce al dedillo el procedimiento. No lo hace porque apenas sabe español; se comunica a base de refranes y frases hechas. Pero, sobre todo, no pregunta porque ese es el secreto de su éxito.

Él y su gente tardan aproximadamente lo que dura un CD de grandes éxitos de Julio Iglesias en reducir el Porsche a una miríada de piezas que venderá por Wallapop. Porque Pavel es muy de Julio Iglesias. Y porque *La vida sigue igual* es su himno de las noches de farra.

Son las doce del mediodía cuando Karim recibe un mensaje en el móvil. Es del ruso: «Borrón y cuenta nueva». El franco-argelino sonríe.

En el taller, Pavel, henchido de satisfacción por el trabajo bien hecho, sube el volumen del equipo de música. Julio desgrana, con su voz pequeña y magnética de *crooner* latino, *Bamboleo* a todo meter.

21

Pierre resopla incrédulo. Una cosa es que existan elementos externos que tensionen el negocio y otra muy distinta es que un solo tío se convierta en el epicentro del problema. Porque, cuando eso sucede, no solo se trata del daño inmediato, sino de cómo su presencia sigue creciendo hasta que lo consume todo.

El Francés es perro viejo y tiene claro que, en ocasiones, pintan bastos: los rivales te delatan, las fuerzas del orden te hostigan, los paleros te pegan vuelcos… Nada nuevo. Sin embargo, jamás se había enfrentado a una persecución como la que está llevando a cabo Vázquez Quintana en su contra. Al principio el comisario era una piedra en el zapato, pero ahora se ha convertido en una cantera a cielo abierto. El negocio del narcotráfico es muy complejo, mucho más de lo que la gente cree. La alta concentración de traficantes por metro cuadrado en la provincia es de locos, lo que lleva a que los proveedores exijan el pago por adelantado. «*No cash, no drugs*». Lleva varias operaciones consecutivas fallidas… Esto no significa que tenga que pedir para llegar a fin de mes, pero empieza a ponerse nervioso. Las casi dos toneladas de hachís incautadas por la policía en la guardería del Saladillo tienen un valor de mercado de unos cuatro millones de euros, una suma considerable como para causar descontento.

Tras dejar el Porsche en el taller de Pavel, Karim ha ido directamente al Sonoma. En el búnker de hormigón del sótano lo esperan el Francés, Nasser, el teniente coronel de la Guardia Civil Vilda y Marciano Vieites. Al franco-argelino, el abogado no le gusta un pelo. Demasiado perfecto, demasiado estirado, demasiado hijo de puta. Aunque reconoce que el muy cabrón sabe hacer su trabajo. Además, Pierre le tiene una confianza casi ciega. Así que no hay nada más que hablar. En cuanto al guardia civil, Karim no le

tiene el más mínimo respeto. Un tipo que piensa con la polla no se merece que lo tengan en cuenta. Su falta de hombría le provoca náuseas y una terrible pulsión homicida.

En poco más de un mes, el contenedor con las seis toneladas de metanfetamina atracará en el puerto de Sevilla, y todo tiene que salir a pedir de boca. La oportunidad de expandir el mercado es muy atractiva, razón por la cual Pierre ha asumido el riesgo e invertido una cantidad significativa. En realidad, meterse de lleno en el negocio de la meta es un reto que afronta sin necesidad. Pero el afán por demostrar a los demás y a sí mismo que es el rey del mambo supera cualquier razonamiento lógico. Simplemente, se la pone dura. Y pocas cosas en este mundo le provocan una erección al Francés.

Cuando Karim accede a la sala se encuentra con ojos de tormenta y caras ensombrecidas por la preocupación. Solo Vilda parece estar en forma. En realidad, más que nunca. La idea de echar un polvo con Tihya seguro que se le pasa por la cabeza. «Con todos sus recursos y la falta de escrúpulos, no sé cómo el Francés aguanta su arrogancia», piensa Karim mientras da un paso hacia la mesa. El franco-argelino echa una mirada atemorizada a su jefe. Cuando en mitad de una persecución a más de doscientos kilómetros hora, aguantando un estrés máximo, informas de que han surgido problemas y, como respuesta, recibes un silencio gélido antes de que te cuelguen, tu corazón sufre una breve parada durante la cual sopesas el castigo que te espera. En cuanto a lo de pedir un perdón de boquilla aduciendo alguna excusa, ni se lo plantea. Cabeza gacha y a asumir las consecuencias. En su trabajo, el sistema es sencillo: ¿tienes un problema y eres el responsable de una operación? Pues lo resuelves. Y, si la cagas, le debes una al jefe.

Hasta ese momento, el Francés gestionaba, de media, dos o tres alijos por semana que no solían superar los mil kilos. Trabajos rápidos, seguros y con bajos costes indirectos. Sin embargo, desde la aparición en escena de Vázquez Quintana, todo se ha ido al traste. La presión a la que el comisario tiene sometido al Francés

comienza a adquirir tintes de lujuria. El negocio es cada vez más difícil, y Karim nota el desgaste en su jefe. Su mirada acerada no ha perdido ni un ápice de filo, pero, al menos hoy, se le nota cansado y algo encogido. Es como si, de golpe, le hubiera caído una tonelada de escombros sobre los hombros.

Karim toma asiento frente al abogado. Marciano Vieites tiene la cara descompuesta y, desde su posición, el franco-argelino puede oír los engranajes de la mente del abogado en movimiento. Tras unos segundos de tenso silencio, el Francés se pone en pie y comienza a caminar por la habitación con las manos a la espalda.

—De nuevo Vázquez Quintana… —musita para sí mismo—. Ese *fils de pute* es una carcoma que se me ha metido dentro y me va consumiendo poco a poco. Un obstáculo, una enfermedad para la que debo encontrar una cura con urgencia. *Mon Dieu!* —exclama mientras abre los brazos y mirando a su alrededor—. Estoy rodeado de incompetentes…

Nadie dice nada. Todos cavilan, cada uno a su manera. Saben que cualquier palabra malinterpretada puede hacer estallar la bomba que ahora mismo el Francés lleva cosida a la piel. En instantes como este se requiere de una fineza especial para hablar y no meter la pata. Una destreza que Vieites cree poseer. Se equivoca.

—Pierre, si me permite…

Muy a su pesar, a Marciano se le ve algo cohibido. El Francés lo mira con gesto de fastidio, sin moverse del sitio. Consciente de la habilidad del abogado para la manipulación, una de las razones por las que lo contrató, se enfurece en cuanto Vieites abre la boca. La posibilidad de que suelte una tontería le irrita.

—Creo que no debemos inquietarnos más de lo necesario… —comienza—. Es evidente que el comisario nos ha declarado la guerra, y, como en toda contienda, es crucial tener claro el objetivo. Ese que nos garantizará la victoria. Y no es otro que quitar de la circulación a Vázquez Quintana y, con ello, desmantelar su unidad.

—¿Estás pensando en asesinar al comisario? —pregunta Vilda torciendo el gesto.

—No, no… Aquí nadie ha hablado de matar —contesta Marciano de inmediato al tiempo que simula horrorizarse ante la pregunta—. Hay que ser más sutil. El comisario se comporta como si fuera el mismísimo Eliot Ness. Pero seguro que hay algo sucio en ese tío. Con todo el dinero que se mueve a su alrededor, estoy convencido de que oculta basura bajo la alfombra. Es necesario indagar en su vida, destapar sus trapos sucios y desacreditarlo. No es precisamente una persona simpática, así que es probable que tenga rivales en el cuerpo que deseen hundirlo. He hecho preguntas, y todos coinciden en que no ando desencaminado.

Pierre desmenuza al abogado con la mirada. No hace falta ser un experto en Derecho para imaginarse el soporífero mecanismo burocrático que hay que poner en marcha para conseguir resultados si se siguen las indicaciones de Marcelo. Además, a grandes rasgos conoce el pasado de Vázquez Quintana, y todo indica que sus únicos trapos sucios son los que utiliza para quitar el polvo. Es un hombre íntegro, marcado por la pérdida de su unigénito a causa de las drogas. Y eso lo convierte en un tipo sin fisuras, con un corazón áspero y frío como la hiel y una misión que cumplir. La culpa y el dolor que sintió tras la tragedia parecen haber mutado en resentimiento, odio y ambición, la combinación perfecta para convertirse en el azote de los principales narcotraficantes de la región. Así que las suposiciones de Vieites son papel mojado; solo ha hablado para hacerse notar.

—¿Eso significa que lo que vamos a intentar es que lo aparten del cuerpo para procesarlo…?

El Francés formula la pregunta acompañada de un gesto indeterminado, abierto a interpretaciones, que lo mismo puede querer decir «Qué buena idea» o «Menuda gilipollez acabas de soltar». Marciano intenta zafarse de la mirada de Pierre, que se ha posado sobre él como un peso insoportable. Los presentes no pasan por alto este detalle. El abogado, incapaz de encontrar las palabras adecuadas, opta por guardar un prolongado y pensativo

silencio, como si estuviera sopesando la respuesta. Sin embargo, su verdadera intención es esperar a que la hostilidad que cree percibir en el semblante del Francés se diluya como humo.

Pierre comienza a negar lentamente con la cabeza mientras se acerca al abogado. Vieites, conocido por su fama de duro e inaccesible, exhibe una debilidad desconcertante, casi bochornosa. Hablar ha sido un error, ahora lo sabe. El Francés es un personaje muy sibilino que nunca muestra sus intenciones de frente, siempre de perfil. A estas alturas, Marciano debería haberlo aprendido.

—Vieites, quiero proponerte otra solución… —le dice situándose a su espalda—. Vamos a matar a ese cabrón. Le pegaremos un tiro en la puta cabeza. Y, cuando tiremos el cadáver al mar, seguiremos con lo nuestro. Y lo nuestro es el narcotráfico a gran escala y ganar dinero… —finaliza mientras mira a los demás a los ojos.

El eco de las palabras del Francés rebota en el hormigón desnudo de las paredes de la sala para acabar diluyéndose en los rincones.

—Y os aseguro que, si hacemos las cosas a mi manera, os haré muy ricos. Mucho más de lo que podéis imaginar. Pero, para lograrlo, hay que meterse las sutilezas por el culo.

Vieites vuelve la cabeza e intenta balbucear una disculpa, pero no le da tiempo. Se traga un guantazo que le seguirá doliendo una semana después. Marciano se queda inmóvil, con la boca entreabierta, mientras la sangre comienza a brotarle de la nariz. Karim no puede reprimir una carcajada seca, sin rastro de un humor, pero con cuarto y mitad de mala leche. El abogado parpadea un par de veces, saca un pañuelo de tela del bolsillo interior de la chaqueta y se apremia a detener el chorreo de la napia.

—Karim… —Al franco-argelino se le corta la risa de sopetón—. Habla con ese tío que tenemos a prueba. Si pretende sobrevivir en esta jungla, que me demuestre de qué pasta está hecho. Quien trabaje para mí debe estar dispuesto a todo: amenazar, lisiar, robar y matar. Sobre todo, matar. Y eso va por todos —dice señalando con el dedo—. Cuando el asunto lo demanda, no hay dudas,

debemos ser despiadados.

Vilda tuerce el gesto. Sabe que no existen traficantes buenos, al menos, en su caso, nunca se ha topado con uno. Pero lo del Francés es distinto. El teniente coronel de la Guardia Civil hace tiempo que piensa que Pierre no está en sus cabales. Es comprensible: como en cualquier organización, al alcanzar cierto nivel, todo se acelera, sometiendo tanto al cuerpo como a la mente a un nivel de estrés máximo e insoportable. La manera en que lo manejas determina si llegas a la cima o, por el contrario, caes al abismo con el cerebro achicharrado y la cabeza perdida. Y Vilda está convencido de que el Francés está caminando con tacones de aguja por el borde del precipicio.

—¿Asesinar a un comisario de la Policía Nacional? —pregunta Vilda perplejo—. Desde los tiempos de ETA, en este país no se habría visto algo igual. No es por nada, Francés, pero creo que te está perdiendo la ambición. Y tengo que decirte que me sorprende que actúes de este modo.

Pierre regresa a su asiento en silencio y se toma unos segundos antes de volver a hablar. Sin embargo, el teniente coronel no necesita oír sus palabras para intuir lo que está pasando por su cabeza.

—Vilda, escucha, y escúchame bien. Solo hay una solución al problema, y no es otra que volarle la cabeza a Vázquez Quintana. Y te lo advierto: por mucho crédito que creas tener, la memoria es volátil y nadie es indispensable. Así que más te vale informarme de las rutinas del comisario para que Karim identifique el momento adecuado en el que alojarle una bala en el cerebro.

—¿Me estás amenazando, Francés?

El ambiente en la sala se tensa. Nasser siente que el aire se llena de electricidad estática. O igual se lo imagina. Pero, desde luego, lo que está claro es el tono de leche pasada y agria de la conversación.

Pierre escupe una carcajada desabrida antes de contestar:

—Mi querido Vilda, teniente coronel jefe de la UDYCO… —

comienza a decir con una sonrisa en el rostro que parece abierta a navaja. Mientras habla, sus ojos se oscurecen y se empequeñecen como un cielo cargado de presagios oscuros que se nubla antes de una tormenta—. Deberías saltar de alegría por la suerte que tienes y dar gracias a Dios por seguir con vida. Es saludable mostrarse agradecido. Y no lo digo solo porque te folles a Tihya cuando te venga en gana, que también. Nunca has sido una persona agradecida. Y ya sabes lo que dicen: la ingratitud y el resentimiento van de la mano. Así que tienes la suerte de que Nasser, con buen juicio, no permita que nadie armado entre en esta sala. Porque, a estas alturas, me sorprende que no tengas claro que yo no amenazo. No tengo tiempo para eso.

Vilda intenta mantener la compostura, pero recibe el golpe. Ha cometido un error y, como Marciano, se ha dado cuenta demasiado tarde. Matar a un comisario no es cualquier cosa, son palabras mayores. Pero la oscuridad que encierra el Francés en su interior ha venido a saludarle, y eso acojona un rato. De manera, que si no quiere ser centrifugado por el agujero negro que el Francés acaba de generar a su alrededor, será mejor que recule.

Además, está Tihya. Tiene planes con ella. En realidad, es un único plan: escapar juntos. Por primera vez en su vida, no está analizando todas las opciones ni escucha esa voz interior que siempre le aconseja prudencia. En esta ocasión se está dejando llevar por lo que le dicta el corazón, y eso le ha generado miedos que antes no estaban ahí. Unos que, como hoy, le hacen hablar más de la cuenta. Porque en los asuntos del amor, está recién matriculado.

—El problema es que Vázquez Quintana es de la vieja escuela —comienza a decir Vilda como si nada—. Vivió los años de plomo de ETA y tiene metidas en el disco duro todas las medidas de seguridad que se tomaban en aquella época. Siempre varía su ruta para ir al trabajo, cambia de cafetería para desayunar casi a diario y, cuando no está en la comisaría, rara vez sale de casa. En resumen, actúa con más cautela de lo normal. Diría que no se fía de nadie y que vive como si temiese un ataque inminente.

El Francés lo mira con frialdad antes de contestar:

—Pues entonces tienes trabajo… —dice—. Karim, ve preparándole el cuerpo al Tanque. Veremos si está a la altura de su apodo. Él será el pistolero.

El franco-argelino asiente despacio con la cabeza. Como si sopesara la idea. Como si no le gustara demasiado.

—¿En qué carajo estás pensando? *Mon Dieu!* ¿Es que hoy todo el mundo me tiene que tocar los cojones?

Se pasa una mano por la cara y se la frota con fuerza, como si quisiera borrar la expresión de cabreo.

—No pensaba en nada, jefe… —contesta Karim de inmediato—. Puede dar por muerto a ese maldito comisario.

Pierre ni siquiera parpadea. Se pone de pie y abandona la sala, exhalando un suspiro de alivio alimentado por las palabras de Karim, que interpreta al pie de la letra. Nasser lo sigue. Marciano Vieites, silencioso desde que ha recibido la bofetada, se levanta con elegancia, pero con la dignidad hecha jirones, y también se retira. Karim sigue al abogado con la mirada.

—A tu jefe se le está yendo la cabeza. Parece un perro con un hueso en la boca que amenaza y gruñe a todo el que se acerca —le dice Vilda al franco-argelino—. Por no hablar de que poner en manos de un aficionado una misión tan compleja me parece un total disparate.

Karim no respeta en absoluto las opiniones de Vilda, por eso de pensar con la polla y tal. Pero, en este tema, no tiene más remedio que darle la razón. A su manera, lo hace.

—No es un perro, es un lobo que acaba de enseñarnos los dientes.

22

La vivienda de Raíllo es humilde, pero tiene unas preciosas vistas del mar y el faro de Trafalgar. En el jardín exterior dispone de un agradable porche con sillas, hamacas e incluso una barbacoa que, por su aspecto, hace tiempo que no saborea el carbón. No es difícil imaginar la cantidad de dinero que el legionario podría sacar vendiendo la parcela. Cualquier promotor privado, previa demolición, a buen seguro construiría una espléndida villa de lujo que después colocaría por varios millones de euros. Por eso Lola no puede reprimir una sonrisa cargada de nostalgia cuando llega a la casa. La sencilla edificación encalada de una sola planta es un símbolo de resistencia inusual en medio de tanta especulación.

La enfermera hace sonar el claxon un par de veces antes de bajar del coche. Raíllo, sentado en una de las hamacas, no se inmuta. Botellín de cerveza en mano, mira al cielo despejado como si buscara nubes de tormenta, ignorando la bocina. En cambio, el Quitapenas se levanta de un respingo de la silla, deja el catavino de fino sobre el hule que cubre la mesa de jardín y corre (o algo parecido) hacia la puerta del muro de bloques de hormigón que delimita la parcela para recibirla.

—Muy buenas, Lola… —la saluda con aire burlón, casi sin aliento —. La verdad es que tu llamada me pilló por sorpresa. Me preguntaba si te atreverías a dar el primer paso. Entiendo que es difícil confiar en lo que te cuenta un desconocido. Hace un día espléndido, ¿verdad?

Ella no responde, se limita a levantar la mano a modo de saludo.

—Te advierto que Paco no está de muy buen humor, que digamos… —le susurra en plan confidente a medida que se acercan al porche—. La quimioterapia le deja mal cuerpo, y hoy no se

encuentra muy legionario, que digamos —añade riéndose de su propia ocurrencia.

—¿Qué tiene? —pregunta Lola sin aparente sorpresa.

—Pues no lo sé… —contesta el periodista—. No le gusta hablar de enfermedades ni de muertos. Dice que da mal bajío. Pero sospecho que debe de ser algo de colón o similar. En realidad, no me extraña. Toda la vida fumando y bebiendo como si no hubiera un mañana…

Lola enarca la ceja ante el comentario, pero prefiere callarse para no levantar ampollas. Raíllo los recibe con un gruñido. Lleva una gorra de camuflaje calada hasta las cejas y no deja de mirar al cielo. La enfermera percibe que el hombre está medio ido. «Este va puesto de fentanilo», piensa mientras maldice para sus adentros. Pero como lo de quedarse cosas dentro no es lo suyo, se le escapa un exabrupto.

—Coño, Quitapenas, que este no está de malhumor… —dice haciendo aspavientos con las manos—. Que aquí al caballero legionario lo que le sucede es que va hasta las cejas de pastillas.

Raíllo, al escuchar a la enfermera, deja de mirar al cielo, se incorpora a medias sobre la hamaca y centra toda su atención —al menos la que le queda— en Lola. Mientras tanto, Pepe Carbonell se encoge de hombros, recupera su catavino, le da un sorbito y se mete en la vivienda. Que es media mañana, y el aperitivo va con retraso.

—Lola, déjame decirte dos cosas… —suelta Raíllo mientras la señala con el cuello del botellín de Cruzcampo—. En primer lugar, ni médicos, ni pastillas ni Cristo que lo fundó. Un buen canuto, una cerveza fría y un buen polvo son los mejores remedios para la salud. Cóctel ganador. Te lo digo por experiencia…

La enfermera resopla y se deja caer sobre una de las hamacas. Le entran ganas de dejar de respirar. Pero se aguanta y permite que sus pulmones sigan moviéndose.

—Y, en segundo lugar, hoy va a llover.

Lola suspira. Es un suspiro largo y profundo, de esos que

resetean el cerebro. Raíllo le guiña el ojo con una sonrisa, mostrando la parte manchada de la cara, y luego toma un largo trago del botellín.

—Ya estoy aquí… —anuncia el Quitapenas, que sostiene precariamente una bandeja que deja en la mesa—. ¿Una cerveza, Lola?

La enfermera se dispone a rechazar la invitación con un movimiento de cabeza, pero su boca se adelanta con un «¿Por qué no?» al darse cuenta de la inutilidad de remar a contracorriente. Así que, seis cervezas después, media botella de fino Tío Pepe y varios platos de queso, jamón —del bueno, del entreverado— y picos para montar una feria, por fin se ponen a hablar de negocios.

—Pero ¿a ti qué te pasa, niña? —pregunta el legionario, que a estas alturas, de forma incomprensible, está más centrado a pesar de la bebida—. Cerrar un negocio de ese calado con el Francés no es sencillo. Si lo que pretendes es ganar dinero, te puedo conseguir hachís a buen precio de mis contactos en Ketama. Esos mojamés me deben unos pocos favores. Si los aprieto, si les prometemos una montaña de dírhams, podemos conseguir un negocio redondo con altos beneficios. Pero el Francés… No tienes ni idea de cómo se las gasta su gente. Espera, que se me seca la garganta de tanto hablar…

Solícito, el Quitapenas le tiende un botellín de cerveza que acaba de abrir. El legionario hace un hidalgo y da cuenta del quinto de Cruzcampo de un solo golpe. Tras limpiarse la boca con el dorso de la mano, continúa con la perorata.

—Además, no me engañes, que soy demasiado viejo para que una niñata me mienta a la cara. A ti te importa una mierda el dinero y la droga. Tú no pretendes jugársela al Francés pegándole un vuelco de altos vuelos. Eres una mujer aferrada a una causa que busca venganza. Y los imbéciles que actúan movidos por los sentimientos son peligrosos, porque están demasiado motivados.

Cuando Raíllo termina de decir lo que quería, inquieto, se retrepa en la hamaca y se acomoda los testículos con la mano antes de

abrir otro botellín. Lola se queda de pie, quieta y muy erguida, observándolo desde arriba. Mira al hombre con extrañeza; no esperaba que su propuesta provocara esa reacción en el legionario. El Quitapenas se ha levantado de la silla y ahora recorre el porche de un lado a otro, con la mirada en el suelo y una genuina expresión preocupada en el rostro mientras vacía el catavino a sorbitos.

—¿Estás de broma? ¿Hachís de Marruecos? Aquí Pepe me dijo que podía contar contigo para lo que fuera, pero está claro que, para variar, no ha dado ni una —contesta amortiguando su enfado en lo posible.

Lola no quiere equivocarse ni decir una palabra de más (ni de menos), porque todo su plan para llegar hasta el Francés depende de ese hombre enfermo, borracho, drogata y de vuelta de casi todo. Y la única forma de que salga bien pasa porque Raíllo dé su brazo a torcer. Y por supuesto que busca venganza. Una que aún está por definir, pero que siente como una obligación, algo imprescindible para seguir adelante con su vida. Lo sabe. Lo tiene claro. Cruzar esa frontera —la que marca la línea de la venganza— lo cambiará todo. Pero no hay marcha atrás. Solo queda avanzar. Sin frenos. Sin retorno.

Más allá del impulso inicial, Lola ha llegado a comprender que, si va tras el Francés, no es solo por Selu; lo hace también por ella. Entre la venganza, el olvido y la necesidad de reparación, ha elegido la primera alternativa. Porque, de no hacerlo, estaría negando su propia naturaleza y, lo que es aún más importante, la de Selu. Está convencida de que, si su hermano estuviera en su lugar, actuaría exactamente del mismo modo.

—Escúchame bien, niña… ¡Me cago en todo! —dice con voz temblorosa por la ira—. No es cuestión de querer o no querer. El Francés te puede destrozar la vida por puro aburrimiento, porque lleva el mal dentro de su alma. Si te enfrentas a él, debes estar dispuesta a llegar hasta el final, porque, si no, sufrirás represalias inimaginables que te harán desear no haberlo conocido.

La enfermera inclina la cabeza en actitud interrogativa, como un perro cuando le habla su amo. No se lo puede creer. El puñetero legionario insensible de la mancha en la cara intenta protegerla. Pepe le ha relatado la trágica historia de la muerte de su hijo, un heroinómano sin remedio. Quizá esa pérdida prematura y el hecho de que todavía conserve el instinto de salvaguardar vidas que le inculcaron en la Legión sean los motivos por los que le niega la ayuda. En sus ojos, ahora más humanos que nunca, se refleja una tormenta de dolor y redención.

—Mira, Raíllo… —contesta imitándolo sin acritud, incluso con cierta dulzura—. La razón por la que pretendo hacerlo es sencilla: ya tengo la vida jodida. Ese trabajo lo hizo el Francés hace un año. Podría haber dado un paso atrás y avanzar. Pero mató a mi hermano; su droga mata a mi gente a diario, a nuestra gente. Tengo miedo, por supuesto, y eso es lo más inquietante, porque, a pesar de ese temor, sé que debo seguir adelante. No puedo quedarme de brazos cruzados.

El legionario siente que se le relaja una mijita la vieja rigidez del corazón. No quiere esa muerte a sus espaldas. Otras sí, pero esa no. Sus ojos se entrecierran mientras clava la mirada en el rostro de la enfermera, que permanece plantada ante él. Sabe por experiencia que la mujer está a punto de incurrir en un error que, con el tiempo, deseará no haber cometido. Eso si tiene suerte, porque nunca se sale indemne de una empresa como en la que pretende embarcarse. Cada cual elige sus batallas, y Raíllo lee en los ojos de Lola que da igual lo que le diga; no podrá detenerla. No acierta a ver un temblor de inseguridad en su mirada. Con manos hábiles, el legionario lía un canuto en un santiamén. La maría le ayuda a mejorar sus habilidades comunicativas. Ella se sienta y se echa hacia atrás en la silla, expectante. Por su parte, el Quitapenas sigue a lo suyo: darle al Tío Pepe. Al menos continúa dando paseítos para sudarlo.

De sopetón, el cielo se oscurece y el ambiente se carga de una tensión eléctrica repentina e insospechada hace unos minutos. Con cada aspiración, el exlegionario alumbra la mancha de su rostro con

la pavesa del canuto. Lola aguarda paciente, observando el humo que Raíllo expulsa con cada bocanada. Al cabo de un rato, el hombre le sonríe de la misma manera que lo hace con cada nueva presa que se echa al saco. Sonríe como lo haría un cazador ante la perspectiva de ser capaz de abatir una gran pieza. El Francés es caza mayor, una presa a la que es muy difícil seguir el rastro. Una pieza con la que no hay que cumplir un código ético ni una ley no escrita como la que existe entre el cazador y el animal cazado. Una presa que espera que vaya, disciplinada, en dirección al cebo. Uno de varios millones de euros que aporta la enfermera.

—Está bien, niña… —dice cuando va por la mitad del canuto—. De acuerdo con lo de ir a por el Francés. Pero tampoco facilita las cosas que te niegues a contar cómo has conseguido esa cantidad de dinero. La pasta no cae del cielo. ¿De dónde saca de repente una enfermera cinco millones de euros?

—Ya te he dicho que eso no te importa…

—Tienes razón —contesta—. Me la suda. Pero te puedo asegurar que al Francés no. Escruta la procedencia de hasta el último euro que pasa por sus manos. No todo el dinero es igual. El origen determina su peligrosidad. La pasta del narcotráfico nunca es fácil, a pesar de lo que la gente piensa. Para forrarse con la droga, necesitas invertir mucha, y en su procedencia está el meollo de la cuestión. Así que, si queremos empezar bien, ya que vamos a arriesgar la vida, lo mejor es que desembuches. Porque te puedo asegurar que el Francés, de una manera u otra, se enterará de la procedencia de los cinco millones de euros.

Lola mira fijamente a Raíllo con ojos inabordables. De repente, la oscuridad del lado izquierdo de su cara se ha adueñado de todo el rostro. Si tuviera que juzgar su expresión, la mujer diría que hay algo irónico y amenazante en ella. Como si supiera la solución a la cuestión planteada y en realidad le diera igual su respuesta porque es sencilla. Como si le estuviera advirtiendo que, si le jode, la revienta. «He sido una necia al creer que podía manejar a gente como esta —piensa la enfermera—. A menos que sea sincera, este tío no aceptará mi proposición». El Quitapenas, con la espalda

apoyada en la fachada de la casa, los observa como quien asiste a un partido de tenis.

—Está bien… —dice al fin—. Lo he encontrado escondido en casa de mi hermano. No hay que ser un lince para concluir que, en gran parte, esos cinco millones son los responsables de su asesinato.

—Entonces Selu le pegó un buen palo al Francés… —musita el Quitapenas para sí mismo—. Si yo le hubiese robado un puñado de millones, me lo habría montado mejor. Me habría largado de inmediato a Belice o Barbados, a tomar el sol en la cubierta de un yate con una identidad y una cara nueva, y con un montón de niñas en biquini a mi alrededor. Hay que ser muy estúpido para quedarse en Cádiz esperando a que le den matarile.

Sobre sus cabezas, un relámpago ilumina el cielo, ensombrecido de forma impensable. El trueno que le sigue suena a disparo de cañón del Centro de Ensayos de Torregorda. «Ojalá lo fulmine un rayo», piensa Lola mientras mira al periodista de soslayo. A ese primer trueno le siguen unos gruesos goterones de agua que estallan sobre las baldosas de terrazo que anteceden al porche cubierto. Raíllo da una última calada al porro y deja caer la colilla, gruesa y chata, al suelo, para después aplastarla con el tacón de la bota militar hasta desmenuzarla. El exlegionario mira las nubes negras con el ojo izquierdo guiñado antes de levantarse de la hamaca.

—Vamos dentro… —los invita a entrar en la casa con un gesto de cabeza—. Sí queremos metérsela doblada al Francés, tenemos trabajo.

Pepe Carbonell, más conocido por el Quitapenas, se encoge de hombros y se encamina al interior de la vivienda sin rechistar. Lola suspira y sigue al periodista. Comprende que es inútil hacer preguntas; por ahora, lo mejor para sus intereses es hacer caso al exlegionario.

—Esto será duro… —musita mientras cierra el portón de la casa a su paso.

23

Al abrir la puerta del dormitorio, lo saluda la oscuridad del resto de la casa. Con la mirada perdida entre las sombras, avanza por el pasillo hasta llegar a la cocina. Los platos y vasos sucios se amontonan en el fregadero. Si no fuera porque sufre de estrés postraumático, llamaría a Uber Eats; se muere de hambre. Porque, al Tanque, las penas le abren el apetito. Pero las cosas son como son, y ahora mismo, para Pavony, son una autentica mierda.

Ayer fue un día largo de cojones. Cuando terminó el entierro del Morta, se tomó unas cervezas obligadas con los colegas en el Yiyi y corrió a encerrarse en casa. Si la vida de un hombre pudiera resumirse en su último mes, la suya estaría a las puertas del infierno. Antes de acostarse, se tomó tres comprimidos de Orfidal de un miligramo que lo tumbaron casi sin darle tiempo a apoyar la cabeza en la almohada.

Durante la misa en el tanatorio, no lloró, aguantó estoicamente la perorata del cura. Que si «Bendito sea el Dios Padre…», que si «El cielo y los ángeles…», que si «Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo», que si «Dios Todopoderoso ha llamado de esta vida a su presencia a nuestro hermano Franco…». Cuando el cura pronunció el nombre bautismal del Morta, muchos intercambiaron miradas de desconcierto. Porque, a falta de un nombre mejor, Rosa María llamó a su único hijo como el cantante italiano Franco Battiato, de quien se enamora cada vez que lo escucha desgranar la letra de su gran éxito *Yo quiero verte danzar*. Un capricho alocado de una madre que el Morta se pasó maldiciendo toda su infancia. Gracias al cielo que una alopecia muy temprana y unas gafas de culo de botella, lo cual suele ser siempre receta para el

desastre, borró el nombre del DNI para siempre.

El Tanque se emocionó al final del sermón, pero pensó que, con lo negro que se le había puesto el tema al final a su amigo, más valía morir a tiempo que rondar la muerte durante meses. Al menos esa era su reflexión mientras veía cómo los operarios del cementerio Mancomunado Bahía de Cádiz introducían el ataúd en el nicho, porque la llamada posterior lo cambió todo. Tanto que lo enloqueció la imagen del Morta revolviéndose cabreado en su tumba tras la conversación telefónica.

Antonio es amigo de la familia, por lo que le tocó ejercer de anfitrión con amigos y familiares. Rosa María, la madre del Morta, es su debilidad, y la pobre mujer no estaba para detalles, por lo que era necesario echarle un cable. Más que nada, por el qué dirán. Así que el Tanque se ajustó el nudo de la corbata —porque a los funerales de los colegas se asiste en traje, aunque sea alquilado — y se puso manos a la obra. El día anterior, por la mañana, los médicos le comunicaron que la cosa se había puesto fea. Habían tenido que conectar al Morta a un respirador artificial y lo alimentaban con suero por vía. «Coma inducido», le dijeron. No le dieron muchas explicaciones, ni él las necesitaba, pero le trasladaron una falta de optimismo preocupante. «Pero saldrá de esta, ¿no?», fue lo único que preguntó. «Claro que sí, no se preocupe en exceso —le respondió un internista tan serio como imberbe—. Aunque debo advertirle que probablemente le queden secuelas … suponiendo que despierte», le advirtió acto seguido, contradiciéndose y opacando el destello de esperanza de segundos antes. Diez minutos después, el Morta la palmó. Diez minutos después, las secuelas se las quedó todas el Tanque.

Recibió la llamada mientras estaba en el Yiyi. Acodados en la barra del bar, las cervezas entraban tan fáciles como las viejas anécdotas del Morta salían disparadas de su boca. Los recuerdos acudían de repente, sin pensar. La mayoría eran historias cómicas del pasado, alguna que otra tan tierna que les encogía el corazón. Porque los chicos malos también sufren y tienen sentimientos. Que si el Morta de niño, en el colegio de Cortadura, tan tímido que daba

pena. Que la que lio en la parroquia de San José, vestido de marinerito, el día que tomó la primera comunión: la hostia de pan con forma circular se le quedó pegada a la garganta y las consiguientes arcadas le hicieron vomitar el desayuno en mitad de la iglesia. Al final, aquel día, el Morta se llevó dos hostias, la que pateó y la que le endosó Rosa María. Que si cuando los locales le pillaron fumando canutos en la plazoleta… Un sinfín de peripecias intrascendentes del personaje, porque el Morta era uno de los grandes, que no hacían más que aumentar en el Tanque la sensación, ya conocida, de la fragilidad de la vida. Y de cómo el mundo, una vez que dejamos de formar parte de él, sigue girando, como las cosas que no tienen mucho sentido. Los amigos, las parejas, los conocidos y todo aquel con el que alguna vez tuviste algo parecido a una relación pasan página, y a otra cosa, mariposa.

Lo que Pavony ignoraba en ese momento, pero le fue revelado en la llamada que recibió mientras compartía anécdotas con sus amigos, era que el Morta no había muerto por una complicación inesperada que nadie pudiera prever. Ni por un descuido. Ni por un error médico. Ni porque su cuerpo se hubiera rendido. No. Su muerte tuvo una causa concreta. Un nombre. Danko. Un propósito. Joderlo vivo.

La jornada previa al entierro, mientras el Tanque abandonaba el hospital cabizbajo tras hablar con el internista, un médico —que, visto desde atrás, imponía lo suyo— se paseaba por el pasillo de la Unidad de Gestión Clínica de Cuidados Intensivos, situada en la tercera planta del hospital Puerta del Mar. En su espalda se hubiera podido jugar un partido por parejas de pelota vasca y aún hubiese quedado sitio para el público. La bata blanca le quedaba pequeña, y llevaba el rostro cubierto con una mascarilla. Aunque su físico lo hacía casi imposible, el hombre ponía todo su empeño en pasar desapercibido.

Una enfermera se cruzó en su camino y le preguntó algo. Él respondió con una mirada de las que echan para atrás. El cansancio se impuso, y ella no insistió, aunque su instinto la avisó de que había algo raro en ese hombre. Y no se equivocaba. Danko

no era médico y odiaba los hospitales como cualquiera. A nadie le gustan.

Reconoció a su objetivo en cuanto lo vio tumbado en la cama, al otro lado del cristal del box. Ajeno a lo que le esperaba, el Morta luchaba por su vida conectado a un respirador artificial, rodeado de electrodos y cables.

A Danko, los nervios lo consumían. Le repugnaba sentirse rodeado de bacterias y virus. No en vano había leído en internet que las infecciones hospitalarias eran una de las principales causas de muerte en España. Porque él, a pesar de su aspecto de bruto de manual, se informaba bien antes de empezar un trabajo.

El ruso no confiaba en lo que no podía ver, porque lo que no se ve no se puede matar. Al menos, al Morta lo veía. Y podía matarlo. De hecho, iba a hacerlo. Porque para eso se estaba jugando el pellejo en aquel sitio inmundo, saturado de miasmas.

Estuvo tentado de sacar la pistola para clavarle una bala en mitad del cráneo, pero tuvo el suficiente juicio como para no hacerlo, a pesar de que era lo que le pedía el cuerpo. Tenía ganas de salir pitando de allí. El pobre diablo estaba comatoso, pero Danko lo llamó por su nombre en voz baja; mejor asegurarse, por eso de que más vale prevenir que curar. Al fin y al cabo, iba disfrazado de médico, y la prevención es el pilar fundamental de la medicina. Antes de sacar la jeringuilla con el cóctel de midazolam y propofol del bolsillo de la bata, el ruso se volvió y miró más allá del box. En esa planta, todo el personal estaba enfrascado en su trabajo. En el fondo, el ruso se sentía decepcionado; no esperaba que le resultara tan fácil. En realidad, estaba muy desilusionado, porque le iba la marcha. Liarse a tiros siempre hacía que el trabajo fuera más interesante.

—Te aseguro que no es nada personal… —le susurró mientras comenzaba a administrarle la fatal medicación por la vía periférica intravenosa.

Hubiera sido más sencillo pincharle en el muslo, pero Karim le había dado instrucciones precisas de cómo debía hacerlo. Casi de

inmediato, el Morta comenzó a morir de la forma que se suponía que debía hacerlo: sin estridencias, deslizándose poco a poco hacia un mundo más feliz, sin sospechar que quien lo visitaba era la muerte. En cuanto el corazón del Morta se detuvo, las máquinas a las que estaba conectado comenzaron a pitar con el mismo estrépito que los coches de choque de la feria de cualquier pueblo. Por lo inesperado, Danko dio un respingo y contrajo los músculos, haciendo que la bata crujiera por todas las costuras. El matón contempló los aparatos con una mezcla de pasmo y aversión, como quien despierta de un sueño profundo de un bocinazo. Sin saber lo que hacía, extendió la mano y comenzó a pulsar botones hasta que logró que las llamadas de alerta se extinguieran. Pero ya era tarde: al momento entraron a la carrera una doctora —de las de verdad, con una bata de su talla y todo— y dos enfermeros que tiraban de un carro de paradas para intentar reanimar al Morta.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó uno de los enfermeros a Danko, que ya se disponía a salir del box.

—Nada que te interese… —respondió levantando la voz más de lo necesario.

El enfermero lo miró sin entender nada. El ruso no estaba de humor: tantas precauciones y al final había armado el mismo follón que si le hubiera pegado un disparo en la cabeza. Para colmo, una vez en el ascensor, mientras se deshacía de la bata, se le escapó un estornudo que lo puso malo, aunque no lo estuviera.

Una vez en la calle, compró una caja de Frenadol Forte y un bote de gel hidroalcohólico en la farmacia Guerrero, ubicada junto al hospital. Era un tipo duro y recio, pero también un gran hipocondriaco. De modo que, hasta que no se frotó las manos con el gel, casi hasta el punto de borrarse las huellas dactilares, e ingirió a pelo dos cápsulas de Frenadol, no logró tranquilizarse lo suficiente como para llamar por teléfono.

—Hola, jefe. El calvorota ese ya no respira.

Karim sonrió. No dijo nada. Solo aquella sonrisa fugaz, como un espectador silencioso ante un destino que ya conocía. Veinticuatro

horas. Eso era todo lo que lo separaba del entierro. Veinticuatro horas que debían esfumarse como humo en el viento.

De manera que, al día siguiente, mientras el Tanque bebía cerveza en la barra del Yiyi y se despedía del Morta, le sonó el móvil. Antonio Pavón sintió el tono áspero, molesto, como si el aparato supiera que eran malas noticias y no quisiera transmitirlas.

Era Karim.

Fran, Paco y el Rubio aún se mantenían más o menos bien, pero el Tortilla… El Tortilla estaba insoportable, ya no había quien lo aguantara. Siempre había tenido mal beber, pero aquel día estaba especialmente patoso. Además, lo de achicar vasos de cerveza de dos largos tragos con el estómago lleno de telarañas no ayuda. El Tanque, que también había bebido lo suyo, observaba a sus amigos ajeno, como si estuviera allí de prestado. Respiró hondo y pensó. Pensó que el Morta había muerto demasiado joven. Pensó que el pobre había fallecido antes de que pudieran llorar juntos la pérdida del Bombona. Pensó en cómo se le acumulaban los muertos y las penas. Y sobre todo pensó en Lola, a pesar de que no quería. Y también pensó que, si en el camino te habías visto obligado a reventarle la cabeza a un pobre repartidor mientras sentías el cañón de una pistola en la nuca, lo normal era perder la cordura. Pavony creía que todavía no estaba loco, pero sí a un empujoncito de estarlo. Quería llorar, seguramente por culpa de la cerveza, hasta quedarse a gusto. No quería saber nada de alijos, narcos o franceses. Solo le apetecía ir a buscar a Lola, abrazarla y regresar al dormitorio de su casa. En lo tocante al amor, el Tanque es un becario, pero que el corazón le golpease el pecho en cuanto se acordaba de Lola debía de significar algo.

Cuando le sonó el móvil, el Rubio y Fran estaban intentando convencer al Tortilla de que volver al cementerio para dejarle en el nicho al Morta una litrona de Cruzcampo por si le entraba sed era una idea de mierda. El Tanque miró la pantalla y se le formó de inmediato una bola de hielo en el estómago. Durante unos segundos, contempló con creciente horror el teléfono, como si se tratara de una granada de mano a punto de estallar. Sin decir nada,

abandonó el local y salió al paseo. «Aquí está», pensó. Sintió un vértigo extraño, una sensación mezcla de miedo y alivio que no había experimentado antes. De un modo u otro, necesitaba que aquel embrollo infernal en el que estaba atrapado llegara a su fin. No tenía una explicación, pero los últimos acontecimientos habían provocado que algo se revolviera en su interior.

El Tanque ha llegado hasta aquí a base de golpes. Desde que era un mocoso, aprendió que la vida es una pelea constante, que se acumulan paladas de dolor físico y mental. Y ahora todo ese peso le impide soportar más. Desde que se acostó con Lola, algo hizo clic en su cabeza. No una revelación. No un alivio. Una lucidez absurda que le genera un pinchazo en la boca del estómago cada vez que piensa en la manera de salir indemne de la situación. En este momento no le vendría mal un golpe de suerte en forma de contundente actuación policial contra el narcotráfico que dejara aliñado al Francés y a su organización. Pero ese tipo de suerte solo se da en las novelas malas y en las películas de Tarantino.

—Te acompaño en el sentimiento… —le dijo Karim en cuanto descolgó.

El Tanque recibió esas palabras, *a priori* sencillas y compasivas, como una bofetada con la mano abierta. Porque si algo tenía claro era que el franco-argelino ni lo acompañaba ni tenía sentimientos.

—¿Qué mierda quieres…? —le preguntó alzando la voz hasta casi gritar—. Hoy no me toques los cojones, que no estoy para tonterías.

Una señora que paseaba un *teckel* tan nervioso como ruidoso volvió la cabeza alarmada. Cuando vio la corpulencia del origen de los exabruptos, cogió al perro en brazos y aceleró el paso. Karim dejó claro con un resoplido su malestar ante la respuesta del Tanque. Después se calló un instante, como si estuviera madurando la respuesta.

—Ahora, por pasarte de chulo con quien no debes, te lo voy a dejar todo muy claro. Dolosamente claro… —dijo al fin—. La muerte de tu amigo ha sido un aviso. Tómatela como una

demostración de poder. El pobre estaba bien jodido, así que le hemos ahorrado sufrimiento.

El Tanque enmudeció y encajó la noticia como un directo al hígado de un alcohólico con cirrosis. Algo mareado y con las piernas como chicle, se sentó en un banco cercano. Una vez allí, intentó concentrarse por encima del mareo. Era consciente de que acababa de escuchar el prólogo de una amenaza. Y le seguiría una petición a la que no podría negarse.

—Por tu falta de respuesta, supongo que has pillado el mensaje… Podemos llegar hasta cualquiera de tus seres queridos, no puedes hacer nada para protegerlos —le dijo Karim volviendo a la carga—. Pero, para apuntalar conocimientos, te recuerdo que tenemos guardado un martillo con tus huellas y restos de ADN de cierto repartidor de comida que aparecerá hoy, en estado de descomposición, en el parque de las Canteras de Puerto Real.

En un instante, el cuerpo del Tanque se transformó en el de un muñeco de trapo, y su cerebro… Su cerebro era un desastre. No quedaban pensamientos claros, solo un caos, como si alguien hubiera apagado la luz en su mente. Intentó respirar, pero su garganta se cerró en un nudo imposible de desatar. Lo entendió sin necesidad de más. Pelear ya no tenía sentido. Estaba atrapado. Bien agarrado por las pelotas.

—¿Qué queréis de mí…? —susurró con un hilo de voz mientras escuchaba a Karim reírse bajito.

—Algo sencillo, tienes que matar al comisario Vázquez Quintana. Ese tío se lo merece. Así que no te costará mucho apretar el gatillo. Y, si en algún momento tienes dudas, piensa en todo lo que te estás jugando.

Karim colgó sin esperar respuesta. El Tanque se quedó con la mirada fija, perdida en el mar. El sol sobre el rostro no le molestaba. De fondo, oía al Tortilla llamándolo a gritos, diciendo algo sobre llevarle una litrona de Cruzcampo al Morta. Pero el Tanque Pavony solo podía pensar en ir a visitar a su abuelo.

24

Lleva un rato siguiéndolo con la mirada, con una sonrisa lobuna tatuada en los labios. No lo tenía previsto, pero esta noche se ha venido arriba. Se encuentra bien y siente sed de sangre. Protegido por la oscuridad, el ojo de la mitad manchada de su cara despide un fulgor salvaje. Tiene la mano suelta. La navaja de mariposa baila inquieta al son de los certeros gestos de sus dedos. Va de caza, y su cuerpo lo sabe. De un trago, se termina la lata de cerveza y la deja en el suelo sin hacer ruido. Luego se dispone a descender la empinada rampa adoquinada que conduce al foso de Puertas de Tierra.

—No soy un asesino sin escrúpulos —musita para sí mismo—. Solo hago lo que debo.

Francisco Raíllo está contento. Esa mañana ha hecho un par de llamadas, y un plan que parecía imposible ha comenzado a coger forma. En realidad, no le ha costado mucho conseguir el contacto. Además, quien lo conoce sabe de sobra que, en lo concerniente a los negocios, es un tío serio. Ser miembro del clan de los Osuna todavía pesa lo suyo por esa zona. El exlegionario sabe del contacto de oídas. Raíllo tenía edad para intervenir en asuntos de calado cuando el tipo era solo un crío de Carrero Blanco que se dedicaba a menudear por las calles de Barbate. El exlegionario considera que la conversación ha estado bien, incluso podría afirmar que muy bien. El tío acaba de salir de la cárcel y, a pesar de que ha pretendido disimular, se ha mostrado ansioso. Para ser sinceros, ha mostrado demasiado interés. Y ese es un detalle que le agrada y lo mosquea al mismo tiempo. Aunque el concepto de «interés» siempre es ambiguo, su significado varía en función de la tajada que cada uno saca y del nivel de desesperación. Ahora llega la fase de apretarse las tuercas de forma mutua hasta alcanzar un

acuerdo razonable para ambas partes. Al parecer, le irá con la propuesta al narco abogado del Francés. Según le ha comentado, el picapleitos se jacta de que el gran jefe solo se fía de los negocios que él le presenta.

Raíllo se agacha y palpa casi a ciegas los adoquines de la rampa. Lleva una linternita en el bolsillo trasero, pero no quiere que el haz de luz ponga en guardia a su objetivo: un pequeño camello que se dedica a vender coca adulterada y pastillas a los chavales en la Punta de San Felipe. El exlegionario avanza despacio. La humedad comienza a calarle hasta los huesos, desgajándose en oleadas de un dolor insoportable. Puede que, desde fuera, el hombre solo parezca un viejo loco y motivado que arrastra su ajado cuerpo por el suelo… Craso error. Ahora mismo Raíllo es un depredador letal de dientes afilados con un propósito entre ceja y ceja. Porque cumplir años no supone convertirse en un viejo blando y pusilánime que empieza a chochear, al menos no para él, que, a pesar de sus vicios (muchos) y problemas de salud (suficientes como para matarlo diez veces seguidas), se ha ocupado de mantenerse activo y relativamente en forma.

El ojo del lado negro no deja de brillar, casi tanto como su colmillo. El camello, al que todos conocen como Mágico por su parecido con el mítico jugador salvadoreño del Cádiz, está liándose un canuto del tamaño de una barra de pan. El típico de antes de ir a dormir. Mágico, ajeno a todo, está sentado en uno de los bancos situados dentro del vallado que delimita el parque para perros del foso de Puertas de Tierra. Raíllo se acerca sigiloso a su espalda. Los ojos del exlegionario delatan el éxtasis que le embarga. El anhelo de sangre y el latir apresurado del corazón le hacen anticipar el ataque. La mano que sostiene la navaja, ignorando las órdenes del cerebro, se adelanta cuando aún el cuerpo no ha alcanzado el equilibrio adecuado antes de emboscar. Con el centro de gravedad desplazado, tropieza y arrastra torpemente los pies por el albero. El ruido, en mitad de la silenciosa noche, alarma a Mágico, que se vuelve con una celeridad tan brusca que le crujen las cervicales.

Aterrado, el camello deja caer al suelo el canuto en construcción

y lanza un manotazo protector al aire, tan instintivo como ineficaz. Raíllo, sin disimulo y enseñando los dientes, se lanza a por su víctima como una alimaña al verse descubierta. El pobre Mágico, alicatado de quintos de Cruzcampo —por eso de alcanzar un buen puntillo antes de ir a dormir— y con un par de diazepanes en el cuerpo —por eso del estrés—, no es capaz de discernir si el atacante es persona, animal o cosa. Pero, a pesar de la niebla mental que le impide razonar con lógica, Mágico tiene claro que, sea lo que sea, su voluntad no es amable ni bienintencionada.

—Pero ¿qué coño es esto?

Raíllo no escucha la pregunta del camello. No la escucha porque, en este momento, sus sentidos no funcionan bien; el exlegionario solo se centra en actuar. A Mágico le da tiempo de proferir algo parecido a un gañido que queda ahogado cuando la hoja de la mariposa se le hunde en el cuello. Horrorizado, el camello gira sobre sí mismo, obedeciendo al instinto de protección, en un último intento de huida. El movimiento circular resulta fatal: la afilada punta de la navaja se desliza con facilidad, le rebana el cuello de parte a parte y destroza todo lo que encuentra a su paso. Eso incluye varios músculos y tendones, la arteria carótida externa, las venas yugular externa y anterior, y alguna que otra estructura fisiológica más, que, visto el daño ocasionado, tampoco es motivo de preocupación.

Los chorretones de sangre salpican a Raíllo en la cara. Mágico, con las manos alrededor del cuello, intenta parar una hemorragia más seria que la que ocasionó el iceberg al atravesar el doble casco del Titanic. El camello, con los ojos muy abiertos, se tambalea y hace caer cuatro botellines vacíos con los pies. Uno se rompe; los demás salen rodando. Cuando, al final, el cuerpo sin vida de Mágico cae con un sonido sordo sobre el albero, Raíllo sonríe, casi se carcajea, celebrando un nuevo triunfo. A su alrededor, la atmósfera está envilecida y huele a metal por la gran cantidad de sangre derramada, pero el exlegionario se siente rejuvenecido. A su primer ajusticiamiento le habían seguido cuatro más; el de Mágico es el número seis. Aunque, en realidad, el del Peluca, por lo accidental

de la muerte, no debería atribuírselo. Bien pensado, desde el entierro de su hijo, va de muerto en muerto, soltando rabia a borbotones. Antes de que le llegue el turno, si la salud se lo permite y Dios quiere, el exlegionario pretende dejar unos cuantos cadáveres más por el camino.

Se agacha y limpia la hoja de la navaja en la camiseta del Cádiz C. F. —más falsa que un duro sevillano de los antiguos, con el número diez a la espalda— que viste el cuerpo inerte de Mágico. Después se lava las manos y la cara en el bebedero para perros. Por un instante se plantea arrastrar el cadáver para ocultarlo entre los arbustos, junto a la muralla del parque. Le da cosa que quede tan a la vista. Por la mañana temprano, muchos críos bajan a sus perros a hacer sus necesidades —cagar, mear y correr— antes de ir al colegio, y no pretende traumatizarlos de por vida. Pero, como la adrenalina ha desaparecido de su torrente sanguíneo, el cansancio y la punzada en la zona lumbar provocan que le deje de dar cosa y decida que se jodan los niños. Mejor ser consciente de lo puta que es la vida lo antes posible. Así que, con las pocas fuerzas que le quedan, se preocupa de intentar borrar, sin lograrlo, las huellas de sus botas con una rama de árbol. Cuando Raíllo abandona el foso de Puertas de Tierra, parece un viejo achacoso sin motivación alguna. No hay mejor coartada que esa.

Téllez exhala un largo suspiro al observar la escena caótica que se despliega en el parque. Ha llegado al foso a las ocho de la mañana, justo al inicio de su turno, y ya anhela que termine. Cuando recibieron el aviso, contuvo la respiración y deseó que no fuera más que el asesinato de un camello local que peleaba por un pico. No hay nada que le guste más a un periodista de sucesos que un asesino en serie. Al llegar al foso, ha sabido de inmediato que le espera un fuerte dolor de cabeza. Alrededor del vallado de madera del parque de perros se agolpan los periodistas, gente aburrida sin nada mejor que hacer que estar allí curioseando, y, por supuesto, algún que otro jubilado aficionado a las esquelas de los diarios y los aquelarres sangrientos.

—Puñeteras series de Netflix… —masculla.

Los técnicos de la Científica, enfundados en monos blancos, con guantes y mascarilla, inspeccionan cada centímetro cuadrado del suelo con meticulosa atención. Sin embargo, la tarea se complica porque es un parque para perros, lo que convierte el proceso en una pesadilla. Como escenario de un crimen, el lugar es un auténtico infierno, y, además, la incertidumbre de saber si alguien ha manipulado la escena antes de su llegada añade una inquietante tensión al ambiente. Mientras los forenses echan fotos, toman notas en su cuaderno de campo y marcan con etiquetas numeradas cada resto sospechoso, los agentes uniformados se afanan en poner orden entre los curiosos para evitar que tomen fotografías con el móvil y se salten la zona balizada con cinta policial. A pesar de que, por Twitter e Instagram, a estas alturas ya circulan instantáneas del pobre Mágico tirado boca abajo, con el rostro clavado en el suelo, en mitad de una pasta mezcla de albero y sangre seca. Una imagen muy instructiva a la par que necesaria, la cultura del *clickbait* llevada a sus últimas consecuencias.

El lugar apesta a muerte, a excremento seco de perro y a todo el contenido de los intestinos del camello, que se vaciaron en sus pantalones cuando pasó a mejor vida. Téllez observa al numeroso grupo apretujado contra la cerca. Entre ellos destaca —se hace destacar— la figura rechoncha del Quitapenas. Todos en la policía conocen al dichoso periodista venido a menos, aunque con más peligro que un mono armado con dos pistolas. Es viejo y se le ve cansado, pero si está allí tan temprano es porque ha olido la noticia en el aire. Y, a pesar de que está muy jodido, aún es capaz de utilizar las palabras como cuchillas afiladas. Téllez se pasa la mano por la cara y se la frota como si quisiera borrar su expresión de hastío.

—Menudo circo… —oye que le dice a su espalda el forense, que, desde primera hora, está peinando la escena del crimen con su gente.

Se trata de Jesús Olmo, una mente tan brillante que todos se preguntan qué hace trabajando para la policía. Con su carisma e

inteligencia, lo normal hubiese sido amasar una fortuna en el sector privado. Además, aparte del sueldo como forense y conferenciante, con los contactos adecuados, seguro que hubiera acabado como colaborador en un programa estilo *Espejo Público*, donde le pagarían un dineral por diseccionar la muerte del famoso de turno en *prime time*. Pero a Olmo no le interesa nada de eso. Es un bicho raro, pero uno muy listo e insultantemente guapo. Por todos estos motivos y alguno más, Téllez no lo soporta, pero hoy necesita su ayuda si no quiere llevarse una buena bronca de Odraizola. Que motivos tiene, para qué mentir.

—Ya sabes, esto es Cádiz… Estamos a un asesinato de que una chirigota nos dedique un cuplé en el próximo carnaval —responde suspirando mientras se vuelve.

Téllez intenta sonreír a Olmo de manera afable, pero el resultado es inquietante, ya que el gesto se convierte en un enseñar de dientes tan poco natural como desagradable.

—Imagino que a estas alturas ya has llegado a alguna conclusión… —dice mientras devuelve los dientes a su sitio—. Aunque, conociéndote, seguro que no vas a soltar prenda y que tendré que esperar al informe oficial.

Olmo lo mira y se toma su tiempo antes de contestar. Por supuesto que no es su estilo dar información sin haber realizado antes la autopsia ni tener el análisis de las muestras recogidas en el escenario. Sobre todo, cuando se trata de un crimen violento, más aún cuando el juez de instrucción todavía no ha procedido a levantar el cadáver. ¿Que si le gusta seguir los protocolos? Pues sí, aunque también comprende la presión a la que se somete a sus compañeros. Una justificada por la ola de crímenes que está asolando la ciudad, pero presión al fin y al cabo. Y la cara color bogavante en paella de Téllez, junto con la respiración apresurada y la sonrisa de hiena, le indican que el inspector está en su punto de ebullición. Por lo tanto, decide darle un poco de cuartelillo. Olmo no es de los que creen que, en un caso de asesinato, la explicación más probable es la correcta. Le suena a tópico, pero, aun así, hay ocasiones en las que se tiene que plegar ante la claridad de las

pruebas.

—Acompáñame… —le dice a Téllez, que lo sigue hasta el cadáver de Mágico.

Aunque la sangre se ha secado, en el suelo aún puede verse una gran cantidad mezclada con el albero. Uno de los hombres de Olmo sigue tomando fotos del cuerpo mientras otro recoge muestras de suelo y sangre de varios puntos. Las segundas, obtenidas al untar un palillo de algodón con una solución de cloruro sódico, se guardan en bolsitas de papel para muestras biológicas, mientras que las de albero se vierten en diferentes cajitas de cartón. La sangre bajo la cabeza se ha transformado prácticamente en un enorme coágulo viscoso. Tanto los policías uniformados como los de la Científica llevan el calzado enfundado en cubrezapatos para no dejar huellas.

—El que hizo esto, como puedes comprobar, no se ha molestado demasiado en ocultar el crimen —comienza diciéndole Olmo—. Solo se ha preocupado de borrar las huellas de sus zapatos barriéndolas, pero no lo ha conseguido del todo. Hemos encontrados marcas parciales alrededor del cadáver, a pesar del intento de eliminarlas, y parecen ser de unas botas militares. También hemos hallado las mismas pisadas junto a la fuente para perros. Puestos a suponer, imagino que el asesino fue hasta allí a limpiarse los restos de sangre de las manos. Estos datos aún no están confirmados, hay que ser muy cautelosos… —añade levantando una ceja, a modo de aviso—. Entre otras cosas, porque en todo el parque y en el pulsador de la fuente hay decenas de huellas, tanto dactilares como de pisadas.

Téllez, con la mirada concentrada en el cuerpo de Mágico, intenta adivinar qué ha sucedido allí.

—Sé que es aventurarse mucho… —se arranca a decir—, pero quizá el asesino sea un militar, un *skin* o un miembro de bandas de extrema derecha…

—O un chaval de secundaria en busca de un gramo de coca al que le gusta la estética militar o un colega de jaco hasta las cejas al

que su hermano, infante de marina, le ha regalado unas botas… —ataja Olmo—. El autor de los hechos es diestro, y la puñalada no fue del todo certera. Por el corte y los destrozos que presenta el cuello, el abrupto movimiento de huida de la víctima provocó que la hoja, muy afilada, se le deslizara de forma irregular sobre el gaznate.

—¿Crees que a Mágico le dio tiempo a defenderse y que quizá hiriera a su atacante?

—Lo sabremos cuando analicemos las muestras —contesta—. Aún no podemos afirmar que toda esta sangre sea del camello o si hay de otras personas. Lo que sí sé es que el ataque se produjo por la espalda y que el pobre diablo, cuando cayó de bruces, estaba prácticamente muerto.

Olmo fija la mirada en el inspector. Se le ve cansado, casi febril; en sus ojos se atisba un destello de desesperación. Demasiados yonquis asesinados para que sea casualidad. Y el forense no cree en las casualidades.

—Sin que sirva de precedente, y en contra de mis principios, me voy a atrever a conjeturar… —dice acompañando las palabras de un suspiro profundo—. La intensidad de las huellas de las botas en el albero indica que el asesino es una persona mayor de poco peso o con algún tipo de enfermedad. Además, la pisada revela una clara dificultad al caminar, como si las botas fueran una carga demasiado grande. Por otro lado, estamos examinando las huellas de una lata de cerveza que hemos encontrado colocada con mucho mimo en la rampa de acceso al foso. Puestos a suponer e inventar una historia, creo que, desde esa posición, el asesino acechó a Mágico. Y, para amenizar el rato, se bebió una cervecita. Por aquello de entonarse antes de matar.

Desde el vallado, Pepe Carbonell, más conocido como el Quitapenas, no quita ojo a la conversación que mantiene Olmo con el inspector. Permanece tan atento que cualquiera diría que les intenta leer los labios.

25

Al Tanque Pavony se le conoce así por su abuelo, un anciano que frisa los ochenta y cinco años, pero que de anciano tiene lo mismo que su nieto de torero. Inflado de vitalidad, al hombre no le han abandonado el hambre voraz ni los deseos lascivos y acuciantes, que le asaltan en cualquier momento del día. El viejo se comporta como un adolescente salido y famélico que se pasaría el día drogado, comiendo, bebiendo y follando hasta que se le saltaran las costuras o se le cayera la polla al inodoro mientras mea. A su médico de cabecera solo acude a por recetas de viagra. Y en las pocas ocasiones en que el galeno ha logrado pincharle para sacarle sangre, los resultados han estado a punto de hacer que colgara la bata blanca: ni un puñetero asterisco en el informe, con los valores de la bilirrubina, las transaminasas, el antígeno prostático específico y el azúcar en sangre de un chaval de secundaria. Así que, a excepción de un ojo chiguato debido a un accidente de caza, por el que ve cuando le interesa—porque Paulino es muy de cartuchazo y de ir de venados—, el viejo tiene una salud de hierro.

En cuanto al temperamento irascible, despuntó en cuanto la comadrona le palmeó el culo al nacer para que rompiera a llorar. Con los años, no ha hecho más que crecer como una tenia solitaria sin tratar. Mientras que la mayoría de los ancianos anhelan una vida rutinaria y tranquila que les permita acabar sus días en paz, eso sería una auténtica pesadilla para el abuelo del Tanque. Una sarta de absurdas gilipolleces inventadas por una sociedad que busca arrinconar a los viejos. Pero a Paulino no lo arrincona ni Dios.

Paulino Pavón es, para su nieto Antonio, lo mismo que el señor Lobo para Vincent Vega y Jules Winnfield en *Pulp Fiction*: alguien que no mezcla negocios con placer y a quien acudir cuando la cosa se pone fea. Muy fea. Y, por supuesto, al igual que el personaje

interpretado por Harvey Keitel, alguien que no se chupa la polla hasta que el problema o su causante ha ido a disfrutar del descanso eterno.

A lo largo de su larga vida ha visto tanto que la historia que le acaba de contar Antoñito no le sorprende. Además, el viejo no es dado a las preocupaciones. No le inquieta el dinero, ni su salud —seguramente porque es de hierro— ni sus hijos. En cuanto a su esposa, la pobre mujer lo sufrió durante cuarenta años antes de fallecer, valga el eufemismo, por una sobredosis de pastillas. Paulino solo tiene una debilidad: su nieto Antonio. Y justo por ese extraño aprecio que le tiene lo trata con puño de hierro. El viejo es un auténtico hijo de Satanás, pero quiere al cabrón de su nieto como si lo hubiera engendrado en sus propias entrañas. Lo considera el hijo que el destino no quiso regalarle. A ver, que Paulino, hijos repartidos por el mundo, tiene unos cuantos, pero, según cuenta, todos le han salido tontos, y no los reconoce como suyos. Así que, en cuanto a sangre de su sangre, solo considera a su nieto Antonio Pavón digno de tal honor.

—¡Mírame a la cara cuando te hablo, niño…! —regaña con áspera y aguardientosa voz al Tanque, que, sentado a su lado, se mira la punta de las zapatillas como si en ellas buscara la solución a todos los problemas del mundo—. A ese comisario le quedan dos telediarios. ¿Que te ha tocado en suerte darle matarile? Pues no veo el problema. Alguien tiene que hacerlo. Y, si me apuras, estoy convencido de que ese hijoputa de Vázquez Quintana está deseando que le vuelen la cabeza.

Paulino saca un puro del bolsillo interior de la guayabera y lo prende con una cerilla; inhala repetidamente hasta que una densa nube de humo se arremolina por encima de su cabeza. La prohibición de fumar en los locales públicos de ocio no va con el viejo. Y el Brisa Nocturna, por muy ilegal que sea su actividad principal, entra dentro de lo que la ley establece como lugar de ocio. Que sí, que todo el mundo en Chiclana y alrededores sabe que es un puticlub al estilo de los ochenta, pero en los documentos oficiales, y para el delegado de Urbanismo del ayuntamiento,

cliente habitual, figura como un bar de copas. Y no hay más que hablar.

El Tanque Pavony se queda en silencio. Entre otras razones porque contradecir al abuelo nunca es buena idea. Son las seis de la tarde, y la escena transcurre en la barra del puticlub Brisa Nocturna —perdón, bar de copas con música—, propiedad de Paulino. Al viejo le han entrado las ganas de follar y allí que se ha ido. Ante el mutismo de su nieto, se dedica a chupar el puro con fruición. Cuando comprueba que el habano tira a su gusto, suelta un gruñido satisfecho.

—Cuéntame qué coño te está pasando por la cabeza… —dice al tiempo que se quita una hebra de tabaco de la punta de la lengua —. Mira, niño, en esta puta vida, uno no puede escapar de lo que ha hecho —añade mientras alza una de sus espesas cejas, esas que enmarcan un rostro que, a pesar de los años y la apariencia tosca, conserva un atractivo peculiar, como si hubiera sido esculpido en piedra y marcado por el tiempo.

El viejo es del mismo porte que el Tanque: ancho de hombros, aún musculoso, de manos grandes como sartenes y con una buena mata de pelo negro, Paulino está más cerca de parecer un veterano entrenador de *crossfit* que un jubilado de partida de dominó y copa de coñac.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta el Tanque levantando la mirada.

—Pues eso… —responde con un rastro de indignación en la voz, como si no quedara mucho por aclarar—. Escucha… —dice mientras se inclina peligrosamente sobre el taburete y sujeta a su nieto por el hombro—. Yo soy un viejo al que le queda poco tiempo, pero me siguen persiguiendo cada una de las cagadas que he hecho en mi vida. Tú has bajado la guardia y te has creído más listo que nadie. Has pecado de avaricioso… y de pardillo.

El Tanque Pavony hace ademán de protestar, pero el viejo aborta la queja aumentando la presión en el hombro con sus dedos fuertes.

—El Francés utiliza a tipos como tú a punta pala… —prosigue mientras esboza una sonrisa cruel—. En cuanto no obedeces sus órdenes o cometes un error, te elimina porque ya no le sirves. ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¿Sabes que hará, al final, el Francés contigo?

Paulino suelta del hombro a su nieto, se endereza en el asiento y aspira con fuerza del puro. Con la mano libre, hace un gesto imperceptible a la mujer que atiende en la barra, sin dignarse a mirarla. En un santiamén, la camarera, una morena de exuberante y ensortijada melena negra, coloca una copa frente a él y la llena con un generoso chorro de Veterano de Osborne que Paulino vacía de un trago. Sin perder la compostura, la mujer, con un marcado acento cubano, le pregunta si desea otra. El viejo repite el gesto, y pronto la copa vuelve a llenarse. La liturgia se reproduce en dos ocasiones más. Mientras tanto, el Tanque permanece ajeno a la camarera y a las miradas lascivas de Paulino. Frustrado, medita un instante —que dura cuatro copas de brandi— qué contestar a su abuelo.

—Me matará… —responde al fin, con un quejido apagado—. Da igual lo que haga. Tarde o temprano, me quitará de en medio, y ni siquiera se molestará en recoger los pedazos. Soy un maldito idiota… —se lamenta—. No me quedan opciones. Estoy acabado.

Con la lengua, Paulino recoge la última gota de brandi como si fuera un camaleón adicto al alcohol. Luego toma la copa con firmeza, la observa durante unos segundos, como si evaluase qué hacer con ella, y finalmente la devuelve a la barra, dejándola boca abajo.

—Si estuviera en tu pellejo, me plantearía dos opciones —le dice sin prestar atención a sus lamentos—. Por un lado, pensaría en dejar Cádiz, incluso en salir del país. Muy lejos. Al lugar más remoto y oculto que te sea posible, para que los hombres del Francés no te encuentren. Si te falta dinero, puedo proporcionarte el suficiente para que no tengas que preocuparte por dónde dormir, comer o beber durante mucho tiempo. El Francés maneja su negocio como una de esas grandes multinacionales que nunca se

ven salpicadas por la suciedad: no deja cabos sueltos ni comete el mismo error dos veces.

El viejo hace una pausa y lanza una nueva mirada lasciva al otro lado de la barra, donde la cubana hojea una revista con desgana. Es temprano, y los pocos clientes que hay en el local están arriba, en las habitaciones. En la zona del bar, las sillas permanecen colocadas del revés encima de las mesas, mientras una hilera de taburetes sigue alineada sobre la barra, pegados unos a otros. Las paredes, cubiertas con una imitación de terciopelo rojo y franjas doradas, son de un gusto cuestionable. Las lámparas de lentejuelas, diseñadas para suavizar la luz, giran despreocupadas y proyectan patrones cambiantes sobre el parquet. Solo en la mente de Paulino, o en una película ochentera de Pajares y Esteso, tiene sentido la decoración del local y la actividad que se desarrolla entre sus muros.

—Vaya jaca, ¿eh? —dice en voz alta, asegurándose de que la chica, que mantiene la mirada fija en la revista e intenta pasar desapercibida, lo oiga—. Una lástima que no sea mi tipo —añade con una carcajada que desemboca en un estallido de tos. Paulino sofoca las convulsiones con una buena calada al puro.

No es la primera vez que al Tanque le ronda la idea de marcharse lejos, sin mirar atrás. En ocasiones, ese pensamiento ha sido efímero, una fantasía irrealizable que se desvanece con rapidez. Otras veces, en cambio, ha cobrado forma con fuerza y se ha vuelto persistente y difícil de apartar. Sin embargo, ahora no tiene ganas de convertirse en un fugitivo que corre en cualquier dirección y que se desgasta a cada día que pasa. Y también está Lola…

—No quiero huir… —responde con firmeza—. Aún no me he desmoronado lo suficiente como para salir corriendo. Abuelo, has dicho que, si estuvieras en mi pellejo, te plantearías dos opciones… ¿Cuál es la segunda?

Paulino deja de observar a la cubana y centra toda la atención en su nieto. El viejo le dedica una sola mirada torva, cargada de fiereza, que provoca que al joven se le encoja el corazón. El Tanque

siempre ha sabido que su abuelo es un tipo hosco, serio, peligroso y de raza numantina. Pero hasta ahora nunca lo había visto mirar de ese modo. Sus ojos grises parecen bañados en una suerte de fiebre que le remueve las entrañas a cualquiera que se atreva a sostenerle la mirada.

—La segunda opción es echarle huevos y plantarle cara… —anuncia con un gruñido—. Pero, si plantas cara al Francés, te enfrentarás a toda su organización. Y ya sabes lo que eso significa, ¿no?

Antonio Pavón, conocido como el Tanque por su abuelo, permanece inmóvil en el taburete con el rostro serio al tiempo que su mente intenta juntar todos los pedazos. Mientras tanto, Paulino traza filigranas en el aire con el humo del puro. Ambos guardan silencio durante varios minutos, y el único indicio de vida en ese lapso es el resplandor de las brasas del cigarro cada vez que el viejo aspira. Pavony eligió dedicarse a su profesión por imperativo biológico. En realidad, ni se lo pensó ni creyó tener opción. Además, hasta ahora, su breve aventura en el mundo del narcotráfico le ha colmado de una sensación de poder que le hacía sentirse orgulloso. Sin embargo, una sola y devastadora derrota lo ha puesto en su sitio. Proclive a una melancolía espartana y angulosa que le acojona, el Tanque se siente como un conejillo asustado en medio de la autopista, deslumbrado por los faros de un coche. Él no es un depredador, como su abuelo. Ambos lo saben. Hasta el incidente —por llamarlo de alguna manera— con el chico de Uber Eats, nunca había creído perder ese rastro de humanidad que lo diferenciaba de los de su calaña. Sin embargo, pese a que tenía la sensación de no estar del todo allí mientras machacaba al repartidor a martillazos, desde entonces algo ha cambiado en su interior. El sonido de los huesos al romperse con cada zurriagazo y la imagen de la piel cortada, el cuello roto y la cabeza hundida, reducida a poco más que una pulpa embutida en un cascarón roto que rezuma fluidos, lo atormenta en cuanto cierra los ojos. En un par de segundos, el chico dejó de ser reconocible, y la sangre y los pedazos de carne y cerebro se diseminaron por todo

el salón. Esos recuerdos siempre lo perseguirán, por muchos años que viva.

El Tanque se siente culpable por ser un cobarde y seguir respirando. Esa culpa le roe las entrañas y le impide plantearse cómo seguir adelante. Sabe que tendría que haberse enfrentado a Karim, aunque le hubiera costado la vida, pero ahora eso ya no importa. Por otro lado, intenta convencerse de que no puede culparse por todo. En el fondo, nada de eso habría sucedido si no hubiese sido por el Francés, un malnacido de proporciones industriales. Y que conste que el Tanque no pretende refugiarse en la maldad de Pierre para elevarse por encima de los demonios de la culpabilidad y la responsabilidad. Pero le parece injusto que todas las nubes negras permanezcan sobre su cabeza. Una que, por cierto, le duele como si lo hubieran golpeado con una sartén, porque lo suyo, definitivamente, no es pensar.

—Mira, niño… —comienza el viejo, rompiendo el silencio de su nieto—. Te voy a dar un consejo. Aunque ya sabes que solo sirven para dos cosas: ignorarlos o culpar al que te los dio cuando todo se va al carajo… Que, siendo sinceros, es lo más probable que suceda, si consideramos con quién nos estamos jugando el pellejo.

—Te escucho…

Antes de hablar, el abuelo le da una buena calada al grueso puro y se sacude la pernera del pantalón para quitarse los restos de ceniza que le han caído encima.

—Pues mi consejo es que, a estas alturas, hay que echarle cojones a la vida, o estás muerto —dice con una ronquera fruto de tanto fumar—. Primero, actuaremos como buenos soldados y le volaremos la cabeza a Vázquez Quintana…

Paulino deja las palabras flotando en al aire junto con el humo que desprende el puro y mira de reojo a la camarera. La expresión de la cubana al notar la atención del viejo refleja desagrado; su incomodidad parece crecer en proporción directa al deseo que emana de los ojos del anciano.

—En cuanto el puto comisario no sea más que un cuerpo frío en

la morgue, nos ocuparemos del Francés. Cumplido el encargo, el tipo pensará que te tiene comiendo de su mano y bajará la guardia. Esa será la oportunidad para plomearlo a conciencia. A ese gabacho de mierda le arrancaremos el corazón y se lo daremos de comer a las ratas. Pero antes le cortaremos las pelotas y se las meteremos hasta el fondo de la garganta.

De nuevo, el Tanque se queda callado. Su abuelo lo observa mientras juguetea con el puro. Detrás de la barra, la camarera se afana en sacar brillo a unos vasos que no lo necesitan. Paulino le ha dado una solución tan sencilla que cualquiera diría que hay un problema. Y, como de costumbre, para el viejo no hay arreglo pacífico para ningún entuerto. No se ha achicado en su larga vida, no va a empezar a hacerlo ahora. A la vejez, viruelas.

—Una cosa, abuelo… —dice con voz queda—. ¿Puedo preguntarte por qué has usado la primera persona del plural? «Actuaremos», «nos ocuparemos»…

Paulino mira a su nieto como si este fuera tonto. Luego se ancla el puro en la comisura derecha de los labios y abre los brazos como si la pregunta se respondiera sola.

—A ver, niño… —responde con cara de estar suplicando paciencia —. A mí me quedan dos telediarios y, como decís los jóvenes, quiero disfrutar ahora que aún estoy en modo leyenda. Así que no me jodas y ponte manos a la obra, no sea que antes me dé un infarto. Llama a ese tal Karim y que te cuente los detalles de la inminente ejecución. No podemos perder el tiempo.

Sin mediar palabra, el Tanque Pavony se levanta del taburete y sale del Brisa Nocturna pensando en los siguientes pasos que debe dar. Conoce a su abuelo y sabe que la cabeza del viejo irá a mil por hora. Es casi seguro que pasará la tarde con un par de chicas del local y, al caer la noche, lo llamará, rebosante de una energía nerviosa. Cuando Paulino huele sangre, se siente rejuvenecer, y la atmósfera a su alrededor se envilece de tal manera que sus víctimas suplican que las maten. Es su abuelo, y lo quiere, pero, cuando el viejo se lo propone, puede ser aterrador.

26

Tres hombres se arremolinan alrededor de la mesa del salón de la villa que posee el Francés en Marbella. Llámalo «salón», llámalo «espacio para convenciones y ferias». La propiedad se encuentra ubicada en un exclusivo enclave de El Madroñal, en la parte este de la ciudad. La vivienda, rodeada de una vasta vegetación, se beneficia de su emplazamiento elevado para ofrecer unas espectaculares vistas panorámicas de toda la costa. Por regla general, Pierre no suele tratar negocios en la villa. Eso de llevarse el trabajo a casa le parece una ordinariez. Pero cuando la necesidad y el tiempo apremian, eventualmente mantiene allí alguna reunión informal con Nasser. Hoy se les ha unido Vieites. El abogado no ha parpadeado desde que entró en la mansión, acomodado en el asiento del coche de Nasser. Sin embargo, por dentro se relame, calculando con avidez el porcentaje que planea exigirle al Francés si lo convence de cerrar el trato. Marciano puede ser muchas cosas, pero tonto no es una de ellas. Y rencoroso, sin duda, es una de las muchas que sí. Mucho. Tanto que a veces ese resentimiento le eclipsa el juicio, lo cual no es un inconveniente menor, en especial si eres abogado. Pero Vieites no puede evitarlo: lo consume la necesidad de ajustarle las cuentas al Francés por el bofetón —físico y simbólico— que recibió en la última reunión en el Sonoma. Se lo cobrará, y con intereses.

Con aspecto relajado y flanqueando a su jefe, Nasser escucha al abogado. Marciano, sentado justo enfrente, en el extremo opuesto de la mesa, adopta la postura de alguien que expone un caso ante los miembros de un tribunal de oposiciones, midiendo cuidadosamente cada palabra y cada gesto.

—He hablado con él un par de veces y he investigado a Francisco Raíllo a fondo… —dice, tratando de ocultar su nerviosismo—. El

Piraña me garantiza que es de fiar. Es de la familia de los Osuna, de Barbate. Esa gente andaba alijando en las playas cuando todos nosotros todavía íbamos en pañales y jugábamos con los mocos.

La mandíbula le tiembla un poco al hablar, no puede dejar las manos quietas. Le jode reconocérselo, pero en ese estado le sería imposible convencer a un jurado de nada. Con tal grado de inquietud, a cualquiera de sus clientes le caería la inyección letal, y eso que en España no existe la pena de muerte. Por suerte, Marciano no está defendiendo a un asesino ni el Francés es un juez de los de toga y martillo. El abogado está allí para convencer a Pierre de que acepte la propuesta que le ha llegado a través del Piraña. Vieites es consciente de que el Francés ha notado el palo del alijo del Saladillo, de modo que cerrar una venta en que el comprador pone las pasta por adelantado es un negocio demasiado jugoso como para no aceptarlo. Antes incluso de que la mercancía llegue al puerto, una parte de las seis toneladas de roca de metanfetamina ya estaría colocada. Y eso, en los tiempos que corren, es decir mucho.

—No corre usted ningún riesgo —le asegura con una voz untuosa que delata un intento de templar los nervios. Marciano se recuesta en la silla y siente el peso familiar de la Beretta M9 en la funda sobaquera. Nasser parece haber olvidado la pistola, pero Vieites sabe que el Francés no lo ha hecho. Ese hombre podría identificar a un tío armado incluso a un kilómetro de distancia. El abogado no espera tener que salir a tiros de la villa, pero, como a Pierre se le ocurra volver a ponerle la mano encima, tampoco lo descarta. Por eso del rencor y esas cosas.

—Tal como se está poniendo el negocio en la provincia, no es fácil encontrar compradores con esa cantidad de efectivo —continúa, tratando de mantener la compostura—. El tipo está dispuesto a pagar por adelantado y, una vez que eche un vistazo a la mercancía, no descarta ampliar el trato. Quiere entrar fuerte en el negocio de la meta.

Nasser mira a su jefe con gesto circunspecto. Por lo general, suele tener una opinión clara respecto a cualquier asunto de

trabajo, mas hoy le asalta una tormenta de dudas. Nunca ha soportado a Marciano, pero, como a Pierre no le desagrada del todo, tiene que tragarlo. Por muy competente que sea en su labor, jamás confiará en el abogado ni le dará la espalda. Para Nasser, Vieites no es más que un arrogante ambicioso, lo cual, de por sí, es arriesgado, pero, si además está cegado por la codicia, eso lo convierte en una amenaza mayor.

Fija la atención en el rostro de Marciano y lo que intuye leer en su cara le mosquea. Es la primera vez que ve al abogado tan nervioso. Si tuviera que apostar, se jugaría todo su dinero a que Marciano oculta algo… y sabe que ganaría la apuesta.

Lo que esconde Vieites…

El abogado ha llegado a un acuerdo con el Piraña y Francisco Raíllo para asegurarse una lucrativa participación en el negocio de la distribución de la droga en la calle. Es consciente de que, con lo que gana ahora, nunca alcanzará la riqueza que ansía. Y está harto de ver cómo los que lo rodean se llenan los bolsillos con cantidades que multiplican por cien las suyas.

Si se les da bien, Marciano estima que podría ganar más de un millón de euros en pocos meses. El abogado no puede evitar sentirse asombrado por las cifras que se ganan con la venta a pie de calle. Ahora su cometido es convencer a Pierre de la idoneidad del negocio e intentar conseguir un buen pellizco por su aportación. No hay nada como el dinero ganado con el sudor de tu frente.

—No habrá líos, Pierre. Yo mismo me encargaré de organizar la venta —sigue diciendo ante la mirada torcida del Francés.

En el salón no hace calor, pero Vieites nota la nuca empapada de sudor, y la camisa se le adhiere a la piel como si fuera un sello de correos chupado por una lengua de vaca. No sabe si es fruto de su imaginación, pero el abogado se siente el blanco de un escrutinio tan estricto como incómodo. Es como si una nube de tensión sin motivo flotara en el ambiente, lo bastante densa como para ser capaz de verla con sus propios ojos.

—Y la única condición que ponen es que el Francés acuda a la

primera cita… —apunta Nasser con frialdad—. Tú mejor que nadie deberías saber que Pierre nunca acude a ese tipo de encuentros. Y mucho menos cuando se trata de un requisito impuesto por la otra parte.

Marciano aprieta los dientes e intenta pensar deprisa. Para que el negocio no se vaya al *carallo*, como dicen en su Combarro natal, es crucial que el Francés acuda a la reunión. Así se lo hizo saber el Piraña y se lo refrendó Francisco cuando hablaron por teléfono. Según Luis Castro, el tal Raíllo es más antiguo que la carta de ajuste, y no concibe otra forma de hacer negocios que no sea cara a cara. Por mucho que el abogado ha internado convencerle, todos sus argumentos han pinchado en hueso.

—Qué quieres que te diga, Nasser… —replica, visiblemente molesto—. Es un puto exlegionario. Un hombre forjado en otro tiempo al que, repito de forma literal, le gusta mirar a los ojos y certificar los tratos con un buen apretón de manos.

Nasser no le contesta, se limita a mirar a su jefe. No es necesario que le diga a Pierre que sería un error acudir a la cita. Si algo ha aprendido durante estos años es que nadie es de fiar y que la vida es una caja de sorpresas, la mayoría poco agradables.

—¿Y tú qué te llevas de todo esto? —le pregunta el Francés de sopetón.

Vieites se reclina hacia atrás en la silla, como si hubiera acusado el impacto de un golpe invisible. Suda a mares. Se ve al borde del precipicio, y la camisa no le llega al cuello. En este instante, la Beretta le pesa un quintal.

—No sé qué quieres decir, Pierre… —se apresura a responder, intentando sonar convincente—. Me pagas lo suficiente como para que ni siquiera piense en…

El Francés lo interrumpe con un gesto brusco. Agita la mano sin mirarle, como si las palabras del abogado fueran demasiado insignificantes para merecer siquiera su atención.

—*Mon Dieu!* Que lleves un tiempo en nómina no significa que seas un subordinado de fiar —dice con una calma que resulta más

intimidante que cualquier grito—. Nunca confiaría más de lo estrictamente necesario en un abogado. Por un buen puñado de euros, serías capaz de vender a tu madre.

Hace una pausa, como para dejar que sus palabras calen hondo, y luego continúa, sin apartar la mirada.

—Y haz el favor de no hacerte el loco, dime la puñetera verdad. Ambos sabemos que, tarde o temprano, tendrás que desembuchar. Te has vuelto demasiado ambicioso, lo veo en tus ojos de gallego asustado. Y, como bien sabrás, cuando uno de los trabajadores se comporta así, el jefe tiende a preocuparse. Y esa situación no es saludable para nadie.

Vieites se limita a fruncir el ceño y suspirar, derrotado. El abogado guarda silencio durante unos segundos, perdido en sus pensamientos.

—¿Algo que debamos saber, Marciano? —le inquiere Nasser, inclinándose hacia delante con un tono que mezcla provocación y burla—. Y no te pienses demasiado la respuesta. Te crees muy listo, pero, sinceramente, trabajas mejor cuando no te rompes tanto la cabeza.

El abogado no se arranca. No puede entender cómo el Francés ha llegado a enterarse de su plan para comenzar a traficar con el Piraña. Vieites es un hombre precavido… Ha debido de meter la pata en algún momento. Quizá una palabra de más, una llamada mal gestionada o algún cabo que no ató como debía. Pero está claro que algo se le ha escapado, porque se siente como si llevara una soga al cuello.

—A ver, Francés… Mi idea no era trapichear por mi cuenta y dejarte fuera del negocio —dice tras organizar en su cabeza el que puede ser su último alegato—. No soy tan tonto como para desafiarte en tu propio terreno. Una vez que se cierre la compra de la meta, y antes siquiera de sugerir que te involucres en la venta al por menor, considero que es imprescindible comprobar que esta gente es fiable y que sabe moverse con soltura por las calles. No estamos hablando solo de contactos o experiencia, sino también de

principios básicos de discreción y profesionalidad. Vamos, que están a la altura de tu organización. Por lo que respecta al trabajo, la excelencia no es negociable, y las cagadas… se pagan.

Marciano ha jugado la baza de la profesionalidad y la indignación. El abogado ha terminado el discurso resoplando. No puede quitarse de la cabeza la imagen del Francés comiéndose sus testículos para cenar acompañados de una botella de pinot noir.

—Buen intento, abogado… —dice Nasser—. No esperaba menos de ti. No eres un hombre dado a reconocer los errores. No cuela. Has arriesgado y has perdido. No me jodas, Vieites, que aquí todos somos delincuentes, y si el Francés ha llegado hasta aquí es porque no confía en nadie.

—Permíteme que te corrija, amigo… —le interrumpe el Francés—. Tú eres el único hombre sobre la faz de la Tierra en quien confío plenamente.

Nasser asiente, complacido, con la cabeza, y continúa hablando:

—Marciano, aunque no lo parezca, hago mi trabajo mejor de lo que muchos creen —dice con tono calmado pero firme—. Así que, por favor, no nos tomes por tontos ni intentes engañarnos. Pierre siempre respalda mi criterio, y este está claro: tener bajo control, en todo momento, el flujo de información. Que te enviáramos a Sanlúcar para tratar con el Piraña no significa que me desentendiera del tema. Luis Castro nos ha contado tu idea de montarte algo por tu cuenta. Y, por cierto, no ha hecho falta amenazarlo mucho para que le diera a la lengua.

Ahora, a Marciano, el sudor le cae a chorros por el rostro, empapando su frente arrugada y pegándole aún más la camisa a la piel. Incapaz de controlar el miedo, permanece inmóvil, y escucha atónito mientras se le hiela la sangre en las venas.

—Sin embargo, para tu información, vamos a aceptar la propuesta de Raíllo. Y, por supuesto, el Piraña se llevará un jugoso porcentaje —le anuncia—. Ya sabes, nos gusta cuidar a nuestra gente. Huelga decir que el Francés no acudirá a ese primer encuentro. No es política de la empresa. En su lugar, irá Vilda…

—¿Vilda…? —pregunta el abogado sorprendido—. ¿Nuestro Vilda? ¿El máximo responsable de la Policía Judicial de la Guardia Civil?

—Ese mismo… Se hará pasar por Pierre —responde complacido —. A un hombre que piensa con la polla puedes manejarlo a tu gusto.

Marciano cierra los ojos. Su rostro se contorsiona en una suerte de media sonrisa congelada. Sabe que lo van a matar. Así que en este instante todo se reduce a una cuestión de supervivencia. Como un resorte, se levanta de la silla, que cae al suelo hacia atrás con un empujón. Al mismo tiempo, su mano busca ansiosa en el interior de la americana la culata de la Beretta. Los ojos de Vieites se transforman en dos ranuras marrones que apuntan a la frente de Pierre a través de la pistola que sujeta con la mano derecha. Lejos de asustarse, el Francés suelta una carcajada seca, breve y cargada de condescendencia, que le sienta a Marciano como si le atravesaran el vientre con un cuchillo de sierra. El disparo no se hace esperar, pero la bala solo astilla inofensivamente la madera de la mesa. Vieites dispara a fallar. A veces, las personas necesitan explicaciones de más.

—¡Me habéis tendido una trampa…! —chilla fuera de sí como un niño enrabietado mientras suelta salpicones de babas por la boca.

—¿Una trampa? —pregunta el Francés atónito—. *Oh, mon Dieu, Nasser!* Este tipo es más tonto de lo que creíamos. Escucha, Marciano, *mon amour*, suelta esa pistola o tu querida mamá y tu hermana lo pasarán muy mal.

El abogado se queda de piedra. La amenaza oscurece todos los pensamientos de Marciano, que apenas puede emitir un gemido desgarrador. Con movimientos lentos y temblorosos, el hombre retira el dedo del gatillo mientras una gota de sudor le cae por la punta de la nariz. La armadura de tipo duro se agrieta y el corazón se le encoge ante la dolorosa realidad de la derrota. Solo su peinado permanece perfecto e inmutable.

—¡Buen chico! —aplaude Pierre al tiempo que Nasser se levanta

—. Mi querido Marciano, no tengo que explicarte mucho, porque ya sabes cómo funciona este negocio. Ahora mismo tengo a dos hombres en Combarro que esperan una llamada frente a la casa de Mariña, la viuda del Vieites, el de los Charlines, para más señas. Si no la recibe en media hora…

—Esto no está pasando… —susurra el abogado.

Entrecierra de nuevo los ojos mientras Nasser le arrebata la Beretta de la mano.

—Como comprenderás, nadie que me apunta con un arma puede salir impune… —dice el Francés al tiempo que Nasser desaparece del salón—. Si no hubieras desenfundado, quién sabe…, pero en el fondo me habrías decepcionado —añade, encogiéndose de hombros.

Nasser regresa a la estancia con un gran pliego de plástico transparente que extiende en el suelo, a los pies de Marciano. El abogado, con los brazos flácidos colgándole a los costados y el rostro inerte, observa la operación con incredulidad, y se pregunta cómo ha llegado a esta situación. Una vez que ha desdoblado el plástico, recoge la silla caída del suelo y la sitúa en el centro del pliego. Luego obliga al abogado, que parece un crío asustado al que el lobo está a punto de devorar, a que vuelva a tomar asiento.

—Marciano, *mon ami,* voy a contarte lo que te va a pasar… —anuncia Pierre al tiempo que se incorpora de la silla.

El Francés, con las manos cruzadas a la espalda, se acerca lentamente a Vieites. El plástico cruje bajo el peso de Pierre. Mientras tanto, Nasser saca del bolsillo trasero del pantalón un cuchillo de mango plateado y hoja larga y estrecha, afilada. Mucho. Este ronronea sin disimulo como un gato de Angora mientras contempla el brillo de la cuchilla. La sola visión de la navaja lo excita. En una fracción de segundo, el cerebro de Marciano le arroja conclusiones escalofriantes que le hacen castañetear los dientes y le agarrotan todos los músculos del cuerpo por el pánico.

—A mi amado Nasser le encanta infligir dolor… —le explica el Francés—. De manera que, siempre y cuando el motivo sea

justificado, le concedo el gusto de saciar su apetito. Además, no hay nada mejor que combinar el placer con el trabajo, ¿no te parece? Es el súmmum de la dicha.

Vieites, que tiembla como un flan casero con su caramelo y todo, rompe a llorar sin consuelo. Nasser deja el cuchillo en la mesa y, tras indicarle al abogado que se desnude, pasa a atarlo de pies y manos, y lo fija a la silla con cinta americana. Mientras inmoviliza a Marciano, el ojo derecho le vibra con un tic nervioso ávido y amenazante.

—Francés… —balbucea Vieites con la cara empapada de lágrimas y mocos—. Dame tu palabra de que no tocarás a mi madre. Al menos concédeme eso.

Pierre sonríe y, antes de abandonar el salón, hace un gesto con la cabeza que no significa ni sí, ni no ni tal vez, mientras la añoranza le golpea de frente una vez más. Un eco firme y nostálgico por París, donde la seguridad de su hogar enmascara la silenciosa y punzante traición de sus ojos. Porque, para el Francés, la traición es imperdonable, da igual su gravedad. Quien te traiciona una vez, es muy probable que lo haga una segunda, una tercera y hasta una cuarta. De la misma manera, los arrepentimientos y perdones nunca son sinceros, sin importar de quién vengan. En el mundo de Pierre, no hay espacio para los sentimientos, ni se llora ni se suplica, y quien comete un error lo paga. Marciano Vieites, además de traicionarlo, ha llorado y finalmente suplicado, completando la santa trinidad de los pecados. Por eso no se arrepiente de que Mariña, la viuda del Vieites, el de los Charlines, y su hija Uxía hayan muerto hace rato.

En cuanto el Francés sale de la habitación, Nasser sella la boca al abogado con un generoso trozo de cinta adhesiva. Después, entre una cacofonía de gruñidos, quejidos y aullidos ahogados, comienza a cortar y rebanar el cuerpo de Vieites como un cirujano usando un bisturí. Cada trozo de carne que desgaja de los muslos, el abdomen, los brazos o la espalda del abogado lo apila en el suelo, encima del plástico. Parece un carnicero fileteando un lomo de ternera sin prisa, pero sin pausa. Marciano pierde el conocimiento a

ratos y, cuando lo recupera, con balbuceos ininteligibles, le pide, le exige, le suplica a su torturador que lo mate. Sin embargo, Nasser es lo bastante hábil y sádico como para mantener con vida al abogado durante casi diez minutos. Cuando el carnicero comprende que la vida al fin se le escapa del cuerpo a Vieites, se sienta a horcajadas sobre lo que queda de sus piernas ensangrentadas, con la Beretta del abogado en la mano, y acerca su cara a la de Marciano y le muestra los dientes.

—Nunca me has gustado… —musita con voz rasposa— Y, para tu información, a tu madre y a tu hermana se las están comiendo los gusanos desde hace rato.

Vieites, con la boca rezumando sangre a través de la cinta, apenas abre los ojos al escuchar las palabras de Nasser. Sin embargo, ese pequeño resquicio es suficiente para que su asesino sepa que el hombre es dolorosamente consciente de lo que le acaba de decir. Acto seguido, y sin pestañear, apoya la Beretta en la frente del abogado y le vuela la cabeza. Mientras se baja de sus rodillas, se limpia con el dorso de la mano las salpicaduras de sangre de la cara y observa los restos de cerebro que se han esparcido por la estancia.

—Joder, menudo estropicio —susurra para sí—. Bueno, creo que me voy a pasar un buen rato limpiando —añade mientras se encoge de hombros con un resto de fastidio en la voz.

27

A media mañana, la tienda de videojuegos de la avenida parece un páramo. Pocos clientes y demasiado silencio. Es el momento perfecto para que Lola haga lo que ha decidido llevar a cabo. Aún no había despuntado el sol cuando Raíllo le ha comunicado que considerara hecho lo del Francés. Le aseguró que, cuando supiera el día, la hora y el lugar, la avisaría con tiempo, y que sería más pronto que tarde. Las habilidades comunicativas por teléfono del exlegionario son nulas, así que tampoco le ha dado más detalles.

Desde la llamada, a Lola se la comen los nervios a dentelladas cada vez mayores. Daría todo lo que posee —que es poco, dicho sea de paso— para que el encuentro fuera mañana mismo. Raíllo le ha prometido un arma, por eso de si se tuerce la cosa. Ella no se imagina al otro lado del cañón de una pistola, pero está convencida de que, llegado el momento, no se echará atrás. Ahora lamenta profundamente no haber aceptado la propuesta de un joven cirujano estadounidense —del estado de Texas, por supuesto— que, durante su estancia en Somalia, se ofreció a enseñarle a disparar. El tipo tenía encanto. Atractivo, simpático, con ese aire despreocupado que suele desarmar. Pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que su verdadera intención era llevársela a la cama. Al echar la vista atrás, su negativa resultó ser una oportunidad perdida por partida doble: rechazó la promesa de un buen polvo y la posibilidad de aprender a manejar un arma, algo que, dadas las circunstancias actuales, le sería muy útil.

A pesar de todo, Lola respira con la certeza de que, cuando tenga al Francés frente a ella, no dudará en dispararle en el estómago. Lo hará sin pestañear, asegurándose de que su muerte sea lenta y cargada de sufrimiento. No hay nada peor que un tiro en el epigastrio, al menos eso dicen en las películas. De eso, Javi

seguro que sabe mucho más, aunque duda si preguntárselo.

—Te vas a quedar ciego de tanta pantalla… —le regaña Lola en broma al entrar en la tienda.

El chico, que está detrás del mostrador dándole fuerte al *Mario Kart* en una Nintendo Switch, levanta la cara, que se le ilumina al verla como si fuera la pantalla de una tragaperras cuando da el premio gordo. Un ligero rubor se le instala de inmediato en las mejillas. Lola no puede evitar sentirse una mierda al observar la reacción de Javi, porque, por enésima vez, le va a pedir un favor. Uno mayúsculo.

—Bueno, bueno, bueno… —dice nervioso mientras suelta la consola de cualquier manera—. Mira lo que nos ha traído el levante. ¿A qué se debe este inesperado honor? Porque no creo que hayas venido a por la nueva edición del *FIFA*. Que, mira tú por dónde, no te veo yo muy FiFans…

Lola se ríe ante la ocurrencia al tiempo que se acerca al mostrador.

—Consejo gratis: nunca des nada por sentado… —dice antes de plantarle un beso en la mejilla—. Pero esta vez has acertado. Solo vengo a entregarte esto —añade, y le entrega un sobre blanco.

Javi le dedica una mirada curiosa antes de aceptarlo con sumo cuidado.

—No te preocupes, que no es una carta bomba… Solo contiene un pellizco de ántrax —bromea Lola al ver la excesiva cautela con la que su amigo manipula el sobre.

Al oír el comentario, un par de chicos con un acné juvenil más virulento de lo que les gustaría levantan asustados la mirada de la carátula de *Spiderman 2*, que está en la estantería de juegos seminuevos, para clavarla en Lola. Dos segundos después, el susto se les pasa y solo tienen ojos para el culo de la enfermera, que, según su madre, es precioso.

—¿Qué es esto? —le pregunta Javi mirando el sobre por detrás y por delante.

—Es una carta para mi madre… —contesta—. Si me pasa algo, quiero que se la des.

Tras escuchar su petición, una mano invisible tira del enchufe, desconecta la máquina tragaperras y apaga la pantalla. Lola no se considera experta en interpretar emociones, pero, por la expresión de Javi, parece que ha entendido el mensaje. Ha captado al instante que ese «algo» implica que la violen, la desmiembren y la maten, y no necesariamente en ese orden.

—Nunca me he metido en tu vida… —dice, titubeante, mientras se rasca nervioso el pelo ondulado—. Me importas mucho… aunque eso ya lo sabes. Pero estoy cansado de que solo acudas a mí cuando me necesitas o estás desesperada. Y toda esa oscuridad y secretismo que te rodean desde hace un tiempo no ayuda. Comprenderás que, en ocasiones, no pueda manejar tanta frustración.

Lola, avergonzada y sorprendida a partes iguales por lo que acaba de escuchar, se queda fuera de juego. No sabe qué decir; en realidad, hay poco que añadir. Por un momento, se le pasa por la mente arrebatarle la carta de la mano y marcharse del local con la poca dignidad que le queda, pero por suerte se contiene y no comete tal injusticia. Y también porque, exasperado consigo mismo, Javi pega una palmada en el mostrador que le hace dar un respingo.

—Joder, soy un idiota… —dice casi chillando—. No me hagas caso. ¿En qué maldita hora se me ha ocurrido abrir la boca? Me necesitas, y voy yo y me pongo en plan desagradable. Perdona, Lola, en serio…

Las palabras se amontonan en la mente de Javi, incapaz de seguir hablando. Los dos chicos dejan de prestar atención a *Spiderman 2* y se centran en la disputa. No pueden creer que la chica del culo precioso esté con el idiota fumeta de la tienda. Si es así, por su expresión, el pobre imbécil debe haberla fastidiado, pero bien.

Sin decir nada, la enfermera coloca con cariño la mano en el

hombro de Javi, quien, desarmado, deja escapar un suspiro largo y profundo como una sima abisal.

—No te preocupes… —dice Lola—. No te falta razón, y tienes motivos para quejarte por mi actitud. Últimamente no me he comportado como una verdadera amiga. En realidad, parezco más un fondo tóxico de un banco. Te prometo que, si salgo entera de esta, te lo compensaré con creces. Incluso estoy dispuesta a que me enseñes a jugar al dichoso *FIFA* ese.

Javi enmudece y se ruboriza al instante. El local se sumerge en un silencio más propio de una cámara anecoica que de una tienda de videojuegos. Los chicos contemplan la escena con una mezcla de aburrimiento y curiosidad, a la espera del desenlace. Cualquier cosa es mejor que la clase de Matemáticas que se han fumado.

—No me fastidies… —dice Javi con una media sonrisa forzada—. Ahí te has pasado. Mis ojos no verán eso. ¿Lola Barco a los mandos de una PS5? Ni de coña…

Ahora sí que se ríen con ganas.

—Y en cuanto a la carta… —añade, levantando el sobre—, encenderé todos los días una velita en San José para que nunca llegue a manos de tu madre —concluye al tiempo que señala con la cabeza la parroquia situada al otro lado de la avenida.

Lola no se reprime y le da un beso lleno de ternura en la frente. Está claro que Javi hubiera preferido que el destino de esos labios fuera otro, pero se conforma.

—Lo que te dije, un pringao de manual… —susurra entre risas uno de los chicos al otro, sin darse cuenta de que el comentario ha llegado nítido a oídos de la enfermera.

Sin pensárselo dos veces, Lola agarra a Javi por el cuello, se lanza hacia él como un mastín hambriento y le planta un beso que no solo le hace subir la presión arterial. Cuando sus labios se separan, regresa el silencio de cámara anecoica, y los chicos tienen que sujetarse la mandíbula para que no se les caiga al suelo.

—Estás loca de atar… —masculla Javi, a punto de caerse de espaldas mientras menea la cabeza con incredulidad.

Después de tantos años soñando con ese momento, le pilla tan desprevenido que es muy probable que, dentro de un rato, dude de si realmente ha sucedido.

—No, no estoy loca… Y no digas nada, que seguro que acabas metiendo la pata —responde sonriendo al tiempo que lo amenaza con el índice y camina de espaldas hacia la salida del local—. Por cierto, ¿película en la que uno de los protagonistas recibe un tiro en la boca del estómago?

Javi sopesa la respuesta de forma apresurada antes de que Lola desaparezca por la puerta.

—*Reservoir dogs*, dirigida por Quentin Tarantino en 1992… —contesta con un chasquido de dedos—. El Señor Naranja, interpretado por Tim Roth, que en realidad es un policía infiltrado, recibe un balazo en el estómago y acaba muriendo.

—¿Muerte dolorosa? —pregunta desde la salida.

—Pues tú sabrás, que eres enfermera… Al menos en la película, el Señor Naranja las pasa bien putas antes de palmarla.

—Me vale con eso… —contesta regalándole una última sonrisa.

Javi quiere preguntarle muchas cosas. «Da igual, no me las iba a contestar —piensa mientras ella cierra la puerta—. Quién sabe… Cuando termine con todo, tal vez tenga una oportunidad», cavila encogiéndose de hombros. Los chavales, que finalmente se han decidido por el *Rise of the Rōnin*, acuden al mostrador a pagar. Miran a Javi con la admiración propia de dos adolescentes que ven en Lola a una mujer inalcanzable.

Pastor Alias está cansado, por decirlo de forma educada, porque en realidad lo que está es hasta los mismísimos cojones. Su rostro hastiado, de color gris ceniciento, lo dice todo. Lleva la ropa del día anterior, y ni siquiera se ha preocupado de ponerse una camisa limpia. Recibió la llamada antes de ayer de madrugada, y desde entonces no duerme. Se muere de sueño, pero, en cuanto cierra los ojos, no puede dejar de darle vueltas a la cabeza en busca de

una solución. El buque con las seis toneladas de meta del Francés está marcado. El contenedor que ha zarpado del puerto de Guayaquil será interceptado antes de que llegue a destino, en Algeciras. Se ha implicado a la DEA y se ha organizado una operación encubierta internacional a gran escala en la que intervienen tres países: España, Colombia (país de procedencia de la droga) y Estados Unidos. Al parecer, los agentes de la DEA van a interceptar el alijo en pleno Atlántico, pero no se informará a los medios. El plan es hacer creer a los destinatarios que la mercancía sigue a salvo y que el negocio no corre peligro. Una vez que el barco toque puerto y la gente del Francés, tras recoger la metanfetamina, la lleve al punto pactado, caerán sobre ellos. Todo se ha ido al garete por un error de principiante: la naviera ecuatoriana figura en la base de datos aduaneras y policiales por tráfico ilícito. Ya les habían pillado en otras ocasiones con contenedores de mercancía falsificada… Fin.

Ese trabajo con el Francés era su tabla de salvación. Iba a pillar un buen pellizco por aportar sus recursos logísticos. Ahora, los jodidos chinos querrán ajustar cuentas. Se quedarán con la poca pasta que le queda y le reclamarán el pago de los cerca de ciento cincuenta mil euros más intereses que les debe. A Pastor no le importan los plazos de ejecución de la deuda; imposible hacerles frente. Necesitaba ese dinero, y ahora está cogido por los huevos. Es lo que tienen las malas rachas al póquer, son criminales. Alias no se considera un ludópata porque, en realidad, no le gusta el juego. No ha echado un Euromillones en su vida ni ha rellenado una quiniela de fútbol, le sangra el oído con la música de las tragaperras y no sabe lo que es pisar un casino, pero, cuando oye el sonido vibrante que se genera al barajar un mazo de cartas, pierde los papeles. Porque a Pastor Alias lo único que le gusta es el póquer. Y mucho. Demasiado. Tanto que, cuando está inmerso en una partida, se olvida de todo, incluso de enfurecerse si lo despluman. Ha alcanzado tal nivel de adicción que perder solo le provoca un dolorcillo manejable que olvida al instante, porque el placer intenso que inunda su cerebro ante la perspectiva de una

nueva partida en la que recuperarse de las pérdidas es demasiado tentador. Sin embargo, ahora mismo no hay lugar para el placer. La desesperación que envuelve al inspector jefe de la UDYCO es una mezcla densa de plomo y hierro que anida y pesa un mundo en su estómago. No le quedan partidas que jugar ni suerte. Al menos hasta que pague su deuda.

Alias está esperando su tercer hijo, y tiene la sensación de que su futuro se le escurre entre los dedos. Pero no está todo perdido. Sabe que la única solución sensata sería matarse o desaparecer del mapa, pero Marta, los dos niños y la niña que viene en camino son suficiente freno como para ni siquiera considerarlo. Además, si sale corriendo, le deja todo el pastel a su familia. Que la mafia china no discrimina a mujeres y niños cuando la deuda es tan abultada como la barriga de una embarazada que acaba de salir de cuentas. Tras darle muchas vueltas, a eso de las dos de la mañana, se le ha ocurrido una idea mucho peor que morir, pero algo mejor que huir, y a eso se aferra. Pastor pretende adelantarse a los acontecimientos. La mafia china que se dedica al tráfico de drogas y blanqueamiento de dinero asentada en Madrid lleva tiempo queriendo abrir mercado en el sur del país, y él se convertirá en el facilitador. ¿Cómo? Haciendo caer al gran capo de la droga que controla la mayor parte del negocio del narcotráfico en Andalucía, a saber: el Francés. ¿De qué manera? Revelándole con pelos y señales a cierto periodista sin escrúpulos las actividades de Pierre. Le informará sobre las seis toneladas de metanfetamina que en estos momentos cruzan el Atlántico con destino a Algeciras. Le hablará de la operación encubierta de la DEA, de la corrupción policial —sin dar nombres, que tampoco es cuestión de hacer sangre entre los compañeros— que permea a toda la sociedad campogibraltareña, de la implicación de los servicios secretos marroquíes, de la inmigración ilegal, de los asesinatos por encargo, de ajustes de cuentas… En resumen, le contará una historia de miedo sobre el narcotráfico y la corrupción en la provincia de Cádiz y el Campo de Gibraltar que causará tal revuelo que arrasará con el Francés y todo su entramado en el sur de Andalucía, y dejará vía

libre a los chinos. Y él se apuntará el tanto a cambio de muy poco. ¿Qué son unos miles de euros en comparación con un negocio potencial que genera cientos de millones servido en bandeja de plata?

Pepe Carbonell está sentado en la barra de la Taberna Casa Manteca, ubicada en pleno barrio de la Viña, una de las zonas más carnavaleras de la ciudad, esperando. El local es una de esas cantinas que, años atrás, fue una tienda de comestibles. Todavía quedan vestigios de esta antigua actividad, como su particular distribución y las innumerables estanterías. Las paredes, decoradas con carteles taurinos y fotografías de otra época, le confieren un carácter especial al negocio. Pasa media hora de las doce, y el Quitapenas solo va por su segundo quinto de Cruzcampo. Y eso que los nervios se lo comen por dentro como un banco de pirañas a dieta. Hasta ahora, Alias le ha ido soltando información a cuentagotas a cambio de dinero. Al Quitapenas le sorprende que todo un inspector jefe de la UDYCO mendigue doscientos euros por sacar la lengua a pasear, pero ¿quién es él para juzgar a nadie? No es tan ingenuo como para eso. La edad le ha enseñado que, tarde o temprano, todo el mundo se mancha con mierda los zapatos.

Para cuando Pastor entra en el Manteca, el Quitapenas va por el cuarto botellín. Lo hace para calmar los nervios. O eso quiere creer. El periodista le echa un vistazo de pies a cabeza y no puede reprimir un comentario de esos que no se deben decir.

—Vaya careto, inspector… —le espeta al tiempo que le propina un empujoncito en el brazo con el botellín—. Irradia un fulgor fantasmal y va más cargado de hombros que de costumbre. Tiene peor cara que un muerto asomado a un balcón. Espero no tener nada que ver con su aspecto actual, porque eso sería realmente malo…

Alias decide ahorrarse la respuesta y se acoda en la barra. Es temprano, y el local está casi vacío. Sin esperar peticiones, el camarero abre un quinto y se lo planta delante al inspector.

—Pues tú dirás… —dice el periodista con un ansia descomunal que cree disimular, pero no.

Pastor le da un trago a la cerveza, que le sabe más amarga y fría de lo habitual. Es cierto que tiene el gesto cansado, pero su mirada no ha perdido ni un ápice de intensidad, y Pepe Carbonell se da cuenta enseguida.

—Como te dije por teléfono, nada de grabaciones… Y, si mencionas a tu fuente, aunque sea por siglas, te arranco la cabeza —advierte sin miramientos—. Hoy es martes, apáñatelas para que el artículo se publique el sábado. Necesito esos tres días para ordenar mis asuntos. Ahora saca una puta libreta de esa bolsa de tela que llevas colgada, nos vamos a una mesa y empieza a apuntar lo que te voy a ir contando —le ordena, chasqueando la lengua.

Obediente, Pepe toma asiento en una mesa y sonríe sumiso al inspector cuando se sitúa frente a él. No ha nacido hombre, mujer, animal ni cosa que pueda ofender al Quitapenas cuando hay una buena historia en juego. Pastor Alias, inspector jefe de la UDYCO Bahía de Cádiz, suspira, pone cara de jefe y comienza a dictar. El periodista escribe, intercalando molestos silbidos de admiración según va escuchando.

28

—Siéntate, por favor, que me estás volviendo loca con tanto paseíto…

Ana María, desesperada, por un instante deja en el sofá la novela que está leyendo. Se trata de la última de Pérez-Reverte, su escritor preferido. Adicta a sus tuits, opina que nadie te llama «imbécil» con tanta clase y educación como lo hace Arturo a través de la conocida red social. Es imposible ofenderse cuando un insulto está tan argumentado y ornamentado. «Incluso entran ganas de darle las gracias», le suele decir a Luis, que siempre asiente con la cabeza, aunque no tiene ni idea de qué está hablando su mujer.

—Anda, baja al gimnasio y corre un poco en la cinta, que te estás poniendo de matanza —dice con un suspiro—. Y no me pongas esa cara… —le reprende, elevando el tono—. Hijo, es que tanto lujo culinario en la cárcel te ha dejado huella —añade con un toque de ironía y maldad.

Le encantaría darle caña a su marido al estilo Pérez-Reverte, pero, para su desgracia, le queda mucho que aprender. Aunque al menos toca de refilón la gloria al ver la furia chispear en los ojos de Luis tras el comentario. Es poco, pero lo siente como un triunfo.

Luis Castro, el gran Piraña, mira a su mujer con una mezcla de enfado, agotamiento y resignación, y termina cediendo. No porque le apetezca hacer deporte ni porque le moleste su cuerpo, cada vez más grueso —aunque esto último le jode un poco—. Obedece porque sabe que, de no hacerlo, su vida podría estar en peligro. Desde que salió de la cárcel, y tras la reunión en El Paraíso con Marciano Vieites, el equilibrio de poder en su hogar ha dado un giro radical. Ahora Ana María le exige estar al tanto de cada negocio que pase por sus manos y, por supuesto, cada asunto debe ser

discutido y aprobado antes de seguir adelante. Esta nueva y sorprendente realidad es un tormento para Luis; intentó evitarla buscando un acuerdo pacífico, pero como respuesta solo recibió un bofetón rotundo. Aunque su mujer detesta la violencia, se le da de puta madre cuando decide recurrir a ella.

En el sótano de la vivienda, Castro tiene montado un pequeño gimnasio, lejos de miradas curiosas y roces indiscretos. Que al Piraña, eso de compartir sudores, a excepción de mientras folla, como que no le va. Esta peculiaridad explica por qué durante sus tres años en prisión no tocó una mancuerna ni se subió a una bicicleta estática. De ahí que su cuerpo haya abrazado la forma curva con ganas. De ahí y de repetir plato en cada comida, y no dejar pasar una merienda.

El Piraña se dedica a probar todas las máquinas que tienen en el sótano y gruñe a medida que va subiendo pesos. Durante un descanso para beber agua, se coloca frente al espejo y se propina un buen pellizco en la incipiente barriga que desborda por encima de la cinturilla del chándal. Frustrado, se levanta la manga de la camiseta, flexiona el brazo y saca bíceps. El volumen del músculo le reconforta lo suficiente como para olvidarse de la talega de grasa. Cuando se aburre de levantar hierro, Luis Castro se sube a la cinta de correr para andar y demuestra que caminar es compatible con el nombre del aparato. Antes de comenzar, le da un tiento a la botella de Torres 10 oculta junto a las pesas rusas —la hidratación es importante, ¿no?— y, para motivarse, se pone los auriculares con la banda sonora de *Rocky Balboa* a todo volumen.

Cree que, cuando se trata de sus usos, costumbres y excentricidades, Ana María es de normal pejiguera, algo que ella no niega. En especial, le irrita muchísimo esa manía suya de recorrer la casa dado paseítos intranquilos cada vez que algo le preocupa. La exaspera por dos razones: primero, porque ver a un hombre que se mueve más que el precio de la gasolina resulta, sin duda, insoportablemente molesto, y, segundo, porque esa actitud siempre delata que algo serio está ocurriendo, aunque él lo niegue con insistencia hasta tres veces, como un san Pedro de garrafón. Y,

para su desgracia, ella no se equivoca.

Esta mañana, Luis Castro confiaba en recibir una llamada de Vieites. Ana María, por su parte, llevaba días amenazando con ponerse en contacto con el abogado, a pesar de que él había insistido en que tocaba esperar. Sin embargo, no ha sido Marciano el que al final ha marcado su número. El tono del interlocutor ha sido cortante, rozando lo hostil. No han pasado ni dos minutos de conversación y el Piraña ya odiaba con todas sus fuerzas al tipo al otro lado de la línea.

Al colgar, tras un breve intercambio de palabras, Luis ha maldecido entre dientes porque, sin saber cómo, se ha convertido en un simple correveidile entre Francisco Raíllo y la gente del Francés. Que sacará una jugosa tajada, por supuesto. Que se lo debe tomar como unas horas extra por la cara muy bien pagadas que aportan un valor añadido al servicio que prestará al Francés, de acuerdo. Que el alijo a la carta encargado por Vieites lo tiene ya organizado y que al Francés le costará un huevo y la yema del otro, también. Pero cómo le cabrea que lo usen de correveidile. No es cuestión de ego; es cuestión de poder. Y Luis Castro se considera un tipo lo suficientemente poderoso como para que no lo traten como un chicuco cualquiera.

Para colmo, Ana María, al oír el tono de llamada, se ha plantado frente a él, muy seria, y lo ha cohibido lo indecible. Porque ella, con el ceño fruncido, cohíbe hasta al político más sinvergüenza, que ya es decir.

—¿Era el señor Marciano…? —le ha preguntado con los brazos en jarra.

Antes de contestar, Luis Castro ha carraspeado, entre acojonado y tímido, y se ha apartado unos metros de su mujer, por lo que pueda pasar.

—No, no era el abogado… —ha dicho—. Me ha llamado un tal Nasser. Mañana por la noche tengo que acudir a una reunión a la que asistirá el Francés. No sé, pero me da que a Marciano no lo

volveremos a ver.

—¿No te advertí que ese chanchullo con Raíllo era una pésima idea? —le ha soltado Ana María, esforzándose por no proferir un grito que amenazaba con escapar. Para contenerse, ha apretado los puños, atrapada entre la frustración y el miedo—. Sin duda, tenemos un problema… y de los serios —ha sentenciado con una frialdad cortante antes de darse la vuelta, marcharse y cerrar la puerta del dormitorio tras de sí.

Esto ha pasado por la mañana. Ahora, Ana María finge estar absorta en la lectura, mientras Luis aparenta entregarse a la cinta de correr. Sin embargo, ambos tienen la mente atrapada en un torbellino de pensamientos. El Piraña, curtido en mil batallas, sabe que su mujer tiene razón, aunque admitirlo jamás entrará en sus planes, dicho sea de paso. El hombre tiene la sensación de que la ha cagado, pero en este negocio echarse atrás es casi tan malo como cagarla. De manera que no le queda otra que seguir adelante.

Luis se baja de la cinta, que va a una velocidad tan ridícula que hasta un octogenario con andador podría seguirle el ritmo, y vuelve al Torres 10, al que le queda un trago apenas visible. Castro se desabrocha la chaqueta del chándal y se acaba el brandi.

—Joder… —dice al tiempo que contiene un eructo mientras mira la botella vacía—. Para que después digan que el deporte es bueno para la salud.

Cuando Ana María se asoma al sótano, se encuentra a un tío en chándal, con la barriga marcando territorio y empinando el codo en medio del gimnasio. La escena es tan absurda que, aunque el enfado aún le hierve bajo la piel, no puede evitar estallar en carcajadas mientras señala a su marido sin piedad. Su risa retumba por la estancia, liberando de golpe toda la tensión que le oprimía el estómago. El Piraña encaja la pillada con la misma deportividad que Rafa Nadal al perder la final de un Grand Slam y se encoge de hombros.

—He pensado que el asunto es demasiado estresante como para

que vayas solo… —dice Ana María acercándose a él.

—No iré solo… —contesta—. Aún no he decidido cuál de mis chicos me acompañará, a pesar de que Nasser me ha dejado claro que no quiere ver a mi gente por allí.

Ana María suspira y apoya la cabeza en el pecho de su marido. En realidad sigue enfadada, pero eso no importa en este momento. Desde que Luis entró en la cárcel, siente que sus vidas se han descontrolado por completo. Y ahora, para colmo, se ve obligada a enfrentarse a cosas que la asustan. Después, cuando se vea en mitad del fregado, seguro que supura valor por todos los poros de la piel. Pero en este instante todo se le hace cuesta arriba, a pesar de que no lo demuestre.

—A ver, Luis… —empieza ella mientras separa la cabeza del pecho de su marido y le clava el índice con firmeza—. No voy a malgastar mi energía discutiendo contigo. Discusión que, por cierto, sabes que, tarde o temprano, terminaré ganando. Así que, para que quede claro: yo te acompañaré a esa reunión, como parte interesada, nadie más. Ya he hablado con mi madre para que se quede con los niños. Y sabes cómo se pone tu suegra si le cambian los planes a última hora.

Luis Castro, el Piraña, se plantea explicarle a su mujer que acudir a esa reunión con el Francés no es una mala idea, sino algo mucho peor. Piensa en contarle que, desde que ha hablado con ese tal Nasser, por algún oscuro motivo, cada fibra nerviosa de su ser le está emitiendo una señal de peligro. Un aviso, al que, por cierto, no piensa hacer caso porque él, en lo suyo, es un auténtico profesional. Una advertencia lo bastante potente como para no querer que Ana María esté a su lado cuando se presente el Francés. Piensa en decirle que la ama más que a su propia vida y que no puede perderla. Se plantea suplicar, rogar e incluso llorar con tal de que su mujer no lo acompañe. Pero, en lugar de todo eso, Luis Castro, el Piraña, se acojona ante la posible reacción de Ana María y solo acierta a asentir con la cabeza de forma absurda al tiempo que hace una declaración de intenciones aún más tonta:

—Voy a la cocina a ponerme una cervecita. ¿Me acompañas?

Por un segundo, ella se queda desconcertada, pero decide que mejor una cerveza que un sinfín de protestas con las que poder alfombrar el suelo del gimnasio. De manera que le planta un beso en los labios y acepta la invitación, esperando no ser ella la que esté equivocada.

Para cuando Lola llega al Duque de Acacias, es hora de comer. Los nervios le tienen el estómago cerrado, pero, como siempre dice su madre: «El comer y el rascar, todo es empezar». El local está abarrotado de doctores, casi como si se tratara de un congreso de Medicina en Mallorca en pleno agosto, junto con algún que otro borracho de confianza. Alejandro, que la ve entrar por la puerta, le hace un gesto y le indica un taburete libre al final de la barra. Ella mira hacia donde señala el dedo del camarero, pero no ve nada. Porque, de haberlo visto, se habría dado cuenta de que, justo al lado del hueco libre, está sentado el Tanque. ¿Casualidad? No, que a Alejandro le gusta más un culebrón que a una vieja hacer ganchillo delante de la tele.

—¿Una cerveza, Peter? —la recibe el camarero con el vaso ya enganchado al grifo.

La enfermera se acomoda en el taburete y se encoge de hombros en plan «paraquétevoyadecirquenosisí». Solo después del primer trago, y tras oír un sonoro carraspeo —por eso de aclararse la voz y de que las gónadas regresen a su sitio—, Lola se vuelve a la derecha y se da de bruces con el Tanque, que le dedica una media sonrisa que significa muchas cosas y ninguna al mismo tiempo. Una capaz de engatusar a un bloque de hormigón del Campo del Sur a la que ella se resiste de milagro.

—Hola, Lola… —la saluda temeroso.

—Joder, tío, eres más pesado que una mudanza… —contesta la enfermera haciendo ademán de bajarse del taburete.

—Espera, por favor, no te vayas —dice agarrándola suavemente por el hombro—. Permíteme que me explique y luego te dejaré en

paz.

Lola siente el tacto de la mano del Tanque sobre la piel, y una especie de calorcillo interior se le comienza a extender por todo el cuerpo. Es como si Antonio hubiera activado un interruptor invisible que ha permanecido apagado durante el último año. La punzada de deseo que le atraviesa el cerebro de parte a parte le toca el coño —en los dos sentidos—, pero como los caminos del sexo son inescrutables, Lola se da la vuelta, se dejar caer de nuevo sobre el asiento y suelta un suspiro exasperado.

—Tienes cinco minutos… —dice elevando la mirada al techo, que, dicho sea de paso, necesita una manita de pintura.

El Tanque asiente con la cabeza y se endereza para intentar deshacer el nudo que le oprime el estómago. Siempre ha sido una fuerza de la naturaleza, pero ante ella se empequeñece. Y esa sensación, por algún desconocido motivo, le agrada. La mezcla de nerviosismo y alivio lo atenaza y, durante unos segundos, no es capaz de decir nada. Solo se limita a mirar a Lola, porque, de guapa, es imposible no quitarle ojo a la muy cabrona. O al menos eso piensa él.

—Vamos, Tanque, despierta, que la chica te ha dado cinco minutos —le regaña Alejandro desde detrás de la barra—. Al final pensará que eres idiota o que te ha dado un aire… Que, si vamos al caso, es lo mismo. Espabila o estarás visto para sentencia en un suspiro. Que estás más nervioso que Spiderman en un descampao.

Lola se ríe ante la ocurrencia de Alejandro, y el nudo que atenaza el estómago del Tanque se afloja un poco.

—Mira, Lola… —balbucea con esfuerzo—. Sé que he perdido toda credibilidad y que el otro día tuve menos delicadeza que un bocadillo de escombros, pero te juro que nuestro encuentro no fue premeditado. Caí en la cuenta de quién eras mientras cocinaba. No habría sido capaz de engañarte de esa forma. Puede que suene peliculero, pero me gustaste en cuanto te vi y, ahora que estás cabreada, me gustas aún más.

—Bien, Tanque, bien, picha… —se oye susurrar a Alejandro, que

va espídico de un lado a otro de la barra sirviendo cervezas a diestro y siniestro.

Lola, en cuestiones románticas, tiene más tiros dados que Clint Eastwood (pero el de los *spaghetti western*, no el de *Los puentes de Madison*). Está harta de cantidades ingentes de sufrimiento por culpa de tíos que no se merecían ni una lágrima. Por eso mira al Tanque como quien observa un vestido de alta costura de Agatha Ruiz de la Prada: muy bonito, pero imposible ponértelo para ir al trabajo. Él, que se da cuenta del recelo que sus palabras despiertan en la enfermera, decide tirar por la calle de en medio.

—Lola, mañana debo hacer algo horrible en Algeciras… —le anuncia bajando el tono—. Y creo que tengo muchas posibilidades de morir. No te lo digo para darte pena ni como un lamento, porque, pase lo que pase, seguramente me lo tenga merecido.

El Tanque traga saliva, apoya una mano en el muslo de Lola y acerca el rostro al de la enfermera. Ella lo mira con una incredulidad poco creíble. Las brasas se avivan, el calorcillo pasa a conato de incendio.

—Te lo cuento porque, si al final ocurre lo peor, no quiero que te quedes con la sensación de que fui otro mentiroso más que pasó por tu vida. Nunca tuve la intención de lastimarte, solo deseo que puedas perdonarme.

Lola clava los ojos en la cerveza porque no se atreve a mirar al Tanque a la cara. Intuye que es sincero, pero no deja de ser una triste verdad que la supera. La enfermera aparta los ojos del vaso y se fija en los parroquianos de alrededor. Hablan entre ellos, gritan e incluso ríen despreocupados. Pero ¿qué coño les pasa? ¿Es que no tienen problemas? Ella desea una vida normal. Una vida en la que sucedan cosas banales y aburridas. Una vida sin angustias que te hagan querer subirte a la rama de los árboles. Una vida en la que cenar tortilla recalentada en el microondas sea el acto más desagradable al que enfrentarse. Una vida en la que tener un novio fiel y cariñoso, como un *golden retriever*, con el que envejecer. Una puta vida en la que nadie de tu alrededor muera antes de tiempo.

Una vida en la que no tenga que amortiguar el dolor con más dolor y que, al menos, le ofrezca una posibilidad de ganar.

—Me cago en todo… —anuncia Lola al mundo antes de darle un largo trago a la cerveza. Cuando vuelve el rostro hacia el Tanque, su mirada brilla a causa de las lágrimas que pugnan por salir—. Mira, ¿me aceptas un consejo?

Pavony asiente con la cabeza, intranquilo, pero con un destello de esperanza en la mirada. «Verás que al final el grandullón es un jodido cachorro», piensa Lola antes de hablar.

—Procura no morir mañana… —le pide con los ojos entrecerrados —. Porque, si lo haces, todo este esfuerzo por obtener mi perdón habrá sido en vano. Ve a Algeciras, haz lo que tengas que hacer y vuelve. Las cosas son como son, y entiendo que no puedas cambiar el pasado. Pero después deja atrás ese mundo de delincuencia y no te conviertas en una estatua de sal, como la mujer de Lot.

El Tanque agacha la cabeza y se frota la nuca para ocultar la vergüenza. La enfermera percibe que cada palabra le duele al hombre como si tragara cristales rotos.

—Seguro que al principio te sientes desorientado, fuera de ese pequeño narcouniverso en el que te mueves —continúa—, pero te aseguro que, con el tiempo, te darás cuenta de que estar en el lado bueno de la línea es satisfactorio.

Con esto último, Lola no puede evitar sentirse como una estafadora. Más que nada porque en este instante es incapaz de saber con certeza en qué lado de la línea está ella.

El Tanque Pavony levanta la cabeza y hace el gesto de tiempo muerto. Luego acerca su rostro al de Lola y la besa. Al separarse, la enfermera intenta hablar, pero las palabras se quedan atrapadas en su garganta. No hay más que decir. Entonces, con un gesto solemne, Antonio se quita del cuello la fina cadena de oro con el pequeño crucifijo y se la entrega a Lola, como si en aquel objeto quedara atrapado todo lo que no es capaz de expresar con palabras.

—Haré lo posible por seguir tu consejo… —dice mientras se

levanta del taburete antes de darse la vuelta para dirigirse a la salida del bar pensando, entre otras cosas, en quien será ese tal Lot.

—Buena suerte, Tanque… —susurra Lola al tiempo que lo mira mientras este sale a la calle, dejándole la inquietante sensación de que a alguno de los dos no le irá bien.

En el Duque de Acacias, la cerveza corre, las medias raciones desaparecen y la fiesta sigue. Esto es Cádiz, y aquí hay que mamar.

29

Es de noche, la casa está en silencio. De pie en la cocina, con el cuerpo cubierto solo por un batín de raso de un azul impecable, Pierre degusta una copa de Petrus con una máscara de concentrada preocupación atornillada a la cara. Al Francés siempre le han encantado las horas que preceden a la batalla, pero su antigua entereza parece haber perdido algo de solidez. «¿Será cosa de la edad?», se pregunta mientras deja que un sorbo de vino le recorra la boca y permite que la lengua capture cada matiz. La luz artificial de la estancia golpea un rostro cargado de arrugas, más de las que desearía admitir. Pero sus ojos aún retienen parte de la chispa que tuvieron en su juventud.

La puerta corredera se desliza con un leve rumor. Un hombre bajo, calvo y de apariencia insignificante, vestido con una bata blanca, entra en la habitación. Un tipo que, a pesar de su aspecto raquítico e inofensivo, es un gran hijo de puta capaz de matar a cualquiera a cambio de un bocadillo de lomo si tiene hambre.

—Doctor Palacios… —le saluda Pierre al percatarse de su presencia.

El médico responde con una sonrisa alargada que le confiere un aspecto aterradoramente juvenil.

—¿Todo bien? —le pregunta el Francés mientras deja la copa en la isla de la cocina. Es tan descomunal que, sobre la encimera, se podría rodar un capítulo de *La isla de las tentaciones*. Porque al final, no nos engañemos, el tamaño y el dinero suelen ir de la mano.

—Todo perfecto… —responde el doctor Palacios, ya sin rastro de la sonrisa—. Los resultados de los análisis han sido impecables, y el suero está listo en el dormitorio. ¿Necesita algo más?

Tras unos segundos sin recibir respuesta, el tipo inspira con fuerza y suelta el aire despacio por la nariz, dándose por satisfecho. Después aprieta los labios hasta formar con ellos una línea delgada, casi invisible. Cuando Nasser preguntó por un anestesista de confianza, todos los caminos le llevaron a Palacios. Cualquier narcotraficante que se precie necesita a un buen anestesista para manejar situaciones delicadas que requieren precisión médica fuera del alcance de los hospitales. La gestión de ciertas sustancias controladas es un asunto serio que no debe tomarse a la ligera.

«En lo suyo, Palacios es el mejor», le dijeron todos los especialistas a los que consultó. Que hubiera perdido la licencia médica tras la denuncia de una paciente por una supuesta violación mientras permanecía sedada antes de una cesárea, para Nasser era un detalle sin importancia. El doctor llegó a un acuerdo económico para que la mujer retirara la demanda, pero el Ilustre Colegio de Médicos de Madrid no fue tan comprensivo. De manera que Palacios se transformó, sin saberlo, en una oportunidad de negocio que Pierre aprovechó. Un reputado médico con una integridad profesional diluida no tiene precio. Bueno, sí que lo tiene: un millón de euros al año, más extras por sus servicios. A cambio, disponibilidad absoluta y, huelga decir, total discreción. El millón está bien, pero los extras son lo mejor. Ni en sus sueños más húmedos habría imaginado el médico disfrutar de placeres tan retorcidos que aterrorizarían al mismísimo Ted Bundy.

Pierre sonríe a Palacios. Su relación no es de amistad, porque el Francés solo tiene un amigo. Pero sí amistosa. El doctor se ha convertido en su alquimista personal: elabora fórmulas que le permiten sobrellevar noches de insomnio sin perder la lucidez, diseña mezclas que le proporcionan una resistencia sobrehumana cuando la traición está cerca y prepara sueros que ralentizan el desgaste del tiempo.

Encontrar a seres humanos con pulsiones tan afines es algo digno de apreciar. Como dijo Caetano Veloso: «De cerca, nadie es normal». Pierre y Palacios no son normales, ni de cerca ni de lejos. Con el paso del tiempo, el Francés ha llegado a la conclusión de

que el doctor no trabaja por dinero —que también, que todos tenemos facturas que pagar—, sino por placer. Porque Pierre le brinda la posibilidad de acceder a actividades que van en contra de todo lo que prometió hacer como médico. Vamos, que un día sí y otro también, Palacios, especialista en anestesiología y reanimación, se limpia el culo con el juramento hipocrático.

—Gracias, doctor. Pues, por mi parte, nada más —le responde el Francés con suavidad, aunque con un tono imperativo que al médico no se le escapa.

Palacios asiente despacio y se da la vuelta para salir de la habitación arrastrando la maleta de cabina con ruedas, repleta hasta las trancas de material médico. En condiciones normales, habrían compartido una copa de vino y una siempre interesante charla, pero la tensión en los hombros y en el semblante de Pierre es tan evidente que el médico no se lo ha pensado ni un segundo. Ha cumplido con meticulosidad la tarea para la que le han llamado, hasta aquí.

El Francés se rodea el cuerpo con los brazos e intenta estirar la espalda. Tan pronto como oye que se aleja el motor del Audi A8 del doctor Palacios, sale de la cocina y se encamina al dormitorio sin prisa, pero sin pausa. Tiene mucho en lo que pensar, aunque no le apetece. Porque, como se ponga a dar vueltas a la cabeza, no podrá parar. Demasiadas inquietudes. Tantas que no hay *mindfulness* que pueda con ellas. A saber, y al barullo:

a) Mañana, Antonio Pavón, alias el Tanque, le meterá un tiro entre los ojos al putocomisario Vázquez Quintana. Karim supervisará la operación, por eso de que no se nos vaya a arrugar el hombretón a la hora de disparar. Una vez que el comisario sea un fiambre, y aunque salga el asunto a pedir de boca, se formará un lío infernal en todo el Campo de Gibraltar. Que poca broma con lo de dar matarile así como así a un comisario de la Policía Nacional. Las represalias se las comerán los pequeños narcos locales. Durante un tiempo, las fuerzas del orden actuarán con contundencia y pondrán todos los ojos y recursos sobre los honrados piratas del hachís que controlan el menudeo. Vamos, un

win win de manual. La policía quedará como Dios ante la opinión pública al aplicar su venganza, pese a no contar con suficientes agentes, y el Francés podrá llevar a cabo su gran operación con aparente sencillez. Para mayor tranquilidad, Nasser le ha informado de que el alijo que servirá de señuelo está casi organizado. Además, Pierre les servirá en bandeja de plata una interesante operación que desbaratar. Tanto la policía como la Guardia Civil morderán el anzuelo y se lo tragarán hasta que les llegue al estómago.

b) En dos semanas atracará en el puerto de Algeciras el buque portacontenedor con las seis toneladas de metanfetamina en roca, discretamente camufladas entre bananas. Poco que decir y mucho que perder o ganar. Si algo falla en el plan, *au revoir* España por un tiempo. Caería gran parte de la red que Pierre ha tejido durante años, y eso lo condenaría a una situación de peligrosidad inminente. Que, cuando te trincan, la fidelidad se disuelve como el Nesquik en la leche, sin grumos.

c) Luego está la reunión con el cliente fantasma concertada por el Piraña. Con el tiempo, Pierre ha aprendido que quien llega con dinero en mano y sin exigir explicaciones suele tener algo que esconder. Sin embargo, a veces ha tenido la suerte de encontrarse con personas excepcionales, dignas de figurar en un catálogo de clientes prémium. Individuos que prefieren no iniciar un negocio con deudas si posees algo que les interesa. El Francés confía en que este sea el caso, pese al incidente con Marciano. Le molesta haber perdido al abogado, pero se había vuelto doblemente peligroso: por ambicioso y por abogado. Y, para colmo, Nasser no lo tragaba. De manera que no tuvo más remedio que ponerle fecha de caducidad. Pierre supone que su amigo ha debido de hacer un estropicio con Vieites. Desde luego, este no es un trabajo para gente con alma. Por eso los dos son tan buenos en lo que hacen. Convencer a Vilda de que acuda a la reunión suplantando su identidad ha sido bastante sencillo. Tihya se encargó de fulminar las reticencias del teniente coronel con un polvo que lo dejó sin aliento y una charla húmeda de proyectos futuros. Dinero, sexo y

promesas, todo lo que un hombre de bien necesita para alimentar el alma.

Pierre entra en su dormitorio, un espacio meticulosamente ordenado donde cada objeto parece tener un propósito. Sobre la mesilla de noche, una bandeja de acero inoxidable sostiene una batería de pastillas alineadas a la perfección, cada una con un color y una forma distintivos. Junto a ellas, un gotero lleno de un líquido transparente descansa en un soporte, listo para utilizarse.

Con movimientos precisos, el Francés se sienta al borde de la cama y examina las pastillas. Cada una tiene un efecto concreto: una mantiene la mente alerta, otra refuerza el sistema inmunitario y una tercera, más pequeña, promete ralentizar el desgaste del tiempo. Sin dudar, las toma una a una, acompañándolas con un vaso de agua que siempre tiene preparado.

Luego se centra en el gotero. No es médico, pero años de necesidad lo han convertido en un experto autodidacta. Con manos firmes, prepara la aguja, desinfecta el brazo y encuentra la vena con la precisión de alguien que ha repetido este ritual innumerables veces. El líquido comienza a fluir y siente el calor familiar que le recorre el cuerpo, una mezcla de alivio y poder renovado.

Mientras el gotero se vacía, el Francés reflexiona. No es solo un tratamiento, es su arma secreta, su ventaja en un mundo en el que la debilidad no tiene cabida. Cada pastilla, cada gota del suero, es un recordatorio de que su supervivencia depende de su disciplina y de su capacidad para mantenerse un paso por delante de todos.

Cuando acaba, lo guarda todo con cuidado, asegurándose de que no quede rastro de su rutina, y se recuesta en la cama con la mirada perdida en el techo. Pierre siente el efecto del suero que le recorre el cuerpo, una ola cálida que disipa el cansancio acumulado y lo sumerge en una calma artificial. Mientras el sueño lo envuelve, su mente aún divaga, repasando decisiones, posibles traiciones y recuerdos difusos de otra época. Pero esos pensamientos pronto se disipan, reemplazados por el silencio absoluto.

El Francés no lucha contra el sueño. Lo deja vencer. Porque sabe

que, cuando despierte, todo volverá a empezar. Y él estará listo.

30

Téllez abre el navegador en el móvil. Acaba de levantarse y decide no hacer caso a los avisos de wasaps; por el número, ya sabe que pasa algo grave. Así que va directo a la web del *Diario de Cádiz*. Sus ojos tardan una centésima de segundo en encontrar lo que busca.

—No me jodas… —masculla mientras lee.

El cuerpo de la noticia va cargado de detalles aburridos y escabrosos, de esos que tanto gustan a la mayoría de los lectores. ¿Para qué tratar la información con tacto y prudencia cuando hay vidas humanas en juego? Es más eficaz abrir con un titular estridente que encienda a media ciudad y acojone a la otra media. Uno en el que, en fuente Emona y a tamaño treinta y seis, en negrita, se anuncie que un exmilitar es el principal sospechoso de ser el asesino en serie que tiene a Cádiz en vilo. Y, para rizar el rizo —porque siempre se puede—, la entradilla cuenta que unas marcas en el albero de unas botas militares encontradas en la escena del crimen, junto con unas huellas en una lata de cerveza, llevan a la policía a sospechar de un antiguo legionario vinculado al narcotráfico. Y tan panchos, oiga. Premio Pulitzer para el Quitapenas.

Téllez busca de inmediato el número de teléfono de Olmo.

—La información que maneja el diario no ha salido de aquí… —le espeta el forense en cuanto descuelga—. Mejor que indagues entre tu gente. El Quitapenas, en sus buenos tiempos, hacía y deshacía a su antojo con media comisaría.

El inspector cierra los ojos y respira hondo mientras menea la cabeza de un lado a otro. No tiene tiempo que perder discutiendo sobre quién se ha ido de la lengua. Por eso se traga el sapo y

aguanta el retortijón, mezcla de duda y mosqueo, antes de responder:

—Bueno, da igual… —dice—. En realidad, no me sorprende. El *Diario* siempre ha tenido sus fuentes. Solo espero que la población no entre en pánico con la noticia…

—A ver, Téllez, que la noticia la firma el Quitapenas —contesta el forense antes de soltar una risotada—. Todo el mundo conoce la colección de artículos delirantes que nos regala desde hace tiempo. Antaño sí que era un periodista que había que tener en cuenta, pero de eso hace al menos una década. Siento decirlo, pero ahora no es más que un borracho que persigue sombras.

—No lo niego, pero es noticia de portada…

—Ya se sabe, la deriva sensacionalista del periodismo —lo tranquiliza—. El artículo no es más que una papilla indigesta que hará que hoy se vendan más periódicos que en todo el año.

Téllez no le quita ni una coma a lo que acaba de decir el forense, aunque, en el fondo, sabe que la basura del artículo del Quitapenas se acerca peligrosamente a la verdad. Al viejo periodista, el éxito y el prestigio que se ganó en su juventud no se los regalaron. Sin embargo, su adicción a la bebida y algún que otro artículo inverosímil fruto de ese mal vicio acabaron por destruirlo. Los redactores jefes de los grandes periódicos nacionales dejaron de tocar a su puerta, y su vida profesional y personal comenzó a desmoronarse.

A pesar de todo, parece que el director del *Diario de Cádiz* ha decidido devolverle algo de crédito, aunque sea a título casi póstumo. Una suerte para el periodista, pero una verdadera putada para Téllez, que más pronto que tarde tendrá que enfrentarse al comisario Odraizola. Si hay algo que no tolera su jefe es una portada en el periódico que lo deje mal parado.

—Por cierto, ¿alguna novedad con las huellas que recogisteis de la lata de cerveza? —pregunta Téllez cruzando los dedos con la mano libre—. Si voy con algo a Odraizola, podré amortiguar el golpe por la portada del *Diario*…

—Inspector, ya sabes cómo funciona esto… —responde resoplando—. Todavía tenemos pelos, fibras y un centenar de pruebas por procesar. Es un trabajo para, al menos, seis personas, y somos la mitad. Ojalá todo fuera tan sencillo como en las series. Una identificación que se basa en una muestra aislada no vale nada frente a un juez, ni siquiera aunque sea una vinculación por ADN. Es necesario construir un escenario creíble, y para eso necesitamos un número mínimo de coincidencias.

Téllez, que conoce a Olmo de antiguo, contraataca. Lo tiene más que calado, y las palabras del forense no dejan lugar a dudas: conoce un nombre. Se juega las dos pagas extra y su abono del Cádiz, que, por antigüedad, tiene un descuento curioso.

—Olmo, que nos conocemos de antiguo… —le dice con sarcasmo —. Seguro que esa lata de cerveza te ha dado para mucho. Además, fuiste tú el que construyó la teoría sobre el lugar desde donde el asesino vigilaba a Mágico. Así que échame un cable y dame algo que pueda adelantarle al comisario.

El forense exhala un largo suspiro, cargado de un hartazgo que solo entiende el que ha estado en esta situación una y otra vez. También suena resignado, propio de alguien que ha claudicado en más ocasiones de las que le gustaría.

—Las huellas y los restos de ADN encontrados en la lata pertenecen a Francisco Raíllo, un exlegionario retirado que reside en Barbate. Tiene un amplio historial delictivo vinculado al tráfico de drogas, aunque no se le ha imputado nunca ningún delito de sangre. En cuanto a la posible conexión con Mágico, eso ya es asunto tuyo. Y que conste que yo no te he dicho nada…

El inspector sopesa la información durante unos segundos. Olmo tiene toda la razón: en realidad, no hay mucho. Pero ¿qué hacen las huellas de un exlegionario con antecedentes en la escena de un crimen? ¿Y qué se supone que vigilaba desde esa posición elevada? Porque no cree que se estuviera bebiendo una cerveza mientras observaba a un grupo de perros correr detrás de una pelota.

Luego están las marcas de botas militares sobre el albero

alrededor del cadáver de Mágico y en la fuente… Como si lo estuviera oyendo: «Es evidente que este tipo es un sospechoso de manual, pero también lo es que parece haber sido señalado *ex profeso* para calmar a la opinión pública. Faltan pruebas y sobran conjeturas», palabra de Odraizola. Te alabamos, comisario. Y le fastidia, pero es cierto. Seguramente, ningún juez querría emitir una orden de detención con un caso tan poco armado.

—Gracias, Olmo… —le contesta el inspector mientras da forma a una idea en la cabeza.

—De nada, pero esta conversación no ha tenido lugar —insiste—. Mañana tendrás sobre la mesa el informe forense completo. Hasta entonces, nada de lo que hemos hablado es oficial. Si me permites un consejo, yo aguantaría el chaparrón de Odraizola y esperaría a que mi equipo haya analizado todas las muestras. Nunca se sabe: quizá alguno de los restos que recogimos en la escena confirme las sospechas sobre Raíllo y el caso tome forma en un instante.

—Ojalá… —dice, perdido en sus pensamientos—. Seguimos en contacto, Olmo —añade antes de colgar.

Téllez lleva días trabajando sin descanso en el caso, como un auténtico esclavo. Por eso no puede evitar que una enorme sonrisa se le dibuje en el rostro mientras enciende la cafetera e introduce una cápsula en el compartimento correspondiente. Ahora hay un nombre y un hilo del que tirar. Además, no tiene certezas, pero tampoco dudas: el Quitapenas sabe quién es el «Asesino de yonquis», tal como lo ha bautizado en su artículo.

El inspector conoce bien al periodista: un hombre que transita de copa en copa, acelerando su camino hacia el cementerio, mientras se distancia de un mundo al que, francamente, ya le importa poco pertenecer. Por esa razón, si el director del *Diario* le ha concedido la portada para desarrollar la historia en cuatro columnas, es porque el Quitapenas le ha presentado una exclusiva irrechazable. Hoy lanza el cebo, y en la edición de mañana o pasado es muy posible que revele el nombre del asesino.

Téllez no puede evitarlo: le irrita el falso civismo de los

periodistas, que en la actualidad se jactan de ser serios. En su opinión, las noticias de los periódicos y los telediarios no difieren mucho de la sobreinformación, a veces falsa y siempre viciada, que inunda las redes sociales. Eso del espíritu de servicio al ciudadano por parte del periodista lo dejaremos para otra ocasión.

Es temprano, Cádiz todavía no se ha despertado del todo. Téllez se acerca a la ventana de su dormitorio con una taza de café en la mano. Las vistas a la playa de Cortadura son espectaculares. El piso, un ático situado en pleno paseo marítimo, fruto de una herencia familiar, ocupa un enclave privilegiado. Vivir frente al mar en la ciudad no está al alcance del sueldo de un inspector de la Policía Nacional. Por culpa de ese piso, en su momento, los ojos de Asuntos Internos se posaron en su nuca. La cuestión resultó tan desagradable que, hasta que no presentó una copia del testamento de su tío fallecido —soltero y generoso—, el caso no se archivó.

A pesar del mal trago, Téllez comprendió la actuación del agente de Asuntos Internos. En la provincia, quien más quien menos se ha visto tentado por el dinero fácil del narcotráfico. Los delincuentes saben lo sencillo que resulta comprar a algunos miembros de las instituciones locales y del Campo de Gibraltar. La cautivadora llama del soborno prende rápido por estos lares. Los sueldos bajos, sumados a las cantidades indecentes de dinero que queman las retinas de policías y guardias civiles cuando las decomisan cada día, conforman el caldo de cultivo perfecto. Muchos tienen divorcios que pagar y cuentas bancarias vacías. Téllez, a pesar de haber tenido una adolescencia difícil y de recurrir al porro y a la coca de vez en cuando por eso del estrés, se juró que nunca cedería a la atracción del dinero procedente del narcotráfico. Hoy ese juramento sigue vigente, aunque ya no conserva la inocencia de entonces.

El café caliente lo reconforta y le despeja las ideas. Tiene que convencer al Quitapenas de que le revele la identidad del asesino de yonquis, o más bien de que le confirme que se trata del tal Raíllo. Es consciente de que tendrá que ponerse muy serio con el periodista, pero no le queda otra. Si la foto del exlegionario aparece en la portada del *Diario*, de inmediato se dibujará una diana en su

cabeza. Cientos de enganchados de la zona saldrán de sus cuevas como muertos vivientes en busca de sangre y, en cuestión de horas, Raíllo aparecerá con una bala en la frente. Y el inspector Téllez no permitirá que eso suceda.

El Quitapenas se ajusta su mejor chaleco y elige unos vaqueros limpios de la bola de ropa del armario. Limpios, al menos con un número de manchas aceptable. Hoy se siente la hostia. Llevaba tanto tiempo tocándose los huevos que estaba a punto de convertirse en la prueba irrefutable de que la inacción sostenida no solo es posible, sino todo un estilo de vida. Sin embargo, esta mañana tiene la misma energía que en los años duros de ETA, cuando salía a la carrera para informar sobre cuántos había matado la última bomba. Una época en la que no daba abasto y ya no distinguía entre la noche y el día.

El artículo del *Diario* ha sido un auténtico pelotazo, y ha dejado lo mejor para mañana. Cuando en la portada aparezca la fotografía de Raíllo, se liará parda. Además, el rostro del tipo, con esa mancha oscura de malo de película, da un juego que te cagas. Que el exlegionario sea o no el asesino es lo de menos. El Quitapenas ha decidido aparcar la prudencia —que, por otro lado, nunca cultivó— y tirar por la calle de en medio. Si sus sospechas son ciertas y ha dado en el clavo, las ventas del periódico y la repercusión de la noticia lo librarán del estigma de sus fracasos.

Y, para redondear su semana grande, rematará el espectáculo con un artículo sobre la operación antidroga en alta mar de la DEA, la caída de la organización del Francés y cómo, en la provincia, la corrupción permea a todos los estratos de las fuerzas del orden público. Piensa titularlo «Una historia de narcotráfico y corrupción al amparo del levante» y darle un enfoque muy crudo. Si funciona —y está seguro de que lo hará—, espera que sea el primero de una serie de artículos que, quién sabe, quizá acaben resultando en la publicación de un libro.

El Quitapenas todavía no da crédito a la propuesta inesperada del

inspector jefe de la UDYCO. «¿Es pura coincidencia que se produzcan dos golpes de suerte al mismo tiempo?», se pregunta Pepe Carbonell mientras baja las escaleras de la vetusta finca en la que vive, situada en la calle Silencio, en pleno barrio del Pópulo, el más antiguo de la ciudad. Seguramente sí, o no, qué más da. Lo único cierto es que se la suda. Es verdad que lo de Pastor le ha caído del cielo, pero el asunto de Raíllo ha sido muy distinto. En cuanto empezaron a matar drogadictos y camellos de medio pelo, tardó poco en darse cuenta.

Y entonces se produjo el desliz del exlegionario, un fallo absurdo e ingenuo que le permitió encajar las piezas. Sucedió mientras esperaban juntos a Lola Barco en el chalet, frente a la playa de la Aceitera. La enfermera se equivocó cuando dijo que Paco iba ciego de pastillas. Colocado estaba hasta las cejas, con eso acertó, pero no solo de pastillas. El hombre había encontrado una papelina de heroína en casa de su hijo fallecido, según le dijo, y, tras preparar la droga en el tapón de una botella de agua mineral, se la inyectó por el catéter por el que le administran la quimioterapia. En pocos segundos, Raíllo llevaba un ciego tan colosal y radiactivo que apenas podía abrir los ojos. Su rostro mutó en una máscara irreal, y la mancha oscura se transformó en un animal plano y viscoso pegado a su cara.

—¿Estás bien, Paco? —le preguntó, temeroso, mientras apuraba el contenido del catavino de un trago.

Raíllo se quedó mirando al periodista como si sufriera un brote psicótico, propio de un politoxicómano. El exlegionario le respondió con un escueto «Ajá» que al Quitapenas le heló el Tío Pepe en el estómago.

—Escucha, Carbonell… —le dijo tras una pausa fúnebre y extensa —. Mi chico era un personaje oscuro, con una borrasca permanente en la cabeza. Pero el encuentro fatal con esta mierda fue lo que acabó con él —añadió al tiempo que señalaba el tapón con los restos de heroína sobre la mesa de jardín—. Mi chaval rebasó la

línea continua, invadió el carril contrario y a tomar por culo. Te juro por Millán-Astray, que Dios lo tenga en su gloria, que intenté atarlo corto, pero el muy cabrón la jodió una y otra vez.

Pepe no supo qué decir. En realidad, no había nada sentimental en las palabras del exlegionario; más bien eran una declaración de derrota castrense que le hinchaba las pelotas. Mudo, el periodista rellenó el catavino y le acercó un botellín de cerveza a Raíllo, quien, con dedos inseguros, se afanaba en liarse un dos papeles.

—El otro día murió el Peluca… —anunció el periodista, por romper el silencio—. Era de mi quinta. Estudiamos juntos en las Carmelitas. Lo encontraron tieso en los servicios del hospital de día del Puerta del Mar. El pobre se ahogó con su propio vómito. ¿Sabes de quién te…?

—Que se joda…

Raíllo no le permitió terminar la pregunta. Una sonrisa socarrona, decorada con un enorme canuto colgando de la comisura de los labios, se abrió paso en su rostro de forma abrupta.

—Ese cerdito calvo tuvo su merecido… —añadió mientras se acomodaba en la hamaca de playa, tras encender el porro y agarrar la cerveza que había dejado en el suelo—. Y se me quedó en el tintero decirle un par de cosas antes de que la palmara.

El exlegionario apretó el puño que no sostenía el botellín y lo descargó con rabia sobre el muslo antes de dar un largo y profundo trago. Raíllo atesoraba la extraña habilidad de fumar y beber al mismo tiempo. Misterios de la evolución.

—Pero… ¿os encontrasteis en el hospital el día que falleció? —le preguntó inquisitivo el Quitapenas con la garganta tan seca y áspera como la corteza de un árbol.

Raíllo dio una espléndida calada al porro y miró en derredor como si buscara algo en el descuidado patio o intentara hacer memoria. Después levantó la barbilla y centró la atención en el periodista, al que observó durante un instante en un silencio denso y sombrío, como una sopa fría, con el ceño fruncido entre los arrugados párpados. Luego se ajustó la gorra de cazador, tirando

hacia abajo de la visera, y señaló con el botellín, desde la hamaca, al Quitapenas, que a esas alturas ya estaba aterrorizado. «Me cago en mis muertos», pensó Carbonell con los cojones por corbata.

—Nunca actúes en caliente, Pepe, nunca —le dijo—. Los mejores ajusticiamientos se hacen bajo cero. Hazme caso, que de matar sé un huevo.

El sonido del claxon del coche de Lola Barco puso fin a la extraña conversación. Pero, como el Quitapenas es un tipo que asume riesgos, desde ese momento se dedicó a marcar al exlegionario como un defensa central de los de antaño.

La noche que Raíllo se cargó a Mágico, mientras el asesino de yonquis acechaba a su víctima desde la parte alta del foso, el periodista hacía lo propio con la voracidad que lo define. Es lo que tiene ser de raza.

31

Algeciras sigue igual que la última vez que estuvo allí, hará año y medio. La ciudad es territorio comanche, y el Tanque lo sabe. Mientras camina por la calle Ancha mochila al hombro, decide agachar la cabeza, algo cohibido por las circunstancias, centrado en sus pensamientos. Y estos siempre lo llevan al mismo lugar: Lola. Lo que iba a ser un polvo de una noche se ha convertido en algo más que no logra entender y que ni siquiera es capaz de poner en palabras. A su lado, Paulino pasea con la frente bien alta, sabiéndose peligroso, como si llevara una bomba de relojería cosida a la piel. Parecería que al viejo le importara todo un bledo. Se dirigen a la capilla de San Isidro, una pequeña parroquia situada en la plaza del mismo nombre a la que Vázquez Quintana acude cada tarde a las seis y media a escuchar misa. Es increíble que un hombre que se ha pasado la vida tomando toda clase de precauciones e itinerarios imposibles, haciendo alarde de una desconfianza enfermiza, lo mande todo al traste por una promesa a un Dios que, en lugar de venerar, debería maldecir. El caso es que, en el funeral de su hijo, Vázquez Quintana alcanzó un acuerdo con Dios, si es que eso es posible. El comisario, la parte contratante, llevó a cabo la firma del acuerdo en representación de Dios, en lo sucesivo, el contratista. Lo hizo de su propio puño y letra, como era de esperar. El contrato en cuestión reza lo siguiente:

> El CONTRATISTA se compromete a proteger y mantener con vida al CONTRATANTE hasta que este consiga eliminar la amenaza que supone para la sociedad la figura conocida como el Francés. Vamos, lo que viene siendo una venganza al uso.
>
> Por su parte, el CONTRATANTE asume y manifiesta expresamente que cumplirá con las obligaciones de un buen católico, entre las

que se subrayan acudir a misa diaria, cumplir con los cinco pasos de la confesión y recibir la comunión, tal como su mujer, miembro del Opus Dei, llevaba pidiéndole media vida.

La resolución del contrato se producirá a la muerte del Francés o a la del propio CONTRATANTE. Si la extinción del acuerdo se produjera por el segundo supuesto, el CONTRATANTE se reserva el derecho a elegir entre que se le abran las puertas del cielo o irse al puto infierno.

Aún es temprano, porque a Paulino no le gustan las prisas cuando se trata de matar. Además, está entusiasmado con el plan que ha ideado. Creía estar oxidado, pero parece que aún conserva destellos de la infinita creatividad que lo ha acompañado toda la vida a la hora de asesinar. Si su nieto no comete ningún error, todo debería salir a pedir de boca. Para cuando encuentren el cadáver del comisario, Paulino espera estar ya de camino al Brisa Nocturna para disfrutar de un gratificante polvo. El viejo se detiene un instante para encenderse un puro, y aprovecha para mirar a los ojos a su nieto. No le gusta lo que ve. El chico está inquieto, un nerviosismo que, en el momento más inoportuno, podría transformarse en miedo. Su papel en el plan es secundario: solo tiene que distraer al cura el tiempo suficiente para que él lo suplante y dé la misa. Nada que deba intimidarlo. Nada que acojone.

—¿Qué coño te pasa, Antoñito? —le increpa con voz ronca mientras una nube de humo azulado se enrosca en torno al sombrero que le cubre la cabeza. Porque, cuando Paulino sale a la calle a ocuparse de asuntos serios, siempre lleva chapeo y Ray-Ban Aviator. Un sombrero estilo *trilby* de fieltro azul oscuro y unas gafas extragrandes, con lentes negras y montura dorada, que le otorgan un aire de mafioso al estilo Paco Rabal en *Airbag* que quita el sentido.

Antonio Pavón, el Tanque, mira a su abuelo como si fuera la primera vez que lo viera y guarda silencio. Paulino, con un gesto de impaciencia, le pide a su nieto que le cuente algo. Pavony no es

que no quiera contestarle, es que no sabe qué decir. Porque pensamientos por la cabeza le pasan muchos, pero sabe que, si los verbaliza, no recibirá una palabra amable de su parte. Su abuelo puede ser muchas cosas, pero comprensivo no es una de ellas.

—Nada importante… —le contesta con voz queda y temerosa, como si estuviera caminando descalzo sobre cristales rotos.

A pesar de su corpulencia, la presencia de Paulino siempre lo empequeñece. Le pasa un poco como con Lola, pero de otro modo. Su abuelo le impone un respeto que, en ocasiones, lo abruma. Es una persona que le inspira tanta atracción como rechazo, pero a la que siempre ha acudido en momentos de debilidad.

—¡Nada mis cojones! —le espeta con mala leche antes de chupar con ganas del puro—. Hoy no tienes la cabeza centrada; se te nota a la legua. Niño, a trabajar se viene con mala hostia, con ganas de tumbar al primer imbécil que te mire mal, no con cara de malfollao. ¡Alégrate, coño, que parece que te haya dejado la novia!

Paulino aspira nuevamente del puro y reanuda el paso. El Tanque lo imita en silencio. Es mediodía, por la calle Ancha no hay mucha actividad. Hace años, la principal arteria comercial de la ciudad estaba repleta de terrazas, locales ocupados por grandes comercios, franquicias y pequeñas tiendas de todo tipo. A cualquier hora, la gente se apretujaba frente a los escaparates, y había que pedir turno para sentarse a tomar un café. Aquellos fueron buenos tiempos que, sin motivo aparente, llegaron a su fin. Ahora parece que han quedado atrás los anuncios de cierre de comercios, y la emblemática calle da la impresión de estar remontando el vuelo. Pero, vamos, que la neoyorquina Quinta Avenida no es.

—¿Es eso…? —le pregunta de sopetón al tiempo que se vuelve hacia su nieto y hace otra pausa en el camino—. ¡No me jodas, Antoñito, que estás encoñao! ¡Te has enganchado a un chocho!

Antonio Pavón, el Tanque, abre la boca formando una O mayúscula, incapaz de disimular su sorpresa. Una mujer de mediana edad, vestida con un impecable traje de chaqueta, pasa a su lado y les dedica una mirada incrédula de desprecio que no le

pasa desapercibida a Paulino.

—¿Y a ti qué te pasa, canija? —le dice el viejo—. Métete en tus asuntos… y come algo, que estás hecha un palo seco —añade tras una pausa mientras la mujer se aleja apretando el paso.

No hay mucha gente en la calle alrededor de Paulino, pero la poca que va y viene finge no haber escuchado el desagradable comentario del anciano. Así es la vida, hay gente buena, mala y regular, pero, salvo extrañas excepciones, todo el mundo va a su bola.

«El puto viejo es un brujo calamocano capaz de leer el pensamiento», piensa el Tanque, avergonzado por varios motivos a la vez. Por supuesto, antes de que el asunto vaya a más, se apresura a hacer lo único que está en su mano: negar la mayor enérgicamente en voz alta, acompañando sus palabras con un movimiento contundente de testa. A pesar de que una doble negación es, en el fondo, una afirmación encubierta.

—No, no, de ninguna manera, abuelo —le contesta meneando la cabeza de un lado a otro, poniendo en peligro la salud de sus cervicales.

Paulino sonríe de forma enigmática, pero con un gesto en el rostro que no desprende calidez. El viejo es listo como un zorro y, a pesar de que se trata de su nieto, se alegra de encontrar un resquicio en la armadura de Antonio por el que poder acceder. Uno que no dudará en usar si es necesario. Por mí y por todos mis compañeros, pero por mí primero. Si Paulino ha llegado a su edad indemne, no es fruto de la casualidad ni del buen hacer de su médico de la Seguridad Social.

—Déjalo, Antoñito… —le dice mientras le pone una mano en el hombro—. En realidad, me da igual el boquete en el que estés metiendo la polla… —añade destilando clase digna de película de cine español del destape de principios de los ochenta—. Vamos a picar algo. No es bueno trabajar con el estómago vacío.

Sin decir nada, el Tanque respira hondo y decide aparcar a Lola por un día para anclarse en la realidad. Y esta no es otra que, en

unas horas, asesinarán a Vázquez Quintana, todo un comisario jefe del Cuerpo Nacional de Policía.

El Pepe Troya se encuentra en pleno barrio de San Isidro, en una plaza peatonal a escasos metros de la parroquia que le da nombre. Un lugar agradable en el que comer bien y disfrutar del sol y el buen tiempo. A mediodía suelen estar todas las mesas reservadas, pero para Paulino siempre hay sitio en los bares.

Una ración de salmonetes, otra de puntillitas de Sanlúcar, media de boquerones de la bahía y una de ortiguillas después, el viejo se siente medio satisfecho. En cuanto a la cerveza ingerida, el número de botellines ha sido lo suficientemente importante como para arrancarse por bulerías. Y eso solo Paulino, porque el Tanque tiene el estómago tan cerrado por la congoja que solo ha picoteado una tortilla de camarones, lo que ha despertado el recelo de su abuelo. A lo largo de la jornada, Pavony ha ido trasegando con la angustia como ha podido, esperanzado en que se le pasara más pronto que tarde. No se trata tanto de que esté acojonado ni de que la presencia de su abuelo lo intimide, como de la manera en que se ha complicado la vida, una complejidad que le resulta inabarcable.

Pocos meses atrás alijaba, feliz, cantidades discretas de hachís en la playa junto a sus amigos, y ahora está ahí, frente a Paulino, tomándose una caña en un bar de barrio de Algeciras, mientras aguardan el momento idóneo para asesinar a un comisario de policía. Sentado en el Troya, mientras remueve un cortado, recuerda los consejos amistosos del Morta, que, cuando estaba sereno, de tonto no tenía un pelo, literalmente. «Tanque —le solía decir—, no debemos enredarnos en asuntos que nos superen. Lo nuestro son las movidas controladas. Como empecemos a mover cantidades llamativas, nos meteremos en líos llamativos. Hermano, no hay que causar problemas, hay que ser obedientes. Así ha funcionado este negocio toda la vida de Dios». Pues, por no hacerle caso, ahora el Morta está muerto y él en vías de estarlo.

—Me tomo el carajillo y nos ponemos en marcha… —le dice Paulino al Tanque, sacándolo de sus pensamientos.

Quedan quince minutos para que den las cinco. En el bar solo hay un par de mesas ocupadas; como ellos, están tomando café. Un tipo acodado en la barra da cuenta de un pincho de tortilla y una cerveza mientras le cuenta al camarero que esa mañana ni siquiera ha desayunado. Otro, con la cara abotargada y las mejillas inflamadas por tanta ginebra, se juega sus últimas monedas en la máquina tragaperras. El local cierra a las cinco, y el personal detrás lleva un rato recogiendo y limpiando, impaciente porque los últimos clientes se larguen.

Paulino termina el carajillo de un trago y, tras coger la mochila del suelo, se encierra en el aseo. Cuando sale, cinco minutos después, la transformación es tan asombrosa que al Tanque se le escapa un «lamadrequemeparió» por la sorpresa. De todos los clientes, solo el tipo de la tragaperras se da cuenta de que el aseo ha vomitado a un sacerdote de sotana y alzacuellos tras tragarse a un viejo con pinta de mafioso trasnochado. La inquietud le dura un segundo, el tiempo que tarda la musiquilla de la máquina en volver a captar su atención.

—Joder, abuelo… —le recibe el Tanque cuando se sienta de nuevo a la mesa—. Eres la viva imagen del cura ese que se puso de moda y salía en todos los programas del corazón. ¿Cómo se llamaba?

Paulino entrelaza los dedos tras devolverle a su nieto la mochila en cuyo interior ha guardado el sombrero, apoya las manos sobre la barriga que cubre la sotana y sonríe satisfecho. A pesar del desaforado consumo de cerveza, al viejo no le huele ni el aliento. Incluso se le ve la mirada clara. Si le hubieran desaparecido las marcas que la viruela le dejó en la cara como recuerdo, el Tanque habría pensado que estaba presenciando un milagro y que la puñetera sotana adquirida en una tienda de disfraces para carnaval era prenda santa.

—Apeles… —susurra, sin demasiada convicción. Pero entonces, como si un recuerdo olvidado le golpeara de lleno, alza la mirada—. El padre Apeles. El de *Crónicas marcianas*.

Paulino hace una pausa y se permite saborear un poco de nostalgia antes de levantarse y abandonar el Pepe Troya sin mirar atrás.

—Joder, qué tiempos. Eso sí que era televisión —remata.

El Tanque paga la cuenta y lo sigue. Su abuelo lo espera en mitad de la plaza. El viejo está quieto, con las manos cruzadas a la espalda, y contempla a la gente pasar. Alguna señora lo saluda con un «Buenas tardes, padre» al que este responde con una leve y amable inclinación de cabeza. En parte porque Antonio Pavón casi no ha dormido en toda la noche y lo de contar ovejitas no es lo suyo, en parte porque apenas ha comido —pero, por no oír a su abuelo, ha achicado tres cervezas, que solo los borrachos beben solos—, la imagen de Paulino, vestido de cura y con una expresión de bonachón capaz de hacer sombra al mismísimo Winnie the Pooh, le provoca un terror inexplicable. El Tanque siente que en el irreal comportamiento de su abuelo hay algo que supera al miedo: algo tan irracional e imposible de calmar que tira de él, a pesar del temor creciente que no le deja echarse atrás. Cuando llega a su altura, nota la absoluta carencia de sentimientos de Paulino. Es como si el disfraz de sacerdote asesino lo hubiera poseído y nada importara, excepto el asunto que los ha llevado hasta allí.

—Vamos, Antoñito… —le dice buscándole la mirada—. Ve a hacer lo tuyo. Y no la cagues. Hoy vamos a jugar fuerte, porque no te queda otra. No lo olvides.

Por la cabeza del Tanque pasan tantas cosas como en una melé de rugbi entre las selecciones de Inglaterra y Gales. Ojalá se equivoque, pero presiente una mala tarde, y solo aspira a sobrevivir. Asiente con la cabeza a su abuelo mientras la desazón coloniza todos sus pensamientos. En los ojos del viejo ya no queda rastro de alma, si es que alguna vez la tuvo. Antonio siempre había sido consciente de las muchas zonas oscuras de Paulino, pero nunca habría imaginado tanta negrura.

Sin más preámbulos, el viejo avanza hacia la capilla de San Isidro mientras el Tanque, en pleno estado de confusión, se encamina a

una calle cercana, en la que decide apostarse junto a la oficina de correos que allí se encuentra. El pecho le arde, le cuesta respirar. Conforme se acerca a su destino, siente que va a partirse en pedazos por dentro. En el edificio contiguo vive el sacerdote a cargo de la parroquia de San Isidro, el padre Vílchez Sotano, un viejo cura con más años que el sol, muy querido en el barrio. Antonio no pretende hacerle daño por un millón de motivos, pero la moral y la decencia son como el juego de la jenga: si retiras el bloque equivocado, todo se va a la mierda.

32

Téllez entra en el café-bar Mis Amigos, un cuidado y limpio local de barrio, con la misma tensión que un cable por el que circulan, al menos, treinta y cinco mil voltios. Es media tarde, y el bar, situado en la Segunda Aguada, está a medio gas. Suficiente para Carbonell, que no necesita más. Acodado en la barra, con un ejemplar del *Diario de Cádiz* junto a la cerveza, Pepe responde a las preguntas de los parroquianos con estudiada y tranquila indiferencia, como un ministro en una rueda de prensa.

—Venga, Quitapenas, déjate de rollos y desembucha… —le dice un tipo gordo con una papada tan ancha que le cubre el cuello—. Es cuestión de seguridad. Imagina que ese loco me mata antes de que lo metan en la cárcel. En parte, serías responsable de mi muerte. ¿A que no habías pensado en eso? —añade mientras saca un cigarro del paquete y se lo cuelga de la boca, sin encender, con la chulería del triunfador.

Pepe Carbonell mira al hombre como si fuera un profesor antes de reprender a un alumno díscolo. Un maestro hasta el culo de cerveza, eso sí.

—Gordi, en primer lugar, me debo al código deontológico del periodista y, por otro lado…

Por el rabillo del ojo, el Quitapenas detecta la presencia del inspector Téllez. Lo reconoce en el instante en que su sonrisa de político se congela y las palabras se le quedan atascadas en la garganta.

—¡Mira que te gusta hacerte el interesante, mamón! —se mofa el camarero mientras lava vasos.

Téllez se acomoda en la barra, dejando una separación prudencial con el periodista, y pide un americano descafeinado, por

eso de templar los nervios y tal. No vaya a ser que la cafeína haga reacción con los dos tiritos de coca que se ha metido por la nariz y la liemos parda.

—Y, por otro lado, Gordi… —contesta el Quitapenas tras desatascarse la garganta con medio tubo de cerveza—. No tienes de qué preocuparte, que a ti te matarán antes los platazos de menudo que te zampas cada noche para cenar. Que tú, por dieta mediterránea, entiendes echarle aceite de oliva virgen extra a las tostadas antes de ponerle encima un cuarto y mitad de chicharrones.

El comentario genera las risas del respetable y provoca que Gordi se encoja de hombros mientas farfulla, en un gesto que habla de resignación añeja, acoso escolar y orgullo herido.

—No te cabrees, Gordi, que el Quitapenas come como una lombriz —le dice un joven que está sentado en una de las mesas del fondo.

El chaval, de aspecto descuidado, pero con el pelo corto impecablemente peinado con raya al lado, hojea el *Marca*, acompañado de una chica rubia que observa la escena con gesto burlón.

—Tú di que sí, coño —continúa el chico con la mofa—. Donde se ponga un buen menudo, que se quiten las ensaladas y todas esas mierdas desnatadas. Además, a ti lo que te pesan son los huesos. Un poco de gimnasio y verás cómo, en breve, las pones cachondas a todas —finaliza antes de que se le escape una risa salvaje e idiota que acaba contagiando al resto.

Ofuscado, Gordi, al que la broma no le hace ni puta gracia, recoge sus cosas bajo el eco de las carcajadas. A saber: una bolsa del Día con la compra de la tarde, un monedero, un móvil y un paquete de Marlboro de contrabando. Después se larga desplazando su bamboleante humanidad hasta la puerta. Mientras abandona el local, los únicos que no se ríen son Téllez y el Quitapenas.

—Vaya mancha de cabrones que estáis hechos, menudo

bastinazo —les regaña el camarero, que, tras servirle el americano a Téllez, ha regresado a lo de lavar y secar vasos.

El Quitapenas decide que es el momento de irse. Apura la cerveza y deja un puñado de billetes encima de la barra. Luego dobla el periódico, se lo coloca bajo el brazo y se despide con un «nosvemos» demasiado apresurado. Tiene tanta prisa por marcharse que no se percata de la generosa propina que ha dejado, lo que provoca que el camarero lo observe alejarse con una mezcla de extrañeza y preocupación. En cuanto sale a la calle, el inspector lo imita, salvo en lo de dejar propina.

Pepe camina a todo lo que le dan las piernas y la tasa de alcohol en sangre. El pellizco del miedo que siente en el estómago tampoco ayuda. Miedo a que se derrumbe todo en un instante. Hasta hace cinco minutos estaba convencido de que tocaría el cielo en los próximos días; ahora, ya no tanto. El inspector Téllez no ha entrado en el bar Mis Amigos por casualidad ni porque sea un amante del café que sirven allí. Por eso, cuando escucha la invitación, no se sorprende.

—Pepe, sube al coche, anda… —le ordena Téllez con voz de «mequedalapacienciajusta»—. Que vas dando más eses que la carretera de Algeciras.

El Quitapenas ni niega, ni acepta ni declina la invitación. Simplemente continúa por la acera con su errático caminar de borracho, apretando los labios para obligarse a no hablar. El periodista hunde las manos en los bolsillos del pantalón y pega los brazos al cuerpo, lo que agrava la pérdida de equilibrio con cada zancada. Los transeúntes que recorren la avenida a esas horas le ceden el paso, temerosos de que los embista. Desde el coche, con la ventanilla bajada, Téllez insiste mientras avanza despacio a su lado, ignorando los bocinazos de los otros conductores.

—Venga, Pepe, no me obligues a detenerte —le dice con seriedad—. Que menuda has liado con el artículo de marras. Solo quiero hablar contigo. Como comprenderás, no he venido a llevarte a casa.

El Quitapenas vuelve la cabeza y observa el vehículo con atención. Suspira para sus adentros. El inspector no va al volante de un coche patrulla, sino de su propio automóvil: un Seat Córdoba con varios años a cuestas que proyecta una autoridad bastante limitada. Por lo tanto, deduce que esta no es una visita oficial y, con ese pensamiento, recupera la confianza.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —le pregunta con voz pastosa.

—Solo quiero contarte una historia —contesta Téllez, sabiéndose triunfador—. Yo te la cuento y tú solo tienes que confirmarme si es cierta. No quiero crearte problemas.

—¿De qué trata? —pregunta de nuevo el Quitapenas mientras se plantea si es buena idea seguir abriendo la boca.

—Pues de un misterioso legionario que, en sus ratos libres, se dedica a rajar yonquis. Y de un camello, al que todos llaman Mágico, que no volverá a ver un partido del Cádiz. Pero, por la cara que pones, me da que conoces la historia.

El pellizco de miedo que hace un minuto atenazaba a Pepe se transforma en una oleada de ansiedad que se instala en su caja torácica, estrujándole el corazón. Consciente de que su futuro inmediato pende de un hilo, el periodista sopesa distintas posibilidades a toda velocidad. Al menos, con la mayor diligencia que su cabeza le permite, porque la abundante Cruzcampo consumida no favorece la claridad de ideas. En un primer momento, se plantea salir corriendo a toda pastilla para perderse por las calles de Guillén Moreno, pero enseguida recuerda que tiene una pierna mala por culpa de la artritis y que la última vez que corrió tenía veinte años, allá por el Pleistoceno. Así que, como está a varios universos de ser Usain Bolt, aborta el plan. Después piensa en hacer lo que mejor se le da en la vida: mentir. Para el Quitapenas, las mentiras son el pan de cada día y, con el tiempo, ha perfeccionado su técnica hasta el punto de que suenan más convincentes que la verdad. Sin embargo, la percepción de que Téllez conoce más de lo que aparenta siembra en él una inquietud

profunda, y teme fallar en aquello que más domina. Por otra parte, consciente de no estar involucrado en problema alguno, decide que lo más sensato será no comenzar con invenciones, que se conoce. Así que, visto lo visto, se detiene, decide obedecer al inspector Téllez y se sube al Seat Córdoba de mala gana.

—¿Las mordidas no te dan para un buen coche? —lo ataca en cuanto cierra la puerta—. Porque esta mierda se te está cayendo a cachos. Se ve que aquel tema del piso y Asuntos Internos te ha hecho ser más prudente, ¿eh?

El inspector Téllez, a pesar de su juventud, tiene una buena coraza y no cae en la provocación, pero sí que advierte al periodista con severidad:

—No vayas por ahí, Pepe… —le dice sin apartar los ojos de la circulación—. El papel de tipo duro no te pega. Así que aparca esa chulería etílica e inútil si no te quieres llevar una leche.

El Quitapenas calibra el tono de Téllez y decide que lo mejor es callarse. El inspector no se ha ofendido por la impertinencia, pero no es cuestión de tentar a la suerte.

—Sabes que mi jefe odia los escándalos… Odraizola, como todos, tiene sus ambiciones —dice para romper un silencio cargado de tensión—. Y con el artículo que has publicado esta mañana nos has puesto a todos bajo la lupa. Ahora la gente se pregunta cómo es posible que un periodista sepa más sobre un asesino que la policía. Y estoy seguro, Pepe, de que tu intención, porque te conozco, es dejar al cuerpo policial como un grupo de incompetentes revelando mañana la identidad del asesino. ¿Me equivoco?

El Quitapenas se revuelve inquieto en el asiento del coche, como si el cuero caliente le quemara la piel. Cada palabra que Téllez suelta con su asquerosa suficiencia es un latigazo que le crispa los nervios. Pero en este instante está atrapado, con el orgullo aplastado y el destino en manos del inspector, que lo tiene, literalmente, cogido por los huevos. Sin embargo, Téllez se equivoca respecto al propósito ulterior del artículo. El periodista no busca causar un daño específico ni convertir a nadie en una víctima

propiciatoria. Su único objetivo es su propio beneficio. Claro está que en esa búsqueda se producen daños colaterales, unos más deseables que otros, sin duda. Pero, para el Quitapenas, todo buen periodista viola las reglas y los privilegios, caiga quien caiga, aunque siempre sin acritud.

—¿Dónde vamos? —le pregunta mientras el coche toma la rotonda de San Severiano y coge la avenida de Astilleros.

—Pepe, tú y yo no somos amigos —le dice obviando la pregunta —, aunque, si te soy sincero, no me caes mal del todo. Mi tío no se perdía ni uno de tus artículos, siempre afirmaba que eras el único periodista de calidad que tenía el periódico. En ocasiones, hasta eres divertido.

El Quitapenas no puede evitar sonreír ante la dosis de azúcar y miel.

—Es evidente que te ha caído en las manos una historia de las buenas… —continúa, sin dirigir la mirada al periodista—. Te lo voy a preguntar por las buenas: ¿estarías dispuesto a no publicar nada más sobre el asunto? Solo tendrías que enviar el artículo a la papelera de reciclaje después de contarme de qué va todo esto. No te preocupes, ya vería cómo compensarte. Si te niegas a colaborar y lo publicas, me encargaré de que todo el Departamento Legal de la policía caiga sobre ti por obstrucción a la justicia, ocultación de pruebas, difusión de calumnias…

Carbonell siente que una tensión amarga se le enrosca en el estómago. «Este arrogante de Téllez parece convencido de que soy un idiota al que se puede intimidar sin límite», piensa enfurecido. Finalmente, el inspector aparta los ojos de la carretera y, durante unos segundos, observa al periodista con semblante inexpresivo.

—A ver si lo estoy entendiendo bien… —contesta con toda la tranquilidad que es capaz de atesorar—. ¿Me estás pidiendo que no publique un gran reportaje sobre el segundo asesino en serie conocido en Cádiz? Que de las andanzas del Arropiero ya casi nadie se acuerda… ¿Y solo para encubrir un trabajo policial nefasto? No sé, Téllez, pero me da la impresión de que no soy el único que ha

bebido de más esta tarde. Y no tienes nada con lo que negociar. Soy un periodista que está haciendo su trabajo, y no puedes ofrecerme nada a cambio.

Sin decir palabra, el inspector vuelve a centrar la atención en la carretera. En el fondo ya anticipaba la negativa del periodista, así que decide arriesgarse y subir la apuesta. Por su parte, a Pepe le empieza a picar la curiosidad, y eso le gusta. Desea descubrir adónde quiere llegar el inspector con esta conversación. Todo lo que está ocurriendo tiene su dosis de morbo, ya que le recuerda a los viejos tiempos, cuando el chantaje era la moneda de cambio habitual y todo tenía un precio.

—No escribirás nada sobre ese asesino de yonquis… —anuncia Téllez mientras deja atrás la avenida del Puerto y se desvía por la de los Descubrimientos, en dirección a la Punta de San Felipe—. Te he dado una oportunidad y la has rechazado.

El Quitapenas se lo piensa y decide recular, a ver qué pasa, simplemente porque es divertido.

—Mira, como te veo muy estresado, te daré algo —le dice—. Pero con condiciones. ¿Cómo piensas compensarme?

El periodista hace una pausa teatral antes de seguir hablando. El inspector calla y conduce, como si no estuviera escuchándolo.

—Para que lo sepas, tengo mucho que revelar —prosigue—. Por ejemplo, una lista de policías corruptos involucrados en actividades relacionadas con el narcotráfico a gran escala. ¿Qué estás dispuesto a ofrecerme a cambio de mi silencio?

Téllez sigue conduciendo sin pronunciar palabra. A la derecha, deja atrás los locales de ocio nocturno y la zona donde, cada fin de semana, se organiza un macrobotellón. Al final aparca junto al edificio Ciudad del Mar, una enorme mole de hormigón abandonada, de cuatro alturas y una extensión construida de siete mil metros cuadrados. Olvidado por la ciudad, el edificio se levantó en 1992 con motivo de las Regatas Mundo Vela 92 en la bahía, pero solo estuvo en uso un mes. Ahora no es más que un fantasma colosal que, desde hace décadas, sirve como lienzo para los

grafiteros locales, escenario perfecto para el consumo de drogas y refugio de parejas poco escrupulosas.

—¿No lo pillas, verdad, Pepe? —le dice Téllez tras apagar el motor del coche—. Si al final resultará que eres tan estúpido como pareces… —añade al tiempo que niega con la cabeza.

Luego inclina el cuerpo hacia el lado que ocupa el periodista y abre la guantera. Del interior saca un espejito, un tubo metálico y una pistola. Al Quitapenas, que sabe de armas, se le encogen los testículos al distinguir que no es la HK USP Compact de 9 milímetros reglamentaria que usa la Policía Nacional. Como si le sobrara, Téllez deja la pistola en el salpicadero y se dispone a prepararse una raya bien servida de un paquete de cocaína que saca del bolsillo.

La noche está a punto de caer, no se ve un alma. Solo un tipo grueso, con unas mallas chillonas y un carísimo pulsómetro, pasa corriendo al borde del infarto junto al coche. Téllez sigue al corredor con la mirada hasta que la oscuridad reinante lo engulle. Luego, con el tubo metálico, aspira la raya de cocaína con la potencia de una Dyson sin cable.

—¿Qué es lo que no pillo? —le pregunta sin quitarle ojo a la pistola.

—¿Quieres? —le ofrece el inspector mientras vuelca el resto de la coca encima del espejito—. Para lo que queda, no merece la pena guardarla —añade al tiempo que separa tres rayas con una tarjeta de crédito.

Cuando Téllez le ofrece el espejo, el Quitapenas titubea un instante. Al final acepta la invitación encogiéndose de hombros. El periodista se mete dos tiritos, uno por orificio nasal, sin usar el turulo metálico.

—Entiendo que un periodista puede hacer cosas que no le están permitidas a un policía —le dice Téllez con la mirada endurecida tras esnifar el resto del perico—. Y eso no es justo. Así que ahora vamos a jugar con las mismas cartas.

—No te entiendo… —contesta el Quitapenas mientras se estruja

la nariz con el pulgar y el índice.

—Pues es sencillo —le interrumpe—. Ahora mismo me dices el nombre de ese asesino misterioso y no publicas ni un solo puñetero artículo más. De lo contrario, hago una llamada que no será nada buena para ti. Una que no podría hacer si estuviera aquí contigo en calidad de inspector de policía.

—¿Una llamada…?

—Sí, hombre, un toque rápido a un amigo —le dice sonriendo—. Mi colega está ahora mismo en el Pay Pay, esperando a que lo llame. Porque vives en esa calle, ¿me equivoco?

Silencio absoluto y un rostro que comienza a desencajarse.

—Por la cara que pones, veo que estoy en lo cierto. Pues bien, a mi llamada, este querido amigo entrará en tu casa y esconderá varios paquetes de coca por las habitaciones. Pero material del bueno, ¿eh? Que no te falte gloria. El resto, pues te lo puedes imaginar: una orden exprés de registro por sospecha de tráfico de estupefacientes, policías poniendo patas arriba el piso, vecinos intrigados, periodistas…

Téllez le guiña un ojo mientras conecta el móvil al *bluetooth* del coche. El Quitapenas comienza a ponerse fatal por dos motivos: primero, porque no es capaz de deducir si el inspector se está tirando un farol, y, segundo, por la puñetera pistola, cuyo cañón, desde el salpicadero, le apunta directamente. Sin embargo, a pesar de los nervios, el periodista se siente más vivo que nunca. Al menos, más que hace un rato. Porque lo que el Quitapenas desconoce es que la cocaína esnifada ha interaccionado con el mucho alcohol que circula por su sangre y ha desequilibrado su sistema dopaminérgico, que siempre pide más, sin límite. Más euforia, más placer, más acción, más, en el amplio sentido del adverbio de cantidad.

—Te puedo dar algo… —lanza el periodista para ganar tiempo—. Pero nada de paquetes de coca en el salón de mi casa ni más sorpresas. Y tienes que dejar que escriba algo que, al menos, agite el avispero. No puedo plantarme en el periódico y cancelar la

publicación de los artículos.

—Hasta que no escuche qué me ofreces, no puedo prometerte nada.

—Lola Barco…

Al ver la expresión de Téllez, el Quitapenas comprende que ha dado en el clavo. Tenía claro que el inspector sentía cierta aversión hacia la chica, pero no imaginaba que el desprecio llegara a ser tan intenso.

—¿Qué pasa con Lola?

Carbonell se detiene un instante antes de continuar, una pausa que desquicia a Téllez, que lucha con el impulso de alcanzar la pistola si Pepe no se decide a hablar. El periodista disfruta tensando el ambiente. Lo hace por capricho, por el subidón y porque le da la gana.

—La enfermera está involucrada en un negocio oscuro, con nombre de pila Meta y apellido Anfetamina. Planea adquirir una gran cantidad de materia prima de un conocido narcotraficante para luego distribuirla al por menor. Los jóvenes de Cádiz acabarán hasta arriba de pastillas —concluye, dejando volar su creatividad.

El fulgor gozoso de los ojos del inspector hace daño a la vista. Téllez siente un vértigo extraño provocado por un tsunami de alegría salvaje que casi lo ahoga.

—¿Tienes pruebas? —pregunta casi sin querer saber la respuesta.

El Quitapenas, periodista de raza, asiente con solemnidad. De inmediato, el inspector Téllez arranca el coche, rompiendo el silencio de la noche.

—¿Adónde vamos?

—Ahora mismo te vienes a comisaría a realizar una declaración jurada —contesta mientras inicia la maniobra—. Y ya te puedes ir olvidando de esos artículos de mierda que pensabas publicar.

—¿Qué demonios estás diciendo? —le espeta el Quitapenas, completamente fuera de sí, mientras agarra con fuerza el volante

para bloquearlo.

—Te lo diré de otro modo: denuncias a Lola o te empapelo. Te recuerdo que estás a una llamada de acabar en el trullo —le amenaza de nuevo mientras le muestra el móvil—. Pepe, eres un maldito borracho, hijo de puta, fácil de utilizar. Lo sabes, ¿verdad? Así que quita tu mugrienta mano del volante y mantén la boca cerrada hasta que lleguemos a comisaría.

En ese momento, algo dentro de Pepe Carbonell, conocido en todo Cádiz como el Quitapenas, se fractura. Su mente se desgarra y la realidad se retuerce hasta difuminarse. Ya no hay control, solo impulsos, solo sombras que lo devoran y lo empujan a reaccionar sin pensar. Actúa, pero no decide. Respira, pero no siente. Pepe deja de ser dueño de sí mismo.

El periodista traslada la mano izquierda del volante al salpicadero, trazando un arco perfecto mientras suelta un sonido gutural que pretende ser imponente, pero que, más bien, suena como el gruñido de un animal herido que intenta defenderse. Los dedos de la mano, a pesar de no ser zurdo, se aferran a la culata de la pistola con la precisión de un asesino a sueldo de los caros. El movimiento provoca la reacción inmediata del inspector Téllez, que se abalanza sobre el Quitapenas, o al menos lo intenta. Porque, cuando está a punto de agarrarlo por el cuello, suena un disparo que no llega a oír. La bala le abre un boquete en la frente y le atraviesa el cerebro. El estruendo de la detonación reverbera como un trueno que hace vibrar cada hueso del esqueleto de Pepe Carbonell y le detiene el corazón por un instante. El interior del vehículo huele a pólvora y a algo más cuando acaba la función. Toda la escena ha durado un segundo y medio. La cabeza de Téllez, apoyada contra la ventanilla, con el cuerpo desplomado sin alardes sobre el asiento, comienza a rezumar materia gris y rotula un surco perfecto en su cara.

33

El padre Vilches Sotano, de nombre Fabián, es un hombre tranquilo, con un vozarrón de esos que acumulan energía a medida que hablan, y al que le gusta el vino. Prefiere un ribera del Duero, en especial el Matarromera, antes que el caldo de la eucaristía, que simboliza la sangre de Cristo derramada. Para qué vamos a engañarnos.

A eso de las seis menos diez, el padre Fabián sale del portal del edificio en el que vive con la expresión dulzona y satisfecha de quien acaba de despertar de una siesta larga y reparadora. No le apetece dar misa. Además, seguro que acudirán los vecinos de siempre: los beatos diarios, que lo tienen tan visto que deben de saberse de memoria todos sus sermones.

Por si fuera poco, Vilches ha alcanzado una edad en la que no confía demasiado en el buen Dios. Sus ojos han visto demasiado y sus oídos han escuchado tanto que ahora considera que el crucifijo que le cuelga del cuello no es más que una superstición. La supuesta entidad amorosa y omnipotente le ha fallado en tantas ocasiones que le cuesta seguir creyendo en su existencia. Además, hoy en día las tentaciones del diablo parecen ofrecer placeres más inmediatos, lo que hace comprensible que, salvo algunos ancianos y algún joven desorientado, pocos sientan interés por asistir a misa.

En cualquier caso, en cuanto les diga a sus feligreses que se pueden ir con Dios, tiene pensado darse un pequeño homenaje en El Taller, un restaurante situado junto a la plaza Alta. Porque el padre Fabián sigue a rajatabla eso de que las penas, con pan, son menos penas.

—Buenas tardes, padre…

El cura da un respingo cuando escucha la voz. Concentrado como

estaba pensando en la corvina con arroz frito y el tartar de tomate que piensa zamparse en breve, el saludo lo saca abruptamente de sus pensamientos. El sacerdote vuelve la cabeza, y sus ojos se encuentran con un tipo grande, que no gordo, que le eclipsa su campo de visión, al que cree no conocer.

—¿Qué quieres, hijo? —le pregunta algo confuso.

El plan no es complicado: el Tanque debe manipular al padre Fabián para que se salte la media hora reservada a las confesiones. A simple vista, parece un objetivo sencillo, pero para alguien cuyos pensamientos ahora mismo atropellan su lengua, no lo es tanto. Pavony tiene pensado convencer al cura para que se siente a escuchar su triste historia con dos copas de vino de por medio. Qué menos.

—Padre, necesito que me escuche unos minutos —dice con una vergüenza apenas disimulada.

El sacerdote asiente de forma automática, con la obediencia de quien lleva toda la vida escuchando.

—Cuéntame, hijo… —le dice al tiempo que retoma su camino acelerando ligeramente el paso—. En media hora tengo misa y antes debo atender a los pecadores de turno. Algunos feligreses acumulan tantos pecados que no hay avemaría que los absuelva —añade mientras se frota una mano contra la otra—. Aunque también te digo que la mayoría no son malotes, pero tengo algún hijo de mala madre que, como no enderece su camino, se irá de cabeza a organizar barbacoas en el infierno. Que ya está bien de tanto tocar los cojones… —remata, riéndose de su propia ocurrencia.

—Joder, padre, me da que se ha pasado un poco —musita el Tanque, lo que provoca que el sacerdote se ría aún más fuerte.

—No te preocupes, hijo —dice, restándole importancia al comentario anterior con un ademán de la mano—. Es que la vejez me ha hecho perder la paciencia. Además, te aseguro que lo del infierno es pura superchería para asustar a los niños.

—¿Y Dios? —cuestiona, para darle palique.

—Bueno, no hace daño creer en una fuerza sideral omnipotente —contesta encogiéndose de hombros—. Ahora, si me preguntas por su existencia, ahí, hijo mío, nos movemos en arenas movedizas y terrenos oscuros. Pero, a todo esto, ¿qué quieres? —le pregunta, sin dejar de caminar hacia la parroquia—. Me imagino que no me has parado para que hablemos de teología.

A paso normal, se tardan algo más de cinco minutos en recorrer la distancia que va de la residencia del sacerdote a la capilla de San Isidro. Por suerte para el Tanque, el padre Fabián camina a paso de horquilla, y el espacio-tiempo se dilata como en el horizonte de sucesos de un agujero negro. A pesar de ello, debe actuar con prontitud, o su abuelo lo devorará como una planta carnívora insaciable. Así que, tras dudar un instante, apuesta por soltar lo primero que le viene a la cabeza, algo que siempre vende: el morbo. Y, si no, que se lo digan a Jorge Javier Vázquez.

—Padre… —dice al tiempo que detiene al cura con una mano firme en el hombro—. Me he enamorado de una monja del Hogar San José. Sé que puede parecer un desvarío, aunque le aseguro que no lo es. Solo hemos compartido un momento íntimo, pero ese instante fue suficiente para confirmar lo que siento. No es un capricho pasajero, es algo que me consume cada día, algo que no puedo ignorar ni apartar de mi corazón.

El Tanque conoce la residencia de ancianos gracias al Morta. Durante un tiempo, el muy cabrón trapicheó con recetas y medicamentos, aprovechándose de un amigo enfermero que trabajaba en el centro. Entre otros chanchullos usaban el timo del copago: al familiar se le pasaba mensualmente una factura que debía pagar que no incluía un desglose exhaustivo de las medicinas cobradas. De esta forma sacaban hasta cinco cajas de un medicamento —por ejemplo, Trankimazin— cuando, en realidad, solo era necesaria una al mes. Fácil, seguro y, sobre todo, lucrativo.

Ojiplático, el padre Fabián se lleva la mano al mentón para evitar que la mandíbula se le caiga al suelo. La mayoría de los días siente ganas de estrangular a los parroquianos que le hacen perder el tiempo con problemas absurdos y pecados mundanos. Pero una

historia de amor entre las Hermanitas de los Ancianos Desamparados… ¡Ay, Señor! ¡Eso es otra cosa! ¡Por fin algo de diversión! A este paso, se iba a morir de aburrimiento profundo.

—Padre, necesito consejo —dice, seguro de tener toda su atención—. No sé si debería pedirle que cuelgue los hábitos y abandone el camino que había elegido de servicio y dedicación absoluta a Dios. Pero hay un problema aún mayor en toda esta historia… Tengo pareja. Y, si no me equivoco, la Iglesia católica no tiene precisamente una postura favorable hacia la poligamia, ¿verdad?

El Tanque suspira, como si estuviera procesando el peso de su propia confesión, y añade con tono resignado:

—Y luego está el asunto de mis hijos, la responsabilidad que tengo con ellos y con mi actual mujer. Todo eso, con el sueldo de un fontanero. Porque, además, soy autónomo, padre. Y, en este país, ser autónomo es ser un desgraciado.

Sin decir nada, el sacerdote mira a un lado y a otro en busca de un bar abierto; las emociones siempre le dan sed. La cafetería Correos, la más cercana, está cerrada. Así que decide que lo mejor será poner rumbo a la plaza Alta para tomarse un vino allí hasta que abra El Taller. «Qué coño —piensa—. Hoy no hay confesiones ni misa. ¿No dice el Génesis que hasta Dios descansó el séptimo día? Pues eso, que yo los domingos hago turno doble». Quién se lo iba a decir, cuando despertó de la siesta, que al final hoy iba a ser un buen día…

—Hijo, vamos a hacer una cosa —dice el padre Fabián mientras lo toma del codo—. Me acompañas a la plaza Alta y ahí me cuentas la historia con todo lujo de detalles. Eso sí, delante de un buen vinito. Y, por cierto, hijo mío, ¡menudo donjuán estás hecho! —añade, con una sonrisa amistosa.

—¿Qué quiere que le diga, padre…? —se disculpa el Tanque, satisfecho por haber embaucado al sacerdote tan fácilmente—. Me llamaron para reparar una fuga en una tubería de agua fría. La coincidencia nos unió, y bueno, una cosa llevó a la otra…

El padre Fabián cierra los ojos, niega con la cabeza y, acto seguido, le lanza un gesto de exasperación que no engaña a nadie. Está claro que el cura se lo está pasando en grande.

—Venga, anda, que te voy a dar yo a ti fuga…

El cura se aferra al brazo de Pavony y ponen rumbo a la plaza Alta. El Tanque, ajeno a todo, ni siquiera sospecha que, a sus setenta y ocho años, el padre Fabián solo se deja engañar cuando quiere. En el preciso instante en que decidió abordarlo, el sacerdote ya había tomado las riendas de la situación. Porque, al fin y al cabo, más sabe el diablo por viejo que por diablo, aunque lleve sotana.

Mientras el Tanque hablaba, el sacerdote había aprovechado para explorar con genuino interés los ojos del muchacho, descubriendo en ellos la llama de la desesperación, tan intensa como evidente. La de un joven que libra una batalla interna demasiado feroz para afrontarla solo. Así que, a pesar de su creciente pérdida de fe, el cura respiró hondo y decidió, en ese momento, que quizá aún no era tarde para salvar a aquella alma rota. Porque, aunque le joda admitirlo, el padre Fabián es, en esencia, un buen cura.

Al mismo tiempo, el padre Paulino, tan metido en su papel que casi se ha ordenado a sí mismo, se dirige, solícito, al confesionario. La pequeña iglesia, salvo por un par de abuelitas sentadas en los bancos, no está precisamente animada. Días antes, uno de los hombres del viejo había pasado la jornada ultimando los preparativos y revisando a conciencia las posibles rutas de escape, por si las cosas se torcían. Entre otros detalles, le aseguró que rara vez asistían más de quince ancianos a misa y que Vázquez Quintana siempre era el primero en confesarse.

Con los nervios a flor de piel, Paulino se acomoda en el confesionario, rebosante de energía contenida. No puede esperar a que llegue la hora de encajarle un tiro en la cabeza al comisario.

Sin embargo, para Vázquez Quintana, la jornada no ha salido como esperaba. Pero para bien. Antes de que el sol despuntara, la interceptación de una goma de catorce metros de eslora con dos mil litros de combustible a bordo —que en el agua, a más de cien kilómetros por hora, se asemeja a un misil tierra-aire— le ha consumido toda la mañana.

La embarcación, detectada por el SIVE de la Guardia Civil mientras navegaba a gran velocidad muy cerca de la costa, intentaba desembarcar dos toneladas de hachís en la playa de La Alcaidesa, junto a La Línea de la Concepción. Al detectar la presencia policial, el piloto, de farlopa hasta las orejas y con el cerebro tan frito como el pollo del KFC, ha perdido el control. Cuando las sirenas de los vehículos policiales han comenzado a sonar, el hombre se ha lanzado al agua al grito de «¡Que vienen los maderos!» y ha dejado que la lancha encallara en la playa. Es lo que tiene ir a trabajar con un colocón de los que hacen afición: das la nota, por muy profesional que seas. El caso es que, a pesar de que el juez del juzgado de instrucción tenía prisa porque jugaba al golf en Sotogrande con el alcalde de Algeciras a eso de la una, y debido a que, tras las primeras diligencias, se han realizado hasta cinco registros en distintos pisos de La Línea, Algeciras y Los Barrios, el comisario ha tenido que posponer la confesión diaria.

De modo que, a eso de las siete menos veinte, Paulino, que lleva un buen rato cagándose en el cielo, en el infierno y en todos los apóstoles agazapado en el confesionario, ve entrar a un sudoroso Vázquez Quintana por la puerta de la iglesia. El comisario consulta el reloj un instante y toma asiento en uno de los bancos, cerca de un anciano que parece arrastrar las secuelas de un ictus. La edad media de los asistentes a la misa supera con creces la de muchos cementerios.

«No queda otra —piensa Paulino mientras aprieta los puños—. Compórtate y da una misa como Dios manda», se anima en silencio mientras sale de su escondite. Sin dejar de sonreír, muy metido en

el papel, se encamina cabizbajo hacia el altar. Una vez allí, Paulino, con la estola de sacerdote alrededor del cuello y la pistola estratégicamente asegurada en el cinturón, lista para extraerla por la apertura lateral de la sotana, levanta la mirada y se dispone a comenzar. Antes le reza al Dios de los desalmados para que, a pesar de no acercarse al confesionario, el comisario decida recibir la eucaristía. Porque ese será el momento propicio para reventarle el cerebro. Con las manos devotamente entrelazadas —ese gesto le parece muy de cura—, Paulino cuenta unas dieciocho personas, entre ellas el abuelo del ictus y Vázquez Quintana. Llegado el momento, no cree que ninguno de los asistentes le dé problemas. De hecho, el viejo del ictus, con su cara descolgada, parece el más despierto de todos. Los demás da la sensación de que dormitan o de que están a punto de que los desenchufen de la vida.

—Hermanos… —comienza, intentando contener la risa por los nervios y la tensión—. El padre Fabián se sentía indispuesto y ha decidido quedarse en casa descansando. Mi nombre es Paulino. Soy sacerdote en otra parroquia, pero esta tarde oficiaré la misa.

El viejo observa un instante y nota que su público muestra menos reacción ante la noticia que un puñado de lápidas, incluido el comisario. Sin embargo, justo cuando va a comenzar la homilía, o lo que fuera que estuviera a punto de decir, escucha un «A estar como una cuba se le llama ahora "indispuesto"», procedente de una viejita que, sentada en primera fila, parece haber revivido. Los otros ancianos rompen a reír ante la ocurrencia. Incluso al comisario se le escapa una sonrisa cansada. «Por su cara, está claro que está deseando salir pitando de aquí», piensa Paulino desde el altar.

La última vez que fue a una misa no era más que un chaval, y Franco gozaba de una estupenda salud. Así que decide que lo mejor es no extenderse en el sermón y meter mucho «Amén» y «Palabra de Dios» por en medio. Antes de comenzar, Paulino se afloja el alzacuellos con el índice, por eso del miedo escénico, mira uno a uno a todos los feligreses y comienza a oficiar una misa en versión reducida.

Que si «Queridos hermanos», que si «Recemos juntos el padrenuestro», que si «La paz os dejo, mi paz os doy», que si «No tengas en cuentas nuestros pecados» o el padre Paulino se enfadará, que si «Líbranos, Señor, de todo mal» por la cuenta que te trae, que si «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»…

Conforme va soltando su batiburrillo de pasajes inconexos —aunque, eso sí, con mucha grandilocuencia y el ceño profundamente fruncido—, todos en la iglesia escuchan con la cabeza gacha, más por vergüenza ajena que por otra cosa. Solo la viejita de la primera fila lo observa con fijeza, negando incrédula con la cabeza.

—Bueno… —dice Paulino, impaciente, cuando decide que ya está todo hecho—. Pues ahora vamos a pasar a lo del pan y el vino. Sé que muchos de aquí sois pecadores que no merecéis el perdón, pero hoy Dios me ha dicho que se siente generoso y que espera que todos comulguéis. Así que, por Cristo, con Él y en Él, ya podéis ir haciendo una fila ordenadita y vamos al lío.

Los ancianos se miran unos a otros, confusos, sin saber muy bien qué hacer. El comisario observa la escena divertido y se encoge de hombros ante la mirada interrogante del abuelo del ictus. En esa puñetera ciudad, a Vázquez Quintana ya no lo asombra casi nada. El comisario atribuye el comportamiento errático del padre Paulino al consumo de algún placer prohibido o al abuso de cualquier medicamento para el insomnio. Porque, donde caben dos miligramos de lorazepam, caben cinco, y hacemos barraca. Y, visto cómo está el mundo, ¿quién es él para juzgarlo? Bastante tiene con lo suyo. Además, que de los sacerdotes viciosos se encargue Dios, ¡qué cojones! Bastante tiene él con lidiar con lo que ocurre en la calle. Mientras se va formando la fila en el pasillo que queda entre los bancos, Paulino, dubitativo, corre hacia la sacristía.

—¡Me cago en Dios… hoy es mi día de suerte! —exclama por lo bajo cuando encuentra las hostias de pan, el vino y el cáliz preparados sobre una mesa. De inmediato, arrepentido del exabrupto, se santigua y le da un viaje a la botella de vino.

—Perdona, Dios, por haberme cagado en ti… Me pudo la emoción —se disculpa, por pura y sincera superchería, mirando un segundo al techo mientras rellena el cáliz hasta casi el borde—. De todas formas, que sepas que pienso matar a ese comisario cabrón, por mucho que te joda. Sé que no lo apruebas, pero tu opinión sobre lo que hacemos aquí abajo me importa tres carajos. Ya si eso, cuando la palme y nos veamos cara a cara, arreglamos cuentas. Que lo mismo te sale a ti a pagar.

Bufando y resoplando como un ballenato en una piscina infantil, regresa con el cáliz y las hostias que espera repartir. En el camino, derrama la mitad del contenido de la copa sagrada sobre la sotana. La abuelita, sentada en la primera banca, niega de nuevo con la cabeza y suelta entre dientes un «lamadrequeparióalcuraeste» y un «esmástontoquehechodencargo» que resuena en la capilla más de lo que ella pretendía. En la fila ríen, y Paulino frunce tanto el ceño que da la sensación de que no habría bótox en el mundo capaz de regresar a su sitio el músculo corrugador superciliar.

—No pasa nada… —dice al ponerse frente a la fila—. En el mundo del vino, derramarlo es siempre buena señal, símbolo de alegría y buena suerte —añade mientras esboza una sonrisa de caimán del sur de Luisiana que intimidaría a los protagonistas de la serie *Cazadores del pantano*.

Luego mueve los labios en silencio, como si estuviera orando, eleva las hostias con la mano derecha y el cáliz con la izquierda. Dibuja un signo de la cruz que, más que ceremonial, parece un torpe intento de ahuyentar moscas. Terminado el paripé, se acerca la copa de plata a los labios y, con dos largos tragos, la vacía. «Pues no saben nada los curas, con sus puñeteros ritos —piensa mientras apura la última gota—. Poco trabajo, vino gratis… y, además, si no me falla el paladar, de sangre de Cristo esto no tiene nada. Esto es Matarromera. ¡Coño con el curita!».

Sin detenerse en más reflexiones, se seca los labios con el dorso de la mano y deja el cáliz a sus pies, como si estuviera de botellón en la fiesta de la primavera. Curados de espanto, los feligreses se acercan uno a uno a recibir una oblea en sus lenguas extendidas,

que a Paulino le parecen un híbrido entre un trozo de lija y un trapo viejo. Vamos, que le producen un profundo repelús. Por eso deja caer el pan consagrado con el mismo cuidado con el que un borracho introduce una moneda en una máquina tragaperras: ninguno. Cuando a la abuelita protestona de la primera fila le llega el turno de comulgar, intenta morderle los dedos con su espléndida dentadura postiza. Paulino, que la ve venir, retira la mano justo a tiempo y le dedica una sonrisa triunfal. Sin embargo, se le desvanece al comprobar que el comisario se ha demorado en incorporarse a la fila y que ocupa el último lugar.

Gotas de sudor frío comienzan a perlar la frente del falso sacerdote mientras la fila avanza a paso de tortuga. A pesar del vino, su boca se ha convertido en un secarral y su respiración suena como el motor de un tractor viejo. Es un tipo fuerte, pero hasta al más duro se le pega a la piel el nerviosismo ante un desenlace incierto. Entre una cosa y otra, ha bebido demasiado, y se le empiezan a nublar los ojos. Quedan cuatro personas antes de que le toque el turno al comisario. «Puto calor que da esta sotana de mierda», maldice en silencio; nota el sudor que le corre por la espalda y las piernas. Para animarse, piensa en el revolcón que espera darse con la cubana del Brisa Nocturna, que aún se le resiste. «De esta noche no pasa», se dice. Pero ni por esas. Ahora quedan dos antes de que comulgue el comisario: un anciano con pinta de pirata jubilado, por el parche que le cubre el ojo derecho, que camina con la ayuda de un andador, y el abuelo de la cara paralizada por el ictus.

Con el pirata acaba rápido. Paulino le da la oblea en la mano y lo despide con un «vayaconDios» que suena a «quítatedenmediocojones». El del ictus se emperra en comulgar como Dios manda. Pero, entre la desviación de la boca, la parálisis facial y la falta de tino, el falso cura tarda casi un minuto y tres hostias en hacer canasta. Un desastre de proporciones bíblicas.

El caso es que, cuando le llega el turno a Vázquez Quintana, de repente todo regresa a su sitio. El cuerpo de Paulino se relaja, la niebla desaparece de sus ojos y cae en trance al ver de cerca a su

objetivo. Entonces todo empieza a suceder como a cámara lenta. El comisario, plantado frente a él, extiende la lengua, esperando recibir el cuerpo de Cristo. Al mismo tiempo, Paulino deja caer las obleas restantes al suelo mientras echa mano a la pistola, que saca sin dificultad a través de la sotana.

«Menudo gilipollas estoy hecho. Me va a matar un cura», piensa Vázquez Quintana cuando ve el interior del cañón del arma apuntando a su frente y los ojos refulgentes de odio de un sacerdote, que evidentemente no lo es, a punto de disparar. Y cuando Paulino aprieta el gatillo, se produce el milagro. La Ruger Max de 9 milímetros es una pistola fina, ligera y segura, con una impresionante capacidad para doce balas más una en la recámara. Es un arma ideal para llevar oculta, equipada con un seguro que hay que accionar antes de ponerse a pegar tiros. Pues bien, como a un niñato recién salido de menudear con hachís en la plaza del pueblo, verde como una aceituna, al que le han dado su primer encargo grande, a Paulino se le ha pasado por alto quitar el seguro. Pasmado ante su error de novato, el viejo patriarca se queda paralizado mientras se le encoge el corazón, la garganta, el estómago y los testículos al mismo tiempo. Vázquez Quintana reacciona. Se impone una respuesta cargada de pura agresividad.

De un manotazo, le arranca la Ruger, que cae y se desliza por el suelo pulido de la iglesia. Acto seguido, el comisario salta como un luchador de *Pressing Catch* sobre el falso sacerdote y le propina un puñetazo en la cara que suena a hueso roto y puro dolor. Ahí debería haber terminado todo, con un *knockout* de manual que firmaría el Mike Tyson de finales de los ochenta. Pero Paulino, viejo y duro como un ficus centenario que ha soportado tormentas, sequías y el peso de los años sin ceder un milímetro, lejos de caer, se traga el puñetazo con un gruñido ronco. Luego da un par de pasos hacia atrás para ganar distancia. A lo largo de su vida le han pegado mucho más fuerte y sabe cómo aguantar un directo al pómulo sin caer: con huevos y absorbiendo el impacto, acompañando el golpe del adversario para atenuar su efecto.

El viejo digiere el golpe mientras el comisario, decidido a atacar

de nuevo, se prepara para avanzar. Sin embargo, Paulino saca de la sotana una navaja de las de dar miedo que lo detiene en seco. Una ola de rabia inunda a Vázquez Quintana al ver el arma que brilla frente a él. Consciente del peligro inminente, el comisario intenta alejarse del alcance de la navaja y retrocede con cautela. Pero el azar le juega una mala pasada y tropieza con el cáliz, que ha rodado por el suelo, lo que le hace perder el equilibrio. Vázquez Quintana se cae hacia atrás y se golpea la cabeza con uno de los bancos en un impacto seco. «Parece que, después de todo, Dios está de mi parte», piensa Paulino mientras una sonrisa enloquecida, apenas perceptible, se le dibuja en el rostro. Sin perder un instante, el viejo se catapulta sobre el comisario, que yace semiinconsciente e indefenso en el suelo.

La reverberación del disparo contra las paredes de la iglesia provoca dos desmayos, una angina de pecho y algunos vítores entre los feligreses, que se han refugiado donde han podido o se han tumbado en el piso. Alguno que otro ha vaciado el contenido del estómago, por qué no decirlo, y ha dejado en el ambiente un exótico olor a mezcla de vómito y pólvora.

De pie, firme como si aún tuviera veinte años, con las piernas abiertas en una uve invertida y las rodillas un tanto flexionadas, hasta donde la artritis se lo permite, el viejo del parche en el ojo empuña la Ruger humeante con la mano derecha. La bala ha atravesado la sien derecha de Paulino y, literalmente, le ha reventado los sesos. Su cuerpo, inerte y desmadejado, ha caído sobre los primeros bancos de la iglesia.

Desde el suelo, bajo los efectos de una incipiente conmoción cerebral, el comisario levanta la cabeza con esfuerzo y observa al viejo pirata que le ha salvado la vida. El anciano, con calma, ajusta la pistola bajo el cinturón, se endereza con solemnidad y realiza un saludo militar. Por un instante, Vázquez Quintana cree que el viejo levita, como si un vendaval de satisfacción lo elevara varios centímetros por encima del suelo.

—Se presenta el caballero legionario de primera Benítez —anuncia con la voz quebrada, cargada de emoción y años—.

Veterano de la guerra de Ifni, en África Occidental Española, donde perdí la virginidad… y un ojo.

Tras la presentación, el viejo legionario Benítez se deja caer sobre el asiento de su andador de cuatro ruedas y resopla por el esfuerzo. En ese momento, el comisario Vázquez Quintana decide que lo mejor que puede hacer es perder el sentido. Y lo hace.

34

Lola intenta no pensar, pero la situación se ha complicado tras leer el maldito periódico. Ahora resulta que, de la noche a la mañana, el Quitapenas se ha convertido en un periodista digno de un Premio Pulitzer. Siempre en el lugar adecuado, como si la noticia lo buscara. El alivio gozoso de quien sabe que ya no hay marcha atrás le ha desaparecido en un santiamén al abrir la web del *Diario de Cádiz*. Y el miedo, que la ha perseguido durante todo el día, al fin le ha dado alcance, transformándose en pánico. Uno que se ha instalado en su cerebro como si fuera un chillido vidrioso. No sabe cómo tomarse la noticia del asesinato de Téllez. Ya sea por lo que se le viene encima en unas horas o por lo inesperado de la muerte, las emociones por el fallecimiento del policía no le salen, y eso la avergüenza. Que sí, que es una emoción, pero en este caso no cuenta. Contarían la pena, la aflicción e incluso el dolor, pero no le salen, coño. Además, desde que el miedo le ha echado su frío brazo por encima, en su cabeza no hay lugar para nada más.

Si uno se atiene a las líneas del artículo firmado por el Quitapenas, al parecer, Téllez estaba involucrado en asuntos turbios. El periodista no lo dice de forma explícita —nada nuevo—, pero tampoco hace falta ser Colombo para intuir que la ejecución de un inspector de un tiro en la frente es un ajuste de cuentas. No sería extraño que el responsable de semejante atrocidad fuera un chaval sin cerebro metido a narco, de los muchos que campan a sus anchas por la provincia. Antes no se mataba a nadie si no era estrictamente necesario, y las fuerzas del orden eran intocables. Ahora, sin embargo, no se respeta nada. La vida vale menos que un gramo de coca.

Lola jamás ha sostenido una pistola, hoy será la primera vez. Aunque lo tiene decidido, está cagada de miedo. Raíllo le ha

conseguido una Glock 17 (el nombre le suena a mueble de Ikea), por la que le ha pagado seiscientos euros. Según él, una ganga para una pistola de ese tipo sin marcar. Al entregársela, le ha dado un cursillo exprés: «Quita el seguro y dispara al bulto. No pierdas el tiempo en apuntar o estás muerta. Es todo lo que debes saber». Al acabar la escueta explicación, Lola no ha podido aguantarse las ganas y le ha preguntado qué se siente al disparar a alguien. Raíllo ha sonreído y le ha soltado un «No quiero arruinarte la experiencia» que la ha dejado con el cuerpo cortado. Después ha venido lo del asesinato de Téllez, que ha acabado de asestarle el golpe de gracia, para qué vamos a engañarnos.

Es media tarde. En Tarifa sopla un viento de levante de esos que arrastran hasta las piedras. Sentados en la cafetería La Tarifeña, frente al puerto, Lola y Raíllo permanecen absortos en sus pensamientos. La enfermera y el exlegionario han recorrido los escasos sesenta kilómetros que separan Barbate del municipio situado en el extremo más al sur del país casi sin intercambiar palabra. Se suponía que el Quitapenas los iba a acompañar, pero, al no dar señales de vida, Raíllo decidió no esperar. «Mejor así. Este Pepe no sirve ni para esconderse», sentenció mientras se ajustaba el cinturón de seguridad dentro del Seat León. A partir de ahí, silencio.

Lola bebe a sorbos una manzanilla —una infusión, que no está el cuerpo para mucha feria— mientras lucha contra sus miedos. Su mente va demasiado deprisa, y no logra bajarla de revoluciones. Por su parte, Francisco Raíllo va por su segunda copa de Anís del Mono y parece tan alterado como el presentador de *Top Gear* segundos antes de subirse a un coche de autoescuela dispuesto a sacarse el carnet. La reunión con el Francés es a las nueve de la noche, en apenas dos horas, y el exlegionario prácticamente no ha abierto la boca. Lola se pregunta si tanta droga le ha dejado como secuela un pequeño retraso, porque no es normal ese cuajo mientras ella chisporrotea como un cable de alta tensión a punto de romperse en plena tormenta.

—¿Cómo lo haremos? —pregunta, incapaz de contenerse—. Porque imagino que tendrás un plan, aunque sea el peor del mundo. Aquí el experto eres tú. Yo soy una mera aprendiza… —acaba, sin disimular su nerviosismo.

Raíllo apura la copa de anís y esboza una sonrisa. Está sentado a la derecha de Lola, así que la enfermera solo alcanza a distinguir la mancha oscura de su rostro. «Es como estar frente a la cara oculta de la luna», piensa Lola mientras un escalofrío le recorre el cuerpo.

—Mira, niña… —le dice mirando al frente—. Ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. ¿A quién quieres engañar? Tú y yo estamos aquí para lo mismo…

Lola sorbe la manzanilla, busca ganar tiempo. Se siente como si llevara una bomba atómica en su interior, a punto de estallar y desintegrar su cuerpo en millones de partículas.

—Pues ya me dirás para qué hemos venido, si no es para negociar una compraventa y jugársela al Francés —responde la enfermera, esforzándose por mantener la voz firme—. Pactamos las condiciones en su momento, así que no te eches atrás. Te has llevado un jugoso porcentaje del dinero de mi hermano por organizar esta reunión, y me parece justo. De hablar con el comisario Odraizola para arreglar la detención del Francés el día de la entrega de la mercancía me encargo yo. No creo que le moleste una propuesta inesperada para atrapar al mayor narco de Andalucía a cambio de un acuerdo de inmunidad. Y, por supuesto, el Quitapenas tendrá su historia… Al final será cierto eso de que todos los tontos tienen suerte.

Raíllo enciende un cigarro en silencio y exhala una densa nube de humo blanco. Lola intenta buscar un nuevo argumento, pero no se le ocurre nada. Tras la segunda calada, el exlegionario vuelve la cara y la observa con una expresión socarrona, una calma que a la enfermera le resulta tan irritante como ofensiva. La mitad del rostro, limpio de manchas, exhibe un congestionado tono bermellón.

—Mira, chiquilla, déjate de monsergas —gruñe con voz áspera—.

Hemos venido a matar a ese cabrón del Francés. Porque se cargó a tu hermano, porque su existencia arrastra a inocentes, como mi hijo, al sufrimiento y porque nos da la puta gana. Punto. Y, para que lo sepas, quizá no salgamos vivos. Así que más te valía haberme dicho la verdad desde el principio. Te habría ayudado igual.

Lola alza la mirada al cielo y suspira. Aunque ya ha oscurecido, la temperatura se mantiene agradable. A pesar de que el levante en el Mediterráneo suele ser un viento fresco, en Tarifa ocurre lo contrario: llega cálido y seco tras atravesar el Parque Natural del Estrecho. Sin embargo, a la enfermera se le congela la entereza en un instante. Probablemente porque Raíllo, al verbalizar lo que hasta ahora no era más que una idea distorsionada en su mente, la ha convertido en realidad. Lola se había aferrado a una imagen de sí misma valiente y vengadora que de repente le parece inverosímil. Es fácil imaginar que vas a matar a alguien, pero acaba de entender que segar una vida humana no es como sacrificar un pavo para la cena de Navidad.

—No sé si seré capaz… —balbucea.

Después de un año, por fin se derrumba. Es tarde, no quedan más clientes en la cafetería. Durante unos interminables minutos, solo se oyen los quedos y desesperados sollozos de la enfermera. Raíllo, con el cuerpo dolorido por la maldita enfermedad, se revuelve incómodo en la silla. No le agradan los lloros ni los gemidos fuera de lugar, pero Lola no le cae del todo mal, así que la deja hacer. Dentro de esa mujer hay algo roto que acaba de hacerse añicos, y necesita recomponerse con urgencia.

—Lola… —le dice con cierta suavidad.

La enfermera levanta la cabeza que había enterrado entre las manos y lo mira con ojos llorosos. Si no recuerda mal, es la primera vez que el exlegionario la llama por su nombre.

—Olvídalo…

—¿Cómo? —pregunta mientras se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—Que olvides todo lo que te preocupa y te tiene distraída —responde con una mirada tranquilizadora—. Mira, niña, es normal que estés nerviosa. Esto no es como disparar a un mondadientes en la feria con un rifle de perdigones para ganar un peluche. He visto a hombres como castillos derrumbarse en situaciones como esta. Pero, en realidad, es simple. Cuando llegue el momento, no pienses: aprieta el gatillo, y la pesadilla pasará en un par de segundos.

El estómago de la enfermera es un amasijo de nervios, bilis y ganas de vomitar. Pero es capaz de reconocer que resurge el deseo por acabar con la basura que tanto daño le ha causado el último año.

—¿Y cómo sabré cuándo es el momento? —pregunta apretando los labios, con un nubarrón negro instalado en su mirada turbia.

Raíllo sonríe, se inclina y le apoya una mano firme en el hombro antes de susurrarle:

—Ah, niña, eso es fácil. Lo sabrás porque yo dispararé primero.

Son las nueve de la noche. A esta hora, en la pequeña carretera que une la Isla de las Palomas con el pueblo, la humedad se pega a los huesos. El islote y su camino de acceso marcan la línea divisoria entre el mar Mediterráneo y el océano Atlántico. A un lado de la carretera, protegida por formaciones rocosas, se encuentra la conocida popularmente como Playa Chica, desde la que, en los días despejados, se puede ver la costa de África. Al otro lado del istmo, en la parte atlántica, comienza la inmensa Playa de los Lances. En este punto privilegiado, situado justo en el extremo más meridional de la península ibérica, seis personas nerviosas, con las armas cargadas y dispuestas a usarlas, se miden con la mirada. El Francés ha llegado puntual a bordo de un Bentley Continental negro como la noche. Un vehículo para marcar distancias, impresionar y dejar claro a todos los presentes quién la tiene más larga.

«Voy a morir aquí —no deja de pensar Lola mientras envuelve con la mano derecha el pequeño crucifijo que le cuelga del cuello,

regalo del Tanque—. Voy a morir aquí, y estos tíos tirarán mi cuerpo a la playa».

Lola lleva todo el dinero en una bolsa de deporte que ha dejado en la carretera. A esa hora, el lugar está desierto, salvo por una gaviota que, apoyada en uno de los bancos de hormigón que delimitan la carretera, observa el extraño encuentro con ojos curiosos. Acompañando al Francés, que viste un impecable traje de lino azul marino, hay un tipo enjuto, de nariz afilada y rasgos árabes, que no deja de sonreír. La cara de estar más loco que una cabra no se la quita nadie. Por su parte, a Pierre no se le ve de humor. «Para ser francés, con esa calva y ese bigotillo franquista parece nacido en Albacete», piensa Lola, que no le quita ojo. Raíllo, a diferencia de la enfermera, centra su atención en el árabe, que mantiene los brazos cruzados sobre el pecho. Ha intuido de inmediato que es el peligroso. No tiene duda de que los dedos de una de esas manos están acariciando la culata de una pistola escondida bajo la chaqueta, en una funda sobaquera. Muchos años y mucha mala leche como para que se le escape ese detalle. El exlegionario parece cómodo con la escena, más propia del famoso tiroteo en el O.K. Corral que de un intercambio comercial, por muy ilegal que sea.

Lola y Raíllo se han situado en medio de la carretera, frente al Francés, separados por unos diez metros, siguiendo las instrucciones del exlegionario. «No hay que estar demasiado cerca —le dijo a la enfermera mientras llegaban al punto acordado—. Intentemos no ser un blanco fácil. Cuando dispares, dirige la bala con la mirada y los huevos; de ese modo, seguro que aciertas. Y no te preocupes por nada más, ¡me cago en mi puta vida! Palabra de legionario».

—¿Empezamos?… —pregunta Raíllo con voz cavernosa.

Le responde el sonido del motor de una Mercedes Vito blanca que se aproxima. La furgoneta se detiene en un claro de arena frente a la Playa Chica. Lola contiene la respiración al oír que se abren las puertas del vehículo. De su interior desciende una pareja, lista para unirse a la fiesta. Un hombre, ataviado con un llamativo

chándal Gucci de discreta elegancia, y una mujer morena, de una belleza que quita el hipo, comienzan a caminar hacia ellos. La sonrisa radiante de él contrasta con la seriedad y la mirada desafiante de ella.

El viento no deja de rugir, cada vez más fuerte. La violencia de las ráfagas, que abofetean a la enfermera, en ocasiones le hace perder el equilibrio. El mar está picado, y parecen flotar en él un millón de flores blancas de espuma. La velada se presenta turbulenta. La calidez del levante ha pasado a mejor vida, y el relente cala como si lloviera. «No hace una noche para contrabandear», piensa Lola con los nervios crispados.

Visto desde fuera, el paisaje, en la frontera entre dos mundos, es de un dramatismo extraordinario e indomable. Desde dentro es otra cosa. Desde dentro, la enfermera no puede dejar de preguntarse por qué narices no han quedado a las doce de la mañana para tomarse una caña.

—Vaya, creo que llegamos tarde… —anuncia el hombre del chándal mientras se sitúa a la izquierda de Lola, en el margen atlántico de la carretera—. Gracias a Dios que este pueblo es pequeño y no me he perdido. Que digo yo, que, si hubiéramos mantenido la reunión a mediodía, cerveza de por medio, tampoco habría estado mal, ¿no? —añade mientras exhibe una amplia sonrisa e intenta ordenarse con las manos el ralo cabello revuelto por el viento.

Por un instante, la enfermera siente un ramalazo de simpatía por el desconocido. Solo por un instante. Raíllo aspira fuerte y, con voz ronca, dice algo parecido a «suputamadre». La mujer lo mira. El Francés y su acompañante permanecen expectantes, tranquilos y confiados. «Como cualquier depredador que se precie de serlo y de caza nocturna», piensa el exlegionario. Sin darle más vueltas, decide empezar el juego a las bravas.

—Traemos el dinero… —anuncia con voz de trueno—, pero, antes de entregártelo, necesitamos que nos garantices que vamos a recibir la mercancía.

—Él es la garantía… —le espeta el árabe, señalando con la cabeza al Francés—. Esa es la razón por la que la mayoría de los capos de la droga quieren trabajar con nosotros, no con otros proveedores, aunque seamos más caros que el resto. Imaginaba que el Piraña os habría dejado claro ese aspecto.

Este, que continúa peleándose con el pelo, asiente con la cabeza antes de contestar:

—A ver, ante todo, no perdamos la calma… —dice en un tono que pretende ser conciliador—. Creo conocer bien a Francisco Raíllo, y es un tipo de fiar. Pertenece al clan de los Osuna, y ese dato habla por sí solo. Su petición de garantía es lógica, con tanto dinero en juego, más allá de que la reputación del Francés avale cualquier transacción. Pero vivimos tiempos extraños que requieren de medidas excepcionales.

Ana María mira a su hombre con una mezcla de sorpresa y admiración. Nunca hubiera pensado que su marido pudiese manejar una situación tan tensa con tanta brillantez. Es una mujer inteligente, sobrada de carácter, y quizá de un tiempo a esta parte se ha excedido a la hora de condenar los actos de Luis. Pero ese miedo, que solo siente quien tiene mucho que perder, en ocasiones la lleva a comportarse de forma irracional. Por ese motivo está a su lado con el corazón a mil y el estómago revuelto, a más de cien kilómetros de sus hijos. Si vuelven a detener al Piraña, se enfrentará a una condena larga por culpa de priorizar el trabajo. Con cuatro hijos y un marido en prisión, la vida perdería el sentido.

—Si no te basta con mi presencia hoy aquí, espero que contar con la participación en el negocio del jefe de la Benemérita en el puerto de Algeciras y del inspector jefe de la UDYCO Bahía de Cádiz sea suficiente para ti —se adelanta a responder Vilda—. Y todos esos gastos en sobornos corren por mi cuenta…

Raíllo sacude la cabeza con desagrado. Su sexto sentido, que rara vez comete errores, se activa y le advierte que el hombre del traje azul, calvo, con bigote y mejillas caídas, no es el famoso narcotraficante. El exlegionario se frota la barbilla, como si

reflexionara. Nunca ignora su instinto, jamás, en ninguna circunstancia. El tono altivo al hablar y el aspecto físico del hombre, propio de un guardia civil de otra época, han encendido todas las alarmas en su cabeza. La advertencia está clara: más pronto que tarde, le tocará desenfundar el arma que lleva sujeta al cinturón, justo en la base de la columna vertebral. Y más le vale acertar, porque el tufo a miedo que desprende Lola le hace preguntarse si, al final, la mujer estará preparada para apretar el gatillo.

El exlegionario no está dispuesto a que el cáncer termine pudriéndolo en la cárcel. Su instinto, ese viejo cabrón, vuelve a susurrarle: «El alijo de meta se ha torcido y el Francés, antes de que lo procesen, ha llegado a un acuerdo con la fiscalía para reducir su condena». Ni él, ni el Piraña ni, por supuesto, la enfermera son un premio gordo. Pero quién sabe a cuánta gente podría mandar el Francés a la cárcel si se lo propusiera. Sin excepción, todos los narcotraficantes acaban cayendo. Solo es cuestión de tiempo. Y, cuando caen, siempre intentan cerrar acuerdos con la policía, los jueces o la fiscalía. Excepto los narcos cegados por la soberbia, que terminan muertos en el patio de una cárcel. Sin embargo, el ciclo vital del negocio de la droga es incansable e insaciable, y, antes incluso de que todas las partes estrechen las manos, un nuevo narco estará ocupando el territorio del compañero caído. ¿Que si está en lo cierto? No lo sabe ni le importa, porque habla su instinto, y eso son palabras mayores.

—Entonces… ¿todos de acuerdo? —pregunta el Piraña al tiempo que señala a Raíllo y a Lola con la cabeza.

Luego dirige la mirada al Francés y su compañero e intenta transmitirles tranquilidad. El Piraña está asustado, como su mujer, pero, con los años, ha aprendido a reconducir ese acogotamiento y transformarlo en confianza.

—Mis cojones de acuerdo…

La voz de Raíllo suena como el rugido de un camión. El estampido del disparo que le sigue retumba como un trueno en mitad de la noche. De repente, Lola siente que el mundo a su

alrededor se vuelve lento y pegajoso, como sumergido en alquitrán. El proyectil corta el viento con un silbido y da de lleno en la rodilla izquierda de Vilda.

—¡Me cago en sus muertos! —aúlla el guardia civil, que se precipita al suelo con la rótula hecha pedazos.

En la caída, astillas de hueso blanco salpican la oscuridad. Tirado sobre el asfalto, Vilda se retuerce de dolor mientras se agarra la rodilla con las manos.

—¡Hijo de puta! —grita apretando los dientes de rabia y echando espumarajos de saliva por la boca.

Durante un par de eternos segundos, nadie mueve ficha. El disparo de Raíllo, por lo inesperado, pilla al resto con la guardia baja, pero los chillidos de Vilda provocan que la sorpresa caduque al instante. Las detonaciones se suceden, y Lola ensordece ante la tormenta de gritos, aullidos y amenazas. La certeza absoluta de que está a punto de morir se instala en su interior. «Tengo que reaccionar», piensa paralizada, incapaz de hacer más que contemplar cómo las balas centellean a su alrededor, buscando un trozo de carne al que morder.

—¡Dispara, niña!

El terror se apodera de la enfermera al oír la orden, un miedo que la mantiene inmóvil. A su lado, Raíllo, rodilla en tierra, dispara y yerra. Vuelve a apretar el gatillo, pero la bala se pierde en la oscuridad. Los dos tiros que ha recibido en el cuerpo le roban precisión, pero no voluntad. El exlegionario sigue adelante, a pico y pala, intentando tapar con la mano que no sostiene el arma los agujeros de su cuerpo para detener lo inevitable. No lo consigue. La sangre sigue fluyendo, indiferente a su resistencia. Solo espera que el Dios de la buena muerte lo reciba sonriente.

Luis Castro, alias el Piraña, clava por última vez sus ojos negros —bueno, solo uno, el intacto, el otro anda perdido— en su mujer, que yace pegada al asfalto, desgarrándose la garganta a gritos. Aturdido, da un paso impreciso hacia delante. Con dedos temblorosos, se palpa la cara por encima del pómulo derecho.

Donde antes estaba el otro ojo, solo queda un agujero oscuro, profundo. La bala se lo ha llevado todo. Y algo más. De la herida rezuma un líquido espeso, pegajoso, lento, con un olor que no deja lugar a dudas. Muerte. «Joder, se me está saliendo el puto cerebro», alcanza a pensar mientras introduce un dedo en el boquete que Karim ha taladrado en su rostro con un disparo certero. El Piraña da un par de pasos más y, de camino, recibe dos balazos de Vilda que impactan en su chándal Gucci de mil quinientos euros, a la altura del estómago; lo sacuden y doblan su cuerpo por la mitad. Al final, el hombre, con el cerebro convertido en un plato de gachas, se inclina como la torre de Pisa y se derrumba sobre la carretera. Al mismo tiempo, Vilda, con la mente nublada por el *shock* de la herida, se desmaya.

Sin detenerse a pensar, tal como le había dicho Raíllo —más vale tarde que nunca—, Lola, con el rostro desencajado, finalmente desenfunda y dispara. Lo hace con los ojos cerrados, claro. Eso de dirigir las balas con la mirada mejor lo deja para otra ocasión menos estresante. La enfermera siente que el percutor golpea el centro de la base del proyectil y que este se desprende de la vaina. La bala comienza a girar a una velocidad vertiginosa y sale escupida por el cañón de la pistola, buscando hacer daño. De su garganta brota un lamento áspero fruto del frío pánico que hace eco al disparo. Después, nada. Solo el viento, el rugir del mar y el llanto de Ana María echada sobre el cuerpo inerte de su hombre.

Cuando Lola abre los ojos, la Glock humea en sus manos. Karim, el único que permanece en pie, siente un estruendo violento que le retumba en los oídos, tan inesperado que ha dejado de disparar. «¿Qué diablos ha pasado?», se pregunta. Quiere pensar que nada, al menos nada grave, pero al notar su rostro tumefacto y entumecido, como si le hubieran golpeado con un palo o un bate de béisbol, empieza a preocuparse. De repente, la vista se le nubla. Intenta gritar, pero descubre que no puede. Solo emite un ronquido sordo, un sonido áspero generado por el aire que escapa de sus pulmones. Las piernas le flaquean, la cabeza se le desploma hacia un lado y cae de rodillas. La oscuridad se vuelve más densa, y lo

único que oye es su propia respiración.

La parte derecha de su rostro ha desaparecido; en su lugar, una pulpa de carne fresca, tendones y sangre ocupa ese espacio. El brillo blanco del hueso malar y los dientes, que aún cuelgan de la destrozada mandíbula, parecen irreales. La bala de Lola ha impactado en la pistola de Karim justo cuando este apretaba el gatillo, detonando todos los proyectiles del cargador con un resultado catastrófico. Un suceso tan improbable y raro como un perro verde.

La enfermera, con los pies hormigonados al suelo, mira consternada cómo Raíllo, jadeante y herido de muerte, avanza hacia Karim, dejando un reguero de sangre a su paso, para pegarle un tiro innecesario en la cabeza. Pura rabia. Después se deja caer junto al cuerpo del guardia civil, que todavía no ha recobrado el sentido, y se sienta con las piernas cruzadas al estilo indio.

—Deja que te ayude a irte, pedazo de cabrón…

Lola lo contempla embobada mientras este saca del bolsillo una bolsita, una cucharilla, una pequeña ampolla de agua destilada y una jeringuilla de las que usan los diabéticos para pincharse la insulina. El exlegionario echa en la cuchara el polvo que contiene la bolsita y le añade agua para después cocinar la mezcla con un mechero. Luego succiona el compuesto resultante y, cuando la jeringuilla está llena, la sujeta entre los dientes y coge uno de los brazos de Vilda. Tras un par de intentos titubeantes, logra clavarle la aguja en una vena y empuja el émbolo con el pulgar.

—Tenía preparada esta sobredosis para el Francés… —le explica a Lola con un hilo de voz apenas audible por el viento—. Por esa mierda de cerrar el círculo, que lo matara su propio veneno —añade riendo y escupiendo sangre por la boca.

Vilda gruñe y se agita en el suelo. La heroína lo recorre de pies a cabeza.

—Mira, niña… —dice, sonriendo con languidez—. Lo has hecho bien. Ahora coge a esa mujer y largaos en la furgoneta cagando leches —le ordena al tiempo que señala a Ana María con la cabeza.

—Déjame llevarte a un hospital… —solloza Lola, acercándose a él.

Desde el suelo, Raíllo le hace un gesto con la mano para que se detenga.

—Niña, para mí se han acabado los hospitales… —balbucea para después atorarse con su propia sangre—. Anda, lárgate ya, que va a empezar a llover.

Raíllo mira al cielo por última vez y, con las primeras gotas, se desmorona sobre el cuerpo de Vilda. Hasta el amanecer del día siguiente la tormenta no comenzará a amainar.

TERCER ACTO

No conoceré el miedo. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allá donde haya pasado el miedo ya no habrá nada. Solo estaré yo.

FRANK HERBERT,
Dune

35

El avión, un Airbus A320neo con capacidad para ciento ochenta y seis pasajeros de la compañía Iberia, aterriza puntual y sin incidentes en el aeropuerto Charles de Gaulle. En su interior, en dos de los asientos de *business class* —porque, «Si vamos a morir, mejor hacerlo derrochando»—, viajan Lola Barco y Ana María Vega, viuda de Luis Castro, más conocido como el Piraña. Los acontecimientos de hace tres semanas las han convertido en un peligro para la sociedad. Esa es la pura verdad.

El sentido ético de ambas mujeres se ha atenuado hasta casi apagarse. Y dos personas sin ataduras morales y con una sed de venganza insaciable representan un peligro. Enorme. La frontera entre el bien y el mal se diluye, y dejas de preocuparte por intentar caer en el lado bueno de la línea. En estas tres semanas, Lola y Ana María se han transformado en dos grandísimas hijas de la gran puta: no negocian, no razonan, no sienten lástima por nadie ni remordimientos por nada. Son dos mujeres sin miedo, y solo la muerte podrá detenerlas. Así lo juraron, y les pareció una idea excelente. Están listas para cruzar la línea de la venganza, tras la que ya no hay regreso ni quedan dudas. Solo importa lo que han hecho. Lo que harán. Y el peso insoportable de lo que han dejado atrás.

Aquella fatídica noche en Tarifa, por llamarla de alguna manera, Lola tomó una decisión que, sin saberlo, sería la peor de su vida. A pesar de todo lo que había padecido y visto antes, la muerte de Raíllo golpeó a la enfermera de una manera que no esperaba. No había anticipado lo profundamente que había conectado con el exlegionario. Sin darse cuenta, en un corto periodo de tiempo,

había creado un vínculo con él, una relación que, aunque no lo reconociera, en cierto modo no era muy diferente a la que mantenía con Selu: una relación de hermano mayor. Sin embargo, había actuado con el exlegionario como una hipócrita. Desde su pedestal ético, lo había juzgado con dureza, olvidando que ella, en el fondo, era mucho peor. Raíllo jamás intentó fingir ser alguien que no era; en cambio, Lola vivía como un fraude, repartiendo lecciones de honestidad bajo el paraguas de una causa que solo ella consideraba justa.

Al final, el exlegionario, pese a su aspecto de *pitbull*, demostró ser un tipo leal y fiable, alguien que, como cómplice para matar, no tenía precio. Aquella aciaga noche se arruinó en el momento en que Raíllo destapó el engaño. Lola recuerda el tiroteo como espectacular, chapucero y milagroso al mismo tiempo. Espectacular, seguramente, por ser su primera vez; chapucero, como un primer polvo torpe y poco memorable, muy alejado de las elegantes escenas de las películas de gángsteres; y milagroso porque salió ilesa, sin un rasguño. Con Raíllo muerto, centró toda su atención en Vilda (en ese momento todavía desconocía su identidad). Como buena enfermera y hermana de toxicómano, intentó reanimarlo. El guardia civil no presentaba convulsiones, pero su respiración era lenta y poco profunda. Se acuclilló a su lado y le propinó una fuerte bofetada. El hombre abrió los ojos de golpe y se encontró con los de ella.

—¿Quién eres? —le preguntó Lola.

El hombre no contestó, así que le dio otra bofetada aún más fuerte.

—¿Quién eres? —le repitió.

—Rafael Vilda, teniente coronel de la Guardia Civil y jefe de la Policía Judicial —respondió de carrerilla, como un alumno al que el profesor le toma la lección.

En parte por el acojone al descubrir la identidad del hombre y en parte por el sonido de las sirenas de fondo, Lola se quedó blanca, mientras Vilda, con los ojos entrecerrados, le dedicaba una sonrisa

lánguida.

—¿Qué pasa con el Francés? ¿Dónde se esconde? —lo interrogó con urgencia al tiempo que lo zarandeaba cogiéndolo por las solapas de la chaqueta.

Vilda negó lentamente con la cabeza varias veces, al borde de deslizarse hacia un pozo oscuro y profundo.

—¡Contesta, joder! —le gritó.

El hombre, perdido a la deriva, se humedeció los labios con la lengua antes de responder, mientras el chute de heroína recorría sus venas:

—Busca a Tihya… —le dijo con ojos somnolientos y distantes—. Trabaja en el Sonoma. Ella lo sabe todo…

El guardia civil se volvió a apagar. Desesperada, Lola chasqueó los dedos frente al rostro del hombre, golpeándolo y sacudiéndolo de nuevo. El sonido cercano de las sirenas casi la hizo querer salir corriendo, pero necesitaba saber más.

—¿Quién es Tihya? —preguntó, desesperada.

Vilda no reaccionaba, así que le propinó una última bofetada que le volvió el rostro con violencia.

—Siempre está allí… —dijo en un susurro casi ininteligible—. Es una rifeña preciosa. Prométeme que la sacarás del Sonoma… Habíamos planeado una vida juntos. Es una buena chica…

Al instante, los ojos se le apagaron y su cuerpo quedó atrapado en un tsunami de convulsiones. Para cuando Lola tomó del brazo a Ana María, que, desconsolada, seguía llorando sobre el cadáver de su marido, Vilda ya se había desconectado de la vida.

—No hay nada que hacer… —le susurró al oído con aparente calma—. Se ha ido… —añadió tirando de ella con tanta fuerza que acabó arrastrándola hasta la Vito.

París las recibe con un tiempo de mierda. Al bajar del avión caía una llovizna fina, no muy molesta, pero al momento el cielo se ha abierto y ha comenzado a llover a cántaros. Durante el trayecto en

taxi hasta la rue La Fayette, donde está el hotel en que se alojarán, las dos mujeres no intercambian palabra. Más tarde, en la *brasserie* donde almuerzan, apenas hablan. Todo lo que tenían que comentar se lo dijeron durante los días que sucedieron a la noche de autos. A pesar de ser una mujer creyente y de fe, Ana María decidió no dejar a la ira de Dios todo el trabajo y, en el viaje de regreso a Cádiz, a pesar de estar rota por dentro, ya clamaba venganza. Fuera de sí, cuando la furgoneta alcanzó el desvío a Valdevaqueros, saltó del vehículo en marcha y, tras recomponerse del golpazo, echó a correr. Segundos antes había descargado su dolor en forma de directo al rostro de Lola, un puñetazo fuerte y seco que sonó a tabique roto, pero que se quedó en simple fisura. La enfermera contuvo el impulso de pisar el acelerador, frenó en seco y acercó la furgoneta al arcén. Podía sentir cómo su mente se estiraba al límite mientras miraba a esa desconocida que huía por la orilla de la carretera. Desde el asiento, Lola percibió que Ana María pugnaba con los conjuros de su cabeza e intentaba aferrarse a algo que le salvara la cordura. Finalmente, tras diez minutos que duraron una eternidad, regresó a la Mercedes.

Durante el trayecto, la mujer no dudó en culpar a Lola de la muerte de Luis, más que nada porque necesitaba identificar a un culpable sobre el que descargar su ira. En la hora que duró el viaje, Ana María lloró, gritó e insultó hasta que se quedó paralizada y en silencio, abstraída, mirando al frente con los ojos rojos y vacíos. Solo de vez en cuando negaba con resignación. Cuando el cansancio la venció, echó la cabeza hacia atrás y, más que dormir, se desmayó. Por su parte, la enfermera, sorprendida ante la gran fortaleza que estaba desarrollando, siguió conduciendo con calma hasta Cádiz. Solo cuando cerró la puerta de su vivienda sintió el peso de todo el miedo de esa noche. Ana María accedió a dormir en su casa más por no tener la entereza necesaria para enfrentarse a sus hijos que por otra cosa. Pese a la fatiga, apenas lograron dormir unas horas, y de forma intermitente.

Al amanecer, Lola estaba caminando de un lado a otro del pasillo, abrumada por tanta muerte, cuando Ana María salió del dormitorio

arrastrando los pies. Una vez reunido el valor necesario, ambas mujeres, hermanadas por una tragedia común y un rompecabezas de piezas mal encajadas, se sentaron a tomar café. La enfermera rompió el hielo y le contó su historia, procurando no saturarla con detalles innecesarios. La otra, inicialmente retraída, abrió la boca durante la segunda taza. Habló de Luis, de negocios oscuros, de Marciano Vieites y del acuerdo con el Francés, aquel que debía ser el último. También de traiciones, miedos y engaños, y, con una fuerza sorprendente, logró contener las lágrimas al mencionar a sus hijos. A ojos de Lola, la mujer era una criatura exótica a la que prefería no atosigar demasiado por miedo a romper el delicado equilibrio que parecía sostenerla. Porque la sensación de necesitarla se le había metido debajo de la piel hasta llegarle al tuétano. Cuando Ana María terminó, permanecieron varios minutos en silencio. Enfrentadas a la encrucijada de ser crueles o bondadosas, indulgentes o vengativas, abrazar la realidad o revolverse en busca del castigo. Llegadas a ese punto, Lola se puso de pie con las manos en los bolsillos de una cazadora de chándal con edad de jubilación y dio unos pasos por el comedor mientras sopesaba la situación. Antes de que la enfermera dijera nada, Ana María sentenció:

—No voy a dejar las cosas como están…

A Lola no le sorprendieron las palabras de la mujer.

—¿Correrás el riesgo de acabar muerta o encerrada en la cárcel? —le preguntó tras respirar hondo.

Ana María levantó el rostro hacia la enfermera. Su voz sonó dura y al borde del enfado.

—Desde que era niña, he protegido a los míos… —le dijo—. Luis se ha ido sin despedirse. Me prometió que nunca me abandonaría, pero ha faltado a su palabra. Así que, a partir de ahora, soy yo quien tendrá que afrontar sola las decisiones…

Pausa de las de tragar lágrimas y llorar en silencio.

—Quería mucho a Luis… —continuó—. Si me quedo de brazos cruzados ante su muerte, durante el resto de mi vida me perseguirá

la sensación de no haber hecho lo correcto. Y después están mis hijos… ¿Cómo podría mirarlos a la cara si no lo intento? No soportaría que me vieran como una cobarde. Que descubrieran que su madre no hizo nada. ¡Mierda! No quiero perderlos, pero… se han quedado sin su padre. Se lo debo a ellos, a mis niños y a mi Luis.

Lola la observaba expectante con una mezcla de curiosidad e interés. Había algo diferente en el rostro de la mujer que, hacía apenas unas horas, lloraba sobre el cadáver de su marido. Una luz distinta brillaba en sus ojos, opacando el rastro de cansancio en su voz.

—Y por eso voy a ir a por el Francés. Y a por su dinero. Por mis hijos. Porque se lo merecen. Porque él les arrebató a su padre. Y lo pagará.

Silencio.

Respiró hondo y miró fijamente a Lola.

—Y tú qué… ¿Qué te planteas hacer? ¿Vas a abandonar?

Esto último lo preguntó sin entonación, con una falsa frialdad, quizá para activar en Lola un resorte innecesario.

—¿Por qué me lo preguntas? —contestó mientras le daba la espalda para mirar por la única ventana del salón. El sol hacía rato que despuntaba entre los edificios.

Hubo unos segundos de silencio.

—Supongo que, llegados a este punto, no sería extraño que quisieras abandonar…

—Fui yo la que inició esta historia, no lo olvides —contestó sin volverse—. Ganar o perder. No hay más.

Cuando Lola miró a Ana María, la mujer sonreía con un rostro de amargura que ya no la abandonaría.

A media tarde, Lola y Ana María se toman una hora para revisar el plan y evaluar los riesgos. Antes han recibido la visita de Raphael —o Fali, como lo conocían en Sanlúcar cuando inundaba las calles de hachís junto al Piraña—, que se encargará de la logística. Si

necesitas armas, explosivos, morfina, drogas, dinero, joyas o cualquier otra cosa, Fali es tu hombre. Una joven francesa llamada Camille, a la que conoció en las playas de Chipiona —con su melena rubia, pecas y una raya de ojos que le alargaba la mirada —, le hizo a emigrar a Francia. Aunque, si hay que ser sinceros, las deudas acumuladas por portes fallidos y varios enfrentamientos poco amistosos con la Guardia Civil tuvieron mucho peso en su decisión. El caso es que, cuando Ana María lo llamó y le habló del reciente asesinato del Piraña, no tardó ni un segundo en ponerse a disposición de la mujer.

Dedican apenas cinco minutos a evaluar los riesgos: son tantos y tan diversos que consideran que es inútil detenerse a analizarlos. En cambio, se centran en los planos de la villa y en la disposición de las cámaras, que, para ser la guarida de una narcotraficante, resultan sorprendentemente escasas. El Francés, al parecer, confía en la seguridad que ofrece el barrio. Aun así, no se dejan llevar por las apariencias; intuyen que en el interior de la vivienda podría haber un equipo de seguridad armado hasta los dientes.

La residencia del Francés está cerca de los Campos Elíseos, entre la rue du Faubourg Saint-Honoré y la avenida Gabriel, en el interior del patio de un elegante edificio haussmanniano. Es un secreto celosamente guardado, pero Tihya lo conocía.

Ana María y Lola hicieron guardia durante dos días frente al Sonoma hasta que identificaron a Tihya. Cuando la abordaron en la calle, la chica sacó un pistolón del bolso antes de devolver el saludo. Ignorando el arma que las apuntaba, Ana María le explicó quiénes eran y qué hacían allí, mientras Lola la miraba boquiabierta. Al escuchar el nombre de Vilda, la chica comenzó a respirar más tranquila, pero no pudo evitar echarse a llorar. Los sollozos sacudían sus hombros desnudos y, por un instante, pareció perder el control. Cuando se tranquilizó, miró la pistola que aún sujetaba en la mano y, avergonzada, la guardó en el bolso.

A partir de ahí, el resto no fue difícil. Las tres mujeres se

sentaron en un bar y ocuparon una mesa donde compartieron historias, dolor y cicatrices alrededor de un café. Tal como Vilda le dijo a Lola antes de morir, la chica sabía todo lo necesario sobre el Francés. La información es la llave maestra más eficiente, y eso Vilda lo tenía claro. Por eso se dedicó a construir un perfil del Francés a base de sumar retazos y datos que iba recopilando de aquí y allá, con una combinación de paciencia y determinación admirable.

El asco que Tihya sentía por el Francés, la urgencia por huir juntos y las grabaciones que el narco archivaba de las reuniones en el Sonoma —con las que podría chantajearle, llegado el momento— fueron motivos más que suficientes para que el teniente coronel de la Guardia Civil pusiera todo su empeño. Viviendas, negocios de su propiedad en apariencia prósperos que no eran más que tapaderas para blanquear dinero, logística, contactos en Marruecos para la importación de hachís, manos inversoras del traficante… Vilda recopiló un sinfín de datos que harían las delicias del comisario jefe de la UDYCO.

—¿Qué me habíais dicho que erais? —preguntó Tihya una vez les soltó todo lo que sabía sobre el Francés con pelos y señales.

Lola y Ana María se miraron un instante antes de contestar:

—Enfermera en el Hospital Puerta del Mar… —dijo Lola con la boca pequeña.

—Una mujer con muy mala leche… —apuntó Ana María, envalentonada, alzando la voz lo suficiente para que los dos hombres acodados en la barra las mirasen.

—Bueno, pues necesitaréis la suerte del principiante… —contestó Tihya levantando una ceja perfectamente perfilada con gesto apreciativo—. Al menos veo que vuestra confianza tiene un crédito ilimitado. El Francés es un cabrón muy listo. Lo peor de lo peor.

—Pues a ese cabrón lo vamos a matar porque me sale a mí de los ovarios. Y ya está, ¿verdad? —anunció Ana María mirando a Lola a los ojos.

—Verdad… —respondió la enfermera—. Y en cuanto a ti… —

añadió mientras le daba a Tihya una mochila escolar de Lilo y Stitch —. Esto es de parte de Vilda. Para que dejes atrás toda esta vida.

La chica miró la bolsa con recelo. Al final la aceptó, abrió la cremallera y se asomó al interior con una mueca de desconfianza que se evaporó gracias al millón de euros que contenía. Ese dinero procedía del total que Selu le había birlado al Francés. El resto de la pasta se lo había reservado Lola para contingencias, ya que pensaba que eso de asesinar a un capo de la droga iba a ser caro.

36

Desde hace días, el Quitapenas no sabe lo que es dormir. La presencia difusa, fantasmal, de Téllez lo acompaña a todas horas. El inspector se ha convertido en una aparición, un espectro agonizante que lo mantiene recluido en casa como si fuera una prisión. Pepe Carbonell ha abandonado el mundo exterior, y los días pasan idénticos mientras se deja extinguir por una aflicción inabarcable, cuando debería estar disfrutando de lo que más le gusta: éxito rápido, aplausos, elogios y envidia de los compañeros periodistas.

Durante una semana, las oficinas del *Diario de Cádiz* se convirtieron en el epicentro de un terremoto informativo que sacudió toda la provincia y gran parte del país. Si las noticias sobre el asesino de yonquis tenían a la ciudad en ascuas, la muerte del inspector Téllez fue la puntilla. El artículo, firmado por el Quitapenas, describía el suceso como un ajuste de cuentas entre traficantes, dando a entender la implicación de Téllez en asuntos muy turbios.

Pues bien, aún no se había enfriado el cadáver del inspector cuando, al día siguiente, el Quitapenas lo volvió a hacer. Consiguió que hasta los chavales de instituto leyeran el *Diario* mientras desayunaban su tazón de cereales antes de ir a clase. En un nuevo artículo, Carbonell destapó una trama de corrupción policial que alcanzaba las más altas esferas de las fuerzas del Estado. Su descripción de la operación policial internacional entre agentes de la UDYCO y la DEA y del abordaje en alta mar de un buque portacontenedores de bandera ecuatoriana que supuso la incautación de seis toneladas de metanfetamina, fue digna de un Oscar al mejor guion original.

Contra todo pronóstico, Pepe Carbonell, más conocido como el

Quitapenas, el periodista más cascarrabias y acabado de la redacción, holló el Everest periodístico. De la noche a la mañana, un plumilla del que solo se acordaban los dinosaurios pasó a ser reclamado por las radios y televisiones de todo el país.

Pepe aparece radiante, impecable e incluso seductor, mirando a la cámara mientras explica por qué un periodista no revela sus fuentes. Repasa la actualidad en *Espejo Público* y se permite dar lecciones, exhortando a sus compañeros de profesión a saltarse las reglas con un tono de tranquila indiferencia.

Frente a la acusación de un contertulio que le reprocha amarillear sus artículos, responde con un contundente «Yo hago periodismo informativo. ¿No te enseñaron qué es eso en la facultad?». El Quitapenas se regocija con cada pregunta y con cada respuesta, porque la vida es una tómbola, y a él le ha tocado el premio gordo.

Pero, en un mundo dominado por la inmediatez, su estrella se apagó en apenas una semana, ahogada por el caótico zumbido de la actualidad. Así que Carbonell, tal como llegó, se fue y regresó a su realidad. Y esa es la de siempre: áspera, pérfida y alcohólica. Un mal lugar para vivir, pero bastante bueno si lo que se pretende es morir con la menor dignidad posible.

Y luego está lo otro: el asesinato del inspector Téllez.

El Quitapenas llegó a un acuerdo consigo mismo para no pensar en él, pero el desconocido sentimiento de culpa no ha dejado de crecer hasta que se ha convertido en una garra invisible que le aprieta la garganta hasta casi asfixiarlo. «No estaba preparado para matar a un ser humano. ¿Acaso alguien lo está?», reflexiona mientras da vueltas por la casa con una botella de whisky DYC en la mano, por aquello de favorecer el producto nacional. Pepe Carbonell piensa que ojalá se equivoque, aunque sabe que no. Sabe que de esta no sale. Que, de un modo u otro, lo va a pagar.

Alguna lágrima se le escapa, pero se apresura a atajar la fuga con el dorso de la mano libre y un buen trago. Es de noche. La vivienda yace en penumbra. Silenciosa. Expectante. Pero el ruido nunca descansa. El bullicio del barrio se filtra por las rendijas de las

viejas ventanas, lo araña el silencio y lo quiebra en mil pedazos. Voces, risas, pasos apresurados. Vida. Vida que sigue su curso, ajena a lo que ocurre tras esas paredes. Hoy hay actuación en el Pay Pay. «Seguro que la sala de fiestas está hasta la bandera», cavila mientras se desploma en una maltrecha butaca orejera de estilo caroleano e intenta captar alguna voz conocida a través de los cristales del salón.

—Podría gastarme todo lo que he ganado estos días en bebida… —susurra amodorrado al tiempo que levanta el DYC a medio terminar y se queda mirando el recipiente, embobado—. Apuesto a que la metomentodo de Lola diría algo al respecto… —añade antes de llevarse la botella a la boca.

El Quitapenas mira a su alrededor en busca de una réplica que no llega. Ese desangelado salón hace tiempo que no recibe visitas. Con ojos vacíos, el periodista observa la estancia con una mezcla de confusión y desinterés. Un televisor antiguo de tubo, una mesa con varias capas de polvo sobre la que se apilan no menos de una docena de latas de cerveza, un suelo de terrazo que necesita un buen fregado y las paredes desnudas, sin adornos, a excepción de un viejo perchero del que cuelga un batín con demasiados agujeros. Pepe Carbonell trata de imaginar cómo hubiera sido su vida si no hubiese sido periodista, si no hubiera bebido, si se hubiese casado con aquella novia de juventud que, por extraño que parezca, estaba locamente enamorada de él…

En un rincón hay un pequeño escritorio sobre el que hay una montaña de periódicos, libros y papeles junto con más latas de cerveza vacías y colillas. El Quitapenas se incorpora con la mente muy lejos de allí y se acerca hasta el mueble en busca de un bolígrafo y un trozo de papel. Está tan borracho que siente el absurdo impulso de acostarse en el suelo y dejar eso del suicidio para mañana. Pero, como el Quitapenas no es de esas personas a las que les gusta dejar las cosas a medias, sacude la cabeza para despejarse y continúa con el plan. Se sienta en el escritorio, se enciende una colilla a medio consumir y rescata un boli Bic de una taza que hace las veces de portalápices.

—Matar a un inspector de policía y después quitarse la vida. Como un poeta maldito, como un escritor atormentado —susurra, y sonríe.

Se siente satisfecho. La idea lo seduce y lo envuelve como un abrazo helado.

El Quitapenas se da cuenta de que le tiembla el pulso al escribir. Quiere echarle la culpa a la bebida, pero sabe que, en realidad, es por miedo. «Eso de que suicidarse es de cobardes es una puta mentira», piensa mientras escribe. A lo largo de su vida, Pepe Carbonell ha conocido a todo tipo de hombres, algunos con tal valentía que rozaban la inconsciencia. Pero nunca se ha topado con alguien que pidiera a gritos la muerte. Además, teniendo en cuenta que está convencido de que eso de la fe, Dios, la Virgen y todos los santos no es más que puro teatro y que, cuando muera, no verá la luz, ni habrá perdón, ni paz ni fuego, es normal que, a pesar de la borrachera, esté acojonado. Eso sí, si después de reventarse la cabeza de un tiro se despierta en el paraíso, será el primero en aplaudir, silbar y bailar como si llevara al demonio dentro.

Tras escribir una escueta confesión, el Quitapenas firma con su nombre y sus dos apellidos al final, rematando con un «Os podéis ir todos a tomar por culo» que lo deja la mar de satisfecho. Después, tira la colilla al suelo y la apaga con el tacón del zapato en un movimiento rotatorio, seca la botella de DYC de un espléndido trago y, tras encogerse de hombros, se encamina al dormitorio dando tumbos, pero dotado de una lucidez extraordinaria, convencido de redondear la obra de su vida con un disparo.

Sentado en la cama, cuando saca la pistola del cajón de la mesita de noche, se estremece al sentir el contacto frío del arma. Lo lógico habría sido tirarla al fondo del mar, pero no lo hizo porque presintió que, de una manera u otra, su fin estaba cerca. Porque en la vida, por regla general, uno hace lo que no quiere, aunque le joda.

«Venga, Pepe —se dice—. Es muy fácil. Solo tienes que apretar el gatillo y se acabarán todas las pesadillas, el sufrimiento y la jodida vida que te ha tocado en suerte. Céntrate, Pepe. No les des

la oportunidad a esa panda de envidiosos de la redacción. Que, como la policía te eche el guante, que lo hará, te despellejará. Alguna vez tenía que llegar este momento. Así que échale huevos y dale duro, Pepe. Es mejor morir de un disparo que hacerlo poco a poco».

Como ha visto hacer en las películas, Carbonell, el Quitapenas, se levanta de la cama y se pone en posición de firmes. En realidad no lo logra, porque el exceso de DYC inclina su cuerpo de forma peligrosa hacia la izquierda y provoca que se balancee, a punto de zozobrar. «Es una pena no tener el uniforme militar de cuando hice la mili en la Carraca», piensa mientras se estira la camisa con la mano que no sujeta el arma.

—Por muy gilipollas y mezquino que haya sido, al final tendrán que respetarme, porque voy a tener los cojones de pegarme un tiro —se dice con voz temblona y el cañón apuntándole a la sien.

Pepe cierra los ojos antes de apretar el gatillo. La duda solo dura una fracción de segundo. Una ínfima cantidad de tiempo, pero lo suficiente para que la mano le tiemble y la bala se desvíe en su trayectoria. Al estruendo le sigue una vibración de huesos y un zarandeo poco piadoso de la cabeza que lo deja mareado, como flotando en el aire. De inmediato, nota que se le aflojan las rodillas y cae al suelo herido, al borde de la muerte, pero vivo. Si aún sigue respirando es porque el proyectil ha tomado un recorrido descendente y no ha tocado áreas del cerebro que hubieran provocado una lesión mortal. La cara del periodista queda pegada a la mugre del suelo, que se mezcla con la sangre que mana de la herida formando una pasta densa y desagradable. Todavía consciente, piensa que está muerto o a punto de estarlo. Tiene una sensación extraña cuyo significado se le escapa. Parpadea varias veces para aclarar la vista mientras confirma lo bien que le vendría un trago. Entonces oye un crujido de madera rota y unos pasos confundidos que se acercan.

—¡Pepe, pero qué carajo has hecho!

La voz clara le devuelve al mundo por un instante, antes de

perder la consciencia.

El Tanque conoce un millón de lugares en los que esconderse u ocultar cosas. Para la ocasión, ha elegido una cueva tan pequeña que prácticamente hay que acceder a su interior a gatas. La grieta, situada en la sierra de la Plata, es una de sus ubicaciones preferidas para camuflar los fardos de hachís cuando la cosa se pone urgente. En el extremo oriental se encuentra la loma de San Bartolomé, con una altura máxima de unos cuatrocientos metros que desciende hacia el mar, forma las terrazas de Paloma Alta y Paloma Baja, y termina en abruptos acantilados en la zona denominada Punta Paloma. Es un paraje rocoso y áspero de difícil acceso, salpicado de pequeños arbustos que se van adensando según se baja. Desde el exterior, la cueva parece solo una herida en la roca, una línea en la cresta de la sierra imposible de encontrar. Un escondrijo incómodo para alguien de un tamaño tal como el Tanque.

Es mediodía, y el viento de levante sopla como si le debieran dinero. Con la mirada al frente, el Tanque contempla el mar como si jamás lo hubiera visto. La majestuosidad del paisaje que se abre ante él le resulta tan sobrecogedora que, de alguna manera, mitiga su pesar.

Mientras abandonaba Algeciras en un autobús de Transportes Generales Comes, Antonio Pavón, alias el Tanque, decidió que ya estaba bien. Tres avisos de muerte eran más que suficientes como para tomárselos con la seriedad que se merecían. Comprendió que no era sensato seguir tentando la suerte, porque, tarde o temprano, te acaba atropellando con irónica sutileza. Cuando sonó el móvil del padre Fabián, el Tanque nunca hubiera imaginado, al observar el rostro incrédulo del cura, que su abuelo yacía muerto en el suelo de la iglesia. Pero menos aún pudo prever lo que le dijo el sacerdote nada más colgar:

—Hijo, no sé en qué líos estás metido ni quiero saberlo —le

espetó con severidad—, pero me han llegado noticias de un tiroteo en mi iglesia. Un hombre disfrazado de sacerdote, con sotana y todo, se ha hecho pasar por cura y ha comenzado a disparar… Y algo me dice que tú tienes mucho que ver con esto.

Antonio se quedó callado, y el sacerdote le agradeció la gentileza con la mirada. Porque, si la mentira hubiera fluido de nuevo por su boca, la duda se hubiese disipado y el sacerdote habría llamado a la policía de inmediato. A esas alturas, el padre Fabián ya tenía claro que aquel joven corpulento que lo observaba con la misma resignación que una vaca de camino al matadero era un auténtico desalmado. Sin embargo, su juventud y sus buenos modales le hicieron considerar la posibilidad de darle una segunda oportunidad.

—Por suerte, solo ha muerto el pistolero y al parecer no hay heridos graves… —le informó—. Algún abuelo con angina de pecho, pero todos han salidos ilesos.

El Tanque palideció y asintió desconcertado con la cabeza mientras digería el golpe. Luego se pasó la mano por la cara y se encendió un cigarrillo. Con la primera calada, sopesó sus opciones, y rápidamente comprendió que era inútil decir algo, porque lo peor siempre puede empeorar. Así que se dedicó a fumar mientras el padre Fabián lo observaba con unos ojos a los que la edad había hecho perder el color, pero que desprendían una inteligencia burlona que lo incomodaba.

—Hijo… —comenzó a decir tras un minuto de silencio—. En teoría, el Dios en el que creo no es vengativo. Y, para colmo, los curas debemos enseñar a perdonar. Aunque es cierto que me has puesto en uno de esos aprietos serios que salen en las películas de Clint Eastwood… ¿Por qué debería salvarte? Piensa bien la respuesta antes de contestarme —soltó de sopetón, a pesar de ver las huellas de la angustia en la cara del joven.

El Tanque tiró el cigarro a medio fumar al suelo y exhaló un suspiro corto, fuerte y amargo como un dedal de café expreso. Tensó los músculos de los hombros, y la rigidez del cuerpo se hizo

evidente bajo la camiseta. Contestar a esa pregunta le generó una sensación desagradable que, por su bien, decidió masticar y tragar para deshacerse de ella. Llevaba toda la vida justificando sus actos y limpiando su conciencia para seguir adelante. Si bien siempre había pensado que, a pesar de que la actividad a la que se dedicaba era despreciable, no era tan importante lo que hacía, sino cómo. Y él, en lo posible, intentaba no provocar daños irreparables. Aunque era cierto que, de un tiempo a esta parte, se había vuelto cínico y descreído ante su proceder, porfiando contra sus principios.

—Padre, cuando uno nace en el seno de una familia sin recursos, todo es mucho más complejo —le dijo con pesadumbre sincera—. En mi pueblo, la única salida viable a la miseria es la droga. No conozco a nadie que se juegue la vida en una narcolancha por gusto ni que se dedique a gramear para subsistir y se sienta orgulloso. Sé que es una excusa de mierda, pero es la única que tengo para acostarme por las noches con la conciencia tranquila. ¿Eso me convierte en una mala persona?

Pavony terminó de hablar. La cara del padre Fabián se volvió borrosa, como una pintura a la que le echan un chorro de aguarrás. El Tanque estaba llorando y no se había dado cuenta. De repente, todo aquello lo estaba devorando por dentro. Su enorme cuerpo temblaba como una hoja, y las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin control. Sin saberlo, había aceptado la realidad de la derrota. «¿A qué estoy jugando? —se preguntó con amargura—. Mi vida es un caos, y me dedico a desahogarme con este sacerdote».

El padre Fabián inclinó el cuerpo hacia Antonio y le cogió la cara formando un cuenco con las manos. Los gruesos lagrimones le caían por el rostro y mojaban los dedos del cura.

—Hijo mío, deja de traficar y búscate un buen trabajo, porque esta vida que llevas te está destruyendo —le dijo con una sonrisa paternal—. Te puedes engañar y pensar que estás bien y que puedes continuar, pero en el fondo eres consciente de que esta situación no se puede perpetuar. Estoy harto de escuchar a jóvenes que trafican con hachís decir que no hacen daño a nadie. Que, si no mueven ellos la droga, lo hará otro, y que tampoco es para

tanto. Hijo, todo lo que hacemos en esta vida tiene consecuencias, y tarde o temprano acabamos pagándolas… Ahora vete tranquilo y no mires atrás.

Sin mediar palabra, Antonio Pavón, alias el Tanque, se levantó de la silla y, entre lágrimas, mocos e hipidos, se mezcló con la gente.

La policía tardó un par de días en atar cabos y ponerse a buscar al Tanque para interrogarlo y que confirmara una coartada que no lo situara en el Pepe Troya con su abuelo. A pesar de que uno de los camareros del local lo identificó cuando el inspector encargado del caso le enseñó la fotografía de su ficha policial. Como era de esperar, Paulino había llamado la atención más de la cuenta en el bar. Previendo la que se le venía encima, al llegar a Cádiz, el Tanque fue directo a su casa. Sacó el macuto para casos de emergencia que escondía bajo la cama y salió de la ciudad, de noche y a hurtadillas, en dirección a la sierra de la Plata, a ocultarse en la montaña en una zona casi inexplorada. Como en otras ocasiones, con el paso de los días, la policía se olvidaría de él. Demasiados crímenes, demasiada sangre, y nunca suficientes manos para recogerla.

El Tanque enciende su último cigarrillo sin apartar los ojos del mar, bajo un cielo azul salpicado de nubes. Después de tres semanas, los víveres escasean, y las ganas de seguir escondido aún más. Ha decidido retirarse del trafiqueo por un tiempo. Quién sabe si definitivamente. Aunque en realidad, sin estudios universitarios ni experiencia, le resultará complicado entrar en el mercado laboral. Y eso de vivir de pagas y prestaciones sociales no va con él. No quiere convertirse en un parásito social. Pero la otra opción tampoco lo seduce: levantarse a las seis de la mañana y no volver a casa hasta el anochecer a cambio de un sueldo de mierda para llegar viejo y achacoso a la jubilación. «Es jodido eso de convertirse en un ciudadano honrado», piensa mientras se acuclilla algo mareado, sintiendo el vértigo que le provoca el golpe de nicotina en

el estómago vacío.

Y después está Lola. Durante estos días, sus sentimientos hacia la enfermera se han vuelto complejos y difusos. Como su existencia. Su madre solía decir que no hay tormento más profundo ni placer más sublime que el que provoca el primer amor. Y, como siempre, las madres no se equivocan.

—Tanque, me da a mí que te vas a pasar la vida solo… —musita mientras apaga la colilla en el suelo.

37

La noche es fría, y la llovizna, por ahora, demasiado tenue como para resultar molesta. Fali conduce en silencio el Renault Clio, con su distintivo Crit'Air bien visible, pegado en el parabrisas del vehículo, mientras se dirige hacia los Campos Elíseos. Navega con precisión tanto por las amplias avenidas como por las estrechas calles adoquinadas, respetando al pie de la letra todas las normas de circulación. No se salta ni un paso de cebra, y ni siquiera se permite soltar improperios, a pesar de lo difícil que resulta conducir en París sin perder la paciencia. Lola, desde el asiento del copiloto, repasa mentalmente los planos de la vivienda del Francés, concebidos por obra y gracia de Fali.

La lujosa casa cuenta con un ascensor que conecta todos los niveles de la edificación, aunque bajo ningún concepto deben utilizarlo. Como bien diría Javi, «Solo Bruce Willis, en su papel de John McClane en *Jungla de Cristal*, puede aventurarse en el ascensor de un rascacielos infestado de terroristas y salir con vida». Lola, al recordarlo, esboza una sonrisa.

La planta baja, además de un vestíbulo del tamaño de una vivienda de protección oficial, está ocupada por una impresionante sala de estar, un comedor elegante, un pequeño salón con una terraza abierta y una cocina que Lola intuye que el Francés no pisa mucho. En la primera y la segunda planta se concentran los dormitorios: un total de cinco, dotados todos de baño y vestidor. La enorme piscina, el *hammam* y la sala de cine ubicados en el sótano son el remate de todos los lujos que se permite Pierre gracias a sus delitos y la reconfortante impunidad que respira. Toda la vivienda la cose una espectacular escalera digna de una estrella de Hollywood.

—Tanto silencio me está matando… —protesta Ana María desde el asiento de atrás.

—No te impacientes, guapa —le dice Fali mientras la mira por el retrovisor—. Estamos a un tiro de piedra de la chabola del Francés… Ya verás lo que nos vamos a divertir.

Ella intenta sonreír, pero se le queda la misma cara que a un vegano que han invitado a un cumpleaños en una parrillada argentina.

A los pocos minutos, Fali aparca el Renault en la rue du Faubourg Saint-Honoré. Un tanto estrecha pero muy elegante, alberga las tiendas de muchas de las grandes marcas de moda del mundo. A esa hora de la noche, y entre semana, apenas hay gente por la calle. Entretanto, la llovizna se transforma en gotas gruesas y amenaza con convertirse en una lluvia intensa. Fali abre el maletero, coge la bolsa de herramientas y comienza a distribuir armas, granadas de mano y explosivos. Luego saca una lata de galletas danesas, de las que las abuelas guardan para las visitas, que contiene una pasta verde de su propia creación, algo que difícilmente encontrarían en las tiendas frecuentadas por terroristas.

—Me da pena por el Ferrari Portofino de ahí atrás… —dice, señalando con la cabeza, mientras introduce los detonadores en el explosivo plástico—. Pero, si no queremos que la *police* nos trinque, tenemos que hacer mucho ruido para despistarlos. Si todo va bien, en unos minutos estaremos fuera del edificio y la explosión cubrirá la huida.

—Fali… —le llama la atención Lola—. Procura que eso explote cuando no haya nadie cerca. No queremos herir a inocentes. Y no me hagas un George Bush ni me salgas con el rollo de los daños colaterales.

—A ver, Lola, este material es impredecible —le responde mientras se limpia los restos de explosivo de los dedos—. Pero no te preocupes. Tal como se está poniendo la noche, me da a mí que todo el mundo se quedará en casa. Además, hoy hay Champions, el Paris Saint-Germain se la juega. Y, por si esto fuera poco, se supone que este explosivo no hace bum hasta que yo le dé al

botón… —añade al tiempo que le enseña el emisor de radiofrecuencia mientras esboza una mueca de humor cínico, como si le divirtiera la situación—. Se supone…

Lola suspira resignada. Ana María se acerca y le pone el brazo en el hombro, cariñosa.

—Lola, no te preocupes por la explosión —le dice—. Los verdaderos problemas vendrán de otro sitio. Más concretamente, del otro lado de la calle —añade señalando con la cabeza la entrada al patio que da acceso a la vivienda del Francés, al otro lado de la vía.

La enfermera le dedica una mirada hierática a la mujer. No lo dicen, pero ambas están deseando que empiece todo para acabar cuanto antes con la incertidumbre.

Lola, Ana María y Fali recorren a paso rápido los treinta metros que los separan de casa de Pierre. Flanqueando el pórtico de piedra, dos matones, arrebujados en idénticos abrigos de lana, están concentrados en el móvil, con semblante cansado y aburrido. Los tipos son grandes en todos los sentidos. Mucho. Tanto que parece que los músculos se les desborden por los costados. Dos gorilas con aspecto de dedicarse a la cirugía plástica sin titulación ni clínica propia. Uno luce en el cuello una telaraña tatuada que le asoma por encima del abrigo.

Fali hace un gesto a las dos mujeres para que se oculten detrás de un coche. Antes de continuar su avance hacia los dos guardaespaldas con pasos torpes y bamboleantes, coge una botella de vino vacía de un contenedor cercano.

—Buenas noches, caballeros —los saluda con voz pastosa en un perfecto francés con acento sanluqueño de toda la vida—. ¿Me podrían indicar cómo llegar al Rex Club? He quedado allí con una dama… —añade mientras traza en el aire la silueta imaginaria de una mujer.

Los matones levantan la mirada hacia Fali al unísono. Telaraña le hace un gesto al otro para que se encargue del inoportuno borracho que los observa con cara de acelga. Con un suspiro

profundo y un bufido que deja clara su irritación, el matón accede a regañadientes a deshacerse del desconocido. Sin mediar palabra, con un movimiento brusco, el tipo empotra a Fali contra la pared. Este encaja el golpe como puede, dejando escapar un «Uf» que le vacía los pulmones de aire. Ocultas tras el coche, las dos mujeres observan la escena como si estuvieran metidas en una olla a punto de ebullición. Solo la aparente e insultante calma con la que Fali parece manejar la situación las mantiene escondidas.

—Tranquilo, tío, tranquilo… —dice Fali mientras alza el brazo libre en un gesto conciliador—. Dime que no tienes ni idea de dónde está la discoteca y ya está —añade—. Tampoco es para ponerse así.

El matón responde con un gruñido y un abrir y cerrar de fosas nasales. Mientras, Telaraña bosteza sin dejar de mirar el móvil. «Buena señal», piensa Fali antes de estrellar la botella contra la cabezota del gigante. El recipiente de vidrio estalla y una lluvia de cristales impacta contra la cara de su compañero, que ha levantado los ojos de la pantalla del teléfono al oír el golpe.

—¡Dale, Fali…!

La arenga se le escapa a Ana María, que grita desde el otro lado de la calle con los nervios crispados y la mandíbula tensa. A su lado, Lola desenfunda la Glock y comienza a andar bajo la lluvia con paso firme hacia el pórtico de la entrada. Una escena muy de película de John Woo, pero tan cinematográfica como innecesaria. Más que nada porque no forma parte del plan, y a Fali —como a Hannibal Smith, líder del Equipo A— le gusta que los planes salgan bien. Y, por culpa de la intervención de la enfermera, el suyo está a punto de irse al garete. Uno muy precario, improvisado e incompleto, dicho sea de paso, pero ¿cuál no lo es, cuando surge de la pura desesperación?

El semblante de Telaraña, que, hasta ahora, estaba tranquilo, se tiñe de preocupación en cuanto ve un arma apuntándole. Una cosa es un borracho dando la brasa y otra bien distinta una mujer con cara de mala hostia y pistola en mano. Así que, mientras su

compañero se desploma en el suelo con la masa encefálica aún rebotando en el cráneo, Telaraña mete la mano en el abrigo en busca de su FN Five-SeveN. Conocida como la «matapolicías» por la capacidad de sus proyectiles para atravesar chalecos antibalas, la pistola es el último capricho del matón, y se muere por usarla. Pero, para su desgracia, una nudillera de hierro en el mentón lo frena en seco.

El estacazo suena mal, pero mal de narices. Suena a hueso roto y a cirujano maxilofacial de los de cobrar pasta. El chasquido es tan desagradable que hasta Lola se encoge. El puño americano de Fali no es el martillo de Thor, pero es casi igual de dañino. Telaraña cae desmadejado al suelo, como si lo hubieran decapitado. Se desvanece en silencio, sin alardes ni protestas. Fali se acerca al cuerpo y le palpa el cuello en busca de un pulso que no encuentra. Al final no necesitará los servicios del maxilofacial porque, del golpe, se lo ha cargado.

Entre los tres agarran los cuerpos de pies y manos y los arrastran hasta una zona segura en la que no se verán desde la calle. Se mueven rápido, sin hacer ruido. Sudan porque, a pesar del frío y la lluvia, el esfuerzo es considerable. Por suerte, la noche es oscura y, aunque la calle está iluminada, la penumbra les cubre las espaldas.

—No deberías haber salido en plan pistolero del viejo Oeste… —regaña Fali a la enfermera una vez que han acabado de ocultar los cuerpos y atar y amordazar al gigante que aún respira—. Yo me encargaba de despejar el camino. Si no llego a ser rápido, ahora mismo estaríamos arrastrando tu cadáver.

Lola ignora el comentario de Fali. Los acontecimientos mandan, y está convencida de que ha tomado la decisión correcta. No es la primera vez que se enfrenta algo así; tiene muy presente el recuerdo del tiroteo en Tarifa, y ha aprendido que estas situaciones requieren una buena dosis de instinto y rapidez. Si te paras a pensar, mueres. Si dudas, mueres. Y si te dejas llevar por el miedo, mueres. Estas enseñanzas, aunque rudimentarias, forman parte de lo que Raíllo le inculcó en su peculiar entrenamiento en el arte de la guerra.

«A todo se acostumbra uno», piensa Lola al observar el fulgor que ilumina las pupilas de Ana María, que la mira expectante. La enfermera le devuelve la mirada y asiente con un leve movimiento de cabeza, fundiendo sus mentes. Son las diez y cuarto de la noche y, aunque sienten que el corazón les pende de un hilo, las dos mujeres descubren hasta dónde son capaces de llegar.

—Ya conocéis la distribución de la vivienda… —dice Fali, inmóvil y en cuclillas mientras mira desconfiado a todos lados—. A esta hora, imagino que el Francés estará durmiendo en el cuarto principal, situado en la segunda planta. Tiene la costumbre de irse a la cama temprano. No sabemos gran cosa de la gente que habrá en la casa, pero calculo que, como mínimo, un par de matones nos darán la bienvenida.

—Podemos intentar entrar sin que nos vean… —apunta Lola.

Ambas mujeres se unen a Fali y se acuclillan sin dejar de controlar el patio interior de la finca.

—O podemos acceder a la vivienda como un elefante en una cacharrería… —añade la viuda—. Hacemos mucho ruido, creamos un clima de confusión y actuamos con contundencia, cargándonos a todo bicho viviente.

—Eso es muy peligroso, Ana —le susurra Fali—. Odio ser yo quien lo diga, pero vuestra puntería es la de un ciego intentando acertar a moscas con un tirachinas. Meterse en un tiroteo sería firmar nuestra sentencia de muerte.

Los tres se miran y parecen estar de acuerdo, incluso en lo del ciego y el tirachinas. Lola, empuñando la Glock y cargada con una mochila llena de granadas y bombas de humo como si fuera a la guerra, es la primera en incorporarse y comenzar a andar agachada, con el corazón palpitante, hacia la escalera de piedra caliza luteciana que da acceso a la puerta de la vivienda. Los otros la siguen. En el patio, varios coches de lujo les sirven de parapeto.

Fali se detiene un momento y mira la cerradura de la puerta tras subir el último peldaño. Del bolsillo frontal de la gastada cazadora táctica saca un estuche con un viejo juego de ganzúas. Por si la

puerta se resiste y se ven obligados a acceder por una de las ventanas de la planta baja, en la mochila de Lola guarda una herramienta de cerrajero, un cortavidrios y una ventosa.

Se frota las manos antes de introducir la ganzúa en la cerradura como si fuera una llave. Hace tiempo que no fuerza una puerta, pero no ha perdido ni un ápice de pericia porque, en menos de treinta segundos, esta se abre con un clic que le suena a música celestial.

—Estamos dentro… —anuncia a sus compañeras.

Fali empuja la puerta, y los tres se quedan mirando el interior de la vivienda durante un segundo que parece una eternidad. Lo primero que hace Lola antes de cruzar el umbral es palparse la pequeña cruz que lleva colgada al cuello, un gesto que se ha convertido en una especie de tic supersticioso. Lo segundo es aguantar la respiración al ver a un hombre fuertemente armado, apostado de pie junto a la escalera, al final del amplio vestíbulo. Lo tercero es cerrar los ojos con fuerza, con la firme e infantil creencia de que, si ella no lo ve, el guardaespaldas tampoco la verá.

38

Hay errores con los que se carga toda la vida, y de esos Vázquez Quintana tiene unos pocos. Se cometen y, con el paso del tiempo, uno desea con todas sus fuerzas no haber caído en ellos.

Al regresar a casa desde el hospital, al inspector lo invadió una mezcla de pesar y resignación que lo dejó fuera de combate por tiempo indefinido. Al principio intentó combatir la desgana, pero terminó aceptando que enfrentarse a la apatía era una lucha inútil. Resultaba imposible liberarse del abrazo viscoso, de dedos largos y firmes, que lo mantenía atrapado. ¿Para qué complicarse la vida? Tal vez había llegado el momento de sucumbir a la depresión y la melancolía. A veces, la solución a los grandes problemas es mucho más sencilla de lo que imaginamos. Cada persona elige los placebos que la gravedad del momento exige. Sin embargo, Vázquez Quintana no desea seguir así; entre otras cosas, porque ahora es alguien que estuvo, pero ya no está.

Como un buen paciente, sigue las indicaciones de los médicos al pie de la letra. «La conmoción cerebral y las fracturas en la cabeza no son para tomárselas a la ligera», le advirtieron. «Es como si te hubieran golpeado con un ladrillo», comentó el doctor cuando despertó en el hospital. La caída que le salvó la vida se cobró un alto precio en forma de una lesión cerebral traumática grave. Tras una semana ingresado, el galeno dedicó una hora a explicarle lo sucedido y las consecuencias que acarreaba: en su vida anterior, en la actual y en lo que estaba por venir.

Vázquez Quintana sufre una lesión que ha silenciado los ecos de su memoria. El comisario se ha quedado sin recuerdos. Esos a los que se aferraba con fuerza y que constituían el único cabo al que se agarraba para permanecer a flote y seguir vivo. Ahora su cabeza es una calle desierta, sumida en un silencio sepulcral.

«Terapia de rehabilitación» lo llamaron. Un eufemismo para alguien que ni siquiera reconoce su voz. «Te ayudaremos a desarrollar habilidades de afrontamiento, trabajaremos en tus relaciones interpersonales y mejoraremos tu bienestar emocional», dijo la psicóloga. El comisario la escuchó en silencio, respondiendo con un suspiro de resignación al sentir una vieja rigidez en el estómago que recibió como nueva. Más tarde, mientras la doctora seguía hablando, ampliando información que él no creía necesaria, se puso de malhumor.

Vázquez Quintana contempla la fotografía enmarcada en la que aparece junto a su mujer y su hijo, con la catedral de Santiago de Compostela al fondo. El comisario llega a la desconcertante conclusión de que el hombre de la fotografía no es feliz. El gesto indefinido de su rostro lo traiciona: no sonríe y parece que quiere zafarse del abrazo de la mujer. Lo que debería ser una imagen familiar entrañable no lo es, al menos según el presentimiento que lo asalta, y le genera una ansiedad creciente. Es extraño mirar el rostro del hombre en la fotografía y no reconocerse.

Mientras observa a ese desconocido, el comisario siente como si, de repente, todas las capas que lo definían como la persona que alguna vez fue se hubieran desprendido de golpe. «¿Qué sentido tiene la vida para alguien sin identidad, sin pasado ni futuro, atrapado en una crisis permanente?», se pregunta al tiempo que deja el marco sobre la mesa del comedor, mientras mueve la cabeza resignado.

Al final, el asesino ganó. Aunque logró evitar una muerte violenta en la iglesia, la fractura de cráneo y el consecuente daño cerebral terminaron el trabajo que el tal Paulino no pudo completar, purgando al comisario de todos sus recuerdos. Sentado en el sillón, Vázquez Quintana percibe que se desvanece lentamente. Se está muriendo en vida y, al parecer, el futuro no le exige nada más que el mero hecho de existir.

Y después están las puñeteras pastillas que lo están descomponiendo. Anticoagulantes, anticonvulsivos, antidepresivos y estimulantes para aumentar su estado de alerta y atención. Un

cargamento de píldoras que lo atontan enseguida, que solo le permiten rumiar el dolor y no silencian el zumbido constante que tiene en la cabeza. Un murmullo tan exasperante como extraño que lo está volviendo loco. Sin saber por qué, percibe un peligro latente a su alrededor, quizá un eco heredado de su vida pasada, esa de la que no guarda memoria. Un peligro invisible pero palpable que se entrelaza con la confusión de la consciencia y parece formar parte de ella.

Cuando recibe visitas, no presta atención a las palabras. Los mensajes de ánimo se diluyen en susurros ininteligibles mientras intenta imaginar quiénes podrían ser esas personas. A veces, una fugaz sensación de familiaridad impregna la atmósfera, pero, así como llega, desaparece, lo que intensifica su tormento y su percepción de provisionalidad. Por eso las visitas lo incomodan: por un breve instante, le hacen concebir la esperanza de recuperar su esencia.

Para el comisario, todo a su alrededor resulta demasiado caótico como para comprenderlo. Ha intentado, de algún modo, asimilar lo que le ocurre, pero su nueva realidad desarma cualquier estratagema que pone en práctica. Aún no quiere admitirlo, pero sabe que es cuestión de tiempo.

Imagina —porque no lo recuerda— que, por mera estadística, a lo largo de su carrera policial debió de atender varios casos de suicidio. Hombres que se quitaron la vida por depresión, deudas de juego o negocios que salieron mal. En definitiva, personas que, como él, pagaron un precio demasiado alto por sus errores.

Vázquez Quintana no recuerda nada de su vida pasada. Sin embargo, todas las noches, mientras duerme, un odio olvidado se le instala en el estómago, persistente como una herida que nunca cicatriza.

Mientras introduce una cápsula en la máquina para prepararse un café, como todas las mañanas, intenta asimilar lo que sabe que es, sin conseguirlo.

—No estás aquí… —se susurra—. No estás aquí, y a nadie le

importa.

Hoy se ha despertado con un arrebato de nostalgia tontorrona que lo acorrala y mordisquea. Por una vida pasada y olvidada. El comisario se sienta frente al café. Con los ojos entrecerrados, observa las cajas de pastillas apiladas en la mesa. No hace mucho, su única medicación era una píldora para controlar el colesterol que ingería con una copita de pacharán a primera hora de la mañana en la cafetería El Camino, situada a pocos metros de la comisaría. O eso le comentó ayer un inspector de policía que fue a visitarlo.

También le contó que, en jefatura, lo temían, lo odiaban y lo despreciaban a partes iguales, aunque veneraban su desempeño profesional. Cada decomiso de dos o tres mil kilos de hachís o cocaína, y cada detención de un narco local, se celebraba como si fuera una victoria en la final de la Champions. Sin embargo, había roto tantas cabezas y herido tantos sentimientos que nadie lo soportaba. Vázquez Quintana siempre ha sido un hombre práctico, y en eso no ha cambiado. El inspector fue brutal en sus apreciaciones, pero al menos eran genuinas y sinceras. Saber que sus andanzas pasadas —tanto en fondo como en forma— no dejaban a nadie indiferente de alguna manera lo reconfortó.

Cuando el compañero terminó de soltar la montaña de mierda que traía consigo, se marchó sin despedirse. Con todos sus recuerdos embarrancados, el comisario sonríe al rememorar la conversación del día anterior, cuyos detalles comienza a olvidar, mientras toma un sorbo de café. Después, con paciencia, vacía todos los blísteres de pastillas y, con violencia, se las mete a puñados en la boca, bajo la danza de unos nubarrones negros que le envuelven la cabeza. A continuación, se dirige al dormitorio con expresión ausente. Apaga las luces y se recuesta en la cama deshecha. En el silencio, comienza a imaginar futuros inverosímiles y escenas inciertas, mientras su mandíbula se relaja y sus ojos se velan lentamente.

39

No es uno, sino dos, los hombres que custodian la casa de pie, junto a la escalera. De ordinario, Lola, ante la presencia de los pistoleros, hubiera salido corriendo a todo meter con dos diazepanes de por medio. Pero eso era antes, porque ahora su mente está en la zona roja, esa en la que ni siquiera un ejército la haría retroceder. Con un gesto de la mano, ordena a Fali que la siga y, a Ana María, que cubra la retaguardia. El vestíbulo está en penumbra. La enfermera se acerca a los hombres caminando encorvada, con el cuerpo tan pegado a la pared como el gotelé. Por suerte, es noche de Champions, y los dos tipos, de espaldas a la puerta de acceso, ejerciendo un evidente abandono de funciones, están concentrados en la pantalla del móvil, desde la que disfrutan del partido que escuchan a todo volumen por unos diminutos auriculares. Justo en el instante en que el Carlos Martínez francés de turno narra a toda pastilla un avance peligroso de Ousmane Dembelé por la banda derecha, Lola apoya el cañón de la Glock en la nuca de uno de los guardaespaldas, al tiempo que Fali hace lo propio con el otro.

—Buenas noches… —susurra Lola—. Ahora nos portamos como buenos chicos: me vais sacando las armas y las dejáis en el suelo con cuidado. Sin apresurarnos.

Los dos tipos se miran con cara de no haber entendido ni jota. Fali pone los ojos en blanco. Repite la orden en francés, y añade un «ynomováisunmúsculoonovolvéisapisarelParquedelosPríncipesenvuestraputavida» que, a la postre, resulta definitivo. Así que, muy despacio y con calma, los guardaespaldas obedecen sin rechistar. Extraen su pistolón de la funda sobaquera y lo depositan en el suelo con mimo, prestando atención a los detalles. Luego les manda arrodillarse uno frente al otro y les ata las manos a la

espalda con bridas de plástico mientras Lola no deja de apuntarlos. Después, Fali los tumba boca abajo y les ata los pies con idénticos flejes. Solo cuando termina, se permite volver a respirar. Con el corazón golpeándole el pecho como una campana desbocada y la sangre palpitándole en los oídos, la enfermera mira a Fali con cara de «¿y ahora qué?» mientras hace un gesto con la cabeza a los dos guardaespaldas, vestidos de traje, que yacen en el suelo.

Lola ya no es la misma que unas semanas atrás. La mujer que una vez fue ha quedado sepultada bajo el peso del sufrimiento y la muerte que la han rodeado. Su mirada no tiene el brillo de antes, y las sombras se aferran a su piel como cicatrices invisibles. No es la misma. No. Y quizá nunca vuelva a serlo, porque el dolor ha afilado los bordes de su alma. Sin embargo, aún no es tan cabrona como para matar a dos hombres desarmados, sin posibilidad de defenderse, que solo están haciendo su trabajo. Tipos que, probablemente, tengan familia y amigos que los quieran y los esperen al día siguiente. Como suele decir Javi, «Hasta Osama Bin Laden tendría amigos que asegurarían que era buena gente, aunque con un pronto muy jodido».

Fali, que ha sacado del cinturón un cuchillo de desollar bisontes, se encoge de hombros y mira a la enfermera con cara de «puestúdirás». Ana María, que se ha unido a ellos, presencia la discusión silenciosa y suspira antes de tomar cartas en el asunto. Saca un rollo de cinta americana de la mochila de Lola y amordaza a los dos gorilas en un santiamén. Después, les coloca el móvil frente a los ojos para que puedan seguir viendo el partido. Porque, si algo le pone de mala leche, es la crueldad gratuita.

—Pues tampoco era tan difícil… —musita—. Ahora me vais haciendo un favor y nos vamos dando un poquito de prisa, que tengo plancha, ¿eh?

El comentario indignado de Ana María casi provoca que Lola estalle en un ataque de risa nerviosa que podría haber resultado fatal. Tras ahogar el inoportuno acceso, la enfermera respira hondo, coge una de las pistolas que han soltado los guardaespaldas y comienza a subir las escaleras. Intuye que va a morir, pero reúne

todas sus fuerzas y continúa ascendiendo, superando escalones a pesar de la resistencia de su cerebro.

A medida que se acerca a la segunda planta, su mente divaga: se pregunta si todo ese sufrimiento ha valido la pena. Es consciente de que es un pensamiento inútil, dado el escenario en que se encuentra, pero los sentimientos la abruman. Necesita una respuesta afirmativa, una certeza que le permita arrojar esas dudas al vacío.

—Lola, ¿vas bien? —escucha que le susurran a la espalda.

Es Ana María, que acompaña la pregunta con un ligero toque en el hombro. Es un leve roce —cariñoso casi—, pero de intensidad suficiente como para sacarla de la repentina parálisis que ancla sus pies al último peldaño. Como si dar ese pequeño paso le fuera a generar un peso con el que tuviera que cargar toda la vida. Lola se vuelve hacia la mujer y las palabras salen solas de lo más profundo de su corazón.

—No sigas… —dice—. No vale la pena morir por venganza. Tus hijos te esperan en casa. En serio, no vale la pena… —repite, y aprieta los labios en un remedo de sonrisa.

Ana María la coge del brazo con la mano que no empuña la recortada. Más que una presa, el gesto parece una caricia. Una que le transmite a la enfermera que no hace falta decir nada. Es un ademán sincero que le hace comprender que no hay marcha atrás para ninguna de las dos y que ha llegado el momento de afrontar el final.

Lola mira hacia atrás, hacia Fali. El hombre ha oído el comentario y observa a las dos mujeres en silencio. La enfermera cree percibir en sus ojos un sutil cambio de actitud, una falta de determinación, como si existiera un malentendido respecto a sus intereses. Como si, en realidad, todo aquello fuera solo asunto de las dos mujeres y él también esperase una invitación a marcharse, similar a la que Lola le ha hecho a Ana María. Como si su rostro escondiera otra intención, agazapada detrás de un montón de cosas. Una que, oculta tras esa máscara, pretende arruinarlo todo sin que le tiemble

el pulso.

—Vamos, coño —las abronca Fali con un hilo de voz—. Que aquí somos un blanco fácil…

La amonestación del hombre desmorona la fantasía de Lola como un castillo de naipes sacudido por el levante. La enfermera vuelve a la realidad y empuja las dudas a un rincón de la mente. Decide no dar cabida a escenarios alternativos a la situación que está viviendo, y deja caer en un pozo profundo todo lo que le sobra.

En el dormitorio de la tercera planta, el Francés ha preferido quedarse leyendo en la cama. Al menos, hace como que lee, porque en realidad no ha pasado ni una página del manoseado ejemplar de *El hombre que fue jueves*, de G. K. Chesterton. La novela, escrita en 1908, es uno de los libros de cabecera del Francés. Hastiado por la situación, cierra el libro y le da un sorbo a la copa de vino que descansa en la mesilla. Se trata de un Valduero Lantigua que, para su disgusto, está deliciosamente bueno. Porque en el fondo Pierre detesta todo lo que huele o sabe a español. Más bien lo aborrece. Cuando está en España, disimula por cuestión de modales, nada más.

A pesar de la procedencia del vino, a estas alturas de la noche ya ha dado cuenta de más de media botella, deleitándose con entusiasmo en cada sorbo. Echa un vistazo de reojo a la puerta de la habitación. La espera le resulta exasperante, sobre todo porque está ansioso por disfrutar de un triunfo. Aunque sea ínfimo. Siente curiosidad por conocer a esa pequeña mujer, Lola, que se ha tomado tantas molestias para dar con su paradero. Y además está ese insistente runrún que no cesa y le taladra el cerebro. Ese presentimiento que apunta a esa chica anónima como el origen de todas las desgracias que han recaído sobre sus últimos negocios. Por eso, antes de matarla, pretende destruirla, para exorcizar todos los demonios que la acompañan.

A través de los monitores de treinta pulgadas que cubren una de las paredes de un cuartito adyacente al dormitorio principal (que no

aparece en ningún plano), Nasser, de pie y en silencio junto a uno de sus hombres, controla todos los movimientos de los intrusos. Las pantallas muestran cada rincón de la casa: el vestíbulo, la cocina, el gran salón, la piscina, el *hammam*, los dormitorios de la primera planta y, por supuesto, la escalera y la cabina del ascensor. Los monitores rotan las imágenes captadas por las treinta microcámaras de vigilancia, indetectables para un ojo humano no entrenado, que barren la vivienda.

Nasser está preocupado. Si hubiera dependido de él, habría eliminado a esas dos mujeres en el aeropuerto. Pero Pierre tiene cierto gusto por lo teatral, con un punto suicida, que lo pone de los nervios. «Mi estrategia será simular que he caído en la trampa. Dejémoslas creer que van a ganar. Así el sabor de la decepción será más intenso», le dijo, ignorando sus reticencias.

En opinión de Nasser, la ansiedad que le provoca al Francés verse relegado, aunque sea temporalmente, a un segundo plano, puede conducirlo a un trágico desenlace. Pierre se cree una especie de dios intocable y, al final, lo devorará por su muy cuestionable divinidad, que poco a poco lo ha ido transformando en un monstruo.

El suelo de la vivienda, al igual que las huellas y tabicas de la imponente escalera, está hecho de mármol de Calacatta. Lola supo de la existencia de esta lujosa piedra, extraída de la región de la Toscana, gracias al Canal Historia —muchas noches en vela frente al televisor viendo documentales—, y de inmediato desarrolló un amor a primera vista por este material, utilizado durante el Renacimiento por Miguel Ángel y Donatello.

Mientras avanza por la primera planta de la mansión, la enfermera reflexiona sobre la montaña de casualidades y decisiones erróneas que la han llevado ante esas baldosas, cuya belleza, de cerca, resulta aún más impactante.

Fali, Lola y Ana María no se detienen más de lo necesario en cada habitación de la primera planta. Confiaban, quizá más allá de

lo razonable, en que esa y el sótano estuvieran desiertos. A partir de ahí, todo es una sorpresa.

Impaciente, Fali les hace un gesto con la mirada, y ambas asienten con la cabeza. Lola es la primera en retomar el ascenso, con toda la gracia y agilidad que le permite el pavor que lleva encima. Ahora mismo, su mente es un cuadro de Pollock y, su ánimo, un *looping* de montaña rusa. No necesita preguntarse si estar allí es un error; lo sabe de sobra.

Pegada a su espalda la sigue Ana María, que no deja de mirar a todas partes, incapaz de esconder su inquietud. Va tan cerca que la enfermera percibe su olor, una mezcla de colonia cara, sudor y algo más. Ese «algo más» que Lola no logra identificar es la fragancia que desprende el miedo. Mientras sube a cámara lenta por la escalera como si estuviera ascendiendo el Everest sin oxígeno y en biquini, no deja de apuntar con las dos pistolas al frente. Si apareciera alguien, sería un blanco claro y fácil.

Sin embargo, a pesar de haberse estrenado en el mundo del tiroteo en Tarifa, la enfermera no sabe si podrá apretar el gatillo. Ese pensamiento la agobia. Le preocupa no ser capaz de mover un músculo cuando se encuentre ante el Francés, a pesar de que nunca ha sentido un odio semejante hacia nadie. Un odio que la domina. Un odio que la embota y no la deja pensar con claridad. Un odio que espera que venza sus reticencias a matar a un ser humano. Si es que queda algo de humanidad dentro de ese monstruo…

Al llegar al último escalón, siente un zumbido en el estómago y unas ganas de vomitar que logra contener a duras penas. «Sería cómico que nos descubrieran por culpa de unas buenas arcadas», piensa mientras se recuesta en la barandilla. Las piernas apenas le responden y, por la punzada de dolor en el torso, cree que la angina de pecho está prácticamente asegurada. Si el corazón le latiera más acelerado, andaría botando en el suelo —de mármol de Calacatta— cinco metros por delante. Tras superar ese último escalón no sin esfuerzo, dobla a la derecha, y lo que se le presenta ante ella le genera un vértigo tan intenso que le fallan las rodillas:

dos enormes puertas al final de un corto pasillo. Nada impresionante, pero para ella suponen lo mismo que para Frodo la caldera ardiente del Monte del Destino: el final del viaje.

—Venga, Lola, no te detengas… —le apremia Fali con voz rasposa y tensa.

El comentario activa en la mente de la enfermera un impulso descontrolado por acabar con la incertidumbre, y le despierta la insensata idea de abrir las puertas de una patada. Cuando está a punto de hacerlo, ignorando por completo cualquier manual de buenas costumbres y usos para el allanamiento, Ana María se adelanta y la aparta mientras apresa el pomo con la mano.

—¡Lola! Pero ¿qué haces? ¿Piensas liarte a patadas con la puerta o qué? —la regaña en voz baja, fulminándola con la mirada.

Lola mira hacia abajo y ve su pierna derecha colgando en el aire, como el *kicker* de los San Francisco 49ers antes de golpear el balón ovalado entre los palos, dispuesta a hacer astillas una de las hojas de madera.

—O qué… —responde la enfermera al tiempo que se encoge de hombros y deja escapar una sonrisilla culpable.

Como era previsible, las puertas se abren sin oponer resistencia. Al otro lado, una suite de lujo, más propia de un hotel de categoría especial situado en una de esas ciudades donde el petróleo lo compra todo, deja a los tres con la boca abierta. Por sí sola, la espectacular araña de cristal que preside el salón, junto con los frescos del techo, justifica el pago de entrada. La estancia está iluminada por varios candelabros, también de cristal, que descansan sobre muebles de madera que, por su aspecto, seguramente no forman parte del catálogo de un mercadillo. En las paredes, pintadas en ámbar con llamativos toques de color púrpura, cuelgan obras de arte y litografías a cada cual más bella. Toda la estancia la articula un espectacular sofá estilo Luis XV de suaves curvas, con detalles florales tallados en los reposabrazos y pies caprichosos. Lo acompañan dos sillones a conjunto que flanquean una mesa de juego de nogal macizo, cuyo tablero ofrece

dos posibilidades: jugar a las damas o a las cartas. En la estancia solo desentona la presencia de un pantallón LED de infinitas pulgadas. Al ver el enorme televisor, Lola está a punto de cortarse las venas.

Envueltos por un silencio sepulcral, solo roto por el segundero de un reloj de repisa estilo Boulle, avanzan hacia la puerta del dormitorio, que se encuentra entreabierta. Lola, atosigada por la premura, contiene la respiración y aguza el oído en busca de una señal de peligro. Caminan despacio, esquivando los muebles, y procuran no hacer ruido.

La atmósfera opresiva permea cada célula del organismo de la enfermera, cuyos músculos tensos comienzan a dolerle. La tensión de lo que está a punto de suceder se palpa en un ambiente cada vez más tenso. «Al final, ya verás, Lola, tanto remar para acabar muriendo de un infarto antes de llegar a la orilla», piensa. Al alcanzar la puerta, la enfermera expulsa todo el aire que retiene en los pulmones y apoya el cañón de la pistola, que sujeta con la mano derecha, sobre la hoja de madera. El breve y metálico tañido que genera el contacto del arma con la puerta le hace apretar los dientes, que chirrían por el exceso de presión. La empuja y esta cede sin oponer resistencia.

Recostado plácidamente en la cama, con un brillo gélido en los ojos, el Francés los recibe con un entusiasmo descomunal. Lola observa al mismísimo Lucifer con una extrañeza rayana en el asombro. La enfermera tiembla por dentro, pero lo disimula. Un tipo que lleva a la espalda una montaña de cadáveres, quieras que no, impone. «Pulso firme, cabeza erguida y mirada decidida», se dice mentalmente. Pero el estómago encogido por el miedo y la angustia no se lo quita nadie.

—*Oh, mon Dieu!* —exclama, incorporándose de un salto—. Habéis tardado mucho, para tener tanta urgencia en matarme… —añade mientras se cubre el pijama con un batín de raso rojo chillón que descansa sobre la cama—. He estado a punto de quedarme dormido leyendo. ¿Queréis un café o algo de beber?

Se lo ofrece al tiempo que mantiene en alto las manos desnudas, como para demostrar que no es una amenaza. «El muy cabrón es un manipulador de primera clase», piensa Lola sin dejar de apuntarle. Al tenerlo delante, comprende todas las historias que se cuentan sobre ese hombre. Entiende el miedo y el respeto que inspira. Les sonríe abiertamente y parece tranquilo, pero la enfermera puede ver en sus ojos que es la clase de tío que le machacaría la cabeza a un niño si fuese necesario. Además, aunque lo pretende, su voz no suena suave, como de helado de fresa, ni paciente, más bien como un amenazante gruñido de advertencia. El ladrido de un dóberman de cierta edad que conserva intacta su fiereza. Se le ve tan natural y confiado que repugna.

El dormitorio es casi tan impresionante como el salón previo de la suite. Las pinturas que decoran el techo y los frisos —que representan pájaros, animales exóticos y personajes mitológicos, todos en diferentes relieves y colores suaves— son de una delicadeza indescriptible. «Seguro que ahí se tiene que dormir a cuerpo de rey», piensa Lola al ver la enorme cama con dosel cubierta con telas de brocado. La estancia huele a cedro, sándalo y vino. Aunque se impone este último olor.

—¿Seguro que no queréis un café? —insiste mientras rodea la cama y se acerca a ellos, haciendo una pausa teatral.

Durante un segundo, Lola aprieta los labios con fuerza para no mandarlo a la mierda. Porque, claro, no se manda a la mierda al demonio, por aquello de la educación y el respeto a los mayores. «Pero, como siga insistiendo con el puto café, le meto la pistola por el culo», piensa mientras intenta amortiguar el acceso de ira. A su lado, Ana María permanece muda; Fali queda fuera de su campo de visión. El Francés acorta la distancia entre ellos, ignorando el detalle de que la boca recta, negra y fría de una pistola apunta a su pecho. El hombre ladea un poco la cabeza y examina a la enfermera con una extraña curiosidad, como lo haría un entomólogo ante una rara especie de insecto. Lola le sostiene la mirada un instante, pero luego la desvía, sin dejar de apuntar al Francés, hacia su amiga, en la que busca apoyo emocional ante la

intensa incomodidad del momento. «Pues no va a ser fácil esto de matar a sangre fría», cavila convencida de que, quizá, ese puñetero café, al fin y al cabo, no le vendría nada mal. Para Ana María, el tiempo parece haberse congelado. Permanece inmóvil, a la izquierda de Lola, apuntando al suelo con la recortada y una expresión de sorpresa. La enfermera la oye hiperventilar mientras la intensidad del olor a miedo que emana ahoga la mezcla de perfume caro y sudor. Con movimientos pausados, la mujer se agacha y deja el arma sobre el mármol con una aceptación que a Lola se le antoja imposible. Al incorporarse, gruesas lágrimas le corren por las mejillas. Intenta no sollozar, pero no puede evitar un hipido entrecortado por la frustración.

—¿Ana María? —la llama, sin quitarle ojo al Francés, que se ha plantado a un par de metros de ella.

La mujer tarda unos segundos en contestar y, cuando lo hace, habla muy despacio, como si masticara cada palabra.

—Lo siento, Lola, de verdad que lo siento…

Al oírla, el Francés frunce la nariz con un disgusto simulado. Lola no sabe qué está pasando, pero una alarma estridente comienza a sonarle en la cabeza. La enfermera se da la vuelta y sus ojos se encuentran con los de Ana María, dos túneles oscuros capaces de tragarse la poca entereza que le queda.

—Quieta… —le ordena Fali mientras mantiene la pistola apoyada en la nuca de la viuda, que se estremece como si algo enorme estuviera a punto de aplastarla—. Lola, tranquila, que no está el tema para tonterías.

La enfermera sopesa la situación y hace un cálculo rápido mientras apunta a Fali con la Glock y al Francés con el pistolón del guardaespaldas. Evalúa la probabilidad de disparar con precisión al primero en la cabeza. Un tiro que provocase que el cerebro se le saliera por las orejas, sin que le diera tiempo a ordenarle que apretase el gatillo. El cálculo es rápido, porque las posibilidades son nulas. Entre otros motivos, por su falta de pericia y el pulso temblón que acaba de aparecer en escena. En la situación actual,

los consejos de Raíllo de disparar al bulto y apuntar con los cojones le sirven de poco. La victoria del Francés parece inapelable. Si fuera una partida de cartas, tendría todos los triunfos en la mano. Lola aguarda con el dedo en el gatillo. Optimista quizá, pero no había imaginado este escenario, por lo que no sabe cómo actuar. Ahora se siente como esa primera ficha del dominó que arrastrará a todas las demás.

—No dispares… —le pide finalmente, muy seria, a Fali mientras baja la pistola con la que lo apunta y mantiene en alto la que señala al Francés.

Fali no mueve un músculo del rostro, pero aprieta aún más el cañón contra la nuca de Ana María, que emite un quejido lastimero. Con gélida indiferencia, deja claro que no dudará en volarle la cabeza. El Francés observa la escena con aire divertido. Lola intenta pensar con frialdad, sin conseguirlo, porque una nueva llamarada de odio la incendia por dentro. Nunca pensó que en su cuerpecillo cupieran tanto desprecio, aborrecimiento y rabia.

—Si me vas a disparar, hazlo ya —la reta el Francés—. Pero hazlo rápido y bien. No te preocupes por las consecuencias.

Lola afirma el puño, cerrándolo aún más sobre las cachas de la pistola, y se da cuenta de que la mano ya no le tiembla. Nunca ha matado a sangre fría. Bueno, si hay que ser justos, nunca ha matado conscientemente, porque lo de Tarifa fue un golpe de suerte. «Pero alguna vez tiene que ser la primera», piensa. La enfermera mira al Francés y descubre en sus ojos una duda, un matiz mezcla de desconfianza e inquietud que la llena de satisfacción y orgullo. De nuevo, el Francés ladea la cabeza para después sonreír con una exquisita indulgencia. Una sonrisa que da pavor y que, al mismo tiempo, es capaz de engatusar a cualquiera. Lola, que a pesar de que su pulso se ha calmado tiene el miedo metido en el cuerpo, se da cuenta de que algo ha cambiado en la escena y de que la duda del Francés, tal como ha llegado, se ha ido. No necesita darse la vuelta para comprender que alguien más ha entrado en la estancia. Y quizá ahora el Francés no es el animal más peligroso de la habitación.

—¿Crees que te enfrentas a una decisión difícil? —pregunta el Francés—. Piensa que todo lo que has hecho a lo largo de tu vida te ha conducido a este momento y que, una vez que decidas, no habrá vuelta atrás. Raphael —porque, para él, el Fali sanluqueño es Raphael— me ha contado tu historia. Sé que me culpas por la muerte de tu hermano y que, durante este último año, te has alimentado del deseo de venganza. Entonces, *ma chérie*, ¿por qué no me disparas de una vez?

El corazón de Lola bombea sangre con tal virulencia que piensa que sus arterias van a reventar. El Francés le está hablando como lo haría un maestro a uno de sus alumnos menos aventajados, al que, a pesar de su estupidez, le tiene cariño. La enfermera está a punto de decir algo, pero acaba poniendo cara de «dímelotúyaquelosabestodo». el Francés, tras leer a la perfección su rostro, se lo cuenta:

—Porque le estás haciendo caso a tus tripas y no quieres tirar tu vida por la borda, como Selu. Porque sabes que tu hermano se mató a sí mismo con sus actos. Y porque el ser humano es débil y, al final, solo sigue el instinto primitivo de sobrevivir…

Lola apenas nota el contacto en la nuca. Solo tiene tiempo de sentir que un calor intenso y rabioso se abre paso por la piel y asciende hasta el cerebro como un hierro incandescente que le despierta un dolor que la devasta. La enfermera trastabilla y cae al suelo con la certeza de que no volverá a despertar.

40

El comisario Odraizola cree tener motivos para echar una bronca a toda la comisaría. Es más, en realidad piensa que debería despedir a la mitad de sus agentes. «A ver cómo salimos de este lío», piensa mientras se pasa las enormes manos de antiguo *harrijasotzaile* por la calva rasurada. La atmósfera recargada del despacho hace empequeñecer a cualquiera.

—A nadie le gustan los inspectores corruptos… —dice al tiempo que se afloja el nudo de la corbata, ajustado por la mañana hasta alcanzar ese puntito de asfixia que lo agobia.

Después se pasa la mano derecha por la cara y se la frota como si intentara borrar la preocupación del rostro.

Olmo, sentado frente al escritorio, lo observa sin decir nada. Los últimos acontecimientos han quebrado la confianza del comisario en su grupo. Por eso ha hecho llamar al forense a su despacho. Pretende sacarle información de primera mano, aunque levante suspicacias entre los agentes. Odraizola aspira a desenmarañar por su cuenta el follón más grande en el que se ha visto implicado en toda su vida profesional.

—No se puede ser más estúpido… —continúa diciendo—. Con la que está cayendo, Téllez ha dejado la reputación de la comisaría a la altura del betún. Hay que ser imbécil. ¿De verdad que nadie se olía nada?

Olmo se encoge de hombros por dos motivos: uno, porque no le interesa lo que se traía Téllez entre manos, y, dos, porque sabe que no hay respuesta posible que satisfaga a Odraizola.

El comisario niega con la cabeza mientras resopla, indignado. La sangre le martillea las sienes, y sabe que no estaría de más bajar a la farmacia a tomarse la tensión. Más que nada, por evitar uno de

esos molestos eventos cardiacos que están de moda y que lo pueden dejar con la vitalidad de una lechuga. Pero es que, desde la aparición del cuerpo de Téllez, Odraizola se ha dedicado a tiempo completo a compadecerse, sin atender a nada más. Él, que ha vivido mil y una batallas, no se explica cómo a estas alturas puede verse enredado en una situación tan espinosa.

Y, por si fuera poco, al caso de Téllez y la cantidad de posibles cargos que tiene sobre la mesa con los que podría haber imputado al fallecido inspector en vida se le ha juntado la noticia publicada en el *Diario de Cádiz* que casi lo mata del susto cuando la leyó. Que no quieres sopa, pues toma dos tazas. La mayor trama de corrupción policial destapada en este país, y que salpique a toda la provincia, no es para tomárselo a la ligera. La investigación interna que se está llevando a cabo es peligrosa, y lo tiene sin dormir. La sociedad está harta de corrupción, sobornos y sospechas de trato de favor a mafiosos afincados en la zona. Todo aquello en lo que interviene el ser humano es susceptible de corromperse, y las fuerzas del orden no son una excepción, por más que le pese al comisario. Es sorprendente lo que una buena persona es capaz de hacer con la motivación necesaria. Y si viene en forma de fajos de billetes de cien euros, poco más se puede añadir.

En breve, Odraizola espera que Asuntos Internos lo llame a declarar. Bien pensado, al final Téllez ha tenido suerte, porque se ha librado de una condena demasiado severa. Quizá esté siendo melodramático, pero cree que, en algún despacho de Madrid, su destitución se está cocinando a fuego lento. Con el juicio mediático perdido y casi sin pistas, salir indemne se antoja tremendamente complicado. Si no encuentra una cabeza que cortar, no le quedará más remedio que apechugar y cargar con las consecuencias, tal como hacía en su juventud, levantando piedras que superaban los doscientos cincuenta kilos. Y si al final lo encierran en un despacho a mover papeles, tendrá que resignarse. Porque a Odraizola le gusta su trabajo y está convencido de que no merece una destitución. Sin embargo, está harto de comerse los marrones a cambio de un puñado de euros más al mes que cualquiera de sus

inspectores.

—Retomando el tema… —dice mientras intenta recuperar la calma—. Según las pruebas forenses, tenemos claro que el asesino de yonquis era ese tal Francisco Raíllo, ¿no?

Olmo respira hondo antes de responder. No le agrada el tono de indignación con el que el comisario ha formulado la pregunta. Parece como si intentara culparlo de todos sus problemas o, al menos, reprocharle algo.

—No me corresponde determinar eso —responde con pretendida frialdad—. Lo que puedo asegurar objetivamente es que las huellas de Francisco Raíllo no solo aparecen en la lata de cerveza encontrada en el acceso al foso de Puertas de Tierra, sino que también coinciden con algunas de las halladas en el pulsador de la fuente.

—Y por otro lado están las marcas de las botas militares sobre el albero y alrededor del cadáver de Mágico…

Olmo aprieta los labios. El comisario intenta atraparlo en su cepo, pero no está dispuesto a ponérselo fácil. «A ver si Odraizola se cree que soy idiota», piensa el forense mientras se recuesta en la silla. Quiere usarlo como arma arrojadiza contra sus inspectores, los cuales, debido a un error burocrático o a incompetencia, han tardado una eternidad en atar cabos.

—Sí…

—Marcas que coinciden con las suelas de las botas que calzaba el cadáver de Raíllo cuando fue encontrado en Tarifa…

—Junto a los cuerpos de un conocido narco de Sanlúcar, un sangriento sicario fichado por la Interpol y Rafael Vilda, todo un teniente coronel de la Guardia Civil… —apunta el forense con una carga de mala leche controlada.

—A ver, Olmo, lo de esparcir mierda, si te parece, lo dejamos para los periódicos —le contesta jocoso—. Está claro que toda esta situación es una guarrada, pero, si te parece desagradable, no haberte metido en la policía —añade mientras hace un gesto indeterminado que el forense traduce como «ahora vas y te jodes».

Olmo menea la cabeza y mira a Odraizola con gesto inexpresivo. El comisario puede ser muchas cosas, pero en el fondo no es mal jefe. Suele ser el primero en llegar a la comisaría y el último en marcharse. Pero, si se siente acosado, saca el libro de los jefes y pisa a quien tenga que pisar con tal de salvar el culo. Y ahora, ante la inmediatez de una derrota y de ser devorado por la burocracia, no es un buen enemigo al que enfrentarse.

—El equipo forense examinó las dos escenas… —dice Olmo obviando la última pulla del comisario—. Y estamos casi seguros de que Francisco Raíllo cometió el asesinato del foso de Puertas de Tierra. En la suela de sus botas encontramos restos de albero cuya composición coincide con la arena del escenario del crimen. Son solo pruebas circunstanciales. No tenemos nada sólido que lo implique, pero todo indica que Raíllo era el asesino de yonquis. Por otro lado, el tipo estaba jodido. Poca importancia tiene que lo mataran a tiros. El cáncer de colon que padecía se lo iba a llevar por delante en unos meses.

El comisario endurece el gesto mientras se inclina hacia delante y cruza los dedos sobre la mesa.

—¿Y Téllez? —pregunta—. Como sabes, sospechamos que se trata de un asunto de drogas. Como él, eran muchos los que miraban hacia otro lado. Ya sabes que durante un tiempo estuvo en el radar de Asuntos Internos. Sospechaban que aceptaba sobornos. Intentaron atraparlo, pero no encontraron manera de echarle el lazo. El tipo era listo, y siempre se las arreglaba para escabullirse y mantener limpio su expediente.

—El inspector, en general, estaba en buen estado físico, pero era consumidor habitual de cocaína —anuncia con profesionalidad—. Esta droga puede detectarse en sangre hasta dos días después del último consumo. Y, si eres un asiduo, los restos pueden permanecer en el cabello durante meses, incluso años. Los análisis indican que Téllez consumió minutos antes de que lo asesinaran… Por su sangre circulaba una mezcla considerable de cocaína, alcohol y ansiolíticos.

—¿Huellas en el coche…?

—Medio Cádiz ha pasado por el vehículo del inspector…

—Aun así, ¿habéis buscado coincidencias con las huellas de Pepe Carbonell, tal como te pedí? Hay testigos que los vieron juntos esa tarde en la avenida de la Sanidad Pública.

—¿Estás insinuando que el periodista mató al inspector Téllez?

—Estoy insinuando que resulta demasiada coincidencia que, esa tarde, un testigo fiable viera a Pepe subirse al vehículo de Téllez y que, pocas semanas después del asesinato del inspector, el Quitapenas intentara suicidarse. Aquí, lo de «inocente hasta que se demuestre lo contrario» no aplica.

—Supongo que tienes razón… —contesta suspirando con hondura —. Hemos hallado huellas del periodista en la puerta del copiloto, en el salpicadero, en el volante…

—Si despierta del coma, ese cabrón tendrá mucho que contar. Se ve que dudó en el último instante, y esa falla en su voluntad provocó que la bala no le reventara el cerebro del todo. Mejor que el muy cabrón hubiera muerto.

Un silencio incómodo, de esos imposibles de rellenar, se instala en el despacho. Ninguno de los dos hombres es de poner paños calientes, y no empezarán ahora a hacerlo. Odraizola se afloja del todo la corbata mientras estudia al forense, que lo observa con suspicacia. Después, se masajea la amplia frente con la yema de los dedos, como si quiera ahuyentar la angustia y el pesimismo que se han instalado en su cabeza. Con las pruebas que manejan, tiene clara la conclusión: el asesinato de Téllez está relacionado con Pepe Carbonell y seguramente también con Raíllo. Se lo dice el estómago, y esa parte de su aparato digestivo no suele equivocarse. Distinto es demostrar la montaña de conjeturas que tiene en mente. El forense, cansado de la espera, carraspea para provocar la reacción del comisario. Olmo intuye que se viene un discurso largo y tedioso, así que, cuanto antes empiece, mejor.

—Gracias, Olmo… —le dice el comisario al carraspeo—. No necesito más de ti. Solo te pido que seas discreto y que esta

conversación no salga de aquí.

El forense se incorpora de la silla, extrañado, y abandona el despacho.

A solas, Odraizola duda qué hacer. Sabe que está acorralado y que su supervivencia depende en gran medida de la del periodista y de su declaración posterior. Aunque hay algo más. La parte más espesa y opaca de la historia que puede dar un giro a todo. Y ese fragmento oscuro del relato tiene nombre y apellido: Lola Barco. La noche del tiroteo vieron a la enfermera en Tarifa en compañía de Raíllo. Gracias al cielo, ese dato no ha trascendido a la prensa, porque, de haberlo hecho, la noticia se hubiera convertido en una carga explosiva bajo su sillón. El comisario se ha devanado los sesos buscando la conexión de Lola con el asesino de yonquis y el suceso de Tarifa. Y solo se le ocurre una posibilidad. Una bastante remota pero muy real: que la enfermera se haya remangado y que su propósito de venganza particular haya escalado en violencia. Podría hacer muchas cosas, pero decide que hay veces que lo mejor es dejar las cosas estar y fluir, porque está cansado de vivir en un estado de crisis permanente.

El sobre está arrugado y sucio de tanto manosearlo. Javi es dolorosamente consciente del estado de la carta que sostiene. El joven no sabe si se sorprende más de no habérsela entregado a la madre de Lola o de las veces que la tentación de leerla le ha asaltado en la última semana. Si no ha hecho ninguna de las dos cosas es porque confía en que Lola haya logrado burlar a la muerte.

—¿Dónde coño estás, Lola? —susurra con voz quejumbrosa a la soledad del Game.

Ha imaginado mil escenarios, a cada cual más complejo e inverosímil, en los que se ha podido ver envuelta Lola. A saber: drogada y secuestrada por una banda de narcotraficantes, atada a una cama en manos de un pervertido, trabajando de infiltrada para la policía en un club propiedad de una sociedad secreta, siendo la

cara amable de la mafia rusa que opera en la Costa del Sol, abducida por una nave extraterrestre junto a Iker Jiménez… —Este último surgió tras un consumo excesivo de grifa—. Todos ellos escenarios imposibles que, tras sopesarlos un instante, ha ido descartando uno a uno hasta quedarse sin opciones.

Javi no tiene noticias de Lola desde hace demasiado tiempo. Ni siquiera recuerda cuántos días han pasado desde que el móvil le vibró dos veces por un mensaje de WhatsApp. El joven abrió la aplicación y no apartó la mirada de la pantalla durante un minuto. Un pulgar hacia arriba, una carita sonriente y el emoticono de prohibido el uso de teléfono. Nada más. Ni una sola palabra. El joven tuvo que tomarse un segundo para recomponerse y no estrellar el móvil contra el suelo. Después juró y blasfemó en la lengua de los elfos mientras intentaba taponar la herida que se había abierto en su corazón. Otra más. Desde entonces, la rabia que siente ha sustituido en parte al sentimiento de desesperación que asalta a quien lleva mucho esperando. Es una verdad universal de aplicación al amor no correspondido: cuando no puede ser, no puede ser y, además, es imposible.

Dos chavales entran por la puerta del local en busca de una PS5 de segunda mano. Javi se olvida de la carta y les ofrece a un precio inmejorable una consola en perfecto estado, con apenas dos arañazos imperceptibles. Los chicos, sonrientes, levantan la mirada tras examinar la Play como si no se creyeran la suerte que han tenido. Javi les devuelve la sonrisa mientras piensa en lo sencillo que es, en ocasiones, darse de bruces con la felicidad.

UN FINAL

La muerte es el enemigo. El enemigo siempre gana. Y, aun así, debemos luchar contra él.

Juego de Tronos

41

Lola necesita al menos un minuto para darse cuenta del motivo por el que el mundo se ve del revés y comprender por qué la gravedad la reclama con una urgencia desmedida. La enfermera siente los ojos empequeñecidos y la lengua pastosa. Desde su incómoda posición, reconoce una lujosa piscina subterránea iluminada por tantos leds como para aterrizar un helicóptero en una noche de visibilidad nula. Está equipada con una barra de bar en plan coctelería de esas muy pro, en la que un tipo vestido como un jugador de *snooker* prepara combinados a lo Tom Cruise. A su lado, Ana María tiembla de ansiedad, miedo y frío. Todo al mismo tiempo. Está agotada de soportar dolor, y cada respiración es un ejercicio de tenacidad que, ni siendo generosos, podríamos imaginar. Tiene un ojo medio cerrado, no deja de sangrar por la nariz —que se ha transformado en una pulpa informe— y, si una boca sana tiene treinta y dos dientes, a ella le quedan menos. El primer puñetazo impactó en las fosas nasales, que crujieron como un caramelo entre las muelas de un niño. El segundo golpe en la cara le hundió el pómulo derecho. El tercero, el cuarto y el quinto, dirigidos al costado, la dejaron sin aire. Esos fueron los que le rompieron varias costillas, una de las cuales se le clavó en el pulmón. Durante la paliza, Ana María no abrió la boca. No les imploró que pararan ni suplicó un innecesario perdón. Se limitó a observar a sus agresores como si su mirada fuera el puñetazo que les hubiera querido devolver. Conoce la ley de la calle, y conoce que esos hombres solo saben resolver los asuntos a puñetazo limpio. Y así hasta que aguante.

Lo primero que oye Lola es una risa desprovista de humor. Seca, hueca. Sin alma. Una que surge a su espalda y le araña el cuerpo como una cuchilla helada. Las dos mujeres cuelgan boca abajo,

maniatadas y desnudas, de un gancho que pende de una viga de madera, parte del forjado superior del sótano. La enfermera aún siente la quemadura que le ha producido en la piel la descarga de la pistola eléctrica con la que Nasser la ha dejado fuera de juego. Justo delante de ella, un hombre enorme, con el pelo tan rubio que parece albino, se limpia los restos de sangre y de piel de los nudillos. El casi albino es una montaña de músculos cuya mirada oscila entre sus manos y las dos mujeres. En sus ojos pequeños, fríos y rasgados, se percibe el deseo de golpear con esos artejos en carne viva el rostro todavía impecable de Lola.

En el límite de su visión, la enfermera ve al Francés, que sale de atrás y se coloca entre ellas. Parece un carnicero satisfecho que se pasea entre costillares de vaca colgando de un gancho.

—*Mon Dieu*, qué pena que no me atraigan las hembras… —dice dando una fuerte palmada en el culo a cada mujer—. ¿Nunca te han dicho que tu trasero *c'est magnifique*? —añade dirigiéndose a Lola mientras juguetea con la pequeña cruz de oro que la enfermera llevaba al cuello. La que le regaló el Tanque.

Lola, que no está para bromas, rebusca en su garganta y encuentra un denso escupitajo que lanza con pericia a los pies del Francés. Aunque en realidad le hubiera gustado acertarle en la cara.

—Qué desagradable… —dice el Francés con voz calmada, haciendo un gesto de decepción—. Bueno, ya es suficiente.

El Francés se planta frente a Lola y la mira de arriba abajo antes de decir:

—Dame una razón para dejarte con vida. Entiendo tu dolor…

—Y una mierda… —le interrumpe Lola—. Tú no entiendes nada, pedazo de animal.

—Pero has cometido un error viniendo hasta aquí —continúa, como si no la hubiera oído—. Una equivocación estúpida que te voy a dar la oportunidad de corregir. Trabaja a mis órdenes. Has demostrado determinación y te has ganado mi respeto. Trabaja para mí y salvarás tu vida y la de tu amiga. Eres algo más que una

mujer desesperada en busca de venganza. Aún no eres consciente, pero eres capaz de realizar las mayores bajezas con tal de salirte con la tuya. Te lo veo en los ojos. Y esa cualidad, en mi negocio, no tiene precio.

Lola no puede creer lo que está oyendo. Imaginaba que el Francés era un tipo megalómano, egocéntrico y repugnante hasta la saciedad, pero hay que estar muy loco para hacer tal ofrecimiento. Y como la enfermera no cree que alguien que dirige con éxito una organización mafiosa durante tantos años, a pesar de estar como las maracas de Machín, sea un estúpido, llega a dos conclusiones: que está jugando con ella y que de esa casa saldrá hecha pedazos, con los órganos reventados y menos vida que una piedra. Así que decide que, para lo que le queda en el convento…

—¿Qué me dices…? —la apremia el Francés.

Lola le hace un gesto con la cabeza para que se acerque. El hombre atiende su petición con fingida amabilidad y se aproxima hasta enfrentar su rostro con el de la enfermera. El Francés no ve venir el cabezazo. Lola tira de clases de zumba y abdominales, y logra balancearse con la suficiente rapidez y fuerza como para que el impacto lo mande a la lona sin miramientos.

—¡Y ahora vas y la cascas! —grita eufórica, muerta de miedo.

El Francés, que se cae de culo al suelo, se enjuga la sangre que le gotea de la nariz y que deja una mancha sobre el parquet de *iroko*. Luego se incorpora con la ayuda de Nasser y dedica a la enfermera una mirada salvaje, cargada de satisfacción. «Es la de una bestia», piensa Lola, que empieza a arrepentirse de haberse cagado en el convento. Le basta esa mirada para comprender que el Francés puede ser extremadamente malvado y cruel si se lo propone.

Recompuesto, Pierre le hace un gesto inapreciable al casi albino, que permanece con los pies hormigonados al suelo junto a las dos mujeres. En apariencia aletargado, con los hombros y la mirada caídos, de inmediato, como un autómata, se activa y comienza a descargar puños de plomo sobre Lola. El pedazo de bestia

acompaña cada golpe con todo su peso para provocar el mayor daño posible. El cuerpo de la enfermera se tambalea como un saco de boxeo. Sin embargo, ella no gime ni grita ante el duro castigo que está recibiendo. «No grites. Solo es dolor», se repite mentalmente una y otra vez; sabe que lo peor vendrá después y quiere guardar fuerzas para desgañitarse en ese momento. Por eso de que vocalizar el dolor ofrece un alivio momentáneo. En situaciones extremas, el ser humano se conforma con poco.

El silencio que destila impresiona al Francés, que observa la escena sentado en un taburete de la barra que Nasser le ha acercado. Más lejos, junto a la piscina, con el rostro iluminado por las tiras de led, Fali se estremece como si la lluvia de golpes le estuviera cayendo a él. Al final no puede evitarlo: echa la cabeza hacia atrás y anhela un rincón en el que dejar que escapen su mirada y su mente. Un momento de debilidad que le pasa desapercibido al Francés, y que Fali lamentará después. Mientras tanto, los dos *hooligans* del Paris Saint-Germain, liberados de sus ataduras, permanecen en la puerta que da acceso al sótano, con un nubarrón de vergüenza revoloteando sobre la cabeza.

Fali tarda tan poco en arrepentirse como el tiempo que le llevó decidirse a hablar. En realidad, hasta él se sorprendió de la rapidez con la que su lengua se soltó en cuanto estuvo frente a Nasser. Pero las deudas, el haberse pasado de chulo con quien no debía y la amenaza de la DZ Mafia, que controla el mercado de la droga en Marsella y pide su cabeza, fueron tres razones importantes para hablar por los codos a cambio de dinero y protección. Ahora, viendo y escuchando el castigo que están recibiendo las mujeres, en su fuero interno se arrepiente de ese ataque de desesperación. Con una vida cargada de remordimientos, no desea uno más, así que se revuelve en su propia imprudencia. A lo largo de estos años ha hecho cosas de las que cualquier hombre se lamentaría, pero es un buen tipo. Uno que en estos instantes se pregunta en qué momento dejó de serlo.

El casi albino sabe lo que hace: sus puñetazos impactan en zonas donde el daño es intenso, pero no dejan secuelas graves

inmediatas. En otras palabras, golpea lo justo para causar un sufrimiento prolongado y una lenta agonía envuelta en un velo de sufrimiento.

—Para… —ordena el Francés, y el matón obedece de inmediato, como si funcionara a pilas y le hubieran quitado la batería—. ¿Ves, *mon amie*? No te conviene hacerme enfadar. Te he dado una oportunidad y la has rechazado. Ahora tendré que dejar que Nasser se ensañe con vosotras —añade con una mueca de humor cínico.

Lola, a diferencia de Ana María, no ha perdido el conocimiento. La adrenalina que le corre por las venas y el miedo que le abotarga el cerebro diluyen el dolor hasta transformarlo en algo llevadero, como ese cuñado en la comida familiar del domingo. A pesar de que la fatiga lucha por adueñarse de su organismo.

—No os voy a engañar… —continúa—. Nasser no parará hasta convertir vuestro cuerpo en un amasijo sanguinolento de carne, músculos y tendones. Por supuesto, después echaré vuestros restos a los cerdos, para favorecer la economía circular. Ya sabéis, hay que reducir al mínimo la producción de residuos y aprovechar al máximo los que no podemos evitar que se generen. Y, para que no os perdáis ni un detalle del espectáculo, os vamos a administrar una ayudita…

Nasser, cuya presencia hasta ahora ha sido una sombra difusa, regresa del interior de la casa. En su mano, dos jeringuillas. En sus ojos, una amenaza. No habla. No le hace falta.

—Nasser va a meteros un chute, mezcla de cocaína y *moncler* verde de creación propia, que os sentará, como decís los españoles, «de puta madre». Después os dejaré a solas con él. ¿Sabéis? Por lo general es un tío simpático… —les dice como quien mantiene una reunión distendida entre colegas.

Ana María, ahora en un estado de semiinconsciencia, comienza a quejarse y a llorar a borbotones, sin consuelo. Las lágrimas y los mocos se mezclan y le resbalan por la cara hasta caer al suelo.

—De hecho, es muy simpático… si no le dan por culo —continúa —. Entonces se convierte en un grandísimo cabronazo. Así que será

mejor que no os resistáis y se lo pongáis fácil.

Mientras sostiene las dos jeringuillas entre los dientes, Nasser ata de forma descuidada una goma alrededor del brazo izquierdo de Ana María. Con fuerza, tensa el nudo hasta que una vena se abulta lo suficiente como para introducir la aguja sin dificultad. Ella, que navega en un mar de dolor, contiene la respiración mientras la pincha. En cuanto nota que el hombre retira la aguja de la vena, ahoga un grito y rompe a llorar.

Nasser se acerca a Lola precavido, a pesar de la indefensión en que se encuentra la enfermera. Cautela necesaria, tras el cabezazo que ha recibido Pierre. Por su parte, ella piensa en todo lo que debería hacer, decir o morder, pero las ideas colisionan en su cerebro y termina paralizada, temblando de miedo. Nasser repite la operación de hace un instante, e introduce la combinación de sustancias en el torrente sanguíneo de la enfermera con una facilidad inesperada. Eso sí, Lola no cede al impulso primario de llorar porque, en el fondo, una sensación de alivio se está apoderando de ella. Ineficaz e inmundo, pero alivio al fin. Quizá sea porque ha comprendido que se acerca el final o porque, en el fondo, la cuestión no era vencer, sino plantarle cara al Francés, y eso lo ha logrado. El caso es que se rinde, o está a punto de hacerlo, e intenta encontrar algo en su cabeza a lo que agarrarse para afrontar lo que se le viene encima. Necesita alimentar una ficción que le permita sobrellevar el inminente sufrimiento, asumiendo que su destino ya no le pertenece. Aprieta la mandíbula y cierra los ojos para atrapar las lágrimas. Quiere gritar, insultar, maldecir, reír, suplicar y llorar al mismo tiempo. El *moncler* verde, derivado del MDMA, comienza a hacer efecto y distorsiona su percepción sensorial y temporal. Aguanta un par de segundos la respiración y, de repente, encuentra lo que buscaba allí donde hace un segundo había un desierto. Le sorprende que sea Antonio Pavón el clavo al que agarrarse, pero, bueno, está bien. La enfermera se inventa una historia, un plan de futuro en torno a su presencia. No es el amor lo que guía la narración, sino las ganas de follar, como la primera vez que sus caminos se cruzaron en el Duque de Acacias.

Ahora la avergüenza haber pensado hace un instante en rendirse, porque no quiere morir, y le importa una mierda que su cabeza no lo entienda.

El Francés mira a su alrededor y le hace una señal a Fali para que se acerque. En el ambiente, saturado de estrés y expectativas, flota una sensación claustrofóbica que se intensifica a cada segundo. Raphael, con más miedo que vergüenza, se acerca, timorato, a Pierre. Un nuevo sollozo de Ana María rompe el silencio. La mujer ahora está despierta del todo gracias al chute de cocaína. La sangre que le mana de la nariz, en gruesos hilos, ha formado un charco en el parquet al caer. Sentado en el taburete, el Francés observa fijamente a Fali con una mirada torcida, entre lasciva y violenta, que provoca que, de inmediato, se sienta desnudo. Lo mira como si pudiera ver en su interior y, de un vistazo, fuese capaz de leerle el pensamiento.

—Consecuencias y repercusiones… —le dice el Francés—. Hay que tener respeto por las consecuencias que traen aparejadas nuestros actos. Todos somos traidores en algún momento de la vida. Y el que hoy es traidor mañana será víctima. Como bien sabes, querido Raphael, este negocio es un juego de supervivencia. ¿Acaso creías que si traicionabas a tus amigas estarías fuera de peligro?

—Francés… —le contesta asustado e incómodo—. Teníamos un trato. Tú eres un hombre de palabra, y eso cuenta. En fin, verás…

Fali se aturulla, no encuentra las palabras. Mientras tanto, el Francés se limita a sonreír y a pedirle su arma al casi albino.

—Joder, Francés, no me jodas… —balbucea lloriqueando al tiempo que mira a todos lados en busca de una inexistente vía de escape.

Pierre agarra el arma que le ofrece el casi albino y se la acopla en la mano. Sus dedos se aferran a la culata con ansia. Fali desvía la mirada un instante hacia Lola, que observa la escena con curiosidad sincera, y musita un «perdona» que espera llegue a los oídos de la mujer. El Francés enfila el cañón de la pistola hacia el

pecho del hombre, que sigue paralizado. Sin previo aviso, como una descarga eléctrica, Pierre aprieta el gatillo. La bala alcanza a Fali y le hace dar un violento giro antes de caer de espaldas al suelo y comenzar a toser sangre.

Lo que viene a continuación revolvería las tripas hasta al sádico cabronazo más pintado. En realidad, el Francés habría finiquitado el asunto por la vía rápida. No tiene el cuerpo para muchas fiestas, pero el entusiasmo de Nasser por torturar y vejar con salvaje precisión a las mujeres le ha hecho cambiar de parecer.

Nasser extiende los brazos, abarcando todo lo que le rodea, mientras se acerca a Lola; ha decidido empezar por ella. Antes de hacerlo, ha colocado sobre la barra un set de cuchillos, un rollo de cinta americana y varias bolsas de plástico transparentes, cada una con el tamaño suficiente para envolver una cabeza.

—Relájate, que así lo disfrutarás más… —le indica a la enfermera con una risita cruel antes de empezar.

Las patadas y los puñetazos los absorbe Lola sin quejarse, con un balanceo cansino. Sin embargo, con los cortes no puede reprimir los gritos, unos que estremecen a los guardaespaldas apostados en la puerta, que prefieren desviar la mirada hacia el pasillo para amortiguar los lamentos. Gritos de agonía y auxilio entremezclados con escupitajos de sangre respondidos con crueldad. Gritos que hielan la sangre.

Nasser es un maestro en su especialidad. Y esta no es otra que la del manejo del cuchillo y de todo tipo de utensilios punzantes. Es capaz de rajar a un ser humano con minuciosa precisión: cortes superficiales que desatan un infierno pero apenas sangran, punciones finas que llegan al mismísimo hueso, desollamiento por capas… Un catálogo de barbaries interminable que comienza a dibujar con sus ágiles manos en el cuerpo de las mujeres como si fueran lienzos. La brutal tortura, junto con el chute de drogas, hace saltar los resortes más animales de Lola, que blasfema y chilla hasta casi enloquecer. Sin embargo, Ana María se transforma en una tortuga que no se atreve a sacar la cabeza del caparazón y

que, entre súplicas y lloros, solo espera que la abrace la muerte.

Mientras tanto, el Francés observa con fingida indiferencia el proceso de destrucción y siente que la maldad camina descalza y a sus anchas por la cabeza de Nasser. Este, no contento con el daño que inflige con los cuchillos, cuando lo estima necesario, coloca una de las bolsas de plástico en la cabeza de las mujeres y se queda frente a ellas, pensativo, mientras observa cómo se ahogan en su propia respiración. Cuando tanto Ana María como Lola solo son capaces de emitir breves y agónicos jadeos, sin apresurarse, les retira el plástico de la cabeza.

La enfermera no tiene miedo a morir. Nunca lo ha tenido. Pero ahora está descubriendo un terror desconocido que es peor que la muerte. Un pavor desproporcionado, insidioso, que se le aferra al corazón como un parásito hambriento; que crece, se expande y lo consume todo a su paso; que debe arrancarse de raíz antes de que devore hasta el último resquicio de su alma. Por eso, cuando se quiebra y su resistencia se hace añicos, implora que le arrebaten la vida. Es evidente que no tiene posibilidad de escapar, y decide que lo mejor es aceptarlo y rendirse.

—¡No te acerques! —le gruñe con un resto de furia a Nasser, que regresa de la barra del bar con una navaja de barbero en la mano —. Francés, si te queda algo de humanidad, mátanos. ¡Joder! Péganos un puto tiro de una vez —añade llorando sangre.

La posibilidad pasa por el cerebro de Pierre. Ha visto a muchos sufrir a manos de Nasser, y nunca ha sentido la necesidad de ser piadoso. Pero con Lola es distinto. Hay algo en ella que reconoce como propio que le llama la atención. En el fondo, le hubiera gustado convencerla de que trabajara para él. Una mujer capaz de matar, morder y destrozar todo lo que se le ponga a su paso con tal de ganar no es ni bueno ni malo, simplemente no tiene precio. Pero ya es tarde para eso…

Recapitulando: Nasser se impacienta, pero no mueve un músculo, pues espera la decisión de su jefe. El casi albino, desconectado del mundo, aguarda junto a la barra del bar que

alguien pulse de nuevo el botón de encendido. Los guardaespaldas, apostados en la puerta, vigilan el pasillo de acceso al sótano, dispuestos a morderle las pelotas a quien intente entrar. Lola, con los síntomas del subidón de la mezcla de coca y del derivado del MDMA, aguarda el tiro de gracia entre visiones, caras deformadas y arcadas. Ana María, más muerta que viva, se contenta con respirar. Y después está Fali… Débil, desorientado y con la visión borrosa por la pérdida de sangre, aún no ha muerto. Lo hará en breve, pero se resiste a dejar este mundo con mal sabor de boca. A ciegas, se palpa el bolsillo del pantalón y encuentra el emisor de radiofrecuencia. Antes de pulsar el botón, Fali suelta una carcajada áspera como una lima de carpintero. Una risa cargada de un humor salvaje que suena a despedida y a cagarse en todo lo cagable.

Un minuto y medio da para mucho. Y, si no, que se lo pregunten a Lola. Como dijo Juanito, eterno siete del Real Madrid, «Noventa *minuti* son *molto longo*», porque cuando el destino se decide en un instante, cada segundo pesa como un minuto, incluso cuando no estás jugando en el Bernabéu. Ese es el tiempo que transcurre desde la explosión hasta que Lola y Ana María salen corriendo, como Dios las trajo al mundo, de la vivienda del Francés, con parte de la ropa bajo el brazo y pistola en mano.

Fali no había calculado bien la cantidad de material plástico que iba a detonar, porque la fuerza de la bomba provoca una expansión rapidísima de los gases (a más de diez mil metros por segundo) que da lugar a unas presiones desorbitadas que se trasmiten a gran velocidad. La emergencia de los gases a ese nivel y la difusión que generan suponen un impacto brutal con el aire que se llama «onda de choque». Lo que, traducido al lenguaje coloquial, más o menos quiere decir que la explosión es de la hostia y que la onda arrasa con todo lo que encuentra a su paso en un radio de quinientos metros. En la rue du Faubourg Saint-Honoré, los vehículos salen volando —el Ferrari Portofino acaba destrozado junto a la fachada del edificio donde está la vivienda del Francés, hecho una bola de fuego—, el asfalto se levanta formando cráteres de hasta un metro

de alto y las tapas metálicas del sistema de alcantarillado salen volando como *frisbees* en Venice Beach. Y eso no es lo peor. Lo peor es la gran explosión y el posterior incendio causado por la fuga de gas natural de las conducciones que dan servicio a los distintos edificios, provocados por la bomba de Fali. Una lástima que no pueda verlo, porque seguro que habría disfrutado de lo lindo con el espectáculo.

En el interior de la vivienda del Francés, todos caen al suelo en distinto estado de aturdimiento. Y «todos» incluye también a Lola y Ana María, que se dan de bruces contra el parquet de *iroko*. A la enfermera le va más o menos bien, porque tiene tiempo de amortiguar el golpe con las manos. Pero Ana María, confundida y al borde del abismo de los sueños, se pega un trastazo de categoría.

La explosión afecta a la estructura del edificio, que absorbe el choque de la onda expansiva con suficiente dignidad como para no derrumbarse, pero sufre daños de importancia. Entre los elementos afectados se encuentra la viga de madera de la que cuelgan las mujeres, que se fractura como si fuera una rama seca, de manera que los cuerpos se precipitan al suelo.

Lola se incorpora como un resorte, con la adrenalina disparada y el pulso retumbando en las sienes. Sus ojos procesan la escena en milisegundos. Su instinto grita. No hay espacio para el error. No hay margen para la duda. La enfermera se resuelve con una rabia arraigada y tira de la cinta que le sujeta las piernas hasta romperla. Luego, dejándose llevar por un impulso feral, alza con las manos el gancho metálico del que colgaba hace un segundo mientras avanza hacia el Francés, arrastrando el pie izquierdo y dejando un reguero de sangre en el suelo. Pierre, al que la explosión ha descabalgado del taburete con virulencia, intenta incorporarse, sin lograrlo, con el equilibrio perdido debido a la rotura de tímpano que le ha ocasionado la onda expansiva. Atolondrado, con el cerebro hecho confitura y a punto de devolver el contenido del estómago, no ve venir a la enfermera, que, con el rostro transfigurado por la furia, se abalanza sobre él.

Tras el asesinato de Selu, hubo días en los que Lola se empeñó

en seguir con su vida con una aparente normalidad, ignorando que la enfermedad generada por la pena y la ira germinaba en sus entrañas, pudriéndola poco a poco. Ahora, dominada por esa violencia y el deseo de resarcimiento, sonríe al comprobar que, después de tanto tiempo luchando contra las sombras, ha llegado la hora de la venganza.

Con la primera acometida, le alcanza al Francés en la espalda, le parte la clavícula en dos y deja al descubierto el hueso, de un blanco perfecto, de parte del omóplato. Este aúlla de dolor y, desde el suelo, mira a la enfermera con expresión de animal acorralado. Con el segundo ataque le busca la yugular con el gancho, pero Pierre logra esquivarlo a cambio de una doble fractura de cúbito y radio.

Treinta y nueve segundos después de la explosión, Lola y el Francés, enzarzados en una danza caótica, no son conscientes de lo que pasa a su alrededor. Y lo que pasa es lo siguiente: la compostura de los dos guardaespaldas se diluye tras la primera explosión, y huyen en la dirección incorrecta. El Ferrari Portofino, transformado en un amasijo ardiente de metal y fibras de vidrio, carbono y aluminio que se los lleva por delante y los aplasta contra la fachada del edificio, lo confirma.

El casi albino, a pesar de su tamaño y peso, pierde el equilibrio y cae a la piscina. Un tipo con suerte, se podría llegar a pensar. Pero nada más lejos de la realidad. Natural de Niobdino, una aldea situada en plenos montes Urales, a miles de kilómetros del mar o de una charca medio decente, el tipo no sabe nadar. Así que, tras hundirse en un primer momento como una piedra, lucha por mantenerse a flote y alcanzar el borde de la piscina manoteando y pateando el agua con desesperación. No es ningún misterio que su esfuerzo obtiene recompensa.

En cuanto a Nasser, su cuerpo es zarandeado sin piedad por la onda expansiva, que lo lanza contra la pared. Con el temblor de la muerte aún palpitándole en la cabeza, una de las vigas del techo se desploma sin control y le golpea la pierna a la altura de la rodilla. Un dolor abrasador le atraviesa el cerebro mientras la carne se

desgarra y los huesos ceden bajo la brutalidad del impacto, que pulveriza la articulación. La tibia perfora la tela de los pantalones de lino y forma un ángulo tan irreal como grotesco. Por si esto fuera poco, varias astillas que se han desprendido de la viga al quebrarse se le clavan en el cuello. Una especialmente larga se le hunde en la carne y le atraviesa la garganta de un lado a otro, aunque sin comprometer su vida. A veces, los milagros no solo ocurren en Lourdes. Nasser grita de dolor y rabia. Fuera de sí, se agarra la pierna y tira para liberarla del trozo de viga mientras no para de maldecir y escupir cosas terribles, a punto de enloquecer. La pulsión por ayudar a Pierre es tan fuerte que se olvida de su tormento para salvar al Francés del suyo.

Lola duda un instante entre ir a por Nasser o rematar al Francés, que, encogido en el suelo, inmóvil, intenta procesar lo que está ocurriendo. Su incredulidad es tal que su cerebro corre frenético en busca de una respuesta protectora. La desesperación toma el control de su mente y le hace creer que todo es un mal sueño, que en cualquier momento despertará en el sofá y que se frotará la cara con una sonrisa adormilada para despejarse. Sin embargo, el angustioso nudo en el estómago le indica que su cabeza le está jugando una mala pasada y que el caos que se ha formado en el sótano de su casa es tan real como la dolorosa palpitación que siente en el brazo roto. Esa será la penúltima cosa que pase por su mente, porque de la última jamás se acordará.

Y, entonces, un crujido.

Pierre se palpa con la mano sana el lado izquierdo de la cabeza, justo por encima de la oreja, y siente, estupefacto, en la yema de los dedos el tacto frío y punzante del gancho clavado en el hueso temporal. Aún no lo sabe, pero está muerto. Lola, con los ojos abiertos como platos y rostro de demente, tira con fuerza de la cadena que sujeta el garfio y descorcha el cráneo del Francés, arrastrando piel, hueso, venas, arterias y cerebro. Sangre y más cosas empiezan a manar a borbotones del destrozo y tiñen los senos de la enfermera de un rojo tibio. Pierre da un par de sacudidas en el suelo, como un salmón fuera del río, y eso es todo,

amigos.

Lola levanta la mirada hacia Nasser, que grita y lucha por quitarse la viga de encima, pero la mujer se da cuenta de que no lo conseguirá. Luego, la enfermera vuelve de nuevo la cara hacia el cuerpo del Francés y lo observa como miran las vacas a un tren que pasa.

—Dios mío, lo he matado… —dice para sí, sorprendida.

De haber creído en Dios, se habría persignado.

Una columna de humo negro la alerta. El calor que le enciende las mejillas la avisa de que debe salir pitando de allí. Alza la mirada y comprueba, a través de un ventanal, que las llamaradas que se enroscan en la fachada del edificio luchan por entrar en el interior. El humo se vuelve más denso a cada segundo que pasa; en un instante, apenas se verá la salida. Corre al lado de Ana María y le palpa el pulso en la garganta. Su corazón aún late; de forma irregular, pero con obstinación. Tras unos zarandeos, Lola logra que abra los ojos. Atolondrada y sin saber dónde está, la mujer le sonríe. Antes, Lola le ha quitado al Francés del bolsillo la cadenita con la cruz que le regaló el Tanque y la Glock que este llevaba encajada en los riñones. Quizá esté loca, pero ha cogido cariño a ambas cosas y no quiere perderlas. El casi albino, hecho todo un Michael Phelps, alcanza el bordillo de la piscina y se aferra con las uñas a la piedra natural, intentando recuperar el aliento.

—Venga, Ana María, que al final saldremos de esta —la anima mientras la rodea con el brazo y la pone de pie.

En el sótano, el ambiente comienza a bullir como una caldera, pero las llamas aún no se ven. Desnudas, las dos mujeres comienzan a caminar hacia la salida. Ana María gimotea a cada paso, pero Lola ni siquiera se molesta en hacerle caso.

—¡Hijas de puta…! —les grita Nasser, preso de una locura arrogante e imprudente—. ¡No saldréis de París! ¡Estáis muertas! ¿Me oís? ¡Estáis muertas, me cago en Dios!

Lola lo mira, levanta la Glock, apunta —esta vez sí, tal como le enseñó Raíllo—, aprieta el gatillo y yerra. El balazo, que se estrella

contra la pared, no disuade a Nasser, que continúa chillando con más fuerza, si cabe:

—¡Dispara, me cago en tu puta madre! ¡Que dispares otra vez si tienes cojones!

Lola se muerde el labio inferior y apunta de nuevo. Pero antes de que pueda disparar, en una fracción de segundo, parte de la estructura del techo se derrumba y una montaña de escombros se interpone entre el cañón de la Glock y Nasser. La enfermera duda un instante, con la rabia latiéndole en las sienes, atrapada entre las ganas de matar a ese miserable y la inmediatez del peligro. Sin embargo, el ruido áspero de la respiración de Ana María es una orden implacable: tienen que salir de aquí a toda leche. Con manos rápidas, Lola recoge como puede la ropa de las dos y, sin mirar atrás, toman el camino de salida del edificio.

«Noventa *secondi* son *molto longo*».

Una vez en la calle, el caos las envuelve como un refugio impagable. Gente corriendo sin rumbo, sirenas desgarrando el aire, explosiones que sacuden el suelo. Y, en medio de todo eso, dos mujeres tambaleantes, destrozadas por la brutalidad de una paliza que les ha arrancado cualquier vestigio de fuerza. Sangre en la ropa, rostro hinchado, cuerpo que apenas se sostiene. Pero nadie las ve. Nadie se detiene. Son dos mujeres que, al grito de «¡Ayuda, ayuda!», paran un taxi. La conductora no hace preguntas. Aterrorizada, ella también huye del escenario de caos y pánico en que se ha convertido esa parte de la ciudad. Lola desliza a Ana María en el asiento de atrás mientras ella se acomoda en el del copiloto.

—A la rue La Fayette, *s'il vous plaît…*

Cuando el coche pone rumbo al hotel, Lola suelta una carcajada, incapaz de evitarla. Después sollozos y, luego, silencio.

Epílogo

Si esto fuera un *western* crepuscular al estilo Clint Eastwood y el guionista estuviera de un humor de perros, Lola nunca habría salido de París.

El casi albino la habría dejado allí, fría, junto al cadáver de Ana María. O peor aún: en su huida, un sicario de Nasser la habría alcanzado. Y entonces, harta, resignada, con los ojos llenos de rabia y cansancio, habría bajado la Glock y… Bang.

Impacto limpio. Directo al corazón.

Fundido en negro. Títulos de crédito.

Pero aquí no hay pistoleros que dicten el destino. No hay guiones escritos por otros. No hay disparos que marquen el final.

Esta historia es suya. Solo suya.

París tembló tras la explosión. El ejército se desplegó en calles, barrios y estaciones, intentando sofocar el pánico antes de que se desbordara. El murmullo de incertidumbre crecía, vibraba en el aire, recorriendo la ciudad. Las voces de las autoridades se filtraban por altavoces, pantallas y frecuencias de radio. Calma. Organización. Control. Un mensaje repetido, insistente, tratando de contener la angustia y el caos antes de que prendiera del todo.

Pero la llama se propagó, y cada rincón de la ciudad quedó sellado por el miedo. Lola lo vio. Lo entendió. Y, sin dudar, lo convirtió en su ventaja. Se deslizó entre soldados y patrullas imaginando el peligro en cada esquina, en cada mirada fugaz. Nadie la vio. Nadie preguntó. Solo pasos rápidos, el pulso enloquecido, la respiración contenida y la certeza implacable de que cada segundo era prestado. Entre otros motivos porque Nasser

seguía vivo. Porque la muerte elige a sus favoritos y la mano derecha del Francés era uno de ellos.

Nasser salió del incendio como un demonio que escapa del infierno, con el alma envuelta en cenizas, la piel abierta y la ira prendida en los ojos. El casi albino lo arrastró fuera del edificio. Sangrando, cojeando y maldiciendo entre dientes, esquivó a la policía y se ocultó en otra de las madrigueras de Pierre. La furia le sirvió de vendaje, las ganas de venganza fueron su medicina. Desde su nuevo escondite, desató una cacería sin tregua y a contrarreloj. El casi albino, guiado por un soplo, siguió el rastro de Lola hasta el hotel Best Western de la rue La Fayette. Pero esa historia ya se ha contado.

Lola avanzaba por la ciudad, deslizándose entre sombras y caos, cuando el agotamiento la golpeó como un puño invisible. La desesperación la atenazó, implacable. Su cuerpo, al límite, comenzó a traicionarla y le exigió rendición. Y justo cuando el vértigo de la derrota amenazaba con nublarle la mente, un taxi. Otro. Un coche vacío que circulaba lento, como si la estuviera esperando para llevarla al aeropuerto.

Última oportunidad. Última apuesta. Un avión esperando en la pista.

Pero el final… el final aún no estaba decidido.

París quedó atrás, sí, pero el peligro no.

Una vez en Cádiz, en la seguridad de su piso de la Laguna, el peso de sus decisiones se aferró a su pecho como un ancla imposible de soltar. La distancia no había servido para disipar el tormento, solo lo había aguzado, y la contrición, como animal hambriento, comenzó a devorarla desde dentro. La culpa, astuta y cruel, la sumió en un bucle sin escapatoria: rostros desvanecidos, voces silenciadas, errores sin redención. El alivio que creyó posible alcanzar tras acabar con el Francés se desvanecía, se le negaba como una cruel burla del destino. La paz que tanto tiempo había ansiado seguía burlándose de ella. Siempre cerca, siempre inalcanzable. La veía, la

sentía, pero, cuando intentaba aferrarla, se esfumaba como un espejismo cruel.

Durante una semana, Lola vagó por casa, prisionera de sus pensamientos, atrapada por una angustia que no dejaba de crecer que le apretaba la garganta y le robaba el aire.

No podía seguir así. La necesidad de hacer algo, de encontrar sentido al sufrimiento, la llevó al despacho de Odraizola. Allí se enfrentó una verdad inevitable: no podía seguir huyendo de sí misma. Antes que nada, Lola lo miró como nunca lo había hecho. Observó las grietas en su expresión, las sombras en su mirada, el desgaste de quien, como ella, llevaba demasiado peso encima. A su manera, también el comisario estaba roto. Y, de algún modo, en esa mutua fragilidad encontró la fuerza que creía perdida. Respiró hondo, afianzó los pies en el suelo y, con la determinación de quien ya no puede huir más, comenzó a hablar.

Su confesión no fue fácil. Cada palabra era una herida abierta. Durante horas, la historia se derramó en ese despacho como una tormenta que lo arrasa todo a su paso. Odraizola escuchó, su expresión oscura, sus pensamientos enredándose en los fragmentos de una conspiración cada vez más clara. Cuando la enfermera terminó, el silencio se alargó como un abismo entre ellos.

—Ese Nasser no se detendrá —sentenció el comisario con una certeza que hizo temblar a Lola—. No tienes cómo defenderte. Te ayudaré. No dejaré que te atrape.

La enfermera sintió que el peso en su pecho se tornaba aún más asfixiante. No por miedo, sino por la amarga convicción de que, como tantas otras historias, la suya tampoco conocería un final heroico. Odraizola le ofreció protección, pero no la eximiría de culpa. Su única posibilidad era desaparecer. Renunciar a la lucha. Dejar que otros tomaran el relevo.

—Es hora de parar —afirmó el comisario, la voz áspera por el cansancio—. Si sigues adelante, te convertirás en aquello que odias.

La resignación la envolvió. Nada podía cambiar el pasado. Pero al menos, cuando abandonó el despacho de Odraizola, tenía la seguridad de haber hecho lo correcto. Y esa convicción, ese último resquicio de control sobre su destino, le dio fuerzas para continuar.

Poco después, al llegar a la estación, el Tanque ya la esperaba, los billetes en una mano, la mirada clavada en ella. Lola apresuró el paso. Sus manos se encontraron, firmes, seguras. Por un instante, la realidad dejó de pesar.

Agradecimientos

Escribir una novela negra es como caminar sobre el filo de un cuchillo: demasiado cerca del lado equivocado y podrías acabar siendo parte de la trama, en vez de escribirla. Por suerte, todavía estoy en este lado de la página, y esto se debe a unas cuantas personas que merecen ser mencionadas… aunque algunas solo en espíritu.

A aquellos cuyas historias me ayudaron a construir esta novela, aunque, por razones obvias, no pueda escribir sus nombres aquí. Ellos saben quiénes son. Y si no lo saben, mejor.

A las fuerzas de seguridad del Estado, en especial a los agentes de la Policía Nacional, por hacer lo que hacen sin esperar aplausos. También por responder a mis preguntas con infinita paciencia sin detenerme por sospecha razonable.

A mi agente, Ángela, que cada vez que lee uno de mis manuscritos probablemente se pregunta si debería recomendarme un buen terapeuta. Y a mi editora, Ana, que tiene el talento sobrenatural de hacer que todo parezca mucho más fácil, aunque sospecho que en realidad es una maestra del caos bien disfrazada.

Un placer inmenso, absoluto y maravilloso trabajar con ambas.

Gracias infinitas a Ramón, Jose y Marta, que tienen la paciencia (o la temeridad) de leer cada palabra, idea disparatada y delirio narrativo que se me pasa por la mente. No sé si agradecerles su dedicación o preocuparme por su resistencia mental, pero aquí seguimos, en esta extraña conspiración literaria.

Y a mi perro, Phoskitos, que se tumba a mi lado cada vez que enciendo el ordenador, con una templanza digna de un monje. Aunque, si soy sincero, sospecho que se aburre mortalmente y preferiría estar corriendo por la playa, ajeno a mis desvaríos

literarios.

Gracias a todos. Si alguna vez desaparezco misteriosamente, revisen esta lista.

Ángel G. Osuna (Tarifa, 1975) es licenciado en Arquitectura y en Arquitectura técnica por la Universidad de Sevilla. Como docente colabora en diversas revistas de ámbito universitario, sobre todo con ensayos de teoría de la arquitectura y reflexiones sobre el imaginario de esta disciplina. Ha sido comisariado en diversas exposiciones y ciclos culturales auspiciados por su *alma mater*, la Consejería de Cultura y entidades privadas. Tras más de quince años ejerciendo de arquitecto y artista plástico, decidió dedicarse de lleno a su verdadera pasión: la escritura.

Con su primera novela, *El despiadado país de las maravillas*, fue galardonado en 2020 con el premio Sed de Mal del Festival Octubre Negro en Madrid. Tres años más tarde, publicó el thriller *La danza de polvo en los rayos de sol*. En 2024 dio un importante salto en el mundo editorial con *El puente*, publicado por Ediciones B. Ahora vuelve a las librerías con *La línea de la venganza*.

Table of Contents

La línea de la venganza
Capítulo 1
Primer acto
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Segundo acto
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Tercer acto
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Un final
Capítulo 41
Epílogo
Agradecimientos